

**CRISTO
y el
NUEVO
CONVENIO**

El mensaje mesiánico del Libro de Mormón

JEFFREY R. HOLLAND

Recuerden el nuevo convenio,
a saber, el Libro de Mormón (...)
DOCTRINA Y CONVENIOS 84:57

A Pat,
cuya luz se allega a la Luz

PREFACIO

El material comprendido entre las cubiertas de este libro ha sido el resultado de varios años de estudio personal de un tema apreciado por mí desde los días de mi misión: la presencia central y persuasiva de Cristo (y las magníficas enseñanzas sobre Él) que aparecen desde la primera hasta la última página del Libro de Mormón. Debido a que éste ha sido un proyecto de naturaleza personal, es importante comprender desde un principio lo que este libro no es.

Por un lado, no se trata de un libro erudito en el sentido tradicional de una voluminosa fuente de material y una exhaustiva documentación. Esta obra no contiene prácticamente nada de eso, simplemente porque al compilar estas ideas y registrar estos pensamientos casi no he leído material de ningún tipo, ni erudito ni de otra clase, con excepción del Libro de Mormón. Allí donde he empleado una fuente externa, la he citado en una nota final, como ocurre con los pasajes de las Escrituras. Un libro diferente (y me apresuro a reconocer que probablemente un libro mejor) sería aquel que hiciera referencia a todo y a todas las personas, de dentro o fuera de la Iglesia, que alguna vez hayan dicho algo sobre estos pasajes de Escritura; pero éste no es el caso aquí.

Tenía algo más personal en mente. Este libro es más una reflexión sobre las Escrituras que una obra de erudición. Siempre que fue posible dejé que las Escrituras hablaran por sí mismas sin ningún comentario personal. De vez en cuando los pasajes son bastante largos, pero el incluirlos ha sido una decisión consciente por la que no me disculpo. Siempre que sea posible, preferiría que el lector se centrara directamente en el lenguaje del Libro de Mormón más que en el lenguaje de cualquier otra persona que hable sobre él. Al decir esto no excuso ningún pensamiento ni escrito mío que carezcan de valor. Hasta una obra que no tiene la intención de ser erudita debe aún ser interesante en sus suposiciones e inteligente en sus observaciones, y espero que este esfuerzo no se quede corto en ninguna de ambas categorías.

Este libro tampoco es un resumen de todas las citas importantes de los libros canónicos que pudieran arrojar algún tipo de luz sobre el tema en cuestión. Desde un principio se concibió para ser un estudio de la contribución que el Libro de Mormón hace a nuestro entendimiento de Cristo, y no una revisión de los demás libros canónicos de la Iglesia sobre un tema concreto. Por norma, he intentado no utilizar casi ningún otro recurso de las Escrituras, pero en ocasiones resultaba esencial la referencia a uno de los restantes libros canónicos, por lo que, cuando pareció ser particularmente necesario, empleé el pasaje correspondiente. Sin embargo, en su mayor parte éste es un retrato de la visión del Libro de Mormón sobre Cristo, y se trata únicamente de la visión del Libro de Mormón.

No creo que nadie lo vea así, pero hago hincapié en que este libro no es un sustituto de la lectura del Libro de Mormón. De hecho, alguien podría elaborar un argumento persuasivo respecto a que no debería escribirse ningún libro sobre el Libro de Mormón, especialmente si la lectura de este tipo de obras secundarias se convirtiera en una alternativa a quedarse inmersos en el propio libro de Escrituras. Ninguna persona que escriba bajo las limitaciones de su propio entendimiento, y a pesar de la ayuda recibida de los cielos, podría jamás comenzar a duplicar o capturar el esplendor espiritual de la revelación más extensa y definitiva de esta dispensación. El autor se apresta a reconocer este hecho, y que la cortedad de éste o cualquier otro libro escrito sobre el Libro de Mormón es evidencia de la veracidad de este último.

Las únicas justificaciones reales que he hallado para la elaboración de esta obra son que el estudio de Cristo y Sus enseñanzas en el Libro de Mormón me resultaron maravillosamente gratificantes, y que un libro tal pueda conducir a alguien más a hallar sus propias reflexiones sobre la magnífica representación del Maestro que contiene este gran testimonio Suyo de los últimos días. A pesar de lo limitada que pueda ser la

contribución de este libro, ruego que sirva de ayuda y estímulo para leer el Libro de Mormón y que nunca se convierta en un obstáculo para ello.

Por último, este libro no es un producto del Consejo de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles, ni es una declaración doctrinal realizada por o para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días. Yo soy el único responsable por la publicación de esta obra y sólo a mí se pueden atribuir los errores y limitaciones que pueda contener. Sólo espero que éstos sean relativamente pocos y perdonables.

JEFFREY R. HOLLAND

SALT LAKE CITY, UTAH

1997

RECONOCIMIENTOS

Deseo dar las gracias a Randi Greene y Janet Morley, mis secretarias de los últimos años en Salt Lake City, Utah, y Solihull, Inglaterra, respectivamente, cuyo talento y amabilidad pusieron a disposición de la corrección y clarificación de mis propios y primitivos esfuerzos con el procesador de texto con que elaboré los primeros borradores de este manuscrito. Desde entonces, Randi ha donado de su propio tiempo y ha estado dispuesta a hacer esto mismo con los borradores posteriores en los que realicé muchas labores de edición y rescribí algunas partes. Ella ha orquestado con gran destreza los muchos procedimientos logísticos y de revisión que forman parte de la labor y del proceso para que un manuscrito de este tipo llegue a manos del editor en su forma final. Estoy en deuda con ella por su habilidad, su lealtad y su buena disposición en la realización de este proyecto.

Me siento agradecido a mis hermanos de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles, quienes me bendicen con su hermandad, me enseñan en nuestras reuniones de consejo y me animan a compartir las doctrinas del Evangelio restaurado. El presidente Boyd K. Packer me ha dado consejos particularmente útiles con relación a este manuscrito, mejorándolo más de lo esperado, aun cuando no sea tan bueno como debiera.

Deseo dar las gracias también a mi presidente de misión, el élder Marion DE. Hanks, el primero en darme a conocer la profundidad del Libro de Mormón y la majestuosidad de Cristo que se esconde en sus páginas. No sé de ninguna otra persona que ame el Libro de Mormón más que el élder Hanks, ni de nadie que haya enseñado de él con mayor poder y convicción.

También me siento agradecido a cierto número de compañeros de la Universidad Brigham Young, en concreto a los anteriores y recientes decanos de Educación Religiosa, Daniel H. Ludlow, Robert J. Matthews y Robert L. Millet, quienes me han animado mucho con esta obra, han realizado sugerencias valiosas y han puesto a andar al autor cuando parecía que el proyecto no estaba progresando. El decano Millett fue especialmente amable al poner manos a la obra con lo que jamás se debería obligar a soportar a un amigo: la lectura del manuscrito en cada una de sus primitivas formas de borrador. Estoy en deuda con él por su cuidadosa lectura de un texto tan incompleto y por su informada respuesta tanto a los problemas como a las posibilidades del mismo. En fechas posteriores, los hermanos Ludlow y Matthews me concedieron el beneficio de sus singulares años dedicados a la redacción y la edición de estudios sobre las Escrituras.

El profesor Donald W. Parry fue de una ayuda incalculable con el capítulo de Isaías, y de forma generosa compartió conmigo las reflexiones de su propia investigación, así como sus escritos sobre este tema. Edward Brandt ofreció unos antecedentes extremadamente útiles en relación al capítulo de la ley de Moisés. A ellos y a todos los demás que han contribuido con su estímulo y han ayudado de cualquier forma, bien al principio o al final, les expreso mi aprecio.

Es casi seguro que este proyecto de estudio personal no habría desembocado en la edición de un libro sin el empuje y la persuasión de Eleanor Knowles, primero, y de Sheri Dew, después, ambas de Deseret Book Company. Quiero expresarles mi agradecimiento tanto a ellas como a Ronald A. Millett y a sus equipos de edición, diseño y producción, especialmente a Jack Lyon y Kent Ware.

Y como en todas las cosas, mi mayor deuda es para con mi esposa, Pat, y nuestros tres hijos, que siempre son y han sido mi

motivación, mi solaz y mi inspiración. Ellos han deseado la publicación de este libro más que yo, y me siento agradecido por su devoción al Salvador, a las Escrituras y a mí.

CAPÍTULO UNO

"EL NUEVO CONVENIO, A SABER, EL LIBRO DE MORMÓN"

Si pidiéramos a los lectores ocasionales del Libro de Mormón que nombraran al personaje principal del libro, indudablemente sus respuestas serían diferentes. Resulta obvio que cualquier registro que abarque más de mil años de historia - con todas las personas que semejante relación podría incluir - es improbable que tenga una única figura central que emerja de entre un período de tiempo tan extenso. A pesar de ello, y tras reconocer esta limitación, quizás algunos mencionarían a cualquiera de las muchas personas memorables. Nombres como Nefi, el primer y bien reconocible joven profeta del libro; Mormón, el compilador cuyo nombre lleva el libro; Alma, a quien se dedican tantas páginas; o Moroni, que puso fin a las planchas y las entregó mil cuatrocientos años después al joven José Smith, serían sin duda algunas de las figuras mencionadas.

Todas estas respuestas invitarían a la reflexión, pero en términos de la pregunta realizada, también serían completamente incorrectas. La figura principal del Libro de Mormón, desde el primer capítulo hasta el último, es el Señor Jesucristo. En su enfoque sin precedentes en el mensaje mesiánico del Salvador del mundo, se alude correctamente al Libro de Mormón como al "nuevo convenio" de Dios con la casa de Israel. Se trata literalmente de un nuevo testamento o, para evitar cualquier confusión, de "otro testamento" de Jesucristo. Como tal, el libro se centra en el mismo elemento en que se han centrado los testamentos de las Escrituras desde los días de Adán y Eva: la declaración a toda persona de que por medio de la Expiación del Hijo de Dios, "así como has caído puedas ser redimido; y también todo el género humano, sí, cuantos quieran".

Desde las páginas de la introducción hasta la declaración final, este testamento revela, examina, recalca e ilumina la misión divina de Jesucristo tal y como se recoge en los registros sagrados de las dos dispensaciones del Nuevo Mundo (la Jaredita y la Nefita), escritos para el beneficio de una tercera dispensación: la dispensación del cumplimiento de los tiempos. El Libro de Mormón tiene muchos objetivos, pero hay uno que trasciende a todos los demás. Escrito por profetas y preservado por ángeles, se escribió con el propósito fundamental y eternamente esencial de "convencer al judío y al gentil de que JESÚS es el CRISTO, el ETERNO Dios, que se manifiesta a sí mismo a todas las naciones". En el proceso de obtener una convicción tal sobre Cristo, todos los que reciban este registro también se convencerán de "los convenios del Señor", incluyendo Su promesa de que los remanentes actuales de la casa de Israel no son "desechados para siempre".

De este modo, el Libro de Mormón es la declaración principal del convenio de Dios con Sus hijos terrenales y de Su amor por ellos. Se trata de la declaración definitiva de los últimos días respecto al sacrificio expiatorio de Su hijo; es Su gran anuncio de la más grande revelación que Dios nos haya dado jamás.

OTRO TESTAMENTO DE JESUCRISTO

Pero, ¿por qué se trata de un registro tan necesario? ¿Acaso el mundo no es ya lo bastante consciente de los convenios divinos y del papel central que Cristo juega en ellos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento? El Libro de Mormón habla de este asunto, y al hacerlo proclama su verdadera intención.

En una notable visión registrada al comienzo del libro, el joven profeta Nefi vio la preparación y distribución de la Santa Biblia, "una historia de los judíos, [la] cual contiene los convenios que el Señor ha hecho con la casa de Israel. Pero, de manera alarmante, vio también el abuso y los estragos doctrinales a los que era sometido el libro a medida que transcurrían los años y pasaba de unas manos a otras.

Esta visión del Libro de Mormón predijo que el registro bíblico sería claro e impoluto en el meridiano de los tiempos, que en la época de Jesús contendría "los convenios que el Señor ha hecho con la casa de Israel; [los cuales] son de gran valor para los gentiles". Mas con el tiempo, debido tanto a errores inocentes como a decisiones malévolas, muchas doctrinas de salvación y principios puros, especialmente aquellos que hacían hincapié en los elementos que el Evangelio de Jesucristo tiene de convenio, se perdieron - en ocasiones simplemente fueron borrados por completo - del "libro del Cordero de Dios".

Lastimosamente, estos elementos que pronto desaparecieron de la Biblia eran "partes que son claras y sumamente preciosas". Claras por su sencillez y exactitud, fáciles al "entendimiento de los... hombres"; eran preciosas por su pureza y profundo valor, por su significado salvador y la importancia eterna que tenían para los hijos de Dios. Cualquiera que fuere el motivo para la pérdida de estas verdades del registro bíblico, ha resultado en la "[perversión] de las rectas vías del Señor, para cegar los ojos y endurecer el corazón de los hijos de los hombres. En una expresión de dolor por las consecuencias de la pérdida trágica de la verdad divina, Nefi vio en una visión que "muchísimos tropiezan", hombres y mujeres honrados que vivirían carecientes de la información de las verdades del Evangelio y menos seguros en la salvación de Cristo de lo que merecían; y todo ello debido a la pérdida de verdades edificantes del Evangelio sufrida por el canon bíblico tal y como lo hemos recibido.

Pero en Su amor por toda la humanidad, y con Su presciencia del daño que sufriría la comprensión del Evangelio, el Gran Jehová, el Cristo premortal, prometió a Nefi y a todos los que han recibido su registro:

"Después que los gentiles tropiecen muchísimo a causa de las partes más claras y preciosas que fueron suprimidas del evangelio del Cordero... seré misericordioso con los gentiles en aquel día, de tal modo que ha de llegar a ellos, por medio de mi propio poder, mucho de mi evangelio que será claro y precioso, dice el Cordero.

"Porque he aquí, dice el Cordero: Yo mismo me manifestaré a los de tu posteridad, por lo que escribirán muchas cosas que yo les suministraré, las cuales serán claras y preciosas...

"Y en ellas estará escrito mi evangelio, dice el Cordero, y mi roca y mi salvación".

Este registro prometido, ahora conocido como el Libro de Mormón, "[dará] a conocer las cosas claras y preciosas que se les han quitado [de la Biblia], y manifestarán a todas las familias, lenguas y pueblos que el Cordero de Dios es el Hijo del Eterno Padre, y que es el Salvador del mundo; y que es necesario que todos los hombres vengan a él, o no serán salvos.

"Y han de venir conforme a las palabras que serán establecidas por boca del Cordero; y las palabras del Cordero se darán a conocer en los anales de tu posteridad, como

también en [la Biblia]; por lo que los dos serán reunidos en uno solo; porque hay un Dios y un Pastor sobre toda la tierra".

De cierto que las más claras y preciosas de todas las verdades perdidas de la Biblia, en particular del Antiguo Testamento, son las declaraciones claras e inequívocas de la misión de Jesucristo, Su papel preordenado como Mesías y Salvador del mundo, y los elementos que Su Evangelio tiene de convenio, los cuales se han enseñado desde Adán a lo largo de cada una de las dispensaciones sucesivas. Así, el propósito más elevado del Libro de Mormón es el de restaurar a toda la familia de Dios ese conocimiento crucial del papel de Cristo en la salvación de cada hombre, mujer y niño que vive, que ha vivido o que viva sobre la tierra; y se escribe para el convencimiento de todo aquel que lea sus páginas con "un corazón sincero, con verdadera intención" de que Jesús es el Cristo.

Tal y como expresó Nefi, durante este mismo período de tiempo, y por muchas de las mismas razones, se perdió también un entendimiento de la naturaleza y el papel fundamental de los convenios divinos, promesas sagradas entre Dios y Sus hijos en las que se prescribe el sendero que conduce a la inmortalidad y la vida eterna. Los momentos más sagrados de la relación del hombre con la divinidad han estado siempre enmarcados por la realización de tales convenios. Al poco de haber sido expulsados del jardín de Edén, se enseñaron a Adán y Eva los principios del Evangelio, tras lo cual hicieron ofrendas y sacrificios, así como convenios sagrados con Dios, comenzando con sus propios bautismos. Casi de manera inmediata, Satanás intentó desmerecer esos convenios divinos y aguar la fidelidad de la primera familia, teniendo éxito en parte cuando convenció a Caín de que hiciera convenio con él de obrar grandes maldades, en vez de servir rectamente a Dios el Padre". Y así ha sido el mundo desde ese momento: las fuerzas del mal compitiendo con el poder del bien por la lealtad de los hijos de Dios hacia los convenios.

UN NUEVO CONVENIO

Para ayudar a Sus hijos e hijas a recordar las promesas que le hicieron, y ciertamente para ayudarles a recordar las promesas que se hicieron a sí mismos, Dios ha ordenado que se registre la naturaleza y el significado de dichos convenios. En ese proceso, los textos y documentos que preservan tales promesas han recibido también el nombre de "convenios". De hecho, las palabras testamento y convenio son prácticamente sinónimas en su uso teológico. La definición latina de testamentum es: "Un convenio con Dios, escritura sagrada". De este modo, el Antiguo y el Nuevo Testamento, como comúnmente les llamamos, son testimonios o testigos escritos (la palabra latina testis quiere decir "testigo") de los convenios entre Dios y el hombre en diversas dispensaciones. Es más, tales convenios siempre abordan el tema principal entre un Dios perfecto e inmortal y un hombre mortal e imperfecto: por qué están separados y cómo pueden volver a reunirse. La raíz latina de la palabra convenio es convenire, "acordar, decidir en unión". En resumen, todos los convenios, todos los testamentos y todos los santos testimonios dados desde el principio han sido esencialmente sobre un mismo aspecto: la expiación de Jesucristo, la reconciliación preparada para cada hombre, mujer y niño que reciba el testigo, el testimonio de los profetas y apóstoles, y honre los términos de esa reunificación, de ese convenire o convenio cuya figura central es siempre el sacrificio expiatorio del Hijo de Dios.

Pero aun con los repetidos esfuerzos por enseñar estas verdades y reafirmar estas promesas, Dios no siempre ha visto a Sus hijos volverse al Evangelio de Su Hijo, y ha dicho en nuestra época: "Y todo el mundo yace en el pecado, y gime bajo la oscuridad y la servidumbre del pecado". Por largo tiempo, el mundo actual no se ha vuelto a Él, no ha aceptado la expiación de Jesucristo, no ha recibido la voz de Sus profetas, no ha hecho

convenios ni ha obedecido Sus mandamientos, ni siempre le ha recordado ni ha reivindicado las promesas de la exaltación en el reino de los cielos.

Así es que nos ha ofrecido un último convenio, nos ha dado un último testamento, como parte de Su esfuerzo definitivo en favor del hombre caído. Nos ha ofrecido uno de los últimos testimonios escritos del amor y la misericordia que nos extiende por última vez, hablando en términos de dispensación. Tal y como lo vio un profeta del Libro de Mormón, Dios está enviando obreros a la viña por última vez, y "entonces viene la estación y el fin". Ese testamento y testigo definitivo, ese "nuevo convenio" ofrecido por última vez a los hijos de los hombres, es el mensaje del Libro de Mormón.

Ningún otro registro enseña más sobre la promesa de Dios a los hombres de los últimos días. Estas promesas se centran en Su Hijo Unigénito, en "los méritos, y misericordia, y gracia del Santo Mesías... [quien] intercederá por todos los hijos de los hombres; y los que crean en él serán salvos".

La labor de los hijos de Dios en estos últimos días de la historia del mundo es la de proceder con una "fe inquebrantable en él, confiando íntegramente en los méritos de aquel que es poderoso para salvar... teniendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres... deleitándoos en la palabra de Cristo", y "[perseverando] hasta el fin. Ésta es la senda; y no hay otro camino, ni nombre dado debajo del cielo por el cual el hombre pueda salvarse en el reino de Dios".

Ningún otro libro nos ayuda a hacer esto tan bien. Ningún otro libro ha sido jamás producido de forma divina y protegido únicamente para este propósito. No se ha escrito ningún otro libro con una visión tan plena de la futura dispensación a la cual terminaría por llegar dicho registro. Igual que Moroni se expresan prácticamente todos los profetas del Libro de Mormón: "He aquí, os hablo como si os hallaseis presentes, y sin embargo, no lo estáis. Pero he aquí, Jesucristo me os ha mostrado, y conozco vuestras obras".

El hecho de que la mayoría de este libro proceda de un período anterior al nacimiento de Cristo, el hecho de que se trate del registro de un pueblo otrora desconocido, el hecho de que reafirme la veracidad y la divinidad de la Biblia hasta donde ésta se halla traducida correctamente, el hecho de que el Libro de Mormón revele reflexiones inspiradoras y profundas doctrinas sobre Jesús que no se hallan en ninguna parte del canon bíblico (ni en ningún sitio de la cristiandad moderna), son algunas de las pocas razones por las que se le debe considerar el texto religioso más notable jamás revelado desde que los escritos del Nuevo Testamento fueran compilados hace casi dos milenios. De hecho, en su papel de restaurador de las verdades bíblicas claras y preciosas que se habían perdido, a la par que añade centenares de nuevas verdades sobre Jesucristo y prepara el camino para una completa restauración de Su Evangelio y para el día triunfante de Su retorno milenario, se puede considerar al Libro de Mormón como el texto religioso más importante y destacable jamás dado al mundo. El profeta que tradujo el libro y que luego dio su vida por la veracidad de su mensaje, dijo que "era el más correcto de todos los libros sobre la tierra, y la clave de nuestra religión; y que un hombre se acercaría más a Dios al seguir sus preceptos que los de cualquier otro libro".

Y así es. El Libro de Mormón es la clave de nuestra religión principalmente porque es el testigo más extendido y definitivo que tenemos del Señor Jesucristo, nuestro Alfa y Omega, la Verdadera Viña, el Obispo y el Pastor de nuestra alma, la Piedra Angular, la Piedra Central del Ángulo del Evangelio eterno. Cristo es nuestra salvación y el Libro de Mormón declara inequívocamente este mensaje al mundo. En su comunicado de fe, esperanza y caridad en Cristo, el Libro de Mormón es el "nuevo convenio" de Dios a Sus hijos, por última vez.

ANTECEDENTE

CAPITULO DOS

SE HA DE RASGAR EL VELO DE INCRECULIDAD

Tal y como se dijo antes, la mayor parte del registro del Libro de Mormón procede del período anterior al nacimiento de Jesús en la mortalidad. No es de extrañar, entonces, que una de las contribuciones especiales de este libro sea el conocimiento que contiene sobre el majestuoso papel del Cristo premortal. Cristo, en Su papel de Jehová así como en el de Jesús, es uno de los mensajes principales de este libro sagrado.

Los eruditos Santos de los últimos Días consideran la unión del palo de José con el de Judá, tal y como profetizara Ezequiel, como una de las grandes contribuciones del Libro de Mormón, y ciertamente lo es. Sin embargo, en cuanto a la reunión de diferentes registros, es igualmente importante reconocer lo que el Libro de Mormón hace por unir el Antiguo con el Nuevo Testamento de una forma que, generalmente, no se reconoce como tal y que, de hecho, en ocasiones otras tradiciones religiosas contemplan como algo imposible.

Muchos estudiosos de la Biblia han tenido dificultad para reconciliar la teología y la visión de la Deidad que exhibe el Antiguo Testamento con las que posteriormente se hallan presentes en el Nuevo Testamento. Salvar esta obvia distancia es también otra gran contribución inestimable realizada por un tercer testamento: El Libro de Mormón. Este nuevo convenio enlaza los mundos religiosos de Malaquías y Mateo no sólo al ocupar el vacío existente entre ambos libros (comenzando 600 años antes de Cristo y finalizando 400 años después de Él) sino, más importante aún, al reunir los textos del Antiguo y Nuevo Testamento en la continuidad de la doctrina que se enseña y la imagen que se transmite de la Divinidad. Resulta entonces evidente que el papel central del Cristo premortal, mortal y postmortal (resucitado) en el Libro de Mormón es el hilo conductor que enlaza todas las enseñanzas y tradiciones de salvación del antiguo convenio con las del nuevo.

La preordinación de Cristo, Su divinidad premortal, la época y las circunstancias de Su venida, así como las tantas particularidades de Su misión y mensaje, se enseñaron de forma abundante a lo largo de toda la historia del Libro de Mormón. Aproximadamente en el año 74 antes de Cristo, Amulek dijo a sus conciudadanos de Ammonáh: "Me parece imposible que ignoréis las cosas que se han hablado concernientes a la venida de Cristo, de quien nosotros enseñamos que es el Hijo de Dios; sí, yo sé que se os enseñaron ampliamente estas cosas antes de vuestra disensión de entre nosotros". Los capítulos del tres al diez de este libro muestran cuán "ampliamente" se enseñaron estas verdades entre los nefitas antes del nacimiento de Cristo; mas el lector del Libro de Mormón debiera considerar primero un registro anterior y más notable que esos.

EL HERMANO DE JARED

Uno de los más grandes profetas del Libro de Mormón carece de nombre en el registro que documenta su notable vida. Se le identifica únicamente como "el hermano de Jared". Aun así, la revelación que se desplegó ante sus ojos fue tan extraordinaria, que su vida y legado se han convertido en sinónimos de audacia, consumación y fe perfecta.

Durante la dispersión acaecida tras los hechos de la torre de Babel, el pueblo de Jared llegó hasta "ese mar que separa las tierras", donde plantaron sus tiendas en espera de más revelación en cuanto a cómo cruzar el vasto océano. Allí aguardaron por esa

dirección divina durante cuatro años, pero parece que lo hicieron de forma demasiado despreocupada, sin orar ni ejercer la fe. Entonces se produjo este extraordinario encuentro: "El Señor vino otra vez al hermano de Jared, y estaba en una nube, y habló con él. Y por el espacio de tres horas habló el Señor con el hermano de Jared, y lo reprendió porque no se había acordado de invocar el nombre del Señor".

Resulta difícil imaginar cómo puede ser una reprimenda del Señor durante tres horas, pero el hermano de Jared la soportó. Tras un arrepentimiento y oración inmediatos, este profeta buscó nuevamente la guía, tanto para la jornada que se les había asignado, como para los integrantes de esa hazaña. Dios aceptó su arrepentimiento y de forma amorosa le dio más dirección para esta misión crucial.

Para realizar la travesía del océano, las familias y sus rebaños necesitarían barcos semejantes a los que habían construido para un anterior viaje: pequeños, ligeros, algo ovalados, navíos idénticos en diseño por arriba y por abajo, capaces de permanecer a flote aun cuando volcasen a causa de las olas. Estos "ajustados" artilugios eran, obviamente, de un diseño y capacidad sin precedentes, realizados bajo la dirección de Aquel que gobierna los mares y los vientos para que pudieran navegar con "la ligereza de un ave sobre el agua".

A pesar de su diseño milagroso y de su meticulosa construcción, estos barcos tenían una limitación importante y, aparentemente, insalvable: una embarcación tan ajustada no permitía que los navegantes tuvieran luz alguna.

"El hermano de Jared... clamó de nuevo al Señor, diciendo: He aquí, oh Señor, he obrado según me lo has mandado; y he preparado los barcos para mi pueblo, y he aquí, no hay luz en ellos. ¿Vas a permitir, oh Señor, que crucemos estas grandes aguas en la obscuridad?".

Entonces se recibió una respuesta extraordinaria e inesperada del creador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas que en ellos hay, el mismo que audazmente declarara a Abraham: "¿Hay para Dios alguna cosa difícil?".

"Y el Señor dijo al hermano de Jared: ¿Qué quieres que yo haga para que tengáis luz en vuestros barcos?". Entonces, como si una pregunta semejante de la omnipotente Deidad no fuera suficiente, el Señor procedió a enumerar los mismos problemas que el hermano de Jared conocía bastante bien, y le dijo: "He aquí, no podéis tener ventanas, pues serían hechas pedazos; ni llevaréis fuego con vosotros, porque no os dirigiréis por la luz del fuego.

"Pues he aquí, seréis como una ballena en medio del mar; porque las inmensas olas estallarán contra vosotros...

"Por tanto, ¿qué deseas que prepare para vosotros, a fin de que tengáis luz cuando seáis sumergidos en las profundidades del mar?".

Era evidente que el hermano de Jared estaba siendo probado. Dios había hecho Su parte, había proporcionado unos barcos únicos y en condiciones de navegar para cruzar el océano. Había realizado una brillante obra de ingeniería y la parte más difícil del proyecto de construcción había terminado. Ahora el Señor quería saber qué iba a hacer el hermano de Jared con los detalles más pequeños.

Tras lo que sin duda fue un momento de profunda reflexión, el hermano de Jared acudió al Señor, quizás dubitativo, mas no con las manos vacías. En un tono claramente de disculpa, le dijo: "He aquí, oh Señor, no te enojas con tu siervo a causa de su debilidad delante de ti... ¡Oh Señor!, ten piedad de mí y aparta tu ira de este pueblo, y no permitas que atraviese este furioso abismo en la obscuridad; sino mira estas cosas que he fundido de la roca".

Cosas. El hermano de Jared apenas sabía cómo llamarlas. Sin duda alguna, rocas no sonaba muy inspirado. Al lado de la magnífica obra del Señor - las impecablemente diseñadas y maravillosamente únicas barcasas- el hermano de Jared realizó su contribución en forma de piedras; y mientras contemplaba las brillantes naves que el Señor había proporcionado, éste se convirtió en un momento de genuina humildad.

Se apresuró a decir: "Y sé, oh Señor, que tú tienes todo poder, y que puedes hacer cuanto quieras para el beneficio del hombre. Por tanto, toca estas piedras con tu dedo, oh Señor, y dispónlas para que brillen en la obscuridad; y nos iluminarán en los barcos que hemos preparado, para que tengamos luz mientras atravesemos el mar.

"He aquí, oh Señor, tú puedes hacer esto. Sabemos que puedes manifestar gran poder, que parece pequeño al entendimiento de los hombres"

Tras toda esta autodegradación, la fe del hermano de Jared se hizo aparente de inmediato de hecho, sería mejor que dijéramos transparente, a la vista del propósito para el cual se emplearían las piedras. Era obvio que Jehová halló algo sorprendente en la infantil inocencia y en el fervor de la fe de este hombre. "He aquí, oh Señor, tú puedes hacer esto". En cierto sentido, puede que no haya en las Escrituras una expresión de fe más poderosa. Es casi como si el hermano de Jared estuviera animando a Dios, envalentonándole, confortándole. No fue un: "He aquí, oh Señor, estoy seguro de que puedes hacer esto". Tampoco fue un: "He aquí, oh Señor, tú has hecho muchas cosas mayores que ésta". A pesar de lo incierto que estuviera el profeta en cuanto a su propia habilidad, no tenía duda alguna respecto al poder de Dios. Ésta no fue sino una declaración enérgica y sin pizca de vacilación. Se trataba de dar un poco de ánimo al que no lo necesitaba, pero que ciertamente debe haber estado impresionado por ello. "He aquí, oh Señor, tú puedes hacer esto".

Lo acontecido después se halla entre los más grandes momentos de la historia escrita, y por seguro que entre los mayores momentos de fe que se hayan registrado, pues situó al hermano de Jared entre los más grandes profetas de Dios para siempre jamás. Cuando el Señor extendió Su mano para tocar las piedras una por una con el dedo - acción que equivale a una respuesta innegable a la imperiosa fe de este hombre -, "fue quitado el velo de ante los ojos del hermano de Jared, y vio el dedo del Señor; y era como el dedo de un hombre, a semejanza de carne y sangre; y el hermano de Jared cayó delante del Señor, porque fue herido de temor".

El Señor, viendo que el hermano de Jared había caído al suelo, mandó que se levantara y le preguntó: "¿Por qué has caído?". La respuesta: "Vi el dedo del Señor, y tuve miedo de que me hiriese; porque no sabía que el Señor tuviese carne y sangre".

Entonces se produjo esta maravillosa declaración por boca del Señor: "A causa de tu fe has visto que tomaré sobre mí carne y sangre; y jamás ha venido a mí hombre alguno con tan grande fe como la que tú tienes; porque de no haber sido así, no hubieras podido ver mi dedo. ¿Viste más que esto?".

El hermano de Jared respondió: "No; Señor, muéstrate a mí". Tras este extraordinario intercambio, y antes de recibirse toda la revelación, el Señor hizo frente, una vez más, a la fe del hermano de Jared con una pregunta sumamente intrigante: "¿Crearás las palabras que hablaré?", le preguntó. No le dijo: "¿Crearás las palabras que ya he hablado?", sino que la petición fue mucho más rigurosa: "¿Crearás las palabras que hablaré?".

La fe preparatoria se forma con las experiencias del pasado - lo conocido -, lo cual proporciona una base para la creencia; mas la fe redentora debe con frecuencia ejercerse orientada hacia experiencias futuras - lo desconocido -, con lo que se concede una oportunidad para lo milagroso. La fe rigurosa, la que mueve montañas, la fe como la del hermano de Jared, precede al milagro y al conocimiento. Él tenía que creer antes de que

hablara Dios. Tenía que actuar antes de que se hiciera aparente la habilidad para completar la acción. Tenía que comprometerse por adelantado a toda la experiencia, antes incluso del primer segmento de su realización. La fe consiste en aceptar de forma incondicional y por anticipado cualesquiera que sean las condiciones que Dios pueda requerir tanto en el futuro cercano como en el distante.

La fe del hermano de Jared era completa y, comprometiéndose a las palabras que Dios todavía iba a pronunciar, respondió: "Sí, Señor".

Entonces el Señor retiró el velo de los ojos del hermano de Jared y se mostró por completo a este hombre incomparablemente fiel".

"He aquí, yo soy el que fue preparado desde la fundación del mundo para redimir a mi pueblo. He aquí, soy Jesucristo. Soy el Padre y el Hijo. En mí todo el género humano tendrá vida, y la tendrá eternamente, sí, aun cuantos crean en mi nombre; y llegarán a ser mis hijos y mis hijas.

"Y nunca me he mostrado al hombre a quien he creado, porque jamás ha creído en mí el hombre como tú lo has hecho. ¿Ves que eres creado a mi propia imagen? Sí, en el principio todos los hombres fueron creados a mi propia imagen.

"He aquí, este cuerpo que ves ahora es el cuerpo de mi espíritu; y he creado al hombre a semejanza del cuerpo de mi espíritu; y así como me aparezco a ti en espíritu, apareceré a mi pueblo en la carne".

COMPRESIÓN DE LA EXPERIENCIA DEL HERMANO DE JARED

Antes de examinar las verdades doctrinales que se enseñan en este encuentro divino, será útil destacar dos aspectos aparentemente problemáticos, los cuales parecen tener soluciones razonables y aceptables.

La primera consideración surge de las dos preguntas que el Señor hizo al hermano de Jared: "¿Por qué has caído?" y "¿Viste más que esto?". En la teología de los Santos de los últimos Días, es una premisa básica el que Dios "sabe todas las cosas, y no existe nada sin que él lo sepa". Las Escrituras, tanto antiguas como modernas, están repletas de esta afirmación de omnisciencia. Sin embargo, con frecuencia Dios ha hecho preguntas a los mortales, generalmente como una forma de probar su fe, medir su honradez o aumentar su conocimiento.

Por ejemplo, le dijo a Adán en el jardín de Edén: "¿Dónde estabas tú?", y posteriormente preguntó a Eva: "¿Qué es lo que has hecho?". Aunque es un Padre omnisciente que claramente sabía la respuesta a ambas preguntas, pues podía ver dónde estaba Adán y había visto lo que había hecho Eva, resulta evidente que las preguntas eran para el beneficio de Sus hijos, proporcionando a Adán y Eva la responsabilidad de contestar de forma honrada.

Posteriormente, durante la prueba de la fe de Abraham, el Señor le preguntó repetidas veces dónde estaba, a lo cual el fiel patriarca respondía: "Heme aquí". El propósito de Dios no era obtener información que ya conocía, sino consolidar la fe firme de Abraham durante la más difícil de todas las pruebas a las que un padre tuvo que hacer frente. Dios suele hacer tales preguntas con frecuencia, particularmente a la hora de calcular la fe, la honradez y la plena medida del albedrío, otorgando a Sus hijos la libertad y la oportunidad de expresarse de forma tan reveladora como lo deseen, aun cuando Él sepa la respuesta a Sus propias preguntas y a las de los demás.

El segundo asunto que requiere un breve comentario se origina en la exclamación del

Señor: "Y jamás ha venido a mí hombre alguno con tan grande fe como la que tú tienes; porque de no haber sido así, no hubieras podido ver mi dedo". Y luego: "Y nunca me he mostrado al hombre a quien he creado, porque jamás ha creído en mí el hombre como tú lo has hecho".

La posible confusión se produce aquí al ser conscientes de que muchos (y puede que todos) de los principales profetas que vivieron antes que el hermano de Jared habían visto a Dios. Entonces, ¿cómo se entiende la declaración del Señor? Podemos hacer a un lado las conversaciones cara a cara de Adán con Dios en el jardín de Edén debido al estado paradisiaco y previo a la Caída tanto del entorno como de la relación. Además, se pueden entender las restantes visiones de Dios que tuvieron los profetas, como las de Moisés e Isaías en la Biblia, o las de Nefi y Jacob en el Libro de Mormón, puesto que sucedieron tras esta experiencia del hermano de Jared.

Pero antes de la época del hermano de Jared, el Señor se apareció a Adán y "[al] resto de los de su posteridad que eran justos" en el valle de Adán-on-di-Ahmán tres años antes de la muerte de Adán. Y también tenemos a Enoc, quien claramente dijo: "Y vi al Señor; y estaba ante mi faz, y habló conmigo, así como un hombre habla con otro, cara a cara". Damos por sentado que el resto de los profetas entre la Caída y la torre de Babel vieron a Dios de idéntico modo, incluyendo a Noé, quien "halló gracia ante los ojos de Jehová" y "con Dios caminó"; idéntica frase a la empleada para describir la relación de Enoc con el Señor.

Este tema ha sido bastante tratado por los escritores Santos de los últimos Días y hay varias explicaciones posibles, cualquiera de las cuales - o todas - puede arrojar luz sobre la gran verdad de este pasaje. No obstante, sin revelación o comentario adicional sobre el asunto, toda conjetura no es más que eso y por tanto es inadecuada e incompleta.

Una posibilidad es que se trate de un simple comentario hecho en el contexto de una dispensación y que, como tal, se aplica únicamente al pueblo de Jared y a los profetas Jareditas, es decir, que Jehová nunca antes se había revelado a ninguno de estos videntes y reveladores. Obviamente, esta teoría tiene serias limitaciones cuando se contrasta con las expresiones "jamás" y "nunca". Es más, pronto nos damos cuenta de que Jared y su hermano son los padres de su dispensación, los primeros a quienes Dios podría haberse revelado en esa época.

Otra sugerencia es que la referencia a "hombre" es la clave del pasaje, dando a entender que el Señor jamás se había revelado a los impuros, a los incrédulos o al hombre temporal, terrenal y natural. La implicación es la de que sólo aquellos que se han despojado del hombre natural, sólo aquellos que no se han contaminado por el mundo, es decir, sólo a los santos (como Adán, Enoc y ahora el hermano de Jared) se les concede este privilegio.

Algunos creen que el Señor quería decir que nunca antes se había revelado al hombre en tal grado o hasta ese punto. Esta teoría sugiere que las apariciones divinas a profetas anteriores no habían sido con la misma "plenitud", que nunca antes se había retirado el velo para proporcionar una revelación completa de la naturaleza y el ser de Cristo.

Otra posibilidad indica que ésta fue la primera vez que Jehová se había aparecido e identificado a Sí mismo como Jesucristo, el Hijo de Dios, interpretándose el pasaje como: "Y nunca me he mostrado [como Jesucristo] al hombre a quien he creado". Esta posibilidad se ve reforzada por una lectura diferente del posterior comentario editorial de Moroni: "Por lo que, teniendo este conocimiento perfecto de Dios, fue imposible impedirle ver dentro del velo; por tanto, vio a Jesús".

Todavía otra interpretación de este pasaje es que la fe del hermano de Jared era tan grande que no sólo vio el dedo y el cuerpo espiritual del Jesús premortal (algo que

presumiblemente muchos otros profetas también habían visto), sino también algún aspecto diferente y más revelador del cuerpo de carne, sangre y hueso de Jesucristo. Exactamente cuál pudo haber sido la comprensión que tuvo el hermano de Jared de la naturaleza temporal del futuro cuerpo de Cristo, es algo que no está claro; pero Jehová le dijo: "A causa de tu fe has visto que tomaré sobre mí carne y sangre", y Moroni manifestó que Cristo se le reveló en esa ocasión "según la manera y a semejanza del mismo cuerpo con que se mostró a los nefitas. Algunos piensan que literalmente significa "el mismo cuerpo" que verían los nefitas, un cuerpo de carne y hueso. Una postura más fuerte sugeriría que sólo fue la semejanza espiritual del cuerpo futuro. Al hacer hincapié en que se trató de un cuerpo espiritual el que fue revelado y no ningún precursor especial que simulara carne y hueso, Jehová dijo: "Este cuerpo que ves ahora es el cuerpo de mi espíritu... y así como me aparezco a ti en el espíritu, apareceré a mi pueblo en la carne". Moroni también afirmó esto al decir: "Jesús se mostró a este hombre en el espíritu".

Una explicación final - y, en cuanto a la fe del hermano de Jared se refiere, la más persuasiva- es la de que Cristo estaba diciéndole: "Nunca me he mostrado al hombre de esta manera, sin mi voluntad, movido únicamente por la fe del que contempla". Por norma, el Señor invita y recibe a los profetas a Su presencia, pero sólo con Su autorización. Por otro lado, el hermano de Jared parece haberse lanzado él mismo hacia el velo, no como un invitado inoportuno, pero técnicamente como uno que no había sido invitado. Jehová dijo: "Jamás ha venido a mí hombre alguno con tan grande fe como la que tú tienes; porque de no haber sido así, no hubieras podido ver mi dedo... Jamás ha creído en mí el hombre como tú lo has hecho". Obviamente, el Señor mismo estaba enlazando esta fe sin precedente con una visión también sin precedente. Si la visión misma no fuese excepcional, entonces tendrían que serlo la fe y la manera en que se recibió la visión. La única forma de que la fe pudiera ser tan notable era gracias a su habilidad para llevar al profeta, sin estar invitado, allí a donde otros sólo habían podido llegar con la autorización de Dios.

Éste parece ser el entendimiento que Moroni tiene de la circunstancia cuando más adelante escribió: "Y debido al conocimiento [el cual vino como resultado de la fe] de este hombre no se le pudo impedir que viera dentro del velo. Por lo que, teniendo este conocimiento perfecto de Dios, fue imposible impedirle ver dentro del velo; por tanto, vio a Jesús".

Podría ser éste uno de esos ejemplos provocadores (con la salvedad de que ésta es una experiencia real y no hipotética) que cualquier teólogo podría citar en un debate sobre el poder de Dios. A veces los estudiantes de religión preguntan: "¿Puede Dios crear una roca tan pesada que Él mismo no pueda levantar?". O: "¿Puede Dios esconder algo de tal forma que no pueda encontrarlo?". Pero uno podría preguntar algo mucho más conmovedor e importante: "¿Es posible tener una fe tan grande que ni siquiera Dios pueda resistirse a ella?". En un principio uno se inclina a decir que ciertamente Dios podría obstaculizar una experiencia semejante con tan sólo desearlo, pero el texto sugiere lo contrario: "[A] este hombre no se le pudo impedir que viera dentro del velo... Fue imposible impedirle ver dentro del velo".

Puede que éste sea un caso sin precedentes del deseo, la voluntad y la pureza de un hombre mortal tan cercanos a la norma celestial, que Dios no pudo sino honrar su devoción. ¡Qué declaración doctrinal tan notable sobre el poder de la fe de un mortal! No se trataba de un mortal etéreo, inalcanzable y selecto, sino que era éste un hombre que primero se olvidó de invocar al Señor, alguien cuyas mejores ideas se centraban a veces en las piedras, alguien que ni siquiera tiene nombre en el libro que ha inmortalizado esta experiencia sin precedente. Con esta fe no debiera sorprendernos que el Señor mostrara muchas cosas a este profeta, visiones que serían relevantes para la misión de todos los profetas del Libro de Mormón y para los acontecimientos de la dispensación de los últimos

días en la que el libro saldría a la luz.

LA VISTA DENTRO DEL VELO

Después de que el profeta penetrara el velo para contemplar al Salvador del mundo, no se le puso límites para ver el resto de lo que revelaba el mundo eterno. De hecho, el Señor le mostró "todos los habitantes de la tierra que había habido, y también todos los que había de haber; y no los ocultó de su vista, aun hasta los cabos de la tierra". El respaldo y la fuente del privilegio para una experiencia tan extraordinaria fue, una vez más, la fe del hermano de Jared, pues "el Señor no podía ocultarle nada, porque sabía que el Señor podía mostrarle todas las cosas".

Esta visión de "todos los habitantes de la tierra que había habido, y también todos los que había de haber... aun hasta los cabos de la tierra" fue similar a la concedida a Moisés y a otros profetas'. Sin embargo, en este caso se escribió en detalle y fue sellada. Moroni, que tenía acceso al registro de esta visión, escribió en sus planchas "las mismas cosas que vio el hermano de Jared". Posteriormente también él las selló y las escondió una vez más en la tierra antes de su muerte y de la destrucción de la civilización nefita. Moroni escribió en cuanto a esta visión concedida al hermano de Jared: "Jamás se manifestaron cosas mayores que las que le fueron mostradas al hermano de Jared".

Aquellas planchas constituyen la porción sellada del Libro de Mormón que José Smith no tradujo. Es más, permanecerán selladas, tanto literal como figuradamente, hasta que generaciones futuras "ejerzan la fe en mí, dice el Señor, así como lo hizo el hermano de Jared, para que se santifiquen en mí, entonces les manifestaré las cosas que vio el hermano de Jared, aun hasta desplegar ante ellos todas mis revelaciones".

La plena medida de esta visión sin precedente e insuperable- "jamás se manifestaron cosas mayores"- todavía está por conocer. Pero considere lo que sí conocemos del transcurso de la recepción de esta experiencia, considere qué ocurrió aproximadamente dos mil años antes del nacimiento de Cristo y considere lo que no se encuentra actualmente en el canon de ese período del Antiguo Testamento relativo a Jehová y Sus verdaderos atributos.

- Jehová, el Dios de la era precristiana, era el premortal Jesucristo, identificado aquí por ese nombre".
- Cristo tiene un papel tanto de Padre como de Hijo en Su relación divina con los hijos de los hombres.
- Cristo "fue preparado desde la fundación del mundo para redimir a [Su] pueblo", conocimiento que anteriormente había sido compartido con Enoc y que más adelante recibiría Juan el Revelador.
- Cristo tenía un cuerpo espiritual similar a la forma premortal de Su cuerpo físico, "a semejanza de carne y sangre", incluyendo dedos, voz, rostro y todos los demás aspectos físicos".
- En cierta forma, Cristo ayudó en la creación del hombre, una creación en última instancia efectuada por el Padre. En ese proceso, los cuerpos de la familia humana eran semejantes al "cuerpo del espíritu [de Cristo]".
- Con un cuerpo espiritual y la divinidad de Su llamamiento, el Cristo premortal habló de forma audible, en palabras y con una lengua que los mortales podían entender.
- Cristo es un Dios que actúa en representación de Su Padre y junto a Él, el cual también es un Dios 43.

- Cristo revela verdades a algunas personas, las cuales se deben ocultar de los demás hasta un tiempo señalado (Su "propio y debido tiempo").
- Cristo utiliza una variedad de instrumentos y técnicas en el proceso de la revelación, incluyendo el poder de interpretación de "dos piedras" como las empleadas en el Urim y Tumim.
- Cristo tenía un conocimiento anterior de todos los habitantes de la tierra que habían existido, así como un conocimiento previo de todo lo que existiría, y mostró todo esto al hermano de Jared.
- El posterior papel redentor y expiatorio de Cristo estaba claramente establecido antes incluso de concretarse en Su vida mortal. Es más, de una forma sumamente bendita para el hermano de Jared, tuvo una eficacia inmediata: "Yo soy el que fue preparado desde la fundación del mundo para redimir a mi pueblo", dijo Cristo. "En mí todo el género humano tendrá vida, y la tendrá eternamente, sí, aun cuantos crean en mi nombre; y llegarán a ser mis hijos y mis hijas".

Entonces el hermano de Jared recibió su redención, como si ya se hubiera efectuado la Expiación: "Porque sabes estas cosas, eres redimido de la caída", le prometió Cristo, "por tanto, eres traído de nuevo a mi presencia; por consiguiente yo me manifiesto a ti".

Esta última declaración pone de relieve la naturaleza eterna de la Expiación y su impacto al llegar a todo el que haya vivido antes del nacimiento del Salvador, así como a todo el que viva después de Él. Todas las personas de la época del Antiguo Testamento que fueron bautizadas en el nombre de Cristo, tenían idéntico derecho a la vida eterna que el hermano de Jared, aun cuando Cristo aún no había nacido. En los infinitos y eternos asuntos de la Expiación, así como en todos los demás convenios eternos, "sólo para los hombres está medido el tiempo", y los profetas podían hablar de hechos futuros "como si ya hubiesen acontecido".

Moroni, durante el registro de la experiencia del hermano de Jared, añadió estas reflexiones y revelaciones adicionales sobre la misma:

- Los futuros discípulos tendrían que santificarse en Cristo para recibir todas Sus revelaciones.
- A los que rechacen la visión del hermano de Jared, Cristo no les mostrará "cosas mayores".
- A la orden de Cristo "se abren y se cierran los cielos", "temblará la tierra" y "sus habitantes pasarán, como si fuera por fuego".
- Los que crean en la visión del hermano de Jared recibirán manifestaciones del Espíritu de Cristo. Debido a esta experiencia espiritual, la creencia se convertirá en conocimiento y sabrán "que estas cosas son verdaderas".
- "Y cualquier cosa que persuada a los hombres a hacer lo bueno" es de Cristo. Lo bueno sólo procede de Cristo
- Los que no crean en las palabras de Cristo tampoco le creerían a Él en persona.
- Los que no creen en Cristo no creen en Dios el Padre, quien le envía.
- Cristo es la luz, la vida y la verdad del mundo".
- Cristo revelará "cosas mayores", "cosas grandes y maravillosas", conocimiento escondido "desde la fundación del mundo" a los que rasguen el velo de la incredulidad y acudan a Él.
- Los creyentes deben invocar al Padre en el nombre de Cristo "con un corazón

quebrantado y un espíritu contrito" si es que quieren saber "que el Padre se ha acordado del convenio que hizo" con la casa de Israel.

- Las revelaciones de Cristo a Juan el Revelador "serán manifestadas a los ojos de todo el pueblo" en los últimos días, aun cuando estén a punto de cumplirse.
- Cristo manda a todos los cabos de la tierra que vayan a Él, crean en Su Evangelio y se bauticen en Su nombre".
- Las señales seguirán a quienes crean en el nombre de Cristo.
- El que es fiel al nombre de Cristo, en el último día "será enaltecido para morar en el reino preparado para él desde la fundación del mundo"

Acompaña a esta revelación una súplica a todo el que algún día la reciba. Cristo clama al lector de los últimos días que penetre más allá de los límites de la fe superficial:

"¡Venid a mí, oh gentiles, y os mostraré las cosas mayores, el conocimiento que se ha ocultado a causa de la incredulidad!

"¡Venid a mí, oh casa de Israel, y os será manifestado cuán grandes cosas el Padre ha reservado para vosotros desde la fundación del mundo; y no han llegado a vosotros por motivo de la incredulidad!

"He aquí, cuando rasguéis ese velo de incredulidad que os hace permanecer en vuestro espantoso estado de iniquidad, y dureza de corazón, y ceguedad de mente, entonces las cosas grandes y maravillosas que han estado ocultas de vosotros desde el principio del mundo, sí, cuando invoquéis al Padre en mi nombre, con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, entonces sabréis que el Padre se ha acordado del convenio que hizo con vuestros padres, oh casa de Israel".

El Libro de Mormón se basa en la disposición de los hombres y mujeres para "[rasgar] ese velo de incredulidad" y poder contemplar las revelaciones - y la Revelación- de Dios. Puede que el, hermano de Jared no tuviera una gran fe en sí mismo, pero su creencia en Dios no tenía parangón alguno, y ahí es donde reside la esperanza para todos nosotros. Su fe carecía de dudas y de límites.

"Y sé, oh Señor, que tú tienes todo poder, y que puedes hacer cuanto quieras para el beneficio del hombre. Por tanto, toca estas piedras con tu dedo. Desde la declaración de estas palabras, el hermano de Jared y el lector del Libro de Mormón cambiarían para siempre. De una vez y para siempre se declaró que la gente con retos comunes y corrientes podía partir el velo de la incredulidad y entrar en los reinos de la eternidad. Y Cristo, el que fuera preparado desde la fundación del mundo para redimir a Su pueblo, permanecería en toda Su gloria en los límites de ese velo, preparado para recibir a los creyentes y mostrarles "cuán grandes cosas el Padre ha reservado" para ellos al final del camino de la fe.

ANTICIPACIÓN

CAPITULO TRES

TRES TESTIGOS ANTIGUOS:

NEFI

La forma que el Señor tiene de enseñar y ratificar, especialmente cuando hay un convenio de por medio, siempre ha proporcionado más de un testimonio. Su admonición ha sido siempre la de que "por boca de dos o tres testigos se decidirá todo asunto". De hecho, cuando el Libro de Mormón estaba para salir a luz bajo la mano inspirada del profeta José Smith, se profetizó que "por el poder de Dios se mostrarán [las planchas]... Y en boca de tres testigos se establecerán estas cosas; y el testimonio de tres, y esta obra, en la cual se mostrará el poder de Dios y también su palabra de la cual el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo dan testimonio; y todo esto se levantará como testimonio contra el mundo en el postrer día".

Esos tres testigos fueron Oliver Cowdery, David Whitmer y Martin Harris, cuya experiencia se registra en los anales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días, y cuyo testimonio está grabado para siempre en las páginas iniciales del Libro de Mormón, donde permanecerá hasta que lamanitas, judíos y gentiles se convenzan de que Jesús es el Cristo, el Eterno Dios. A estos hombres, quienes a pesar de otras crisis de fe fueron a la tumba ratificando sus testimonios de los orígenes divinos del Libro de Mormón, se les conoce en el vocabulario de los Santos de los últimos Días simplemente como "los tres testigos".

Siguiendo con este mismo principio de los convenios, resulta interesante destacar que hubo otros tres testigos previos - testigos especiales- no sólo de los orígenes divinos del Libro de Mormón, sino también de la Divinidad misma, y éstos fueron Nefi, Jacob e Isaías; y no es coincidencia que sus testimonios aparezcan de forma tan evidente al comienzo de este antiguo registro.

Sus testimonios, por lo que sabemos, acceden al Libro de Mormón procedentes de las planchas menores de Nefi. La frase para un sabio propósito aparece en el libro al menos en seis ocasiones en referencia a la creación, escritura y preservación de las planchas menores. Un sabio propósito - el más obvio- fue el de compensar por la futura pérdida del manuscrito de 116 páginas que el profeta José Smith tradujo de la primera parte del compendio que Mormón hizo de las planchas mayores de Nefi.

Pero existe otro "sabio propósito" para incluir estas planchas menores en el material altamente editado que constituiría el Libro de Mormón. En Doctrina y Convenios 10:45, el Señor declaró a José Smith: "He aquí, hay muchas cosas grabadas en las planchas [menores] de Nefi que dan mayor claridad a mi evangelio".

Siguen sin conocerse toda la información y los detalles contenidos en esas primeras 116 páginas del manuscrito, pero lo que sí se conoce es que gran parte de esa "mayor claridad" del Evangelio que se encuentra en las enseñanzas de las planchas menores de Nefi procede de las declaraciones personales de estos tres grandes testigos proféticos del Jesucristo premortal: Nefi, Jacob e Isaías. Estas tres voces doctrinales y visionarias aclaran desde el comienzo mismo por qué el Libro de Mormón es "otro testamento de Jesucristo".

Al hablar de la preparación especial que recibieron los tres para recibir y enseñar esta "mayor claridad" del Evangelio, Nefi reveló la cualificación más persuasiva de todas: habían visto al Jesucristo premortal.

"Y ahora yo, Nefi, escribo más de las palabras de Isaías, porque mi alma se deleita en sus palabras. Porque aplicaré sus palabras a mi pueblo, y las enviaré a todos mis hijos, pues él verdaderamente vio a mi Redentor, tal como yo lo he visto.

"Y mi hermano Jacob también lo ha visto... por tanto, transmitiré las palabras de ellos a mis hijos, para probarles que mis palabras son verdaderas. Por tanto, ha dicho Dios, por las palabras de tres estableceré mi obra".

Nefi concluyó diciendo: "Mi alma [y podría haber dicho las almas de los tres] se deleita en comprobar a [nuestro] pueblo la verdad de la venida de Cristo... que salvo que Cristo venga, todos los hombres deben perecer".

Uno podría discutir de forma convincente que el propósito principal para registrar, preservar y, posteriormente, traducir las planchas menores de Nefi fue el proporcionar el testimonio de estos tres testigos a la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Sus escritos constituyen un total de 161 de las 169 páginas de las planchas menores. Para cuando se lee a Nefi, Jacob e Isaías en estas primeras páginas, uno establece un firme cimiento de lo que Nefi llamó "la doctrina de Cristo"; un cimiento que se conforma perfectamente con la página del título del Libro de Mormón. Tras leer a estos tres testigos en las planchas menores de Nefi, el lector sabe al menos dos cosas: que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios Viviente, y que Dios guardará Sus convenios y promesas con el resto de la casa de Israel. Estos dos elementos constituyen los dos objetivos principales del Libro de Mormón y son precisamente los temas introductores empleados por Nefi, Jacob e Isaías.

Obviamente, sería interesante que un día alguien pudiera encontrar las 116 páginas perdidas del manuscrito original del Libro de Mormón, aunque el contenido de esas páginas no podría ser más importante ni más fundamental para el propósito del libro que las enseñanzas de estos tres profetas que se hallan registradas en las planchas menores. Como centinelas ante la puerta del libro, Nefi, Jacob e Isaías nos admiten en la presencia del Señor en las Escrituras.

LEHI

La enseñanza y el testimonio de otro testigo que, en gran medida, se perdió en ese primer material manuscrito, procede de Lehi, padre de Nefi y Jacob. De hecho, el primer libro de ese material traducido llevaba por título el "Libro de Lehi". Afortunadamente, Nefi registró partes significativas de las enseñanzas de su padre en su propia relación de las planchas menores, y esa perspectiva de la experiencia de Lehi contribuye a la perspectiva del lector sobre el Salvador del mundo. El primer capítulo de 1 Nefi comienza con la visión de Lehi de "Uno que descendía del cielo, y vio que su resplandor era mayor que el del Sol al mediodía". En esta visión, el Cristo premortal, acompañado de "otros doce", condujo a Lehi hacia un libro que le mandó leer. El libro hablaba de "muchas cosas grandes y maravillosas", entre las que se incluía la clara declaración de "la venida de un Mesías y también la redención del mundo". De esta forma, en los primeros versículos del primer capítulo del primer libro del Libro de Mormón, tropezamos de bruce con el tema central.

Aunque sus coetáneos en Jerusalén rechazaron su mensaje, Lehi prosiguió con sus profecías de "un Mesías, o, en otras palabras, un Salvador del mundo.

"Y también habló concerniente a los profetas: del gran número que había testificado de estas cosas referentes a este Mesías de quien él había hablado, o sea, de este Redentor del mundo.

"Por lo tanto, todo el género humano se hallaba en un estado perdido y caído, y lo estaría para siempre, a menos que confiase en este Redentor".

Incluidos en la visión de Lehi sobre la venida de Cristo a la mortalidad había muchos detalles reveladores en cuanto al tiempo exacto de Su venida y la misión de Juan el Bautista, quien "bautizaría en Betábara, del otro lado del Jordán", al Mesías mismo al

comienzo de Su ministerio. "[Y] después de haber bautizado al Mesías con agua, vería y daría testimonio de haber bautizado al Cordero de Dios, quien quitaría los pecados del mundo". Lehi también vio en la visión que matarían al Mesías y que "resucitaría de entre los muertos y se manifestaría a los gentiles", proporcionando la primera de más de ochenta referencias a la Resurrección en el Libro de Mormón. Tal y como había aprendido el hermano de Jared antes que él, Lehi vio y aprendió lo que aquel vio y aprendió por poder, "que recibió por la fe que tenía en el Hijo de Dios".

Si se trataba de una de esas visiones brevemente registradas o de algún otro tipo de magnífica manifestación personal de Cristo, no lo sabemos; mas Lehi habló de una singular experiencia reveladora del Hijo de Dios cuando testificó a sus hijos cerca ya del fin de sus días: "Pero he aquí, el Señor ha redimido a mi alma del infierno; he visto su gloria, y estoy para siempre envuelto en los brazos de su amor".

Este testimonio preliminar de Lehi en cuanto al nacimiento, la misión, la muerte y la divinidad del Salvador del mundo, sirve de presentación entre el Señor y el lector en las primeras veinte páginas del Libro de Mormón. Puesto que este impresionante material, aunque bastante limitado, procede del registro que Nefi hizo de la visión de su padre, se puede suponer sin temor a equivocarse que habría muchas más de estas profecías mesiánicas en las primeras 116 páginas perdidas del manuscrito traducido.

EL PARECER DE NEFI SOBRE LA VISIÓN DE LEHI

A pesar de lo limitado del material de Lehi, estamos en deuda con él y con su experiencia como visionario por el efecto reflexivo que sus revelaciones tuvieron en su hijo Nefi, pues fue el deseo de éste ver, oír y saber de las cosas que su padre había visto lo que le condujo a sus magníficas manifestaciones personales. Con el deseo de recibir tales revelaciones por sí mismo, y creyendo que Dios podía darle a conocer esas mismas cosas, Nefi se hallaba meditando en su significado cuando fue llevado en visión; momento en el que, "porque [creyó] en el Hijo del Dios Altísimo", se le mostró "un hombre que desciende del cielo... el Hijo de Dios".

Con cierto detalle idéntico al que recibió el hermano de Jared al comienzo de la dispensación Jaredita, Nefi obtuvo información similar sobre el futuro de su pueblo al comienzo de la dispensación nefita. En una amplia visión del futuro de la rama fructífera de José, cuyos vástagos se estaban extendiendo "sobre el muro", Nefi fue guiado por el Espíritu del Señor (y por ángeles enviados con tal propósito) para ver la vida y el ministerio del Salvador, una visión que recibió porque "[creyó] en el Hijo del Dios Altísimo"

Consideremos cuán extensas y detalladas fueron las enseñanzas doctrinales que recibió Nefi:

- Nazaret sería la ciudad de la concepción de Cristo.
- La madre del Salvador sería "una virgen, más hermosa y pura que toda otra virgen".
- La virgen, madre del Hijo de Dios, sería "llevada en el Espíritu", concibiendo y dando a luz "según la carne".
- El niño que nació de la virgen sería "el Cordero de Dios, sí, el Hijo del Padre Eterno".
- La madre de ese niño todavía sería virgen tras Su alumbramiento.
- El nacimiento, la vida, la muerte, la expiación y la resurrección de Cristo (identificados en la visión de Nefi del Árbol de la Vida) eran elementos relacionados entre sí del amor que Dios derramaba "ampliamente en el corazón de los hijos de los hombres", el cual era "más deseable que todas las cosas... el de mayor gozo para el alma... el más grande de todos los dones de Dios".

- Jesús sería bautizado por Juan el Bautista, y el Espíritu Santo descendería del cielo en la forma de una paloma.
- Cristo ministraría "con poder y gran gloria" entre los hijos de los hombres, muchos de los cuales caerían "a sus pies y lo [adorarían]".
- Cristo escogería "a otros doce" para ayudarlo, los cuales se llamarían "apóstoles".
- Se reunirían las multitudes. Cristo sanaría a los enfermos y a aquellas personas "aflijidas con toda clase de males, y con demonios y con espíritus impuros".
- El Cordero de Dios sería apresado por el pueblo y "juzgado por el mundo", para luego ser "levantado sobre la cruz e inmolado por los pecados del mundo".
- En la época de la crucifixión habría (en el Nuevo Mundo) relámpagos, truenos, terremotos, un vapor de tinieblas y "toda clase de ruidos estrepitosos", junto con montañas caídas, llanuras quebradas y ciudades ardiendo y hundiéndose en el mar.
- Tras la crucifixión, el Cordero de Dios descendería "del cielo" y se aparecería a la gente en "la tierra de promisión".
- Escogería a "doce discípulos" para ministrar a la descendencia de Lehi en el Nuevo Mundo como subordinados de los Doce Apóstoles del Viejo Mundo
- Los doce nefitas recibirían el Espíritu Santo, serían ordenados y sus vestidos serían "emblanquecidos en su sangre" a causa de "su fe en el Cordero de Dios".
- El Salvador prometería hacer llegar a los gentiles en los últimos días "mucho [del] evangelio" enseñado en el Nuevo Mundo, el cual sería "claro y precioso".
- En un principio, la Biblia contendría "la plenitud del evangelio" y sería conocida como "el libro del Cordero de Dios". Posteriormente, su integridad doctrinal sería violada y muchas de sus doctrinas "claras y preciosas" se perderían.
- La aparición y las enseñanzas de Cristo en el Nuevo Mundo serían registradas, escondidas y dadas a conocer en el Libro de Mormón, compensando así (junto con las demás revelaciones de los últimos días) la pérdida de las verdades bíblicas.
- Saldrían a la luz "otros libros" por el poder del Cordero de Dios".
- Estos otros registros de los últimos días "(Doctrina y Convenios, y la Perla de Gran Precio) establecerían, junto con el Libro de Mormón, la veracidad del primero (la Biblia), todo lo cual manifestaría "a todas las familias, lenguas y pueblos que el Cordero de Dios es el Hijo del Eterno Padre, y es el Salvador del mundo; y que es necesario que todos los hombres vengan a él, o no serán salvos".
- Los que sean salvos deben venir "conforme a las palabras" de Cristo, palabras que se darían a conocer en el Libro de Mormón y la Biblia, los cuales serían "reunidos en uno solo; porque hay un Dios y un Pastor sobre toda la tierra".
- Durante Su primer advenimiento en el meridiano de los tiempos, Cristo y Su mensaje serían declarados a todas las naciones, primero a los judíos y luego a los gentiles. Durante Su segunda venida, en los últimos días, invertiría este orden, apareciéndose y declarando Su mensaje primero a los gentiles y luego a los judíos; para que de este modo "los últimos [sean] los primeros, y los primeros [sean] los últimos".
- Cristo se manifestaría a los gentiles de los últimos días "tanto en palabra, como también en poder, real y verdaderamente, para quitar sus tropiezos".
- Si los gentiles se arrepienten y no endurecen sus corazones contra el Cordero de Dios y los convenios que ha hecho con Sus hijos, entonces serán "contados entre los de la casa de Israel; y serán para siempre un pueblo bendito sobre la tierra prometida, y... ya no.

[serán confundidos] 41

- La obra de Cristo entre los gentiles sería "una obra grande y maravillosa entre los hijos de los hombres" una obra "sempiterna" que conduciría a la paz y a la vida eterna por un lado, o a la destrucción temporal y espiritual por el otro.
- En los últimos días no habría "más que dos iglesias", la iglesia del Cordero de Dios y la iglesia del diablo. Finalmente, los que no perteneciesen a la iglesia de Cristo serían, por decisión o por omisión, reclamados por la otra.
- Aunque sus números serían pocos y sus dominios pequeños, los miembros de la iglesia del Cordero de Dios, llamados "santos", estarían esparcidos sobre toda la superficie de la tierra.
- La "madre de las abominaciones" reuniría a las multitudes sobre la faz de la tierra, todas las naciones de los gentiles "para combatir contra el Cordero de Dios"
- En respuesta, el poder de Cristo descendería sobre los miembros de Su iglesia, "el pueblo del convenio del Señor", y estarían armados con "su rectitud y el poder de Dios en gran gloria. 46
- Bajo la dirección de Cristo, "la obra del Padre" comenzaría en preparación de "la vía para el cumplimiento de sus convenios que él ha hecho con su pueblo que es de la casa de Israel".

Esta notable y detallada visión del ministerio de Cristo, desde Su nacimiento, ministerio y crucifixión en el Viejo Mundo, hasta Su aparición y enseñanzas en el Nuevo Mundo, así como Su papel en la restauración de todas las cosas en los últimos días, es tanto más impresionante al proceder, como lo hace, de las primeras treinta páginas del Libro de Mormón, una concisa presentación del lector al objetivo central del libro en su declaración de que Jesús es el Cristo.

Siguiendo la tónica de los múltiples testimonios mencionados anteriormente, Nefi acompañó esta magnífica visión con un segundo testimonio profético y personal, en colaboración con los antiguos profetas Zenoc, Neum y Zenós, respecto al "mismo Dios de Israel" al cual los hombres "huellan bajo sus pies" considerando como nada la pureza de Su vida y no prestando atención a la voz de Sus consejos.

EL TESTIMONIO PROFÉTICO DE NEFI

Tras reiterar que Cristo vendría 600 años después de que Lehi y su familia partieran de Jerusalén, Nefi profetizó que un mundo hostil, "a causa de su iniquidad, [juzgaría a Cristo] como cosa de ningún valor; por tanto, lo azotan, y él lo soporta; lo hieren y él lo soporta. Sí, escupen sobre él, y él lo soporta, por motivo de su amorosa bondad y su longanimidad para con los hijos de los hombres".

Al recurrir a la historia del Antiguo Testamento e incluir las palabras de tres profetas que de otro modo serían desconocidos, Nefi subraya de manera intensa la doctrina revelada al hermano de Jared: que Cristo es Jehová, el Dios del Antiguo Testamento, así como Jesús, el Salvador del Nuevo Testamento.

Con anterioridad, Nefi había reprendido a sus hermanos rebeldes recordándoles que los hijos de Israel habían sido guiados fuera del cautiverio por "el Señor su Dios, su Redentor, [yendo] delante de ellos, conduciéndolos de día y dándoles luz de noche". Ahora, una vez más identificó ese papel del Salvador en el Antiguo Testamento y lo combinó con el nuevo.

"Y el Dios de nuestros padres, que fueron llevados fuera de Egipto, fuera de la

servidumbre, y a quienes también preservó en él desierto, sí, el Dios de Abraham, y de Isaac, y el Dios de

Jacob se entrega a sí mismo como hombre... en manos de hombres inicuos para ser levantado, según las palabras de Zenoc, y para ser crucificado, según las palabras de Neum, y para ser enterrado en un sepulcro, de acuerdo con las palabras de Zenós, palabras que él habló tocante a tres días de tinieblas, los cuales serán una señal de su muerte que se dará a los que habitaren las islas del mar, y más especialmente dada a los que son de la casa de Israel"".

Tras recordar las manifestaciones de la reacción de la tierra ante la crucifixión, tal y como le fueron reveladas en su gran visión, Nefi citó al profeta Zenós:

"Ciertamente el Señor Dios visitará a toda la casa de Israel en ese día; a algunos con su voz a causa de su rectitud, para su inmensa alegría y salvación, y a otros con los truenos y relámpagos de su poder, por tempestades, por fuego, por humo y vapores de tinieblas, y por el hendimiento de la tierra y montañas que se levantarán...

"Y se henderán las rocas de la tierra; y a causa de los gemidos de la tierra, muchos de los reyes de las islas del mar se verán constreñidos a exclamar por el Espíritu de Dios: ¡El Dios de la naturaleza padece!"

Nefi - y Zenós -, que entendía claramente que Cristo es el creador y el padre de la tierra, añadió esta maravillosa reflexión en cuanto a por qué la creación reaccionó de forma tan violenta a la crucifixión. El Dios de la tierra estaba siendo crucificado; era el benefactor de la creación, el "Dios de la naturaleza", quien padecía en la cruz, y la naturaleza no iba a recibir esta injusticia de forma pasiva, sino que reaccionó con un quejido y una pena totales. Reaccionó con convulsión, ira y duelo.

Los que contribuyeron al juicio de la crucifixión, los que "[apartaron] sus corazones, desechando señales y prodigios, y el poder y la gloria del Dios de Israel", serían por un tiempo "fustigados por todos los pueblos" y vagarían y perecerían, convirtiéndose en "un escarnio y un oprobio", aborrecidos entre todas las naciones.

Mas cuando llegara el día en que volvieran sus corazones al Santo de Israel, todo cambiaría: "Entonces él se acordará de los convenios que hizo con sus padres... y toda la tierra verá la salvación del Señor... Toda nación, tribu, lengua y pueblo serán bendecidos".

En este contexto de los profetas, las profecías y los convenios del Antiguo Testamento que serían restaurados, Nefi citó dos capítulos completos de Isaías que recalcan el ministerio del Salvador, y luego hizo un comentario importante (y único) sobre un versículo bien conocido, aunque no siempre bien comprendido, del libro de Deuteronomio, en el cual Moisés había escrito:

"Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis..."

"Y Jehová me dijo:... Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare.

"Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta".

En respuesta a esta declaración, Nefi explicó que Cristo era aquel de quien profetizó Moisés, y explicó: "Yo, Nefi, os declaro que este profeta de quien habló Moisés será el Santo del Israel; por tanto, juzgará con justicia..."

"Y rápidamente se acerca el tiempo en que los justos han de ser conducidos como becerros de la manada, y el Santo de Israel ha de reinar con dominio, y fuerza, y potestad, y gran gloria.

"Y recoge a sus hijos de las cuatro partes de la tierra; y cuenta a sus ovejas, y ellas lo conocen; y habrá un redil y un Pastor; y él apacentará a sus ovejas, y en él hallarán pasto.

En este pasaje, Nefi no sólo se hizo eco de las palabras de Moisés y las aclaró, sino que al hacerlo también presagió los escritos mesiánicos de Malaquías y Juan el Amado, haciendo hincapié en el hecho de que los profetas de todas las épocas habían enseñado temas comunes del Evangelio, hasta el punto de haber un lenguaje revelado e imágenes comunes a todos ellos en algunas de sus enseñanzas mesiánicas.

De hecho, Nefi sentía tal unidad en la hermandad de los profetas, que de forma generosa incluyó en su texto porciones importantes de los escritos de su hermano menor, Jacob, y de Isaías, el profeta del Antiguo Testamento.

Con estos dos profetas y sus testimonios como telón de fondo, Nefi escribió sobre la venida de Jesús entre Su propio pueblo: "Cuando llegue el día en que el Unigénito del Padre, sí, el Padre del cielo y de la tierra, se manifieste él mismo a ellos en la carne, he aquí, lo rechazarán por causa de sus iniquidades, y la dureza de sus corazones, y lo duro de su cerviz.

"He aquí, lo crucificarán; y después de ser puesto en un sepulcro por espacio de tres días, se levantará de entre los muertos, con salvación en sus alas; y todos los que crean en su nombre serán salvos en el reino de Dios. Por, tanto, mi alma se deleita en profetizar concerniente a él, porque he visto su día, y mi corazón magnífica su santo nombre".

Nefi profetizó sobre la resurrección del Mesías, la subsiguiente destrucción de Jerusalén y el esparcimiento de sus habitantes, incluyendo su azote "por otros pueblos, por el espacio de muchas generaciones". Mas las promesas del Libro de Mormón a los judíos son tan inigualables como explícitas. Nefi destaca que este azote cesará y dará comienzo la restauración de Israel en aquel día en que "sean persuadidos a creer en Cristo, el Hijo de Dios, y la expiación, que es infinita para todo el género humano; y cuando llegue ese día en que crean en Cristo, y oren al Padre en su nombre, con corazones puros y manos limpias, y no esperen más a otro Mesías, entonces, en esa época, llegará el día en que sea menester que crean estas cosas.

"Y el Señor volverá a extender su mano por segunda vez para restaurar a su pueblo de su estado perdido y caído. Por tanto, él procederá a efectuar una obra maravillosa y un prodigio entre los hijos de los hombres".

Esa obra maravillosa incluirá el que reciban el Libro de Mormón "para convencerlos de que no deben esperar más a un Mesías que ha de venir, pues no ha de venir otro... porque no hay sino un Mesías de quien los profetas han hablado, y ese Mesías es el que los judíos rechazarán... su nombre será Jesucristo, el hijo de Dios"

Una vez más, realizando una conexión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento - que sería fundamental para la comprensión profética y la reconciliación de los judíos- Nefi destacó que el mismo poder que salvó al antiguo Israel de las serpientes venenosas e hizo manar agua de la roca en Meriba, era el poder para salvar almas eternas. Y escribió tanto al Israel antiguo como al moderno: "No hay otro nombre dado debajo del cielo sino el de este Jesucristo, de quien he hablado, mediante el cual el hombre pueda ser salvo".

"PARA QUE NUESTROS HIJOS SEPAN"

En este pasaje fundamental, Nefi hizo hincapié en lo efímero de la ley y destacó la vida que hay en Cristo, la misma lección que ha escuchado cada generación de los hijos de Israel. Esta declaración categórica del propósito del Libro de Mormón merece ser citada en su totalidad:

"Por tanto, [estos escritos] irán de generación en generación mientras dure la tierra...

"Porque nosotros trabajamos diligentemente para escribir, a fin de persuadir a nuestros hijos, así como a nuestros hermanos, a creer en Cristo y a reconciliarse con Dios; pues sabemos que es por la gracia por la que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos;

"Y a pesar de que creemos en Cristo, observamos la ley de Moisés, y esperamos ansiosamente y con firmeza en Cristo, hasta que la ley sea cumplida.

"Pues para este fin se dio la ley; por tanto, para nosotros la ley ha muerto, y somos vivificados en Cristo a causa de nuestra fe; guardamos, empero, la ley, a causa de los mandamientos.

"Y hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos de Cristo, profetizamos de Cristo y escribimos según nuestras profecías para que nuestros hijos sepan a qué fuente han de acudir para la remisión de sus pecados...

"Por tanto debéis inclinaros ante él y adorarlo con todo vuestro poder, mente y fuerza, y con toda vuestra alma; y si hacéis esto, de ninguna manera seréis desechados".

Nefi prosiguió su testimonio destacando que después de que Cristo se hubiera levantado de los muertos, se mostraría a los nefitas. A pesar de la terrible destrucción que acompañaría a la Crucifixión, los fieles, los que "esperan ansiosamente con firmeza en Cristo, aguardando las señales que son declaradas, a pesar de todas las persecuciones, he aquí, son ellos los que no perecerán.

"Mas el Hijo de justicia se les aparecerá; y él los salvará, y tendrán paz con él hasta que hayan transcurrido tres generaciones, y muchos de la cuarta generación hayan fallecido en rectitud".

No obstante lo cansado de su corazón por este testimonio en dos ocasiones habló del dolor y la angustia de su alma al contemplar la destrucción de los incuos, reafirmó a modo de resumen en un soliloquio maravilloso que Cristo no haría nada excepto aquello que fuera para el beneficio del mundo; "porque él ama al mundo, al grado de dar su propia vida para traer a todos los hombres a él".

Puede que ningún otro pasaje del Libro de Mormón transmita con mayor claridad la amplitud del don de Cristo para todas las personas como lo hacen los escritos de Nefi. El don se concedería libremente y no le sería negado a nadie que viniera a participar de esa misericordia y salvación:

"He aquí, ¿acaso exclama él a alguien, diciendo: Apártate de mí? He aquí, os digo que no; antes bien dice: Venid a mí, vosotros, todos los extremos de la tierra, comprad leche y miel sin dinero y sin precio.

"He aquí, ¿ha mandado él a alguno que salga de las sinagogas, o de las casas de adoración? He aquí, os digo que no.

"¿Ha mandado él a alguien que no participe de su salvación? He aquí, os digo que no, sino que la ha dado gratuitamente para todos los hombres; y ha mandado a su pueblo que persuada a todos los hombres a que se arrepientan...

"Porque él hace lo que es bueno entre los hijos de los hombres; y nada hace que no sea claro para los hijos de los hombres; y él invita a todos ellos a que vengan a él y participen de su bondad; y a nadie de los que a él vienen desecha, sean negros o blancos, esclavos o libres, varones o mujeres; y se acuerda de los paganos; y todos son iguales ante Dios, tanto los judíos como los gentiles".

LA DOCTRINA DE CRISTO

En un maravilloso testimonio final a su pueblo, así como a las generaciones futuras de la última dispensación, Nefi dio fin a sus profecías - incluyendo las relativas a la futura venida del Libro de Mormón- y concluyó sus escritos, y toda una vida de enseñanza con "unas pocas de las palabras... acerca de la doctrina de Cristo".

Aunque una frase como "la doctrina de Cristo" podría emplearse de forma más apropiada para describir cualquiera de las enseñanzas del Maestro, o todas ellas, no obstante se podría denominar de forma más correcta a todas esas amplísimas y hermosas expresiones esparcidas a lo largo y ancho del Libro de Mormón, el Nuevo Testamento y las Escrituras de los últimos días, como "las doctrinas de Cristo". Fíjese en que Nefi empleó claramente esta expresión en singular, pues a la conclusión de su testimonio final, y posteriormente en la propia declaración del Salvador a los nefitas durante Su aparición a ellos, el hincapié se hace en un sentido preciso y singular de la doctrina de Cristo, específicamente en aquella parte que el profeta José Smith declaró ser "los primeros principios y ordenanzas del Evangelio".

La "doctrina de Cristo" tal y como la enseñó Nefi en su discurso grandioso y recapitulativo, se centra en la fe en el Señor Jesucristo, el arrepentimiento, el bautismo por inmersión, la recepción del don del Espíritu Santo y la perseverancia hasta el fin. Esta declaración no intenta abarcar todo el plan de salvación, todas las virtudes de una vida cristiana y las recompensas que nos aguardan en los diferentes grados de la gloria celestial. En esta declaración no se tratan los oficios del sacerdocio, las ordenanzas del templo ni muchas otras doctrinas verdaderas.

Todas son importantes, mas, tal y como se emplea en el Libro de Mormón, "la doctrina de Cristo" es simple y directa; se centra exclusivamente en los primeros principios del Evangelio incluyendo una expresión de ánimo para perseverar, persistir y seguir adelante. De hecho, el impacto de "la doctrina de Cristo" reside en su claridad y sencillez. Nefi sabía que sería así, y escribió: "Os hablaré claramente, según la claridad de mis profecías".

El seguir al Hijo (fe en el Señor Jesucristo). El llamado de Nefi, citando la voz premortal de Cristo mismo, se extiende a todos los que serían discípulos de Cristo y seguidores de Su doctrina, obedientes a los primeros principios y ordenanzas del Evangelio. Tener fe en el Señor Jesucristo significa, en definitiva, creer en Él, confiar en Él, obedecerle y seguirle.

"Seguidme", nos manda la voz de Cristo mediante Su declaración a Nefi, "y haced las cosas que me habéis visto hacer". Puede que éste sea el llamado del Evangelio más sencillo y claro de todos, la esencia de la vida cristiana expresada a través de sus términos más comprensibles.

Pero, para que el lector no confunda sencillez con facilidad, Nefi realizó la siguiente pregunta: "¿Podemos seguir a Jesús, a menos que estemos dispuestos a guardar los mandamientos del Padre?".

Tras destacar que Jesús era "Santo", Nefi hizo hincapié en que, no obstante, él "se [humilló] ante el Padre" y a través de Su fiel obediencia dio testimonio de que guardaría todos los mandamientos sin importar lo angosto y estrecho del camino. Mediante esta fe, Cristo dio Su ejemplo a toda la humanidad.

"Y dijo a los hijos de los hombres: Seguidme".

El carecer de hipocresía y engaño ante Dios (arrepentimiento). El llamado de Nefi a tener fe en Cristo y seguirle sería persuasivo y memorable si hubiera acabado ahí, mas no lo hizo, sino que continuó enseñando que "[seguir] al Hijo con íntegro propósito de corazón, [significa actuar] sin acción hipócrita y sin engaño ante Dios, sino con verdadera intención, arrepintiéndoos de vuestros pecados, testificando al Padre que estáis dispuestos a tomar

sobre vosotros el nombre de Cristo". Este llamado a la fe, a la obediencia y al discipulado no es una abstracción vana ni un principio de teología que quedaba colgando en un discurso a la deriva, sino que se trata de una invitación a abrazar el Evangelio plenamente y de forma completa. La fe, por definición, conduce al arrepentimiento, a una forma de vivir nueva y decidida.

"Por tanto, haced las cosas que os he dicho que he visto que hará vuestro Señor y Redentor", dijo Nefi. Y esto sólo se puede hacer con un corazón puro y arrepentido. "Con sus labios me honran, pero su corazón lejos está de mí", le dijo Cristo a José Smith cuando el mundo vivía en tinieblas y apostasía.

De esta forma, Nefi recalcó que podemos seguir al Hijo únicamente al arrepentirnos y perseverar en ese arrepentimiento. Seguir a Cristo y tener una fe verdadera y eficaz en Él requiere de este pleno propósito de corazón, mediante el cual actuamos sin hipocresía ante los hombres y sin cambio ante Dios, "sino con verdadera intención, [arrepintiéndonos de nuestros] pecados".

Esta doctrina del arrepentimiento es tan crucial que el Padre mismo habló al respecto. Tras la descripción que Nefi hace de la humildad, la obediencia y el ejemplo de Cristo al ser bautizado, registró:

"Y el Padre dijo: Arrepentíos, arrepentíos y sed bautizados en el nombre de mi Amado Hijo".

Se ha dicho antes que, en gran medida, la voz del Padre se ha limitado en las Escrituras a presentar a Su Hijo Amado y expresar Su complacencia con Él, pero este versículo del estilo de Nefi es revelador en el sentido de que nos concede una perspectiva más amplia del Padre de lo que suele registrar el canon bíblico.

De hecho, el lector está intrigado con la época y el lugar de este poderoso mandamiento de arrepentirse, expresado por el Padre mismo. ¿Lo dijo el Padre directamente a Nefi en el momento en que recibió esta revelación sobre "la doctrina de Cristo" - siglo VI a. de Cristo o fue pronunciado en el escenario del bautismo de Cristo en el río Jordán, en el meridiano de los tiempos? En caso de haber sido dicha durante el bautismo de Cristo, entonces esta declaración es una de las cosas claras y preciosas que se perdieron del Nuevo Testamento; y si fue confiada a Nefi, entonces su papel como "testigo" es mucho mayor de lo que podíamos haber apreciado. Este último parece, ser el caso, pues Nefi escribió en el versículo siguiente: "Y además, vino a mí la voz del Hijo", en vez de ser una experiencia que sugiera el momento del bautismo de Cristo en el meridiano de los tiempos. En cualquier caso, la repetición de este mandamiento de seguir al Hijo mediante el arrepentimiento y el bautismo procedía del Padre mismo, una de las pocas declaraciones identificadas como tal en las Escrituras.

Bautismo de agua. Nefi hizo del bautismo un caso persuasivo y prolongado con el razonamiento de que "ahora bien, si el Cordero de Dios, que es Santo, tiene necesidad de ser bautizado en el agua para cumplir con toda justicia, ¡cuánto mayor es, entonces, la necesidad que tenemos nosotros, siendo pecadores, de ser bautizados, sí, en el agua!".

En este acto de sumisión y humildad (aunque en el caso de Jesucristo, no de arrepentimiento) al entrar en un convenio con Su Padre y abrazar las ordenanzas que representan a ese convenio, Jesús demostró Su deseo de "cumplir con toda justicia". Al someterse a Juan en el Jordán, "[mostró] a los hijos, de los hombres que, según la carne, él se humilla ante el Padre, y testifica ante el Padre que le sería obediente al observar sus mandamientos". Fue mediante esta ordenanza del bautismo por inmersión y bajo la mano de alguien autorizado a efectuarla que Cristo "muestra a los hijos de los hombres la angostura de la senda, y la estrechez de la puerta por la cual ellos deben entrar, habiéndoles él puesto el ejemplo por delante". Ciertamente es ésa una puerta estrecha

que conduce a una senda angosta - y estrecha- si el único Ser perfecto que jamás ha caminado sobre la tierra todavía necesitaba "cumplir con toda justicia" entrando por ella. Sólo al sumergirse en las aguas del bautismo pueden los hombres "tomar sobre [sí] el nombre de Cristo por medio del bautismo, sí, siguiendo a [su] Señor y Salvador y [descender] al agua".

El bautismo de fuego y del Espíritu Santo. Nefi profetizó que tras el bautismo de Cristo en el agua, el Espíritu Santo descendería sobre el Salvador cual una paloma, como por cierto ocurrió. Para Nefi, y todos los demás, Cristo subrayó esa experiencia al prometer: "A quien se bautice en mi nombre, el Padre dará el Espíritu Santo, como a mí".

Al recibir del Salvador del mundo esta doctrina, Nefi añadió su propia reflexión sobre el papel redentor del Espíritu Santo, y escribió: "Sí, siguiendo a vuestro Señor y Salvador y descendiendo al agua, según su palabra, he aquí, entonces recibiréis el Espíritu Santo". La importante doctrina que se proclama aquí es que la remisión interna y definitiva del pecado procede de una llama purificadora del Espíritu Santo después de la limpieza externa y simbólica que ha administrado el bautismo por agua. "Porque la puerta por la cual debéis entrar es el arrepentimiento y el bautismo en el agua", dijo Nefi, "y entonces viene una remisión de vuestros pecados por fuego y por el Espíritu Santo" 17.

Una de las majestuosas promesas espirituales de un convenio y limpieza semejantes es que "entonces podréis hablar con lengua de ángeles", pues los ángeles hablan por el poder del Espíritu Santo, y hablan las palabras de Cristo proporcionando a los hombres la habilidad y el vocabulario para "prorrumpir en alabanzas al Santo de Israel".

Mas de la voz de Cristo mismo procede la siguiente; advertencia aleccionadora: "Después de haberos arrepentido de vuestros pecados y testificado al Padre, por medio del bautismo, de agua, que estáis dispuestos a guardar mis mandamientos, y habéis recibido el bautismo de fuego y del espíritu Santo, y podéis hablar con una nueva lengua, sí, con la lengua de ángeles, si después de esto me negáis, mejor os habría sido no haberme conocido".

Después de la fe y el arrepentimiento, después del agua y del Espíritu, es crucial continuar, persistir, perseverar. Hacerse a un lado de la senda es entonces peor que nunca haber comenzado el camino.

Perseverar hasta el fin. Éste es otro "primer principio" aparte de los cuatro que usualmente se suelen enumerar y que enseñó el Padre mismo. Nefi escribió: "Y oí la voz del Padre que decía: "Sí, las palabras de mi Amado son verdaderas y fieles. Aquel que persevera hasta el fin, éste será salvo". Y entonces Nefi añadió su propio testimonio, diciendo: "Y ahora bien, amados hermanos míos, por esto sé que a menos que el hombre persevera hasta el fin, siguiendo el ejemplo del Hijo de Dios viviente, no puede se salvo".

Con frecuencia escucho las consabidas y, en ocasiones, conscientes referencias en tono de disculpa a "perseverar hasta el fin" como un añadido a los primeros principios y ordenanza,, del Evangelio. Sin embargo, la doctrina de la perseverancia hasta el fin es infinitamente seria y se declara aquí como un principio básico del Evangelio en boca del Dios y Padre de todos nosotros "Perseverar hasta el fin" es un elemento integral de la doctrina de Cristo, y sin él sería mejor no haberle conocido.

Tras estas invitaciones a ejercer fe en el Señor Jesucristo: arrepentimiento, bautismo y la recepción del don del Espíritu Santo, Nefi volvió a pedir de forma elocuente la perseverancia la persistencia. Todo lector del Libro de Mormón se maravilla por el siguiente resumen de los primeros principios del Evangelio, ¡uno de los muchos pasajes verdaderamente majestuosos del libro!: "Y ahora bien, amados hermanos míos, después de haber entrado en esta estrecha y angosta senda, quisiera preguntar si ya quedó hecho todo. He aquí, os digo que no; porque no habéis llegado hasta aquí sino por la palabra de

Cristo, con fe inquebrantable en él, confiando íntegramente en los méritos de aquel que es poderoso para salvar.

"Por tanto, debéis seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres. Por tanto, si marcháis adelante, deleitándoos en la palabra de Cristo, y perseveráis hasta el fin, he aquí, así dice el Padre: Tendréis la vida eterna".

Nefi compartió el siguiente y sucinto testimonio en esta maravillosa nota de fe y esperanza, gracia y esfuerzo, este santo decreto de continuar adelante con nuestra determinación mientras confiamos totalmente en el poder de Cristo para salvarnos: "Y ahora bien, amados hermanos míos, ésta es la senda; y no hay otro camino, ni nombre dado debajo del cielo por el cual el hombre pueda salvarse en el reino de Dios. Y ahora bien, he aquí, ésta es la doctrina de Cristo, y la única y verdadera doctrina del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, que son un Dios, sin fin. Amén".

Su público, al igual que algunos coetáneos, deben haber tenido miradas burlonas al oír una doctrina tan simple. "¿Será acaso ésta 'la doctrina de Cristo'?", pudieron haberse preguntado. "¿Es éste el mensaje? ¿Son éstas las 'buenas nuevas'?".

Nefi contestó a sus mudas preguntas. "Amados hermanos míos, supongo que estaréis meditando en vuestros corazones en cuanto a lo que debéis hacer después que hayáis entrado en la senda. Mas he aquí, ¿por qué meditáis estas cosas en vuestros corazones?"

No tenían de qué preocuparse, no era tan complicado como parecía. Tan sólo tenían que acatar los con frecuencia mencionados primeros principios y ordenanzas, y entonces' perseverar en ellos con dos grandes salvaguardas, dos fuentes indefectibles de dirección divina. Al "seguir adelante" tenían que "[deleitarse] en la palabra de Cristo; porque he aquí, las palabras de Cristo [les dirían] todas las cosas que [deberían] hacer" Luego deben vivir fieles a las impresiones del Espíritu Santo, el, cual les "[dirá] todas las cosas que [deben] hacer".

A continuación se repitió por tercera vez la declaración: "Ésta es la doctrina de Cristo". Si la congregación de Nefi no podía entender, era porque "no [pedían ni llamaban]... [y debían] perecer en las tinieblas".

No es ésta una enseñanza fácil ni caprichosa, sino clara sencilla. Para algunos no es conveniente, ni siquiera cómoda - especialmente la parte del arrepentimiento -, pero es muy clara, y preciosa. La doctrina de Cristo no es complicada, sino profunda, hermosa y decididamente clara y completa.

En este momento culminante de su vida, Nefi se detuvo pues el Espíritu le prohibió decir más "a causa de la incredulidad, y la maldad, y la ignorancia y la obstinación de los hombres". Algunos de estos hombres estaban, presumiblemente entre su congregación más inmediata, aunque un gran número de ellos iba a nacer más tarde en la dispensación de Nefi y en nuestra propia. Éstos "no quieren buscar conocimiento, ni entender el gran conocimiento, cuando les es dado con claridad o sí, con toda la claridad de la palabra", se lamentó. Por éstos que, endurecen sus corazones contra el Espíritu Santo y desechan las palabras de Cristo, oró él continuamente de día y bañó su almohada con sus lágrimas, de noche.

Pero cobró esperanza con su mensaje, creyendo que incluso las palabras escritas en debilidad serían hechas fuertes por contenido mismo que ilustraban, pues sus palabras "hablan de Jesús, y los persuaden a creer en él y a perseverar hasta el fin que es la vida eterna... Me glorío en mi Jesús", dijo, "porque él ha redimido mi alma del infierno".

Con "gran fe en Cristo" Nefi declaró su amor - literalmente, su "caridad", el amor puro de

Cristo - por su pueblo, por los judíos y los gentiles; mas por ninguno de éstos podía tener esperanzas "a menos que se reconcilien con Cristo y entren por la puerta angosta, y caminen por la senda estrecha que guía a la vida, y continúen en la senda hasta el fin del día de probación" En resumen, no podía tener esperanza por ninguno de ellos a menos que abrazaran "la doctrina de Cristo".

Como uno de los tres primeros testigos escogidos para que el lector del Libro de Mormón conozca a Cristo, Nefi ofreció belleza y poder en su testimonio final. Es un gran culmen para un registro escrito, y un epitafio perfecto para una vida fiel:

"Y ahora bien, mis amados hermanos, y también vosotros los judíos y todos los extremos de la tierra, escuchad estas palabras y creed en Cristo; y si no creéis en estas palabras, creed en Cristo. Y si creéis en Cristo, creeréis en estas palabras, porque son las palabras de Cristo, y él me las ha dado; y enseñan a todos los hombres que deben hacer lo bueno...

"Cristo os manifestará con poder y gran gloria que son sus palabras; y ante su tribunal nos veremos cara a cara, vosotros y yo, y sabréis que él me ha mandado escribir estas cosas, a pesar de mi debilidad...

"Y ahora bien, amados hermanos míos, todos los que sois de la casa de Israel, y todos vosotros, ¡oh extremos de la tierra!, os hablo como la voz de uno que clama desde el polvo: Adiós, hasta que venga ese gran día".

Ciertamente, ese día vendrá, y si el lector no lo comprende ahora, se dará cuenta entonces de que el Libro de Mormón es ciertamente un registro de las "palabras de Cristo".

CAPÍTULO CUATRO

TRES TESTIGOS ANTIGUOS:

JACOB

Cuando Nefi se aproximaba al fin de su vida, su papel como profeta y su deber como registrador fueron transferidos a su hermano más joven, Jacob, quien había sido bien preparado para la tarea desde una edad temprana, habiendo recibido el refinamiento espiritual que en ocasiones procede únicamente de la tribulación y las pruebas. Por ser el primer hijo de Lehi y Saríah nacido tras su partida de Jerusalén, conoció el rigor físico y las demandas espirituales de la vida en el desierto. "Tú has padecido aflicciones y mucho pesar en tu infancia", le dijo su padre. "No obstante... conoces la grandeza de Dios; y él consagrará tus aflicciones para tu provecho".

Estamos agradecidos por las enseñanzas de Lehi que sus hijos registraron en sus propios anales, pues es a través de sus palabras que sabemos primeramente que Jacob vio a Cristo en una visión.

"Yo sé que tú estás redimido a causa de la justicia de tu redentor", dijo Lehi a Jacob, "porque has visto que en la plenitud de los tiempos él vendrá para traer la salvación a los hombres.

"Y en tu juventud has visto su gloria; por lo tanto, bienaventurado eres, así como lo serán aquellos a favor de, quienes él ejercerá su ministerio en la carne".

Jacob era un digno sucesor de Nefi en todos los aspectos y un testigo bien preparado del papel divino de Cristo en la época y las enseñanzas del Libro de Mormón. Tal y como más tarde dijo al anticristo Sherem respecto al conocimiento divino y la variedad de evidencias que había recibido, "yo en verdad había visto ángeles, y me habían ministrado. Y también había oído la voz del Señor hablándome con sus propias palabras de cuando en cuando; por tanto, yo no podía ser descarriado.

"Se me ha manifestado, porque he oído y visto".

Es indicador de su estatura profética y naturaleza espiritual el que, de acuerdo con el registro que actualmente tenemos, Jacob fuera el primero de los profetas nefitas a quien se le dijo por medio de un ángel que el Mesías se llamaría "Cristo cuando viniera a la mortalidad".

A la luz de la repetida experiencia y el aprecio de Jacob por lo divino, Nefi le dio "un mandato" de escribir en las plancha. menores las cosas que él "considerara más preciosas", tales como "predicaciones que fuesen sagradas, revelación que fuesen grandes, o profecías", las cuales escribió con tanto detalle como le permitiera el espacio, "por causa de Cristo y por el bien de nuestro pueblo".

Se comprende fácilmente por qué Jacob escribió tales cosa por el bienestar de su pueblo. Todos los mortales necesitaría tanta predicación sagrada y revelación como pudieran recibir; por lo que el valor de semejante testimonio persuasivo para e beneficio del pueblo resulta evidente.

Pero el que esto debiera hacerse ¿quizás por ser más importante? "por causa de Cristo" es intrigante. ¿De qué forma podría un registro semejante ser por causa del Salvador? Ciertamente, Él no necesita que se le recuerde ni se le motive las cosas sagradas; Él, que llegaría a convertirse en la santidad personificada. Es obvio que el Maestro no precisa estudiar las lecciones que recibe el alumno.

Sin embargo, parece haber ciertos aspectos importantes mediante los cuales las enseñanzas de un profeta pudieran ser por causa del Señor. Por un lado, Jacob y todos los demás profetas sabían que Cristo vendría a expiar los pecados y el sufrimiento de

toda la humanidad. Si esta verdad se escribiera cuidadosamente y se enseñara con poder - tal y como Jacob escribió y enseñó- puede que algunos evitaran el pecado o hasta cesaran de pecar, en caso de haber comenzado. En este sentido, cualquier éxito de los profetas al evitar que alguien pecara proporcionaría gozo al Salvador, quien expió por todos los pecados.

Una segunda consideración reside en el recordatorio de que la Expiación sería infinita y eterna, beneficiando a todos los hombres, mujeres y niños que jamás hayan vivido. La misericordia y el amor del Salvador, incluyendo Su rectitud y justicia, requerirían que cada persona recibiera las buenas nuevas de Su Evangelio; por tanto, aquellos que vivieron antes del ministerio mortal de Cristo precisarían oír el mensaje tanto como aquellos que vivirían durante y después de dicho ministerio. Mas Él no puede extender ese mensaje por sí solo; así es como por causa de Cristo - o en representación Suya, si el lector lo desea- se debe registrar el Evangelio y testificar de él en cada época, incluyendo la dispensación nefita.

Por último, y más literalmente, predicar "por causa de Cristo" es, en un sentido, estar con Él en la corte celestial, reforzando Su papel de Mediador y Abogado. En Su intervención por toda la humanidad en el tribunal eterno de la justicia, Cristo aboga por nuestra causa y habla en nuestro favor. Las enseñanzas y los escritos de un profeta (o los de cualquier otra persona que hable ("Por causa de Cristo") en el fondo reforzarán de manera simbólica el mensaje que el Maestro da aquí y, en cierta forma limitada, pero no por ello menos importante, añade una voz adicional al testimonio verídico que se da de la Expiación.

Una revelación moderna nos recuerda el gozo que tendremos por toda alma a la que hayamos ayudado a acercarse arrepentimiento, pero el mismo pasaje nos recuerda también el gozo que siente Cristo en tal ocasión:

"Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios;

"Porque he aquí, el Señor vuestro redentor padeció la muerte en la carne; por tanto, sufrió el dolor de todos los hombres, a fin de que todo hombre pudiese arrepentirse y vivir con él...

"Y ha resucitado de entre los muertos, para traer a todos los hombres a él, mediante las condiciones del arrepentimiento. "¡Y cuán grande es su gozo por el alma que se arrepiente! "Así que, sois llamados a proclamar el arrepentimiento a este pueblo".

En cualquier caso, Jacob parece haber estado particularmente comprometido en la presentación de la doctrina de Cristo. Dada la cantidad de espacio que proporcionó a su testimonio de la expiación del Salvador, Jacob consideró claramente a esta doctrina básica como la más sagrada de las enseñanzas y la más grande de las revelaciones.

"Tuvimos muchas revelaciones y el espíritu de mucha profecía", dijo Jacob, "por tanto, sabíamos de Cristo y su reino que había de venir.

"Por lo que trabajamos diligentemente entre los de nuestro pueblo, a fin de persuadirlos a venir a Cristo...

"Por tanto, quisiera Dios que todos los hombres creyeran en Cristo y contemplaran su muerte, y sufrieran su cruz, soportaran la vergüenza del mundo".

Ningún profeta del Libro de Mormón, por temperamento testimonio personal, parece haber llevado a cabo esta obra de persuasión con más afán que Jacob, quien desdeñó la alabanza del mundo, enseñó una doctrina recta, sólida y hasta dolorosa; y conocía personalmente al Señor. El suyo es un clásico ejemplo en el Libro de Mormón de la decisión de un joven respecto a sufrir la cruz y soportar la vergüenza del mundo en defensa del nombre de Cristo. La vida, incluyendo aquellos años difíciles en los que vio

cómo la iniquidad de Lamán y Lemuel llevó a sus apesadumbrados padres a la tumba, nunca fue fácil para este primogénito del desierto.

"TENÍAMOS LA ESPERANZA DE SU GLORIA"

Fue Jacob quien nos dio la primera gran perspectiva del Libro de Mormón en cuanto a cuán extensamente los profetas de la antigüedad conocían el Evangelio y enseñaron sobre Jesucristo, aun cuando la mayoría de esas enseñanzas se hallen actualmente perdidas del Antiguo Testamento. Tal y como hiciera su hermano Nefi, también Jacob habló repetidamente de Cristo, regocijándose en Su misericordia y profetizando de Su venida, y explicó por qué esto es tan importante: "Obramos diligentemente para grabar estas palabras sobre planchas, esperando que nuestros amados hermanos y nuestros hijos " precisamente el mismo auditorio a quien se dirigiera Nefi "sepan que nosotros sabíamos de Cristo y teníamos la esperanza de su gloria muchos siglos antes de su venida; y no solamente teníamos nosotros una esperanza de su gloria, sino también todos los santos profetas que vivieron antes que nosotros".

"He aquí, ellos creyeron en Cristo y adoraron al Padre en su nombre; y también nosotros adoramos al padre en su nombre...

"Nosotros no somos los únicos testigos de estas cosas", volvió a afirmar, "porque Dios las declaró también a los profetas de la antigüedad".

A través de tal creencia y adoración, de tales revelaciones y profecías, Jacob y su pueblo depositaron su esperanza y fe en Cristo tan firmemente que podían "mandar en el nombre de Jesús, y los árboles mismos... obedecen, o los montes, o las olas del mar".

Esta fe en el Salvador condujo a Jacob a un examen continuo de su tema favorito: la expiación y la resurrección de Cristo. Al percatarse del poder de Dios para crear y destruir, y de la inescrutable profundidad de Sus misterios, Jacob suplicó a la humanidad que se sometiera, que se humillara y reclamara la: plena medida de las bendiciones de la Expiación: "Reconciliaos con él por medio de la expiación de Cristo, su Unigénito Hijo, y podréis obtener la resurrección, según el poder de la resurrección que está en Cristo, y ser presentados como las primicias de Cristo, a Dios, teniendo fe y habiendo obtenido una buena esperanza de gloria en él, antes que se manifieste en la carne.

"Y ahora bien, amados míos, no os maravilléis de que os diga., estas cosas; pues ¿por qué no hablar de la expiación de Cristo, y lograr un perfecto conocimiento de una resurrección y del mundo venidero?"

Esta admonición de Jacob es un indicador interesante de cuán firmemente se había enseñado y se comprendía el concepto de la resurrección en la familia de Lehi. Una paráfrasis del argumento esgrimido por Jacob podría ser: "Si podéis entender la Resurrección y todo lo que conllevan las promesas del mundo venidero, ¿no debéis estar completamente versados en la doctrina de la Expiación, la cual hace que la Resurrección no resulte plenamente eficaz?".

La fascinación de Jacob por la Expiación comenzó exactamente con la bendición que le dio su padre y que se halla registrada en 2 Nefi 2; maravillosa bendición en la que Jacob fue introducido en su juventud a los grandes conceptos de 1a creación de Adán y Eva, el papel del albedrío moral, lo inevitable de la oposición en todas las cosas, el diseño y propósito de la Caída, la consecuencia de la transgresión, la inmutabilidad de la ley, las demandas de la justicia, el don de la misericordia y la gracia, la necesidad de la mortalidad y de los hijos, el propósito de la probación y, por medio de todo ello, el gozo de la redención.

Lehi le enseñó que "el Mesías vendrá en la plenitud de los tiempos, a fin de redimir a los

hijos de los hombres de la caída", garantizando así a todo hombre y mujer la oportunidad de "escoger la libertad y la vida eterna, por medio del gran Mediador de todos los hombres".

En esa misma bendición, Lehi también le enseñó que "la redención viene en el Santo Mesías y por medio de él, porque él es lleno de gracia y de verdad.

"He aquí, él se ofrece a sí mismo en sacrificio por el pecado, para satisfacer las demandas de la ley, por todos los de corazón quebrantado y de espíritu contrito...

"Por lo tanto, cuán grande es la importancia de dar a conocer estas cosas a los habitantes de la tierra, para que sepan que ninguna carne puede morar en la presencia de Dios, sino por medio de los méritos, y misericordia, y gracia del Santo Mesías, quien da su vida, según la carne, y la vuelve a tomar por el poder del Espíritu...

"De manera que él es las primicias para Dios, pues él intercederá por todos los hijos de los hombres; y los que crean en él serán salvos".

Un largo capítulo sobre la Expiación constituye el eje principal de este libro, un capítulo que se apoya de forma abundante en las enseñanzas de Jacob sobre el tema. No obstante, ningún segmento de un estudio tal, dedicado específicamente al papel de Jacob como testigo de Cristo, puede pasar por alto estos poderosos pasajes sin 'al menos un comentario preliminar.

La primera de las enseñanzas de Jacob sobre Cristo y el convenio apareció en realidad como fragmentos añadidos a los escritos de Nefi. Aparentemente, Nefi quedó tan impresionado, con los sermones de su joven hermano sobre estos temas, que le pidió registrar sus palabras, a lo cual accedió, en parte citando aclarando pasajes clave de Isaías. Estas enseñanzas aparecen y. en el sexto capítulo de 2 Nefi. Fíjese en el tono de urgencia lastimosa que emplea Jacob:

"Os hablo otra vez, porque anhelo el bienestar de vuestras almas. Sí, grande es mi preocupación por vosotros, y a vosotros mismos os consta que siempre lo ha sido. Porque os he exhorta con toda diligencia y os he enseñado las palabras de mi padre; y os he hablado tocante a todas las cosas que están escritas, desde la creación del mundo". Ésta es la fórmula mediante la cual siempre se enseñado el Evangelio, un proceso empleado hasta hoy día: el testimonio personal, las enseñanzas de profetas vivientes y lo anales de las Escrituras. Jacob siempre estuvo anhelosamente, inmerso en este proceso, de hecho, expresó esa "ansiedad" más ávidamente que cualquier otro profeta del Libro de Mormón.

Jacob dijo respecto a la primera venida del Señor: "Me ha mostrado que... se ha de manifestar a ellos en la carne; y que después que se haya manifestado, lo azotarán y lo crucificarán", Este rechazo traería severos juicios sobre la casa de Israel, pero tras la subsiguiente aflicción y sufrimiento - las ocasiones en que serían esparcidos, golpeados y odiados- serían preservados y "cuando lleguen al conocimiento de su Redentor, será reunidos de nuevo en las tierras de su herencia".

Esta intervención en beneficio de Israel - y en beneficio de los gentiles arrepentidos, quienes también verían cumplidos su convenios con Dios - culminaría en la segunda venida del Señor, cuando "el Mesías se dispondrá por segunda vez restaurarlos; por lo tanto, cuando llegue el día en que en él crean, él se manifestará a ellos con poder y gran gloria, hasta 1a destrucción de sus enemigos, y no será destruido ninguno que crea en él".

EL DIOS FUERTE

El testimonio de Jacob fue que "el Dios Fuerte" siempre liberará a "su pueblo del convenio" y que el Dios Fuerte es, según Sus propias palabras divinas, el Señor Jesucristo, el "Salvador y... Redentor, el Fuerte de Jacob"

Jacob reflexionó en estas enseñanzas - especialmente en aquellas contenidas en los escritos de Isaías- para que su auditorio del momento y los futuros lectores "[supieran] de los convenios del Señor que ha concertado con toda la casa de Israel", concediendo a los padres de cada generación motivo para regocijarse y "[levantar sus] cabezas para siempre, a causa de las bendiciones que el Señor Dios conferirá a todos [sus] hijos".

La esencia misma de ese convenio y el motivo para tal regocijo es el sacrificio expiatorio de ese "Dios Fuerte" que es el Salvador y Redentor del mundo. En uno de los sermones más definitivos sobre la Expiación, jamás registrados en canon alguno de las Escrituras, Jacob enseñó este impresionante resumen de verdades sobre el tema:

- Cristo viviría entre los de Jerusalén, se les mostraría y sería crucificado por ellos.
- Es esencial ("conviene") que Cristo "se deje someter al hombre en la carne... a fin de que todos los hombres queden sujetos a él" en el espíritu.
- La muerte descendió sobre toda la humanidad como parte del "misericordioso designio" del Gran Creador.
- A causa de la transgresión de Adán y Eva, sobrevendría una caída universal, incluyendo la muerte física, sobre todos los hombres, mujeres y niños nacidos en este mundo. En forma de respuesta misericordiosa, se extendería a todos una expiación infinita (o universal) que vencería a la muerte mediante el justo poder de la resurrección de Cristo.
- Si la carne (el cuerpo) no se levantara, y tampoco lo hiciera espíritu, el destino espiritual de toda la humanidad sería "estar sujetos [al]... diablo", para ser "diablos, ángeles de un diablo, para ser separados de la presencia de nuestro Dios.
- Mediante el poder de la resurrección de Cristo, la muerte temporal (la tumba) y la muerte espiritual (el infierno) deben entregar "sus cuerpos cautivos" y sus "espíritus cautivos respectivamente.
- Los cuerpos, que eran corruptibles y mortales antes de 1a Resurrección, se convierten en incorruptibles e inmortales tras la Resurrección.
- La unión del cuerpo y el espíritu constituye el "alma viviente".
- En la Resurrección tendremos un "conocimiento perfecto de toda nuestra culpa e impureza, de todo nuestro arrepentimiento y rectitud.
- Tras la Resurrección tendrá lugar un juicio divino.
- La justicia de Dios demanda que "aquellos que son justo serán justos todavía, y los que son inmundos será inmundos todavía"
- A los justos, "los santos del Santo de Israel", se les define como "aquellos que han creído en el Santo de Israel, quien, han soportado las cruces del mundo y menospreciado la vergüenza de ellos". Su herencia es el reino de Dios y su dicha será eterna.
- La misericordia de Dios libera a los justos (los arrepentidos) , de las garras del diablo.
- Dios es omnisciente, Él "sabe todas las cosas, y no existe nada sin que él lo sepa".
- Cristo sufriría los dolores de "toda criatura viviente, tanto hombres como mujeres y niños, que pertenecen a la familia de Adán", para que puedan ser salvos si dan oído a Su voz.
- La Resurrección es universal, para "todos".
- El sendero que conduce a la salvación en el reino de Dios incluye: "Perfecta fe en el Santo de Israel", arrepentimiento, bautismo en Su nombre y perseverancia hasta el fin.
- Cuando no se aplica la ley moral - como ocurre con los niños pequeños, la gente

mentalmente incapacitada o las personas que desconocen el Evangelio hasta que se les enseña, etc.-, el poder de la Expiación "satisface lo que [la] justicia demanda", y tales personas "son restauradas a ese Dios que les dio aliento".

- Sin embargo, cuando la ley se conoce y está en vigor, es peligroso que el hombre malgaste "los días de su probación".
- El nombre del Redentor sería Cristo, información que Jacob recibió de un ángel, y fue la primera vez de la que tenemos constancia en que los profetas nefitas conocieron el nombre que tendría el Mesías y el Santo de Israel". El nombre Jesús le fue revelado a estos hermanos nefitas por un ángel, bien por este ángel en esa misma ocasión o por otro poco tiempo después.
- Ninguna otra nación sobre la tierra crucificaría al Salvador si hubiera contemplado los milagros que Él efectuó en Jerusalén.
- Las supercherías sacerdotales y la iniquidad serían las dos razones principales para el rechazo de Jesús en Jerusalén.
- Jehová hizo "convenio con sus padres" respecto a que el Israel esparcido sería recogido de las cuatro partes de la tierra y de las islas del mar para ser restaurado a la tierra de su herencia "cuando llegue el día en que crean en mí, que yo soy el Cristo".
- Las naciones de los gentiles serían "grandes a mis ojos... dice Dios" en el cumplimiento de estos convenios y promesas con la casa de Israel.
- "Sólo en la gracia de Dios" se obtiene la salvación.

Éste es un sermón maravillosamente explícito - el cual requirió de dos días para ser pronunciado, sobre Cristo y Su convenio eterno con la familia humana. Jacob concluyó su mensaje sobre la Expiación y la Resurrección con una súplica para que su pueblo deseara "esa felicidad que está preparada para los santos": "Venid al Señor, el Santo", dijo. "Recordad que sus sendas son justas. He aquí, la vía para el hombre es angosta mas se halla en línea recta ante él; y el guardián de la puerta es el Santo de Israel; y allí él no emplea ningún sirviente, y no ha otra entrada sino por la puerta; porque él no puede ser engañado, pues su nombre es el Señor Dios.

"Y al que llamare, él abrirá; y los sabios, y los instruidos, los que son ricos, que se inflan a causa de su conocimiento y su sabiduría y sus riquezas, sí, éstos son los que él desprecia; y menos que desechen estas cosas, y se consideren insensatos ante Dios y descendan a las profundidades de la humildad, él no le abrirá...

"Venid, hermanos míos, todos los que tengáis sed, venid a las aguas; y venga aquel que no tiene dinero, y compre y coma; sí venid y comprad vino y leche, sin dinero y sin precio...

"Cuán grandes son los convenios del Señor, y cuán grandes sus condescendencias para con los hijos de los hombres...

"Así pues, Dios os levante de la muerte por el poder de la resurrección, y también de la muerte eterna por el poder de la expiación, a fin de que seáis recibidos en el reino eterno de Dios, para que lo alabéis por medio de la divina gracia. Amén".

Para el mundo cristiano contemporáneo resulta algo contundente considerar que el plan de salvación, con sus doctrinas centrales respecto al albedrío moral, la caída del hombre y la expiación de Cristo, fue enseñado con tanto detalle y precisión - como en este sermón de dos días pronunciado por Jacob - tantas generaciones antes de que Cristo viniera a la mortalidad. Ciertamente, ésta es una de las contribuciones más claras del Libro de Mormón, una contribución reflejada en el recordatorio de Jacob de que "ninguno de los profetas ha escrito y profetizado sin que haya hablado concerniente a este Cristo".

EL ALMA HERIDA

Como uno de los grandes profetas que testificó del Salvador, aun siendo un hombre joven, Jacob fue siempre muy directo en sus enseñanzas, sobrio por sus responsabilidades y ansioso por el bienestar y la salvación de su pueblo. Aludió a trabajar con "fe y gran afán" por su pueblo, a estar agobiado por "el peso de un deseo y afán" por el bienestar de sus almas. Con frecuencia se refirió al "alma herida", y así parecía estar su alma, herida por la transgresión de los demás, por las dagas del dolor y del sufrimiento que herían al Salvador mismo". Durante su experiencia en el desierto llegó a conocer bien el poder y la importancia de la sangre redentora de Cristo, y enseñó esta verdad con audacia en sus palabras.

En una de las imágenes más vívidas jamás registradas de la oratoria del púlpito, presenciamos la fe y el fervor de Jacob al declarar la palabra de Cristo a su pueblo:

"¡Oh, mis queridos hermanos, recordad mis palabras! He aquí, me quito mis vestidos y los sacudo ante vosotros; ruego al Dios de mi salvación que me mire con su ojo que todo lo, escudriña; por tanto, sabréis, en el postrer día, cuando todos 1a hombres sean juzgados según sus obras, que el Dios de Israel vi que sacudí vuestras iniquidades de mi alma, y que me presentare con tersura ante él, y estoy limpio de vuestra sangre.

"¡Oh, mis queridos hermanos, apartaos de vuestros pecados. Sacudid de vosotros las cadenas de aquel que quiere atare fuertemente; venid a aquel Dios que es la roca de vuestra salvación".

En una importante explicación en cuanto a ser un pueblo de convenio, Jacob explicó (tal y como había hecho Nefi) por qué lo nefitas guardaban la ley de Moisés aunque conocían la 1 mayor del Evangelio de Jesucristo. Dice que en parte se trata de un asunto de obediencia, puesto que la ley "orienta nuestras almas hacia [Cristo]", tal y como "le fue contado a Abraham en desierto el ser obediente a los mandamientos de Dios al ofrecer a su hijo Isaac, que es una semejanza de Dios y de su Hijo Unigénito".

El relato de Abraham e Isaac ha sido por largo tiempo reconocido y apreciado por su paralelismo simbólico con disposición de Dios el Padre para ofrecer a Su Hijo Unigénito aunque Jacob fue, según sabemos, el primer profeta en reflejar esa similitud en las Escrituras".

Con temor a que sus contemporáneos de la casa de Israel Viejo Mundo no reconocieran este simbolismo mesiánico incluyendo el simbolismo en la ley de Moisés, Jacob vio que los judíos procurarían "cosas que no podían entender" y tropezarían en su búsqueda del Santo de Israel, el literal Hijo de Dios que sería conocido como Jesucristo: "A causa del tropiezo de los judíos, ellos rechazarán la roca sobre la cual podrían edifica tener fundamento seguro.

"Mas he aquí que esta roca, según las Escrituras, llegará a el grande, y el último, y el único y seguro fundamento sobre el cual los judíos podrán edificar".

En respuesta a la pregunta retórica de "¿Cómo será posible que éstos, después de haber rechazado el fundamento seguro, puedan jamás edificar sobre él, para que sea la principal piedra angular?", Jacob citó la alegoría del profeta Zenós del olivo cultivado y del olivo silvestre, la parábola más larga contenida en el Libro de Mormón. Y lo hizo para revelar "el misterio" de la redención final de los judíos gracias a Cristo.

Cuando Jacob se enfrentó y derrotó a Sherem, el primer gran anticristo del Libro de Mormón, su testimonio final permanece con nosotros como un eco de la alegoría del olivo. Se trata de un consejo crucial para todos: "He aquí, después de haber sido nutridos por la buena palabra de Dios todo el día, ¿produciréis mal fruto, para que seáis talados y

echados en el fuego?"

"He aquí, ¿rechazaréis las palabras de los profetas; y rechazaréis todas las palabras que se han hablado en cuanto a Cristo, después que tantos han hablado acerca de él; ¿y negaréis la buena palabra de Cristo... y haréis irrisión del gran plan de redención que se ha dispuesto para vosotros?..".

"¡Oh, sed prudentes! ¿Qué más puedo decir?"

Jacob, el quebrantado e inquebrantable, nacido en la aflicción, refinado por el servicio, triunfante en Cristo. Su pregunta a sus hermanos es su pregunta a nosotros, una pregunta que brota de su llamamiento profético en el cual la redención de Cristo fue el factor preeminente y preocupante de su vida y servicio:

"Así pues, amados hermanos, reconciliaos con [Dios] por medio de la expiación de Cristo, su Unigénito Hijo... teniendo fe y habiendo obtenido una buena esperanza de gloria en él, antes que se manifieste en la carne... ¿Por qué no hablar de la expiación de Cristo, y lograr un perfecto conocimiento de él?"

Sí, ¿por qué no?

CAPÍTULO CINCO

TRES TESTIGOS ANTIGUOS: ISAÍAS

En un intento por persuadir a sus hermanos rebeldes, a la familia de Lehi, en general, y en última instancia a toda la casa de Israel a "recordar al Señor su Redentor", Nefi (tan cansado por la carga espiritual de esta tarea que hasta sus miembros estaban débiles) enseñó de los grandes profetas cuyas enseñanzas se hallan registradas en las preciosas planchas de bronce y citó a Zenoc, Neum y Zenós, profetas perdidos del canon bíblico actual y para el lector moderno de no ser por las referencias que a ellos hace el Libro de Mormón. También les leyó muchas cosas de los escritos de Moisés que contenían esas planchas, pero enseñó de forma más poderosa sobre el profeta Isaías. Nefi escribió al futuro lector de su registro: "A fin de convencerlos más plenamente de que creyeran en el Señor su Redentor, les leí lo que escribió el profeta Isaías".

Isaías es, en todos los sentidos, el profeta mesiánico del Antiguo Testamento y también la voz profética más penetrante de ese registro. Él, más que cualquier otro testigo del Antiguo Testamento, vio, escribió y profetizó de la venida del Salvador tanto en el meridiano de los tiempos como en los últimos días; y se le cita frecuentemente en el Nuevo Testamento, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y otros documentos contemporáneos tales como los Rollos del Mar Muerto, más que a cualquier otro profeta del Viejo Mundo.

Un estudio demuestra que en el Libro de Mormón se cita cerca de 433 versículos de Isaías, casi un tercio de todo el libro. Un estudioso de Isaías documenta que no menos de 391 de eso versículos aluden a los atributos, la apariencia, la majestuosidad y la misión de Jesucristo. Otro erudito ha señalado que Isaías proporcionó al menos 61 nombres y títulos del Padre y del Hijo en sus escritos, la mayoría de los cuales hacen referencia a algún aspecto de la misión de Cristo. Estos 61 títulos aparecen en 70 ocasiones en el libro de Isaías, con un promedio de una vez cada 1,9 versículos.

Ciertamente es debido a este absorbente enfoque, preocupación mesiánica, podríamos decir de forma más apropiada, que Isaías resultaba tan interesante importante para Nefi y el registro que él y sus descendiente debían guardar. Se puede decir que Nefi enseñó a su pueblo literalmente, cada mensaje mesiánico principal proporcionado por este testigo del ministerio de Cristo de la época del Antiguo Testamento. El registro mesiánico de Isaías fue de crucial importancia no sólo para la descendencia nefita de Israel en su viaje por los desiertos del Nuevo Mundo, sino también para aquellos que verían la restauración de los convenios Abraham, Isaac y Jacob en los últimos días.

"Por tanto, escuchad, oh pueblo mío, que sois de la casa de Israel, y dad oídos a mis palabras" escribió Nefi, "pues aunque las palabras de Isaías no os son claras a vosotros, sin embargo son claras para todos aquellos que son llenos del espíritu de profecía..."

"Sí, y mi alma se deleita en las palabras de Isaías, [y] son de valor a los hijos de los hombres; y a los que suponen que no son, yo hablaré más particularmente... Porque sé que serán de gran valor para ellos en los postreros días, porque entonces las entenderán; por consiguiente, es para su bien que las he escrito".

Ciertamente, las palabras de este profeta majestuoso proporcionaron deleite al alma de Nefi, pues 352 de los versículos de Isaías citados en el Libro de Mormón - más del 80 por ciento del número total del libro - proceden de los dos libros de Nefi. Hasta una gran parte del material de Isaías citado por Jacob en 2 Nefi 6-8 se incluyó en el registro porque eran, tal y como escribió Jacob, "las palabras que mi hermano [Nefi] ha deseado que os declare".

Nefi y Jacob muestran idéntica admiración por Isaías; después de todo, fue el Salvador mismo quien dijo, tras citar por entero a los nefitas el capítulo 54 de Isaías: "Os digo que debéis escudriñar estas cosas. Sí, un mandamiento os doy de que escudriñéis estas cosas diligentemente, porque grandes son las palabras de Isaías.

Pues él ciertamente habló en lo que respecta a todas las cosas concernientes a mi pueblo que es de la casa de Israel".

Una de las razones por las que Nefi sentía tal admiración por las palabras de Isaías y el mérito especial de su testimonio ya ha sido mencionada. Isaías no sólo escribió de Cristo, sino que también le había visto a Él y a Su ministerio en una visión:

"Yo, Nefi, escribo más de las palabras de Isaías, porque mi alma se deleita en sus palabras. Porque aplicaré sus palabras a mi pueblo, y las enviaré a mis hijos, pues él verdaderamente vio a mi Redentor...

"Por tanto, transmitiré las palabras de ellos a mis hijos, para probarles que mis palabras son verdaderas...

"Y ahora escribo algunas de las palabras de Isaías, para que aquellos de mi pueblo que vean estas palabras eleven sus corazones y se regocijen por todos los hombres. Ahora bien, éstas son las palabras, y podéis aplicároselas a vosotros y a todos los hombres".

Podría desprenderse hasta del nombre de Isaías ("Jehová salva" o "el Señor es salvación") que fue preparado desde su nacimiento - o para ser más exactos, desde antes de nacer - para testificar del Mesías, dar testimonio de la divinidad de Cristo e anticipación tanto de Su primera como segunda venida. Dado que en sus escritos se centra de forma tan repetida en el Salvador y debido a que mezclaba e intercambiaba tan libremente la referencias a su propia época, al meridiano de los tiempos y a los últimos días, es importante recordar que muchas de las profecías de Isaías pueden cumplirse, se han cumplido o se cumplirán más de una forma y en más de una dispensación.

Estas profecías paralelísticas con aplicación a más de una época crean gran parte de la complejidad de Isaías, pero también proporcionan mucho del significado y el sentido que contienen sus escritos. A la vista de tal complejidad, no hace falta decir que las profecías de Isaías son más claras al ojo y al corazón del lector moderno gracias a la restauración del Evangelio. Las Escrituras de los últimos días, porciones clave de las cuales proporcionan aclaraciones cruciales, comentarios y distinciones de dispensaciones que no se encuentran en el texto de Isaías del Antiguo Testamento - ni en ninguna otra parte -, son tan inauditas como valiosas para la comprensión de sus escritos.

Podría decirse mucho sobre casi cada versículo de Isaías que alude al Salvador, se han escrito libros enteros al respecto, pero consideremos al menos sus enseñanzas registradas en Libro de Mormón, las cuales se agrupan convenientemente e cinco categorías.

EL NACIMIENTO Y EL MINISTERIO MORTAL DE CRISTO

En el capítulo diecisiete de su segundo libro, Nefi escribió gran profecía de Isaías respecto a Emanuel, y leemos en los versículos catorce y quince: "El Señor mismo os dará una señal:

He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.

"Mantequilla y miel comerá hasta que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno".

Esta señal fue dada al rey Acáz, del Antiguo Testamento, para animarle a fortalecerse en el Señor más que en el poderío militar de Damasco, Samaria u otras potencias. Acáz fue lento en oír este consejo, pero el Señor se lo dio de todos modos, declarando que una de las señales sería la concepción de una virgen y el nacimiento de un hijo de nombre Emanuel.

Hay elementos plurales o paralelos a esta profecía, tal y como ocurre con muchos de los escritos de Isaías. El significado más inmediato estaba probablemente centrado en la esposa de Isaías, una mujer pura y buena que dio a luz un hijo en esa época, convirtiéndose éste en símbolo y sombra del cumplimiento mayor y posterior de la profecía que se haría realidad con el nacimiento de Jesucristo. El simbolismo de esta profecía actual adquiere una importancia mayor y adicional cuando descubrimos que la esposa de Isaías puede haber sido de linaje real y que, por tanto, su hijo habría pertenecido al linaje de David. Nuevamente nos encontramos ante un símbolo del gran Emanuel, Jesucristo, el supremo Hijo de David, el Rey que nacería de una verdadera virgen. De hecho, el título Emanuel llegaría hasta los últimos días, aplicándose al Salvador en el versículo veintidós de la sección 128 de Doctrina y Convenios.

Un pasaje relacionado, que se halla en 2 Nefi 19, puede tener también múltiples significados y aplicarse de formas diversas, incluyendo la coronación de un rey o Mesías, aunque la aplicación más tradicional y celebrada es la del nacimiento de Cristo. Todo el mundo reacciona ante el conmovedor poder de las líneas escritas por Isaías y que alcanzaron la fama por todo el orbe musical de la mano de George Frideric Handel: "Porque un niño nos es nacido, un hijo nos es dado; y sobre sus hombros estará el Principado; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz".

"Del aumento de su dominio y paz no habrá fin, sobre el trono de David y sobre su reino, a fin de disponerlo y confirmarlo como juicio y con justicia, desde ahora y para siempre. El celo del Señor de los Ejércitos hará esto".

Uno de los hermosos recordatorios de este magnífico pasaje incluso con todo su esplendor, realeza y sentido de triunfo, es la gentil declaración de que por medio de todo Su poder majestuosidad, Cristo es todavía "el Hijo" - el Hijo tal y como enseñaron Abinadí y otros profetas del Libro de Mormón - humilde, obediente, sumiso, dispuesto a someterse a la demandas de la mortalidad haciendo todo esto para que, en definitiva, pueda ordenar el gobierno de los seres temporales (1a carne) según las leyes elevadas de la trascendencia divina y espiritual. Se nos recuerda aquí que Él es, gloriosamente, el Hijo de Dios, un hijo del cielo.

El hecho de que finalmente el gobierno acabe descansando sobre Sus hombros, afirma lo que el mundo reconocerá un día que Él es Señor de señores y Rey de reyes, y que un día regirá, sobre la tierra y Su Iglesia en persona, con toda la majestuosidad y las vestiduras sagradas que pertenecen a un santo soberano sumo sacerdote. Todos podemos consolarnos en el hecho de que, a causa de que el gobierno - y sus consiguientes cargas - esta sobre Sus hombros, su peso será descargado en gran medida los nuestros. Ésta es otra referencia de Isaías a la Expiación, hablar de retirar los pecados de nosotros o al

menos en es pasaje, nuestras cargas temporales, y depositarlos sobre los hombros de Cristo.

En su papel de "Admirable Consejero", será nuestro mediador, nuestro intercesor, defendiendo nuestra causa en los tribunales del cielo. "El Señor se levanta para litigar, se pone pie para juzgar al pueblo", nos recordó Isaías (y Nefi) con anterioridad. Fíjese en la maravillosa compasión de nuestro consejero y portavoz en este pasaje de las Escrituras de los últimos días:

"Escuchad al que es vuestro intercesor con el Padre, que aboga por vuestra causa ante él,

"Diciendo: Padre, ve los padecimientos y la muerte de aquel que no pecó, en quien te complaciste; ve la sangre de tu hijo que fue derramada, la sangre de aquel que diste para que tú mismo fueses glorificado;

"Por tanto, Padre, perdona a estos mis hermanos que creen en mi nombre, para que vengan a mí y tengan vida eterna".

Obviamente, tal y como mencionó Isaías, Cristo no es sólo un mediador, sino también un juez, y es en este papel de juez que hallamos todavía un mayor sentido a la repetida expresión de Abinadí de que "Dios mismo" descenderá para redimir a Su pueblo. Es como si el juez de esa gran corte celestial, sin intención alguna de pedir a nadie - excepto a Sí mismo - que tome las cargas del pueblo, que se sienta en el banquillo de los acusados, se despoja de sus ropas y desciende a la tierra para recibir personalmente los azotes de ellos. Cristo como juez misericordioso es un concepto tan hermoso y maravilloso como el de Cristo como consejero, mediador y abogado.

"Dios Fuerte" transmite algo del poder de Dios, de Su fuerza, omnipotencia e influencia inconquistable. Isaías lo ve siempre capaz de vencer los efectos del pecado y la trasgresión de Su pueblo, y triunfar eternamente sobre los aspirantes a opresores de los hijos de Israel.

"Padre Eterno" recalca la doctrina fundamental de que Cristo es un "Padre" - Creador de mundos sin número - , el Padre de la restauración de la vida física mediante la Resurrección, el Padre de la vida eterna de Sus hijos e hijas espirituales, y el representante del Padre (Elohim) mediante la investidura divina de autoridad. Todos debieran anhelar el nacer de Él y llegar a ser Sus hijos e hijas.

Por último, con la frase "Príncipe de Paz", nos regocijamos en que cuando venga el Rey, no habrá más guerra en el corazón del hombre ni entre las naciones del mundo. Éste es un rey pacífico, el Rey de Salem, la ciudad que posteriormente se convertiría en Jerusalén. Cristo llevará paz a los que le acepten en la mortalidad, sin importar en qué época vivan, así como a los de Sus reinos de gloria del milenio y posteriores.

CRISTO VISITA A LOS ESPÍRITUS ENCARCELADOS

En 1 Nefi 21:6-9 leemos:

"También te pondré por luz de los gentiles, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra.

"Así dice el Señor, el Redentor de Israel, el Santo suyo, al menospreciado del hombre, al abominado de las naciones, al siervo de soberanos: Reyes verán y se levantarán; y príncipes también adorarán, a causa del Señor que es fiel.

"Así dice el Señor: ¡En el tiempo propicio os he escuchado, oh islas del mar, y en el día de salvación os he ayudado! Y os conservaré, y a mi siervo os daré por convenio del pueblo,

para establecer la tierra, para hacer heredar las desoladas heredades;

"Para que digáis a los presos: ¡Salid!; y a los que están en tinieblas: ¡Manifestaos! En los caminos serán apacentados, y en todas las alturas habrá pastos para ellos".

Cristo trajo libertad a los seres mortales presos de la ignorancia, el pecado, la apostasía y la muerte. También liberó a los que estaban al otro lado del velo y que no habían recibido el Evangelio, pero que sí lo harían en su prisión espiritual. Enseñó esto con claridad y toda la sección 138 de Doctrina y Convenios está dedicada a esta doctrina gloriosa.

Al enseñar esto a su pueblo, Nefi bien podría haber incluido el otro gran pasaje mesiánico de Isaías que no se encuentra en el Libro de Mormón, es decir, Isaías 61:

"El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel;

"A proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados;

"A ordenar que a los afligidos de Sión se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya".

A ambos lados del velo, los cautivos se regocijan y alaban a su Dios cuando Cristo abre de par en par las puertas de la prisión.

CRISTO ES BONDADOSO CON SIÓN Y LA PRESERVA EN LOS ÚLTIMOS DÍAS

1 Nefi 28:13-16 contiene un hermoso pasaje de los primeros dos capítulos de Isaías citados en el Libro de Mormón, los dos capítulos que Nefi escogió para leer a sus beligerantes hermanos a fin de "convencerlos más plenamente de que creyeran en el Señor su Redentor". Este lenguaje poético y conmovedor hace hincapié en el cuidado redentor y expiatorio de Cristo hacia los hijos de Israel, tanto antiguos como modernos:

"¡Cantad, oh cielos, y alégrate, oh tierra, porque serán asentados los pies de los que están en el oriente! ¡Prorrumpid en alabanzas, oh montes! Porque ellos no serán heridos más, pues el Señor ha consagrado a su pueblo, y de sus afligidos tendrá misericordia.

"Mas he aquí, Sión ha dicho: El Señor me abandonó, y de mí se ha olvidado mi Señor; pero él mostrará que no.

"Porque, ¿puede una mujer olvidar a su niño de pecho al grado de no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues aun cuando ella se olvidare, yo nunca me olvidaré de ti, oh casa de Israel!

"Pues he aquí, te tengo grabada en las palmas de mis manos; tus muros están siempre delante de mí "21.

Este pasaje poético proporciona todavía otro recordatorio del papel salvador de Cristo, del padre protector y redentor de los hijos de Sión. Él consuela a Su pueblo y muestra misericordia cuando ellos se han afligido, tal y como cualquier padre amoroso hace con su hijo, aunque, como también nos recuerda Nefi por medio de Isaías, mucho más de lo que podría hacer cualquier padre mortal. Aunque una madre pueda olvidar a su bebé - lo cual es tan improbable como cualquier padre bien puede saber -, Cristo no olvidará a los hijos que ha redimido ni el convenio que ha hecho con ellos para la salvación de Sión. Los

dolorosos recordatorios de este cuidado y convenio son las marcas de los clavos romanos en las palmas de Sus manos, una señal a Sus discípulos en el Viejo Mundo, la congregación nefita en el Nuevo Mundo y a nosotros, la Sión de los últimos días, de que Él es el Salvador del mundo y que fue herido en la casa de Sus amigos.

Esta relación protectora y redentora de un Padre amoroso se refleja en 2 Nefi 7, donde Cristo habla a los hijos de Israel como a hijos:

"¿Te he repudiado yo, o te he echado de mi lado para siempre? Pues así dice el Señor: ¿Dónde está la carta de divorcio de tu madre? ¿A quién te he abandonado, o a cuál de mis acreedores te he vendido? Sí, ¿a quién te he vendido? He aquí, por vuestras maldades os habéis vendido, y por vuestras iniquidades es repudiada vuestra madre.

¿"Por tanto, cuando vine, no hubo nadie; cuando llamé, nadie respondió. Oh casa de Israel, ¿Se ha acortado mi mano para no redimir?, o ¿no hay en mí poder para liberar?".

Estos hijos tendrán un hogar feliz y padres sellados. En los últimos días la carta de divorcio contra su madre será desechada, al igual que las demandas de todos los acreedores. El Señor no está en deuda con nadie, ni lo estará ninguno de Sus hijos. Sólo Él puede pagar el precio de la salvación de Israel y el establecimiento de Sión. Su ira se ha apagado y no expulsará a Su novia, ni permitirá que los hijos de ella sean vendidos como esclavos.

En cuanto al acortamiento de Sus manos, las Escrituras testifican de forma repetida que el alcance del brazo de Dios es más que adecuado, la extensión de Su gracia es más que suficiente. Siempre puede reclamar y abrazar al Israel que ama. A pesar de la infidelidad de ellos, Su mano permanece constante, y no se acorta ni se retrae.

El Salvador mismo diría a los nefitas, citando a Isaías: "Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento, mas con misericordia eterna tendré compasión de ti, dice el Señor tu Redentor".

EL CRISTO MILENARIO

En cuanto al tema del papel de Cristo en la plenitud de los tiempos y Su reinado milenario, Isaías proporcionó uno de los pasajes más importantes de todo el Antiguo Testamento y favorito de los Santos de los últimos Días, un capítulo rico en alusiones a la Restauración: Isaías 11.

"Y saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces.

"Y sobre él reposará el Espíritu del Señor; el espíritu de sabiduría y de entendimiento, el espíritu de consejo y de poder, el espíritu de conocimiento y de temor del Señor;

"Y le dará penetrante entendimiento en el temor del Señor; y no juzgará según la vista de sus ojos, ni reprenderá por lo que oigan sus oídos;

"Sino que con justicia juzgará a los pobres, y reprenderá con equidad por los mansos de la tierra; y con la vara de su boca herirá la tierra, y con el aliento de sus labios matará al impío.

"Y la justicia será el ceñidor de sus lomos, y la fidelidad el cinturón de sus riñones".

Del Libro de Mormón y de Doctrina y Convenios se desprende con claridad que el personaje principal de este pasaje es Jesucristo. José Smith, al recordar la visita del ángel Moroni en la noche del 21 de septiembre de 1823, escribió que éste "citó el undécimo capítulo de Isaías, diciendo que estaba por cumplirse".

El simbolismo del árbol en este pasaje es una continuación natural de la figura utilizada en

la relación entre Cristo y los hijos de Israel a la largo de las Escrituras y abordada en diferentes partes de este libro. El silvicultor celestial poda cuidadosamente Sus árboles (considérese la alegoría de Zenós citada por Jacob) y de esta forma limpia lo malo de Su viña. Con la limpieza que Dios hace de Israel - cortando una rama, igualando los matorrales, y en especial los altaneros y arrogantes- todo lo que permanece en el pueblo del convenio en esta lectura es un tocón, lo cual prepara el camino para el florecimiento de nuevos vástagos que salgan de la herencia de Isaí.

El élder Bruce R. McConkie dijo respecto al "vástago" de este pasaje: "El rey que reinará personalmente sobre la tierra durante el milenio será el Vástago que salió de la casa de David. Él ejecutará juicio e impartirá justicia en toda la tierra porque es el Señor Jehová, Aquel a quien llamamos Cristo.

"El Señor habló de igual modo por medio de Zacarías: 'Así dice Jehová de los ejércitos:...He aquí, yo traigo a mi siervo el Renuevo [Vástago]... quitaré el pecado de la tierra en un día. En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, cada uno de vosotros convidará a su compañero, debajo de su vid y debajo de su higuera". Y el Señor dice también de ese glorioso día milenario:

'He aquí el varón cuyo nombre es el Renuevo [Vástago], el cual brotará de sus raíces, y edificará el templo de Jehová. Él edificará el templo de Jehová, y él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono".

El élder McConkie concluyó: "Está perfectamente claro que el vástago de David es Cristo... Él es un nuevo David, un David Eterno, que reinará para siempre en el trono de Su antepasado... El trono temporal de David cayó siglos antes del nacimiento de nuestro Señor, y esa porción de Israel que no había sido esparcida hasta los extremos de la tierra se hallaba en cautiverio bajo el yugo del acero romano. Pero las promesas permanecen, el trono eterno será restaurado en su debido tiempo con un nuevo David sentado sobre él, y reinará para siempre jamás...

"Cuán glorioso será el día en que el segundo David, que es Cristo, reine sobre el trono del primer David; cuando todos los hombres moren en seguridad; cuando la tierra esté cubierta de templos y cuando el convenio del Evangelio tenga plena fuerza y validez en toda la tierra".

Hay aquí una advertencia que habla de Dios hiriendo la tierra con la vara de Su boca y con el aliento de Sus labios matando al inicuo. Nefi, cerca ya del final de su vida, citó nuevamente este versículo cuando advirtió: "Y con justicia juzgará el Señor Dios a los pobres, y con equidad reprenderá por los mansos de la tierra. Y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios matará al impío". En ese día la Palabra descenderá con poder, y habrá un poder incomparable en Sus palabras. En los últimos días, el juicio de Cristo será la verdad que Él habla y un reconocimiento de esa verdad por todos los que le oyen.

En ese momento milenario, el Mesías dará comienzo a la paz por la que todos los justos han suspirado, trabajado y aguardado:

"Y morará también el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro, el leoncillo y el cebón cantarán juntos, y un niño los pastoreará.

"Y la vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león comerá paja como el buey.

"Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora.

"No dañarán, ni destruirán en todo mi santo monte; porque la tierra estará llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar.

"Y en aquel día habrá una raíz de Isaías, la cual estará puesta por pendón al pueblo; los gentiles la buscarán, y su descanso será glorioso..."

"Y levantará pendón a las naciones, y congregará a los desterrados de Israel, y reunirá a los dispersos de Judá de los cuatro cabos de la tierra".

En un lenguaje igualmente triunfante y de gran importancia para los últimos días, Nefi nos recuerda (por medio de Isaías) los templos que se construirán en lo alto de las montañas cerca del cuartel general del reino de Dios en la tierra, donde Cristo gobernará y reinará como Señor de señores y Rey de Reyes:

"Y acontecerá en los postreros días, que el monte de la casa del señor será establecido como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y todas las naciones correrán hacia él.

"Y vendrán muchos pueblos y dirán: Venid, y subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará acerca de sus caminos, y caminaremos por sus sendas; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor.

"Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y forjarán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces. No alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra.

"Venid, oh casa de Jacob, y caminemos a la luz del Señor; sí, venid, porque todos os habéis descarriado, cada cual por sus sendas de maldad";.

LA CRUCIFIXIÓN Y LA EXPIACIÓN

Puede que no se hayan escrito pasajes más hermosos sobre la expiación y la crucifixión del Salvador que los que escribió Isaías. Ya hemos mencionado los primeros tres versículos del capítulo 61, pasajes con los que Cristo anunció Su calidad de Mesías a lo que, seguramente, debió haber sido una boquiabierta sinagoga en el tranquilo pueblo de Nazaret. Dichos versículos se encuentran entre los más conmovedores y llenos de significado jamás escritos, particularmente a la vista de su verdadero sentido mesiánico y del uso que el Salvador mismo hizo de ellos.

Hay otros pasajes de Isaías que contribuyen enormemente a nuestra comprensión de la visión del maestro. Por ejemplo, se enseñó en cuanto al escarnio y el vilipendio del arresto y juicio de Jesús en este pasaje escrito por Isaías más de siete siglos antes de ocurrir los hechos, y Nefi los registró en sus planchas casi seis siglos antes de esos días fatídicos:

"El Señor Dios me abrió el oído, y no fui rebelde ni me torné atrás.

"Entregué mis espaldas al heridor, y mis mejillas a los que arrancaban la barba. No escondí mi rostro de la humillación ni del esputo.

"Porque el Señor Dios me ayudará, de modo que no seré confundido. Por eso he puesto mi rostro como pedernal, y sé que no seré avergonzado".

Pero la declaración lírica más larga y sublime de la vida, muerte y sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo se halla en el capítulo 53 de Isaías, citado en su totalidad en el Libro de Mormón por Abinadí cuando estaba encadenado ante el rey Noé. Abinadí fue, por supuesto, un símbolo y sombra del Salvador, hecho que hace de su conmovedor tributo a Cristo algo todavía más poderoso y emotivo (si es posible) que cuando Isaías lo escribió. Se ha invitado a los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días a buscar todo lo que sea "virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza", descripción exacta del Santo de Israel tal y como declararon Isaías y Abinadí

en sus testimonios de Él. Consideremos los siguientes elementos de Su vida, amor y don a todos nosotros:

"Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca". A veces olvidamos que Cristo nació en la mortalidad no sólo para morir por nosotros sino también para vivir como nosotros. Experimentó la infancia, la adolescencia y la madurez del adulto, para poder comprender más plenamente los retos asociados con la vida en un mundo que no es nuestro hogar. Bajo el ojo vigilante de Su Padre Celestial, fue un "renuevo" al menos en dos maneras: fue joven, puro, inocente y, particularmente, vulnerable al dolor del pecado que había a su alrededor; y fue atento, sensible y amable, en resumen, tierno como un renuevo. En Sus años de infancia y juventud con José y María, época en la que sólo era una planta, tuvo que asegurarse y llegar a ser una raíz fuerte; para luego crecer y convertirse en el Árbol de la Vida. (El árbol de la vida, como símbolo, incluye el árbol sobre el cual sería muerto por los pecados del mundo.) Todo esto se llevaría cabo en unos pocos kilómetros cuadrados de terreno árido y pedregoso en la antigua Palestina, bajo el clima estéril y seco del legalismo judaico que por largo tiempo había secado la savia de anteriores dispensaciones del Evangelio.

"No hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos". No tenemos razón para creer que Cristo no fuera atractivo físicamente, aunque este versículo puede sugerir que fuera claro, como en "claras y preciosas". En cualquier caso, sabemos que Su poder era un don interior y espiritual, y que como el hijo de una madre mortal, no destacaba en ningún aspecto físico, haciendo que sus sorprendidos y ofendidos coetáneos dijeran de Él y de Su anuncio mesiánico: "¿No es éste el hijo de José?". Ciertamente, no fue a ellos de forma que satisficiera las esperanzas tradicionales del pueblo y su visión de un Mesías de aspecto deslumbrante o poderoso en la política.

"Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido ". En última instancia, Cristo fue rechazado por el pueblo al cual había acudido, y algunos de Sus discípulos más íntimos se volvieron temerosos y (al menos temporalmente) terminaron por abandonarle. Cuando fue maldecido, vilipendiado, ridiculizado y escupido, nadie dio un paso para protegerle ni defenderle. Esto estaba, obviamente, de acuerdo con el decreto divino de que todo el peso de la Expiación sería llevado por Cristo y por nadie más. Ciertamente, cuando tomó sobre Sí los pecados y la tristeza, el pesar y el dolor de cada hombre, mujer y niño desde Adán hasta el fin del mundo, ni es necesario decir que fue "varón de dolores, experimentado en quebranto".

Parte de ese dolor reside en el hecho de que algunos pensaban que este hombre de Galilea estaba recibiendo lo que se merecía por ser "herido de Dios". El clamor más penetrante del Salvador puede haber contribuido a ese malentendido: "Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Entonces, tal como ocurre hoy día, muchos pensaron que si hay sufrimiento, seguramente debe haber culpa.

Ciertamente, había gran cantidad de culpa allí, todo un mundo, pero recayó sobre el único hombre completamente sin pecado y totalmente inocente que jamás haya vivido.

"Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros". En una forma que es monumentalmente misericordiosa y que está más allá de nuestra comprensión, de una forma que nos llena tanto de maravilla

como de gratitud, Cristo en persona tomó sobre Sí, comenzando en el jardín de Getsemaní y continuando hasta la cruz en el Calvario, tanto la carga espiritual como física de las transgresiones e iniquidades de cada integrante de la familia humana, pues todos "nos descarriamos como ovejas". Todas las personas responsables, exceptuando a Jesús, han pecado "y están destituidos de la gloria de Dios". Es más, sabemos que Cristo tomó sobre Sí otras cargas menores, aunque todavía dolorosas - enfermedades y aflicciones, penas y desánimos de toda clase -, para que también estos padecimientos pudieran ser levantados juntamente con el sufrimiento por el pecado y la desobediencia".

Aquel que más merecía la paz y que era el Príncipe de Paz, veía cómo ésta le era retirada. Aquel que no merecía amonestación alguna, y mucho menos abuso físico, se sometió al látigo para que Su acepción de los azotes pueda librarnos de semejante dolor si tan sólo nos arrepentimos. El coste total de la combinación de estos sufrimientos espirituales y físicos es incalculable. No obstante, las iniquidades, incluyendo los pesares y las tristezas de todo ser mortal que jamás haya vivido o viva en este mundo, fueron dispuestas como una unidad sobre Sus hombros; y en la más absoluta muestra de fortaleza jamás conocida en el mundo del empeño humano, fueron llevadas hasta que se hizo un pago completo por ellas.

"Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca". Aquí la imagen de las ovejas descarriadas del versículo seis (la familia humana) se torna en el versículo siete a la del cordero inocente (Cristo) que va en silencio al matadero. Cuando fue enfrentado por Caifás, el sumo sacerdote, Jesús "callaba". Luego, Herodes "le hacía muchas preguntas, pero él nada le respondió". Finalmente, ante Pilato, el único hombre que podía haberle salvado, Jesús "no le dio respuesta". Él era el Cordero de Dios preparado desde agites de la fundación del mundo para este sacrificio definitivo e infinito, mediante el cual daba sentido al incontable número de corderos que habían sido ofrecidos sobre un incontable número de altares en anticipación y a semejanza de esta última ofrenda de sangre del Primogénito de Dios. Aquí se hallaba en definitiva el Santo Cordero sin mancha ni falta que una vez más, y de forma mucho más universal, permitiría que los ángeles destructores dejaran indemne al pueblo del convenio".

"Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca". Cristo fue llevado prisionero por los soldados que entraron en el jardín de Getsemaní expresamente para capturarlo, y pasó el resto de Sus últimas horas en cautiverio y juicio en manos de Pilato, para luego ser "cortado de la tierra de los vivientes". Murió con los inicuos, crucificado entre dos ladrones; halló un lugar de sepultura gracias al rico José de Arimatea. Cristo era la representación de la verdad, de cuyos labios jamás salió engaño de ninguna clase. Ni hizo mal alguno (ni siquiera en palabras) en aquel momento de mayor injusticia, orando en las últimas horas de Su vida para que Su Padre perdonara a los implicados, "porque no saben lo que hacen".

"Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Ciertamente, no complació al Padre el herir a Su Hijo, tal y como hoy día entendemos y empleamos esa palabra. Algunas traducciones modernas de Isaías ofrecen como líneas de introducción "fue la voluntad del Señor" más que "Jehová quiso", lo cual proporciona un significado más claro de lo que se pretendía con la palabra quiso cuando José Smith tradujo este pasaje en el siglo XIX. Es más, el reconocer la sumisión de Cristo a la voluntad del Padre en Mosíah 14 proporciona el antecedente para la misma enseñanza que Abinadí estaba a punto de compartir con el rey Noé y su pueblo en Mosíah 15. De hecho, Abinadí dio una definición sucinta de quiénes

son la posteridad de Cristo: aquellos cuyos pecados Él ha tomado sobre Sí y por quienes ha muertos'. Su alma fue ciertamente "ofrenda por el pecado", proporcionando el gozo de una gloriosa reunión celestial con "su posteridad", una reunión que en ninguna otra parte se describe de forma más conmovedora que en la visión que tuvo el presidente Joseph F. Smith de los muertos justos". Y todo esto es la "voluntad" del Señor.

"Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos. Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores. Cristo sabía y percibía "el fruto de la aflicción de su alma", una angustia que se inició en el jardín de Getsemaní, donde "comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera... hasta la muerte". Oró con una fuerza tal y hasta las profundidades de esa agonía, que Su sudor llegó a ser "como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra". Posteriormente, describiría esa experiencia de Su sufrimiento diciendo: "Padecimiento que hizo que yo, Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu, y deseara no tener que beber la amarga copa y desmayar".

Mas fue fiel hasta el fin, y "quedó satisfecho" en su sentido más literal y legal, tras haber hecho la suficiente reparación y restitución como para apaciguar las demandas de la justicia. Y ya que "derramó su vida hasta la muerte" padeciendo "el pecado de muchos", recibió la herencia de los grandes, sentándose a la diestra de Dios, donde todo lo que el Padre tiene le fue dado. Fiel a Su naturaleza y convenio, Cristo compartirá esa herencia divina con todos los demás que sean fuertes en la observancia de los mandamientos, convirtiéndose así en "herederos del reino de Dios" exactamente en la forma en que Abinadí declaró esta doctrina al Rey Noé".

Para obtener esta misericordiosa protección y estas promesas gloriosas, nunca debemos "[esconder] de él el rostro... y no [estimar]lo".

CAPÍTULO SEIS

"SABÍAMOS DE CRISTO"

Los testimonios de Nefi, Jacob e Isaías se nos presentan como los tres primeros y grandes testigos que están en la puerta de entrada al Libro de Mormón, testificando de Cristo. Sin embargo, la venida de Cristo y la belleza de Su mensaje fueron enseñados ampliamente a lo largo de todo el Libro de Mormón'. En efecto, Nefi, Jacob e Isaías vieron reafirmados sus propios testimonios por la declaración de otros profetas antes que ellos. Obviamente, los profetas posteriores vieron sus afirmaciones fortalecidas por estos tres, y de esta forma las declaraciones proféticas y de refuerzo sobre Cristo se despliegan por todo el Libro de Mormón.

De hecho, el tema "Jesús es el Cristo", que predomina en todo el libro, sugiere que una forma de leer y recordar este registro sagrado es el de avanzar, en efecto, de una enseñanza sobre el Salvador a la siguiente. Estos discursos surgen con cierta regularidad, como una especie de vistas panorámicas para el necesitado viajero, y conducen de forma elevada al lector a lo largo de todo el Libro de Mormón, de principio a fin. Tras haber introducido esta idea con las enseñanzas de cuatro grandes profetas, parece útil combinar aquí, en una especie de resumen, las enseñanzas y los sermones restantes, grandes o pequeños, que hablan del Salvador hasta la época de Su aparición en el Nuevo Mundo, haciendo hincapié en lo extendida que estaba "la doctrina de Cristo" entre los antiguos profetas y cuán ampliamente la enseñaban. El título de este capítulo amalgamador - "Sabíamos de Cristo" - procede del testimonio de esos testigos mismos, con los sermones o subdivisiones identificados por los sacerdotes y maestros que nos los hicieron llegar: los profetas de las planchas menores; el rey Benjamín; Abinadí; Alma, padre; Alma, hijo; Amulek; los hijos de Mosíah; el capitán Moroni; los posteriores Nefi y Lehi; y Samuel el lamanita.

LOS PROFETAS DE LAS PLANCHAS MENORES

Como ya se apuntó en gran detalle en el capítulo tres de este libro, los escritos de Nefi documentan el propósito compartido y la práctica común de los profetas del Libro de Mormón que dieron testimonio de Cristo y de Su ministerio. Él registró el ministerio del Salvador, incluyendo los dolorosos detalles de la crucifixión, con el propósito expreso de que su pueblo pudiera conocer más plenamente a Cristo y aceptar Sus enseñanzas: "Yo, Nefi, he escrito estas cosas a los de mi pueblo, para que tal vez los persuada a que se acuerden del Señor su Redentor...

"Pues he aquí, siento estremecimientos en el espíritu, que me agobian al grado de que se debilitan todas mis coyunturas, por los que se hallan en Jerusalén; porque si el Señor en su misericordia no me hubiera manifestado lo concerniente a ellos, así como lo había hecho a los antiguos profetas, yo también habría perecido.

"Y ciertamente él mostró a los antiguos profetas todas las cosas concernientes a ellos.

Jacob y Nefi, en este orden, mencionaron el nombre que tendría el Mesías, pero Nefi se apresuró a reconocer que otros antiguos profetas también lo conocían: "Según las palabras de los profetas, el Mesías viene seiscientos años a partir de la ocasión en que mi padre salió de Jerusalén; y según las palabras de los profetas y también las palabras del ángel de Dios, su nombre será Jesucristo, el Hijo de Dios.

Jacob, el hermano de Nefi, cuyas enseñanzas del Salvador hemos revisado a fondo en el capítulo cuatro, acompañó ese reconocimiento con un testimonio de la amplia revelación y lo extendido del conocimiento de Cristo que habían recibido esos antiguos profetas, y escribió: "Porque hemos escrito estas cosas para este fin, que sepan que nosotros

sabíamos de Cristo y teníamos la esperanza de su gloria muchos siglos antes de su venida; y no solamente teníamos nosotros una esperanza de su gloria, sino también todos los santos profetas que vivieron antes que nosotros.

"He aquí, ellos creyeron en Cristo y adoraron al Padre en su nombre; y también nosotros adoramos al Padre en su nombre. Y con este fin guardamos la ley de Moisés, dado que orienta nuestras almas hacia él...

"Por tanto, escudriñamos los profetas, y tenemos muchas revelaciones y el espíritu de profecía; y teniendo todos estos testimonios, logramos una esperanza, y nuestra fe se vuelve inquebrantable, al grado de que verdaderamente podemos mandar en el nombre de Jesús, y los árboles mismos nos obedecen, o los montes, o las olas del mar".

Con ese sentimiento audaz y persuasivo, Jacob suplicó a sus hermanos: "He aquí, ¿rechazaréis estas palabras? ¿Rechazaréis las palabras de los profetas; y rechazaréis todas las palabras que se han hablado en cuanto a Cristo, después que tantos han hablado acerca de él? ¿y negaréis la buena palabra de Cristo y el poder de Dios y el don del Espíritu Santo, y apagaréis el Santo Espíritu, y haréis irrisión del gran plan de redención que se ha dispuesto para vosotros?".

Pero poco después llegó uno haciendo exactamente esas cosas. Sherem, el primero de los anticristos mencionados en el Libro de Mormón, vino declarando "que no habría ningún Cristo" e intentó por todos los medios posibles "derribar la doctrina de Cristo. Sabiendo que Jacob "tenía fe en Cristo, que habría de venir", Sherem hizo un esfuerzo particularmente perverso por enfrentarse a él y desafiar la práctica de lo que Sherem llamó "el evangelio o la doctrina de Cristo" con "un conocimiento perfecto de la lengua del pueblo", incluyendo gran habilidad para hablar halagadora y poderosamente, y basó su argumento en el tediosamente previsible razonamiento de todos los anticristos del Libro de Mormón: "Nadie sabe en cuanto a tales cosas; porque nadie puede declarar lo que está por venir".

Recogiendo el guante del reto, Jacob le preguntó: "¿Crees tú en las Escrituras?"

Sherem respondió: "Sí".

"Entonces no las entiendes", contestó Jacob, "porque en verdad testifican de Cristo. He aquí, te digo que ninguno de los profetas ha escrito ni profetizado sin que haya hablado concerniente a este Cristo".

En cierto modo es un tributo a Jacob el que finalmente Sherem reconociera su fatal fraudulencia, y en su lecho de muerte "negó las cosas que les había enseñado, y confesó al Cristo y el poder del Espíritu Santo y la ministración de ángeles...

"Y dijo: Temo que haya cometido el pecado imperdonable, pues he mentido a Dios; porque negué al Cristo, y dije que creía en las Escrituras, y éstas en verdad testifican de él".

Poco después, Enós, hijo de Jacob, tuvo una experiencia espiritual memorable debido a su fe en Cristo, un ser de quien la voz celestial le dijo: "A quien nunca jamás has oído ni visto". Del mismo modo, Jarom, hijo de Enós, señaló que los profetas (en plural) del Señor trabajaron "persuadiéndolos a mirar adelante hacia el Mesías y a creer en su venida como si ya se hubiese verificado". Amalekí, descendiente de Jarom, entregó los anales al rey Benjamín, "exhortando a todos los hombres a que vengan a... Cristo, el cual es el Santo de Israel, y [participen] de su salvación y del poder de su redención. Sí, venid a él y ofrecedle vuestras almas enteras como ofrenda".

Estos pasajes marcan la conclusión de las planchas menores de Nefi, completadas unos 130 años antes del nacimiento de Cristo. Dado que la transición se hace al compendio que Mormón realizó de las planchas mayores de Nefi, el hincapié en Cristo, Sus doctrinas,

Sus enseñanzas y la certeza de Su ministerio mortal continúa sin disminuir, aunque en un contexto más temporal y con un formato mucho más editado.

EL REY BENJAMÍN

En el primero de los sermones registrados por Mormón (en el Libro de Mormón tal y como ahora lo tenemos), el rey Benjamín pronunció un magnífico sermón sobre el sufrimiento y la Expiación de Cristo, el papel de la justicia y la misericordia, y la necesidad de tomar sobre nosotros el nombre de Cristo en una relación establecida mediante convenio - verdades que le habían sido reveladas "por un ángel de Dios". También él volvió a hacer hincapié en que todos los santos profetas han enseñado esto y que ellos, al igual que Jarom, enseñaron el "presente eterno" de la vida del Salvador.

Considere las siguientes verdades tomadas del singular sermón del rey Benjamín:

- Cristo, que reina "de eternidad de eternidad, [descendería] del cielo entre los hijos de los hombres; y [moraría] en un tabernáculo de barro".
- Cristo efectuaría "grandes milagros" incluyendo el sanar enfermos, resucitar a los muertos, hacer que los cojos anden, que los ciegos reciban la vista y que los sordos oigan; y curar todo tipo de enfermedades y echar fuera los demonios, o los malos espíritus "que moran en el corazón de los hijos de los hombres",.
- El Salvador sufriría tentaciones, hambre, sed, fatiga y "dolor en el cuerpo", más de lo que el hombre puede sufrir "sin morir".
- En Sus padecimientos durante la Expiación, la sangre le saldría por cada poro, tan grande sería Su angustia por los pecados y el sufrimiento de la humanidad.
- Se llamaría Jesucristo, "el Hijo de Dios, el Padre del cielo y de la tierra, el creador de todas las cosas desde el principio".
- Su madre se llamaría María.
- Su propio pueblo lo rechazaría, considerándolo tan sólo como un hombre. Le acusarían de tener un mal espíritu, un diablo; lo azotarían y lo crucificarían.
- Al tercer día se levantaría de los muertos.
- Se presentaría para juzgar al mundo con un justo juicio, por lo cual "todas estas cosas se hacen".
- La sangre de Cristo expiaría por todos aquellos que pecan y son ignorantes de "la voluntad de Dios concerniente a ellos".
- Para todos los demás que pecan a sabiendas y se rebelan "contra Dios", se hace necesario el arrepentimiento.
- Se mostrarían muchas "señales, y maravillas, y símbolos, y figuras" a la casa de Israel, incluyendo la ley de Moisés, la cual indicaba a la gente la venida de Cristo. No obstante, endurecieron el corazón y la cerviz y no entendieron que la ley de Moisés "nada logra salvo que sea por la expiación de [la] sangre [de Cristo]".
- No se daría "otro nombre, ni otra senda ni medio" por el cual viniera la salvación, sino únicamente en "el nombre de Cristo, el Señor Omnipotente" y por medio de Él.

No obstante lo reveladoras y detalladas que son estas enseñanzas, el rey Benjamín relacionó su aplicación doctrinal más sólida de la enseñanza de Cristo con el estado y circunstancias de los niños pequeños, los cuales sirven como elementos ideales y representativos del amor de Cristo y son ejemplos puros de Su humildad.

Los niños pequeños no son capaces de pecar, enseñó el rey Benjamín, pero sufren los efectos de la caída de Adán junto con el resto de la familia mortal. A pesar de esto, Cristo expía por toda esa caída y vence la muerte en beneficio de ellos: "El niño que muere en su infancia no perece", dijo el rey Benjamín. De hecho, los adultos serán castigados a menos que se humillen y lleguen a ser como niños pequeños, creyendo que "la salvación fue, y es, y ha de venir en la sangre expiatoria de Cristo, el Señor Omnipotente".

El rey Benjamín declaró en un pasaje memorable en cuanto a la inocente humildad y la confianza necesarias que se requieren de todo discípulo de Cristo: "El hombre natural es enemigo de Dios, y lo ha sido desde la caída de Adán, y lo será para siempre jamás, a menos que se someta al influjo del Santo Espíritu, se despoje del hombre natural, y se haga santo por la expiación de Cristo el Señor, y se vuelva como un niño: sumiso, manso, humilde, paciente, lleno de amor y dispuesto a someterse a cuanto el Señor juzgue conveniente imponer sobre él, tal como un niño se somete a su padre.

"Y además, te digo que vendrá el día en que el conocimiento de un Salvador se esparcirá por toda nación, tribu, lengua y pueblo.

"Y he aquí, cuando llegue ese día, nadie, salvo los niños pequeños, será hallado sin culpa ante Dios, sino por el arrepentimiento y la fe en el nombre del Señor Dios Omnipotente".

El rey Benjamín recordó a los que le escuchaban que éstas no eran verdades nuevas, aun en el siglo II a. de C. "El Señor ha enviado a sus santos profetas entre todos los hijos de los hombres", dijo el profeta, "para declarar estas cosas a toda familia, nación y lengua, para que así, quienes creyesen que Cristo habría de venir, esos mismos recibiesen la remisión de sus pecados y se regocijasen con un gozo sumamente grande, aun como si él ya hubiese venido entre ellos".

No debe extrañar a nadie que aquellos que escuchaban el cándido mensaje del rey cayeran al suelo y clamaran: "¡Oh, ten misericordia y aplica la sangre expiatoria de Cristo para que recibamos el perdón de nuestros pecados, y sean purificados nuestros corazones; porque creemos en Jesucristo, el hijo de Dios, que creó el cielo y la tierra y todas las cosas; el cual bajará entre los hijos de los hombres!". Su ferviente oración fue oída y ellos fueron llenos de gozo, recibieron una remisión de sus pecados y hallaron paz de conciencia "a causa de la gran fe que tenían en Jesucristo que habría de venir".

Como ocurre siempre con los íntegros de corazón, un testimonio tan poderoso de Cristo evocó en ellos una respuesta sincera, y estos creyentes buscaron el establecimiento de un convenio con su Salvador. Tras expresar que se había producido un "potente cambio" en sus corazones, no tenían "más disposición a obrar mal, sino a hacer lo bueno continuamente". Estaban dispuestos, según declararon, "a concertar un convenio con nuestro Dios de hacer su voluntad y ser obedientes a sus mandamientos en todas las cosas que él nos mande, todo el resto de nuestros días".

El rey Benjamín quedó admirado con esta respuesta de la congregación y les informó que en el proceso de concertar este convenio, se habían convertido en "progenie de Cristo, hijos e hijas de él". "Porque he aquí", les dijo, "hoy él os ha engendrado espiritualmente; pues decís que vuestros corazones han cambiado por medio de la fe en su nombre; por tanto, habéis nacido de él y habéis llegado a ser sus hijos y sus hijas".

Más adelante hablaremos sobre el papel de Cristo como "Padre", pues ésta es una forma apropiada de emplear este título en Aquél a quien por costumbre nos referimos como el "Hijo". Él es el Padre de la vida espiritual redimida y restaurada, es decir, la vida eterna. Los fieles nacen de nuevo - de Cristo, por Cristo y mediante Cristo - cuando este cambio poderoso se lleva a cabo en sus corazones. De la misma forma que es apropiado en el momento de un nuevo nacimiento, se les concede un nombre, y el nombre que los redimidos toman sobre sí es "el nombre de Cristo", evidencia de que los tales han

concertado un convenio con Dios de que serían obedientes al Evangelio hasta el fin de sus días.

El rey Benjamín dijo de esta nueva vida e identidad: "Quisiera que os acordaseis de conservar siempre escrito este nombre en vuestros corazones para que... oigáis y conozcáis la voz por la cual seréis llamados". Este nombre tendría un poder vinculante en la eternidad gracias a los convenios concertados en la mortalidad, algo que se observa claramente en esta declaración final del encomiable rey:

"Por tanto, quisiera que fueseis firmes e inmutables, abundando siempre en buenas obras para que Cristo, el Señor Dios omnipotente, pueda sellaros como suyos, a fin de que seáis llevados al cielo, y tengáis salvación sin fin, y vida eterna mediante la sabiduría, y poder, y justicia, y misericordia de aquel que creó todas las cosas en el cielo y en la tierra, el cual es Dios sobre todo".

Es innegable que este sermón contenía un poder espiritual que transponía la claridad de la palabra escrita, pues tras culminar el discurso y desear registrar "los nombres de todos los que habían hecho convenio", este poderoso siervo de Dios se percató de que "no hubo ni un alma, salvo los niños pequeños, que no hubiese hecho convenio y tomado sobre sí el nombre de Cristo". Oh, si nosotros pudiéramos tener sermones semejantes y, aún más importante, que todos los que los oyeran pudieran concertar, en consecuencia, convenios buenos y vinculantes.

ABINADÍ

Abinadí, ese símbolo profético de Cristo cuyo sermón será tratado en detalle más adelante, recalcó el hecho de que en su ministerio no estaba haciendo sino lo que habían hecho sus predecesores y contemporáneos:

"Pues he aquí, ¿no les profetizó Moisés concerniente a la venida del Mesías, y que Dios redimiría a su pueblo? Sí, y aun todos los profetas que han profetizado desde el principio del mundo, ¿no han hablado ellos más o menos acerca de estas cosas?

"¿No han dicho ellos que Dios mismo bajaría entre los hijos de los hombres, y tomaría sobre sí la forma de hombre, e iría con gran poder sobre la faz de la tierra?

"Sí, y ¿no han dicho también que llevaría a efecto la resurrección de los muertos, y que él mismo sería oprimido y afligido?.

En otro de esos consumados sermones sobre el Salvador que se hallan a lo largo y ancho del Libro de Mormón, Abinadí hizo las siguientes declaraciones sobre el Hijo de Dios:

- "Dios mismo" expiaría los pecados y las iniquidades de Su pueblo".
- Cristo representaría los papeles mortales de Padre e Hijo.
- La ley de Moisés era un símbolo de Cristo, quien habría de venir".
- Cristo moraría en la carne y sufriría tentaciones, mas no cedería a ellas".
- El Salvador permitiría que Su propio pueblo se mofara de Él, lo azotara, lo expulsara y lo repudiara.
- Obraría "muchos grandes milagros" sólo para ser llevado sin resistencia a la crucifixión.
- Su "intercesión por los hijos de los hombres" sería un reflejo de la misericordia y la compasión que le permitirían interceder entre el pueblo y las demandas de la justicia.
- En el proceso de la Expiación quebrantaría las ataduras de la muerte, tomaría sobre Sí las transgresiones de todos, satisfaría las demandas de la justicia y redimiría a Su

pueblo".

- La "progenie" de Cristo (los "hijos de Cristo" mencionados por el rey Benjamín) serían aquellos que creyesen en los profetas y acudiesen a Cristo en busca de una redención de sus pecados. Por éstos tomaría Cristo los pecados y para ellos sería plenamente eficaz Su muerte.
- De no ser por esta redención y resurrección, toda la humanidad tendría que perecer.
- Cristo llevaría a cabo una "primera resurrección" que incluiría a los fieles que vivieran y murieran antes de Su muerte, entre los que se incluyen los niños pequeños y aquellos que habrían muerto en su madurez sin un conocimiento del Evangelio.
- No habría resurrección de los rebeldes en la época de la resurrección de Cristo (o "la primera resurrección").

Estas verdades, testificó, han constituido "las palabras de los profetas, sí, todos los santos profetas que han profetizado concerniente a la venida del Señor". Entonces Abinadí procedió a concluir su magistral sermón con esta declaración: "Si Cristo no hubiese venido al mundo, hablando de cosas futuras como si ya hubiesen acontecido, no habría habido redención.

"Y si Cristo no hubiese resucitado de los muertos, o si no hubiese roto las ligaduras de la muerte, para que el sepulcro no tuviera victoria, ni la muerte agujón, no habría habido resurrección.

"Mas hay una resurrección; por tanto, no hay victoria para el sepulcro, y el agujón de la muerte es consumido en Cristo.

"Él es la luz y la vida del mundo; sí, una luz que es infinita, que nunca se puede extinguir; sí, y también una vida que es infinita, para que no haya más muerte...

"Enseñad... que la redención viene por medio de Cristo el Señor"".

ALMA, PADRE

De la heroica - y en última instancia fatídica - declaración de Abinadí al inicuo rey Noé surgió un converso crucial, un joven sacerdote de la corte del rey llamado Alma. Tras escuchar el testimonio que Abinadí dio de Cristo y huir al desierto para registrar el mensaje y arrepentirse de sus pecados, Alma comenzó a bautizar a todos los que deseaban hacer convenio con Cristo, y les pidió que "[sirvieran a Dios y guardaran] sus mandamientos, para que él derrame su Espíritu más abundantemente" sobre ellos. Estos nuevos discípulos también demostrarían su fe al:

- Entrar en el rebaño de Dios.
- Ser llamados Su pueblo.
- Llevar las cargas de los demás".
- Llorar con los que lloran".
- Consolar a los que necesitan de consuelo.
- Ser testigos de Dios en todo momento en todas las cosas y en todo lugar.
- Concertar un convenio de servir a Dios y guardar Sus mandamientos.

Esta declaración de Alma en las Aguas de Mormón sigue siendo el pasaje de las Escrituras más completo jamás registrado en cuanto a lo que debe comprometerse a hacer y ser toda persona recién bautizada.

Esta experiencia bautismal para un grupo tan grande condujo a la formación de una iglesia en el desierto, conocida desde entonces como "La iglesia de Cristo". Estas primeras organizaciones eran conocidas entre los antiguos como "iglesias de anticipación" cuando surgían (como ocurría con frecuencia) antes del ministerio mortal de Cristo. Al poco tiempo hubo diversas ramas de la iglesia por la tierra, con un total de siete en la zona más cercana a Zarahemla. Estas múltiples congregaciones "se reunían, pues, en diferentes grupos llamados iglesias; y cada iglesia tenía sus sacerdotes y sus maestros; y todo sacerdote predicaba la palabra según le era comunicada por boca de Alma". A pesar del número de ramas establecidas, "todas eran una, sí, la iglesia de Dios; porque nada se predicaba en todas ellas sino el arrepentimiento y la fe en Dios". Los que se unían a ellas tomaban "sobre sí el nombre de Cristo, o sea, el de Dios".

Como se puede ver, la doctrina que se enseñaba estaba centrada en "el arrepentimiento y la fe en el Señor, que había redimido a su pueblo". Debían estar unidos en sus corazones, sin contención alguna en su relación ni en la doctrina, "teniendo entrelazados sus corazones con unidad y amor el uno para con el otro". Debían santificar el día de reposo y dar gracias al Señor diariamente. Los sacerdotes debían trabajar con sus propias manos para su sostén, y toda la iglesia debía reunirse para adorar al menos un día a la semana. La gente debía dar de sus bienes, "cada uno de conformidad con lo que tuviera; si tenía en más abundancia, debía dar más abundantemente; y del que tenía poco, sólo poco se debía requerir; y al que no tuviera, se le habría de dar. Y así debían dar de sus bienes, de su propia y libre voluntad y buenos deseos para con Dios". De esta forma debían caminar "rectamente ante Dios, ayudándose el uno al otro temporal y espiritualmente, según sus necesidades y carencias".

ALMA, HIJO

A medida que esta "iglesia [nefitas] de anticipación" comenzaba a florecer, el hijo de Alma y sus amigos, los hijos de Mosíah, andaban perturbando la obra de los profetas. En tal circunstancia, su consternado padre recibió una gran revelación de "la voz del Señor", claramente la voz del Cristo premortal, la cual dijo referente a la iglesia y a los que se habían bautizado en ella: "Bendito es este pueblo que está dispuesto a llevar mi nombre; porque en mi nombre serán llamados; y son míos...

"Porque he aquí, ésta es mi iglesia... Y aquel a quien recibas, deberá creer en mi nombre; y yo lo perdonaré liberalmente.

"Porque soy yo quien tomo sobre mí los pecados del mundo; porque soy yo el que he creado al hombre; y soy yo el que concedo un lugar a mi diestra al que crea hasta el fin.

"Porque he aquí, en mi nombre son llamados...

"Y entonces sabrán que yo soy el Señor su Dios, que soy su Redentor".

La conversión que posteriormente descendió sobre Alma, hijo, en este período de desarrollo de la iglesia en Zarahemla, es una de las más dramáticas y de mayor influencia de todo el Libro de Mormón.

Siendo primeramente confrontado y finalmente confundido por un ángel del Señor, Alma cayó a tierra y quedó sin habla y sin fuerzas durante tres días y tres noches. Por dos de esos días y noches, su padre, sumo sacerdote, y los restantes fieles de Zarahemla ayunaron y oraron para que la fuerza regresara a este joven, pues su padre "sabía que era el poder de Dios" el que lo había vencido. Una vez regresada la fuerza, se puso en pie y habló del poderoso cambio que había ocurrido en él por medio de Cristo, y dijo a los que se habían congregado a su alrededor:

"Me he arrepentido de mis pecados, y el Señor me ha redimido; he aquí, he nacido del Espíritu.

"Y el Señor me dijo: No te maravilles de que todo el género humano, sí, hombres y mujeres, toda nación, tribu, lengua y pueblo, deba nacer otra vez; sí, nacer de Dios, ser cambiados de su estado carnal y caído, a un estado de rectitud, siendo redimidos por Dios, convirtiéndose en sus hijos e hijas;

"Y así llegan a ser nuevas criaturas; y a menos que hagan esto, de ningún modo pueden heredar el Reino de Dios...

"Después de pasar mucha tribulación, arrepintiéndose casi hasta la muerte, el Señor en su misericordia ha tenido a bien arrebatarme de un fuego eterno, y he nacido de Dios".

El dolor personal de ese arrepentimiento y renacimiento fue descrito en más detalle por este hijo recién converso: "Mi alma ha sido redimida de la hiel de amargura, y de los lazos de iniquidad. Me hallaba en el más tenebroso abismo; mas ahora veo la maravillosa luz de Dios. Atormentaba mi alma un suplicio eterno; mas he sido rescatado, y mi alma no siente más dolor.

"Rechacé a mi Redentor, y negué lo que nuestros padres habían declarado; mas ahora, para que prevean que él vendrá, y que se acuerda de toda criatura que ha creado, él se manifestará a todos.

"Sí, toda rodilla se doblará, y toda lengua confesará ante él.

Sí, en el postrer día, cuando todos los hombres se presenten para ser juzgados por él, entonces confesarán que él es Dios; y los que vivan sin Dios en el mundo entonces confesarán que el juicio de un castigo eterno sobre ellos es justo; y se estremecerán y temblarán, y se encogerán bajo la mirada de su ojo que todo lo penetra.

Años después, al recordar este dramático acontecimiento para el beneficio y advertencia de su hijo Helamán, Alma dijo: "Mi alma estaba atribulada en sumo grado, y atormentada por todos mis pecados", explicó. Recordó todo pecado e iniquidad que le había hecho sentir los tormentos y dolores del infierno. Sintiendo que había "asesinado" espiritualmente a muchos de los fieles seguidores de Cristo, a quienes había alejado de la iglesia, Alma confesó: "El sólo pensar en volver a la presencia de mi Dios atormentaba mi alma con indecible horror".

"¡Oh", pensó durante esos tres días de tormento, "si fuera yo desterrado y aniquilado en cuerpo y alma, a fin de no ser llevado a comparecer ante la presencia de Dios para ser juzgado por mis obras!".

Fue mientras se hallaba sumido en ese tormento, aquejado por el recuerdo de sus muchos pecados, cuando Alma recordó que su padre había profetizado al pueblo "concerniente a la venida de un Jesucristo, un Hijo de Dios, para expiar los pecados del mundo".

"Y al concentrarse mi mente en este pensamiento", dijo, "clamé dentro de mi corazón: ¡Oh Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí que estoy en la hiel de amargura, y ceñido con las eternas cadenas de la muerte!".

Cuando Alma pensó en Cristo - simplemente tuvo el pensamiento de Cristo- su pesar cesó y los dolores desaparecieron. Ya no se vio más atormentado por el recuerdo de sus pecados, y la fortaleza física regresó a él.

Alma dijo a Helamán en cuanto a este ejemplo maravilloso de la misericordia de Cristo y el poder de aferrarse a Su Expiación, aun cuando sólo fuera en pensamiento: "¡Qué gozo, y qué luz tan maravillosa fue la que vi! Sí, mi alma se llenó de un gozo tan profundo como lo había sido mi dolor...

"Sí, y desde ese día, aun hasta ahora, he trabajado sin cesar para traer almas al arrepentimiento; para traerlas a probar el sumo gozo que yo probé; para que también nazcan de Dios y sean llenas del Espíritu Santo...

"Porque a causa de la palabra que él me ha comunicado, he aquí, muchos han nacido de Dios, y han probado como yo he probado, y han visto ojo a ojo, como yo he visto; por tanto, ellos saben acerca de estas cosas de que he hablado, como yo sé; y el conocimiento que tengo viene de Dios".

Quizás sólo los que han conocido esta angustia pueden apreciar plenamente la misericordiosa redención de que habló Alma, si bien todos hemos pasado por momentos de temor y padecimientos, todos hemos tenido horas de aflicción e "indecible horror". A todos ellos, los "más viles pecadores", o al sencillo discípulo que sólo desea caminar con éxito por el sendero de la vida, Alma les habla al corazón.

Al inicio de su enseñanza a Helamán, dijo: "Sé que quienes pongan su confianza en Dios serán sostenidos en sus tribulaciones, y sus dificultades y aflicciones, y serán enaltecidos en el postrer día".

En conclusión, finalizó tal y como había comenzado: "Y he sido sostenido en tribulaciones y dificultades de todas clases, sí, y en todo género de aflicciones; sí, Dios me ha librado de la cárcel, y de ligaduras, y de la muerte; sí, y pongo mi confianza en él, y todavía me fibra".

Los problemas de Alma, hijo, habían comenzado cuando negó lo que con tanta profusión le había enseñado su propio padre, y que tan abundantemente se había inculcado durante toda la época del Libro de Mormón. "Rechacé a mi Redentor", dijo, "y negué lo que nuestros padres habían declarado; mas ahora, para que prevean que él vendrá, y que se acuerda de toda criatura que ha creado, él se manifestará a todos.

A la muerte de su padre, el recién converso Alma asumió el manto profético, y resulta instructivo destacar que predicó de Cristo a los miembros de su propia congregación, así como a aquellos que no eran miembros de la Iglesia. Mientras suplicaba por "un cambio poderoso" para sus hermanos bautizados en Zarahemla, Alma amonestó en cuanto a la vida del que no se ha convertido: "Os pregunto, hermanos míos de la iglesia: ¿Habéis nacido espiritualmente de Dios? ¿Habéis recibido su imagen en vuestros rostros? ¿Habéis experimentado este gran cambio en vuestros corazones?"

"¿Ejercéis la fe en la redención de aquel que os creó?..."

"Nadie puede ser salvo a menos que sus vestidos hayan sido lavados hasta quedar blancos; sí, sus vestidos deben ser purificados hasta quedar limpios de toda mancha, mediante la sangre de aquel de quien nuestros padres han hablado, el cual habrá de venir para redimir a su pueblo de sus pecados..."

"He aquí, os digo que el buen pastor os llama; sí, y os llama en su propio nombre, el cual es el nombre de Cristo; y si no queréis dar oídos a la voz del buen pastor, al nombre por el cual sois llamados, he aquí, no sois las ovejas del buen pastor..."

"Os digo que Jesucristo vendrá; sí, el Hijo, el Unigénito del Padre, lleno de gracia, de misericordia y de verdad; y he aquí, él es el que viene a quitar los pecados del mundo, sí, los pecados de todo hombre que crea firmemente en su nombre".

Con esta misma intención, Alma fue a predicar a la iglesia que se había establecido en el valle de Gedeón, "según la revelación de la verdad de la palabra que sus padres habían hablado y de acuerdo con el espíritu de profecía que estaba en él, conforme al testimonio de Jesucristo, el Hijo de Dios, que habría de venir para redimir a su pueblo de sus pecados, y de acuerdo con el santo orden mediante el cual Alma había sido llamado".

Alma enseñó a estas personas que de las muchas cosas que sucederían, "hay una que es más importante que todas las otras". "Pues he aquí", dijo, "no está muy lejos el día en que el Redentor viva y venga entre su pueblo".

Alma reconoció con candor profético que desconocía con exactitud cuándo se aparecería Cristo en el Nuevo Mundo, mas el espíritu le instó a proclamar "a este pueblo diciendo: Arrepentíos y preparad la vía del Señor, y andad por sus sendas, que son rectas; porque he aquí, el reino de los cielos está cerca, y el hijo de Dios viene sobre la faz de la tierra".

Tras reafirmar no sólo que nacería de una virgen sino que el nombre de ésta sería María, Alma procedió a realizar una de las declaraciones más motivadoras y reveladoras del libro sobre la amplitud de la Expiación y la gama de enfermedades y pesares que abarcaría.

Alma dijo sobre el Hijo divino de María: "Él saldrá, sufriendo dolores, aflicciones y tentaciones de todas clases; y esto para que se cumpla la palabra que dice: Tomará sobre sí los dolores y las enfermedades de su pueblo.

"Y tomará sobre sí la muerte, para soltar las ligaduras de la muerte que sujetan a su pueblo; y sus enfermedades tomara él sobre sí, para que sus entrañas sean llenas de misericordia, según la carne, a fin de que según la carne sepa cómo socorrer a los del pueblo, de acuerdo con las enfermedades de ellos..."

"El Hijo de Dios padece según la carne, a fin de tomar sobre sí los pecados de su pueblo, para borrar sus transgresiones según el poder de su redención"".

Esta doctrina condujo a Alma a invitar a su público a reclamar estas bendiciones siendo bautizados para arrepentimiento, "a fin de que seáis lavados de vuestros pecados, para que tengáis fe en el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, que es poderoso para salvar y para limpiar de toda iniquidad".

Fíjese en los tipos de problemas que Alma dijo que serían remediados por la Expiación:

dolor, aflicción, enfermedad, pesar y tentaciones de todo tipo, así como el pecado espiritual y la muerte física. Esta doctrina es el punto central del sentido pleno de la misión y el ministerio del Señor Jesucristo. La mayoría de los cristianos creen que, basándose en el arrepentimiento, la expiación de Cristo redimirá a la humanidad de las consecuencias finales del pecado y la muerte, pero sólo aquellos que reciban el Evangelio restaurado, incluyendo el Libro de Mormón, saben cuán minuciosamente sana y ayuda la Expiación en las tan diversas categorías de decepción y pesar actuales y de la eternidad. Tanto en esta vida como en la venidera, Cristo "confortará mi alma" y administrará "misericordia... todos los días de mi vida".

ALMA Y AMULEK (PRIMERA PARTE)

Aprendemos muchas cosas sobre el Salvador de las palabras pronunciadas a la gente de Ammoniah por un maravilloso compañerismo misional que se compara con "dos leones". Si seleccionamos los elementos de sus charlas misionales, - particularmente los dirigidos a su adversario Zeezrom -, aprendemos lo siguiente:

- El Salvador vendrá en Su gloria, la gloria del Unigénito del Padre, en "pocos días" (esta profecía se dio aproximadamente en el año 82 a. de C.).
- Estaría lleno de gracia, equidad y verdad; lleno de paciencia, misericordia y longanimidad. Sería presto para oír los clamores de Su pueblo y contestar sus oraciones".
- Redimirá a los que se bautizaron para arrepentimiento por medio de la fe en Su nombre".
- Cristo no puede salvar al pueblo "en sus pecados", aunque sí puede salvarlos "de sus pecados", pues ninguna cosa impura puede heredar el reino de los cielos.
- Se puede llamar correctamente a Cristo "el Padre Eterno mismo del cielo y de la tierra, y de todas las cosas que en ellos hay". Él es "el principio y el fin, el primero y el último".
- Descenderá al mundo para redimir a Su pueblo, los únicos sobre los cuales la Expiación puede tener un efecto completo por ser los "que crean en su nombre".
- Excepto por el don universal de la resurrección, los inicuos permanecerán "como si no se hubiese hecho ninguna redención".
- Durante la Resurrección, el espíritu y el cuerpo serán reunidos "en su perfecta forma; los miembros así como las coyunturas serán restaurados a su propia forma... Y no se perderá ni un solo pelo de su cabeza".
- En el momento del juicio, "tendremos un vivo recuerdo de toda nuestra culpa".
- Nunca volveremos a morir físicamente después de la Resurrección. El espíritu y el cuerpo estarán juntos, "para no ser separados nunca más".
- En el día del juicio seremos condenados por nuestras palabras, obras y pensamientos.
- Los inicuos experimentarán una "segunda muerte", una muerte espiritual en cuanto a las cosas de rectitud, y estarán bajo el poder y el cautiverio de Satanás, atormentados como si se hallaran en un lago de fuego y azúfre.
- Sus circunstancias serán dolorosas, pues no podrán ser redimidos en sus pecados, y no podrán morir, pues sus espíritus y cuerpos estarán unidos para siempre".
- Tras la caída de Adán, esta vida se convirtió en "un estado de probación; un tiempo de preparación para presentarse ante Dios".
- La muerte es un paso necesario hacia el pleno arrepentimiento, la redención, la dicha y

la resurrección, pues si Adán y Eva hubieran participado del fruto del árbol de la vida tras su transgresión, "habrían sido miserables para siempre, no teniendo un estado preparatorio.

- Dado que todos deben conocer estas cosas, Dios "ha conversado con los hombres" desde el principio, de acuerdo con la fe, el arrepentimiento y las obras de santidad de ellos, dándoles a conocer el plan de redención que fue preparado desde la fundación del mundo.
- Tras haber dado a conocer el plan de redención, Dios proporcionó mandamientos, mediante los cuales se podrían obtener las bendiciones de dicho plan.
- Dios llama a Sus hijos "en el nombre de su Hijo", para que se arrepientan e invoquen las promesas que están disponibles solamente mediante Su "Hijo Unigénito".
- Si el pueblo continúa transgrediendo y, por tanto, provocando a Dios, el resultado será una [segunda] muerte, tal y como sucedió "en la primera provocación".
- Dios ha ordenado sacerdotes "según el orden de su Hijo" para enseñar estas cosas al pueblo. Éstos han sido ordenados de una forma que sirve como símbolo de Cristo, permitiendo a la gente saber de qué manera esperar al Hijo de Dios para ser redimidos".
- El Evangelio se enseña "en términos claros" para que no haya malentendidos ni razón para el error'.
- Se emplean ángeles para dar a conocer estas buenas nuevas, incluyendo la declaración de la venida de Cristo.

Tenemos aquí una gran cantidad de información sobre el ministerio del Salvador, especialmente cuando nos damos cuenta de que se proporcionó en circunstancias muy hostiles y ante un público muy amenazador. De hecho, a la conclusión de estas enseñanzas, Alma y Amulek fueron obligados a presenciar cómo se arrojaba a mujeres y niños inocentes, seguidores de Cristo, a una muerte por fuego. Es más, ellos mismos fueron echados en prisión, atados con fuertes cuerdas, se les negó comida y agua, y fueron escupidos y abofeteados por sus agresores. En esta circunstancia cruel y violenta la fe de Cristo les dio fortaleza: "Alma clamó, diciendo: ¿Cuánto tiempo, oh Señor, sufriremos estas grandes aflicciones? ¡Oh Señor!, fortalécenos según nuestra fe que está en Cristo hasta tener el poder para librarnos".

Al decir estas palabras, sus ataduras se quebraron y los muros de la prisión se partieron en dos, y tanto Alma como Amulek salieron indemnes, "porque el Señor les había concedido poder según su fe que estaba en Cristo. Y salieron luego de la cárcel; y fueron soltados de sus ligaduras; y la prisión había caído a tierra, y todos los que estaban dentro de sus paredes murieron"".

Alma dijo a Zeezrom, el nuevo converso que estaba abrumado por una angustia febril fruto de su resistencia a la verdad y su culpa implícita en la muerte de tanta gente inocente: "¿Crees en el poder de Cristo para salvar?".

Zeezrom dijo que sí y Alma prosiguió: "Si crees en la redención de Cristo, puedes ser sanado".

Zeezrom también asintió a esta creencia.

"Y cuando Alma hubo dicho estas palabras, Zeezrom se puso en pie de un salto y empezó a andar; y esto causó un gran asombro entre todo el pueblo, y la noticia de ello se extendió por toda la tierra de Sidom.

"Y Alma bautizó a Zeezrom en el Señor; y desde entonces empezó Zeezrom a predicar al pueblo".

Con tales manifestaciones dramáticas tanto de lo bueno como de lo malo, el tiempo avanzaba con rapidez hacia la venida de Cristo: "El Señor derramó su Espíritu sobre toda la faz de la tierra a fin de preparar la mente de los hijos de los hombres, o sea, preparar sus corazones para recibir la palabra que se enseñaría entre ellos en el día de su venida". Se les enseñó a declarar al pueblo respecto a la seguridad del Evangelio, "cosas que pronto habrían de acontecer; sí... la venida del Hijo de Dios, sus padecimientos y muerte, y también la resurrección de los muertos.

"Y muchos del pueblo preguntaron acerca del lugar donde el Hijo de Dios habría de venir, y se les enseñó que se aparecería a ellos después de su resurrección; y el pueblo oyó esto con gran gozo y alegría".

LOS HIJOS DE MOSIAH

Cuando Alma y Amulek se hallaban teniendo semejante éxito entre los nefitas, los hijos de Mosíah estaban enseñando estas mismas verdades de Cristo a los lamanitas. En un dramático intercambio con el rey Lamoni y su pueblo, Ammón enseñó "el plan de redención que fue preparado desde la fundación del mundo; y también les hizo saber concerniente a la venida de Cristo, y les dio a conocer todas las obras del Señor".

Es en respuesta a este testimonio de Cristo que el rey Lamoni suplicó en idéntica forma que el converso Alma, hijo: "¡Oh Señor, ten misericordia! ¡Según tu abundante misericordia que has tenido para con el pueblo de Nefi, tenla para mí y mi pueblo!". Tras caer a tierra como si estuviera muerto, Lamoni estuvo inconsciente durante dos días y dos noches, hasta que Ammón lo restauró por el poder del sacerdocio. El rey despertó de esta experiencia diciendo: "He aquí, he visto a mi Redentor; y vendrá, y nacerá de una mujer, y redimirá a todo ser humano que crea en su nombre". Su esposa, la reina, se levantó de su experiencia espiritual clamando: "¡Oh bendito Jesús, que me ha salvado de un terrible y infierno! ¡Oh Dios bendito, ten misericordia de este pueblo!".

Ammón se deleitaba en esta experiencia porque sabía que "el oscuro velo de incredulidad" había sido rasgado de estos prominentes, y ahora profundamente humildes, líderes lamanitas. La luz que descendía sobre sus mentes era la que siempre vence a las tinieblas, "la luz de la gloria de Dios, que era una maravillosa luz de su bondad". Este esclarecimiento infunde tal gozo en las almas de hombres y mujeres, que hace disipar toda duda y la promesa de la vida eterna prevalece en el corazón humano".

Es desafortunado que, durante esta visión, el cansino tema de los anticristos - el que uno no puede saber de las cosas venideras - fuera esgrimido por los de la orden de Nehor, formada de entre los amalekitas y los amulonitas, nefitas apóstatas que vivían entre los lamanitas y a quienes habían estado predicando los hijos de Mosíah.

"Entonces le dijo Aarón [a uno de los amalekitas]: ¿Crees que el Hijo de Dios vendrá para redimir al género humano de sus pecados?

"Y le dijo el hombre: No creemos que sepas tal cosa. No creemos estas insensatas tradiciones. No creemos que tú sepas de cosas futuras, ni tampoco creemos que tus padres ni nuestros padres supieron concerniente a las cosas que hablaron, de lo que está por venir.

"Y Aarón empezó a explicarles las Escrituras concernientes a la venida de Cristo y también la resurrección de los muertos; y que no habría redención para la humanidad, salvo que fuese por la muerte y padecimientos de Cristo, y la expiación de su sangre".

Los pasajes que Aarón estaba empleando pertenecen todavía a una época del "Antiguo Testamento", aunque los escritos sagrados hablan claramente de la venida de Cristo, Su expiación y resurrección, más evidencia, si cabe, de la pérdida de verdades claras y

preciosas de nuestra Biblia actual. Al padre del rey Lamoni "Aarón le explicó las Escrituras desde la creación de Adán, exponiéndole la caída del hombre, y su estado carnal, y también el plan de redención que fue preparado desde la fundación del mundo, por medio de Cristo, para cuantos quisieran creer en su nombre.

"Y en vista de que el hombre había caído, éste no podía merecer nada de sí mismo; mas los padecimientos y muerte de Cristo expían sus pecados mediante la fe y el arrepentimiento, etcétera..."

Hasta un grupo como los anti-nefi-lehítas tan inicuos en el pasado y recientemente convertidos a la verdad comprendieron la doctrina de Cristo y Su expiación. Tras su conversión, el rey Anti-Nefi-Lehi dijo a su pueblo: "Doy gracias a mi Dios... porque nos ha concedido que nos arrepintamos de estas cosas, y también porque nos ha perdonado nuestros muchos pecados y asesinatos que hemos cometido, y ha depurado nuestros corazones de toda culpa, por los méritos de su hijo".

Temerosos de que el derramamiento de más sangre por causa de sus armas les alejara de la "sangre [redentora] del Hijo de nuestro gran Dios", que iba a ser derramada para la expiación de sus pecados, estos fieles conversos se negaron a volver a tomar las armas".

Estos anti-nefi-lehítas, que en una ocasión fueron un pueblo endurecido y sediento de sangre, aceptaron el Evangelio por completo y llegaron a ser "[distinguidos] por su celo para con Dios, y también para con los hombres; pues eran completamente honrados y rectos en todas las cosas; y eran firmes en la fe de Cristo, aun hasta el fin...

"Y no veían la muerte con ningún grado de terror, a causa de su esperanza y conceptos de Cristo y la resurrección; por tanto, para ellos la muerte era consumida por la victoria de Cristo sobre ella".

ALMA Y AMULEK (SEGUNDA PARTE)

Mientras tanto, Alma había conocido a Korihor, el más diabólico de todos los anticristos del Libro de Mormón, quien "empezó a predicar al pueblo contra las profecías que habían declarado los profetas concernientes a la venida de Cristo...

"Y este anticristo... empezó a predicar al pueblo que no habría ningún Cristo. Y de esta manera predicaba, diciendo:

"¡Oh vosotros que estáis subyugados por una loca y vana esperanza! ¿Por qué os sujetáis con semejantes locuras? ¿Por qué esperáis a un Cristo? Pues ningún hombre puede saber acerca de lo porvenir...

"He aquí, no podéis saber de las cosas que no veis; por lo tanto, no podéis saber si habrá un Cristo". Korihor enseñó que semejante búsqueda trastornada de la remisión de los pecados era "el efecto de una mente desvariada". "No se podía hacer ninguna expiación por los pecados de los hombres", enseñó, antes bien "a cada uno le tocaba de acuerdo con su habilidad". Cada persona prosperaba según su propia sabiduría y conquistaba de acuerdo con su propia fuerza; y trasladándose más allá del ámbito de la ley civil o moral hacia la anarquía, Korihor concluyó diciendo que "no era ningún crimen el que un hombre hiciese cosa cualquiera". De esta forma y con "palabras muy altaneras", Korihor ridiculizó las "insensatas... [y] tontas tradiciones" de creer en un Cristo que habría de venir.

Los argumentos de Korihor parecen muy actuales al lector moderno, pero como respuesta, Alma empleó un arma eterna y, en última instancia, innegable: el poder de un testimonio personal. Enfadado porque Korihor y los suyos estaban esencialmente en contra de la felicidad, Alma preguntó: "¿Por qué enseñas a este pueblo que no habrá Cristo, para interrumpir su gozo?". "Sé que hay un Dios", declaró, "y también que Cristo vendrá... Tengo todas las cosas como testimonio de que estas cosas son verdaderas". La referencia inequívoca a "todas las cosas" en esta respuesta profética es ciertamente un eco intencionado por parte de Alma de la doctrina enseñada a lo largo de todo el Libro de Mormón de que "todas las cosas que han sido dadas por Dios al hombre, desde el principio del mundo, son símbolo de [Cristo]". Las fuerzas de la naturaleza y de la historia, así como las del espíritu, a la larga están siempre del lado del discípulo de Cristo.

Korihor fue vencido por el testimonio que Alma tenía de Cristo y finalmente herido por el poder del Dios que él había negado. Sin embargo, su forma de enseñar tuvo una influencia inevitable entre algunos de los menos fieles que, al igual que los vecinos zoramitas, se habían entregado a "[pervertir] las vías del Señor".

Zoram y sus seguidores son uno de los grupos apóstatas más memorables mencionados en el Libro de Mormón, principalmente porque se consideraban inusualmente rectos y favorecidos de Dios. Una vez a la semana se subían a lo alto de una torre llamada Rameúptom con el fin de orar y, empleando siempre "la misma oración", daban gracias a Dios por ser mejores que nadie, un pueblo escogido y santo, elegido por Dios para ser salvo mientras que todos demás "son elegidos" para ser arrojados al infierno. Con esta tranquilizadora certeza, tampoco creían en las "insensatas tradiciones" (surge aquí la evidencia del legado de Korihor) como la creencia en un Salvador, pues les había sido "dado a conocer" que no habría Cristo.

Tras esta impertérrita actuación pública una vez cada siete días, los zoramitas regresaban a sus hogares "sin volver a hablar de su Dios" hasta que ascendían al Rameúptom a la semana siguiente. No es de extrañar que cuando Alma y sus hermanos misioneros contemplaron este espectáculo de farisaica superioridad, se "asombraron sobremanera".

Alma no perdió mucho tiempo en contrarrestar una oración tan profana, con una teología igualmente inmundada, con su propia oración en busca de ayuda divina contra esta forma

de iniquidad complaciente de sí misma que, literalmente, hizo angustiar su corazón.

"¡Oh Señor, dame fuerzas para sobrellevar mis flaquezas", oró. "Porque soy débil, y semejante iniquidad entre este pueblo contrista mi alma!"

"¡Oh Señor, mi corazón se halla afligido en sumo grado; consuela mi alma en Cristo!... Concédeme el éxito, así como a mis consiervos... Que tengan fuerza para poder sobrellevar las aflicciones que les sobrevendrán".

"Consuela sus almas en Cristo... [y] concédenos lograr el éxito al [traer a los zoramitas] nuevamente a ti en Cristo"

En respuesta a esta oración desinteresada - la antítesis misma de la ofrenda zoramita - "el Señor les proveyó a fin de que no padeciesen hambre, ni tuviesen sed; sí, y también les dio fuerza para que no padeciesen ningún género de aflicciones que no fuesen consumidas en el gozo de Cristo".

A aquellos de los zoramitas que respondieron a su mensaje, Alma les citó de los profetas previamente mencionados, pero de otro modo desconocidos, Zenós y Zenoc, y compartió un incógnito sermón sobre la oración pronunciado por Zenós, quien dijo: "Me oíste por motivo de mis aflicciones y mi sinceridad; y es a causa de tu Hijo que has sido tan misericordioso conmigo; por tanto, clamaré a ti en todas mis aflicciones, porque en ti está mi gozo; pues a causa de tu Hijo has apartado tus juicios de mí".

Con esta ferviente frase en mente, Alma dijo: "Y ahora bien, hermanos míos, quisiera preguntar si habéis leído las Escrituras. Y si lo habéis hecho, ¿cómo podéis no creer en el Hijo de Dios?"

"Porque no está escrito que solamente Zenós habló de estas cosas, sino también Zenoc habló de ellas.

"Pues he aquí que él dijo: Estás enojado, ¡oh Señor!, con los de este pueblo, porque no quieren comprender tus misericordias que les has concedido a causa de tu Hijo".

Alma continuó: "Y así veis, hermanos míos, que un segundo profeta de la antigüedad ha testificado del Hijo de Dios..."

"Mas he aquí, esto no es todo; no son éstos los únicos que han hablado concerniente al Hijo de Dios.

"He aquí, Moisés habló de él; sí, y he aquí, fue levantado un símbolo en el desierto..."

"Mirad y empezad a creer en el Hijo de Dios, que vendrá para redimir a los de su pueblo, y que padecerá y morirá para expiar los pecados de ellos; y que se levantará de entre los muertos, lo cual efectuará la resurrección, a fin de que todos los hombres comparezcan ante él, para ser juzgados en el día postrero, sí, el día del juicio, según sus obras..."

"Y entonces Dios os conceda que sean ligeras vuestras cargas mediante el gozo de su Hijo".

Amulek añadió su testimonio de inmediato, como todo buen misionero recién llamado a la obra: "Hermanos míos, me parece imposible que ignoréis las cosas que se han hablado concernientes a la venida de Cristo, de quien nosotros enseñamos que es el Hijo de Dios; sí, yo sé que se os enseñaron ampliamente estas cosas antes de vuestra disensión de entre nosotros..."

"El gran interrogante que ocupa vuestras mentes es si la palabra está en el Hijo de Dios, o si no ha de haber Cristo.

"Y también habéis visto que mi hermano os ha comprobado muchas veces, que la palabra está en Cristo para la salvación". Amulek, aunque era un misionero nuevo, tenía un

sorprendente entendimiento de teología, pues había sido instruido por un ángel, tenía la influencia del Espíritu Santo y había trabajado al lado de Alma. Retomando el hilo del maravilloso sermón de Alma donde "la palabra" es comparada a una semilla - una metáfora que Alma continuó a través de la vara (árbol) que Moisés levantó en el desierto hasta el "árbol" que florece para vida eterna - Amulek pidió al pueblo de Zoram que tuviera la fe suficiente para "plantar la palabra en [sus] corazones, para que [probaran] el experimento de su bondad".

Tras escuchar el testimonio de Alma, Zenós, Zenoc y Moisés, Amulek dijo: "Y he aquí, ahora yo os testificaré de mí mismo que estas cosas son verdaderas". Del testimonio directo de un nuevo converso aprendemos que:

- Cristo vendrá entre los hijos de los hombres, tomará sobre Sí las transgresiones de Su pueblo y expiará por los pecados del mundo.
- Debido a que todos se han endurecido, están caídos y perdidos, toda la humanidad "inevitablemente debe perecer", de no ser por la expiación de Cristo.
- La Expiación debe ser un "gran y postrer sacrificio". No puede ser un sacrificio de ave ni de bestia, sino que debe ser "infinito y eterno".
- Ningún ser mortal puede sacrificar su propia sangre y hacer que expíe por los pecados de otra persona. Por eso la Expiación debe ser infinita no sólo en su amplitud, sino también en la divinidad del ser que la lleve a cabo.
- Este gran y postrer sacrificio sería de carácter divino. El Hijo de Dios, al igual que Su sacrificio, sería Él mismo "infinito y eterno".
- La ley de Moisés se cumpliría con este sacrificio y se pondría fin a los sacrificios simbólicos de sangre.
- Todo el sentido de la ley Moisés apuntaba hacia Cristo, "ese gran y postrer sacrificio".
- La intención de este postrer sacrificio sería el "poner en efecto las entrañas de misericordia, que sobrepujan a la justicia", proporcionando un camino para que el ser humano obtenga "fe para arrepentimiento".
- La oración es la forma en que comenzamos a ejercer fe para arrepentimiento, y comenzamos a invocar a Dios para que tenga misericordia de nosotros".
- Esta oración por la misericordia de Dios será en vano si "no [recordamos] ser caritativos" con quienes precisan de nuestra misericordia: el necesitado, el desnudo, el enfermo y el afligido.
- Para aquellos que no pospongan el día de su arrepentimiento, "sus vestidos serán blanqueados por medio de la sangre del Cordero".
- Las Santas Escrituras testifican de estas cosas proporcionando "tantos testimonios"

Amulek concluyó su testimonio declarando a los incrédulos que debían labrar su salvación con temor ante Dios, y no negar la venida del Salvador. Dijo que no debían "[contender] más en contra del Espíritu Santo, sino..." recibirlo y tomar sobre ellos el nombre de Cristo.

PALABRAS DE ALMA A SUS HIJOS

La mayor parte del cometido de Alma a sus hijos se incluye en material examinado en otras partes de este libro, pero además, Alma instó a Helamán a "[predicar al pueblo] el arrepentimiento y la fe en el Señor Jesucristo; [enseñarles] a humillarse, y a ser mansos y humildes de corazón; [enseñarles] a resistir toda tentación del diablo, con su fe en el Señor Jesucristo".

A Shiblón le dijo: "Y ocurrió que durante tres días y tres noches me vi en el más amargo dolor y angustia de alma; y no fue sino hasta que imploré misericordia al Señor Jesucristo que recibí la remisión de mis pecados. Pero he aquí, clamé a él y hallé paz para mi alma...

"[Aprende] de mí que no hay otro modo o medio por el cual el hombre pueda ser salvo, sino en Cristo y por medio de él. He aquí, él es la vida y la luz del mundo. He aquí, él es la palabra de verdad y de rectitud".

Y a Coriantón le recalcó: "Quisiera decirte algo concerniente a la venida de Cristo. He aquí te digo que él es el que ciertamente vendrá a quitar los pecados del mundo; sí, él viene para declarar a su pueblo las gratas nuevas de la salvación...

"Y ahora tranquilizaré un poco tu mente sobre este punto. He aquí, te maravillas de por qué se deben saber estas cosas tan anticipadamente. He aquí te digo, ¿no es un alma tan preciosa para Dios ahora, como lo será en el tiempo de su venida?

"¿No es tan necesario que el plan de redención se dé a conocer a este pueblo, así como a sus hijos?

"¿No le es tan fácil al Señor enviar a su ángel en esta época para declarar estas gozosas nuevas a nosotros tanto como a nuestros hijos, como lo será después del tiempo de su venida?"

Aparte de las demás cosas que aclara el Libro de Mormón, una de ellas es que toda alma de cada dispensación es preciosa para Dios, y por tanto, ninguna época ni era quedó - ni quedara - sin su testimonio de Cristo. Ciertamente, es "necesario que el plan de redención se dé a conocer a [todo] pueblo".

EL CAPITÁN MORONI

Tras la partida de Alma aumentaron los problemas de la sociedad nefita, y la influencia del adversario se hizo cada vez más manifiesta antes de la venida de Cristo entre ellos. Como líder militar, el capitán Moroni edificó toda una filosofía marcial alrededor de su firme compromiso con Cristo, y le dijo a su disidente antagonista, Amalickíah: "Ya veis que el Señor está con nosotros, y veis que os ha entregado en nuestras manos. Y ahora quisiera que entendiérais que esto se hace con nosotros por causa de nuestra religión y nuestra fe en Cristo. Y ya veis que no podéis destruir ésta, nuestra fe.

"Veis ahora que ésta es la verdadera fe de Dios; sí, veis que Dios nos sostendrá y guardará y preservará mientras le seamos fieles a él, a nuestra fe y a nuestra religión; y nunca permitirá el Señor que seamos destruidos, a no ser que caigamos en transgresión y neguemos nuestra fe".

A modo de fiel respuesta a su creencia religiosa y a su deber militar, el capitán Moroni oró fervientemente a su Dios para que la bendición de la libertad reposase sobre sus hermanos mientras hubiera un grupo de cristianos para poseer la tierra:

"Porque todos los creyentes verdaderos de Cristo, quienes pertenecían a la iglesia, así eran llamados por aquellos que no eran de la iglesia de Dios.

"Y los que pertenecían a la iglesia eran fieles; sí, todos los que eran creyentes verdaderos en Cristo gozosamente tomaron sobre sí el nombre de Cristo, o sea, cristianos, como les decían, por motivo de su creencia en Cristo que habría de venir".

Moroni dijo de éstos: "Ciertamente Dios no permitirá que nosotros, que somos despreciados porque tomamos sobre nosotros el nombre de Cristo, seamos hollados y destruidos sino hasta que lo provoquemos por nuestras propias transgresiones...

"Rasgando sus vestidos en señal o como convenio de que no abandonarían al Señor su

Dios; o en otras palabras, que si llegaban a quebrantar los mandamientos de Dios, o caían en trasgresión, y se avergonzaban de tomar sobre ellos el nombre de Cristo, el Señor los destrozaría así como ellos habían rasgado sus vestidos".

Muchos de estos hombres murieron en otras batallas y en otras tierras, y "salieron del mundo con regocijo", sabiendo firmemente que sus almas habían sido recibidas por el Señor Jesucristo, cuyo nombre habían tomado sobre sí, y cuyo Evangelio se habían esforzado por defender.

NEFI Y LEHI

Al poco, dos hermanos maravillosos, nietos de Alma, hijo, dieron comienzo a una era de tremendo crecimiento de fe justo antes del nacimiento de Cristo, una época en la que "decenas de miles" se unieron a la iglesia. Al leer, como lo hizo, sobre el éxito de Nefi y Lehi, Mormón hizo un comentario en cuanto al decidido "hombre [o mujer] de Cristo", que se aferra a la barra de hierro y camina con seguridad por el sendero de la vida, triunfando sobre la decepción y los esfuerzos destructores de Lucifer, reclamando al final los principados y poderes prometidos a los herederos del convenio.

Escribió en este estremecedor pasaje: "Así vemos que la puerta del cielo está abierta para todos, sí, para todos los que quieran creer en el nombre de Jesucristo, sí, el Hijo de Dios.

"Sí, vemos que todo aquel que quiera, puede asirse a la palabra de Dios, que es viva y poderosa, que partirá por medio toda la astucia, los lazos y las artimañas del diablo, y guiará al hombre de Cristo por un camino estrecho y angosto, a través de ese eterno abismo de miseria que se ha dispuesto para hundir a los inicuos, "y depositará su alma, sí, su alma inmortal, a la diestra de Dios en el reino de los cielos, para sentarse con Abraham, con Isaac, y con Jacob, y con todos nuestros santos padres, para no salir más".

Aunque algunos se ensalzaron en el orgullo y el gran éxito de la iglesia comenzó a declinar, sin embargo Nefi y Lehi "ayunaron y oraron frecuentemente, y se volvieron más y más fuertes en su humildad, y más y más firmes en la fe de Cristo, hasta henchir sus almas de gozo y de consolación; sí, hasta la purificación y santificación de sus corazones, santificación que viene de entregar el corazón a Dios".

A modo de recordatorio y guía constante de sus actos, estos hermanos tenían en el corazón las palabras de su padre, Helamán, quien, en el espíritu de la declaración del "hombre de Cristo", les había recordado que "no hay otra manera ni medio por los cuales el hombre pueda ser salvo, sino por la sangre expiatoria de Jesucristo, que ha de venir; sí, recordad que él viene para redimir al mundo...

"Recordad que es sobre la roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios, donde debéis establecer vuestro fundamento, para que cuando el diablo lance sus impetuosos vientos, sí, sus dardos en el torbellino, sí, cuando todo su granizo y furiosa tormenta os azote, él no tenga poder para arrastraros al abismo de miseria y angustia sin fin, a causa de la roca sobre la cual estáis edificados, que es un fundamento seguro, un fundamento sobre el cual, si los hombres edifican, no caerán".

A medida que se aproximaba la venida de Cristo, aumentaba el desorden social, con el consiguiente florecimiento de la guerra, el asesinato y la confusión política. Para contrarrestar esa tendencia y proporcionar esperanza, Nefi invocó las antiguas enseñanzas que su pueblo conocía tan bien, testificando de estos problemas y de la solución de los mismos con la venida del Mesías.

A los jueces corruptos que tenazmente estaban destruyendo la sociedad nefita, Nefi les dio una perspectiva y resumen de lo extensamente que los antiguos profetas "sabían de

Cristo", y dijo: "No solamente negáis mis palabras, sino también negáis todas las palabras que nuestros padres han declarado, y también las palabras que habló este hombre, Moisés, a quien le fue dado tanto poder, sí, las palabras que él habló concernientes a la venida del Mesías.

"Sí, ¿no testificó él que vendría el Hijo de Dios? Y así como él levantó la serpiente de bronce en el desierto, así será levantado aquel que ha de venir.

"Y así como cuantos miraron a esa serpiente vivieron, de la misma manera cuantos miraren al Hijo de Dios con fe, teniendo un espíritu contrito, vivirán, sí, esa vida que es eterna.

"Y he aquí, no sólo Moisés testificó de estas cosas, sino también todos los santos profetas, desde los días de él aun hasta los días de Abraham.

"Sí, y he aquí, Abraham vio la venida del Mesías, y se llenó de alegría y se regocijó.

"Sí, y he aquí, os digo que Abraham no fue el único que supo de estas cosas, sino que hubo muchos, antes de los días de Abraham, que fueron llamados según el orden de Dios, sí, según el orden de su Hijo; y esto con objeto de que se mostrase a los del pueblo, muchos miles de años antes de su venida, que la redención vendría a ellos.

"Y ahora bien, quisiera que supieseis que aun desde la época de Abraham ha habido muchos profetas que han testificado de estas cosas; sí, he aquí, el profeta Zenós testificó osadamente; y por tal razón lo mataron.

"Y he aquí, también Zenoc, y también Ezequías, y también Isaías, y Jeremías...

"Nuestro padre Lehi fue echado de Jerusalén porque testificó de estas cosas. Nefi también dio testimonio de estas cosas, y también casi todos nuestros padres, sí, hasta el día de hoy; sí, han dado testimonio de la venida de Cristo, y han mirado hacia adelante, y se han regocijado en su día que está por venir"

SAMUEL EL LAMANITA

El grado al que había llegado el desorden social y religioso de los nefitas se hace evidente por la aparición de un lamanita - tradicionalmente, el pueblo que había sido objeto, y no la fuente, de tal predicación- para llamar al pueblo nefita al arrepentimiento. Rechazado abiertamente en la tierra de Zarahemla, Samuel respondió a la voz del Señor, ascendió a lo alto de la muralla que rodeaba la ciudad y "profetizó al pueblo todas las cosas que el Señor puso en su corazón"

Una de las cosas que el Señor puso en su corazón fue advertir a la gente de una "grave destrucción" que les aguardaba si no cambiaban sus hábitos. "Nada puede salvar a los de este pueblo", gritó Samuel desde lo alto de la muralla, "sino el arrepentimiento y la fe en el Señor Jesucristo, que de seguro vendrá al mundo, y padecerá muchas cosas y morirá por su pueblo".

De esta venida -a tan sólo cinco años de distancia- Samuel profetizó sobre las señales y prodigios que la acompañarían, señales y prodigios que serían cuestión de vida o muerte para los fieles nefitas quienes, a riesgo de perder la vida, aguardaban el cumplimiento de estas promesas.

Samuel profetizó que en la época del nacimiento de Cristo aparecería una nueva estrella en los cielos del Nuevo Mundo, así como en los del viejo, pero que habría señales y prodigios adicionales para los nefitas. "Habrán grandes luces en el cielo", dijo Samuel, "de modo que no habrá oscuridad en la noche anterior a su venida, al grado de que a los hombres les parecerá que es de día". Esto sería tan real, prometió Samuel, que la gente vería el sol salir y ponerse pero "no se oscurecerá la noche", por lo que un día, una noche y un segundo día no se verían interrumpidos por disminución alguna de la luz. Ésta iba a ser la principal manifestación de una época de "muchas señales y prodigios en el cielo" en que la Luz del Mundo, la Brillante Estrella del Alba, Aquel cuya gloria sobrepasa el brillo del sol, nacería en la mortalidad.

Aunque los nefitas incrédulos no trataron con amabilidad a este audaz lamanita, Samuel prosiguió con su mensaje, un mensaje con todavía más presagios para los incuicos. Tras haber profetizado de los prodigios del nacimiento de Cristo y de la oportunidad de que "Jesucristo, el Hijo de Dios, el Padre del cielo y de la tierra, el Creador de todas las cosas desde el principio" traería una remisión de los pecados "por medio de los méritos de él", Samuel habló con un tono más inquietante sobre la muerte de Cristo.

Esta muerte sería necesaria para que "[viniera] la salvación; sí, a él le corresponde y se hace necesario que muera para efectuar la resurrección de los muertos, a fin de que por este medio los hombres sean llevados a la presencia del Señor... y [redima] a todo el género humano de la primera muerte, esa muerte espiritual... la caída de Adán".

A menos que tras la resurrección viniera una segunda muerte espiritual, un juicio final que descendería sobre los impenitentes que debían "[ser] separados de las cosas que conciernen a la justicia", Samuel suplicó por un cambio de corazón en el pueblo. De no ser así, advirtió, las señales y los prodigios de la muerte de Cristo tendrían un significado mucho más fatídico para ellos que las señales y los prodigios de Su nacimiento.

Cuando la Luz y la Vida del mundo se extinguiera, profetizó Samuel, "se oscurecerá el sol, y rehusará daros su luz". También se esconderían la luna y las estrellas y durante los tres días de la muerte y sepultura del Salvador, no habría luz sobre la faz del Nuevo Mundo. En el momento exacto de Su muerte habría rayos y truenos por espacio de muchas horas. La tierra se estremecería y temblaría. Se quebrarían las rocas de encima y debajo de la tierra, hasta esas formaciones consideradas como una masa sólida.

Las montañas se convertirían en valles y los valles en montañas de gran altura. Los

caminos se romperían y las ciudades quedarían desoladas. Las mujeres embarazadas no hallarían lugar de refugio, "con el peso no podrán huir; por tanto, [serían] atropelladas y abandonadas para perecer". Tal y como había predicho el profeta Zenós en sus profecías sobre semejante destrucción, mucho antes que Samuel: "¡El Dios de la naturaleza padece!".

Unos pocos nefitas creyeron en las palabras de Samuel (al menos en parte, pues no podían acertarle con sus piedras y flechas) y se escabulleron para ser bautizados por Nefi, quien todavía se hallaba ocupado "bautizando, y profetizando, y predicando, proclamando el arrepentimiento al pueblo, mostrando señales y prodigios, y obrando milagros entre el pueblo, a fin de que supieran que el Cristo pronto debía venir" 155 Pero la mayor parte del pueblo de Zarahemla rechazó al profeta y su mensaje, y hubo, en un maravilloso comentario de Mormón, "muy poco cambio en los asuntos del pueblo".

Así que, a punto de tener lugar la venida de Cristo, la misión por la que Alguien haría lo que ningún hombre, mujer o niño podía hacer por sí mismo, los nefitas y lamanitas rebeldes comenzaron a hacer exactamente aquello que la expiación de Cristo advertía que no hicieran: "Empezaron a confiar en su propia fuerza y en su propia sabiduría...

"Y empezaron a raciocinar y a disputar entre sí, diciendo... no es razonable que venga tal ser como un Cristo".

Por no ser "razonable" (lo cual, por definición, jamás pueden ser los milagros), la profecía de la venida de Cristo golpeó la parte más dolorosa de la psique nefita: su vanidad. "Ésta es una inicua tradición", dijeron, "que nos han transmitido nuestros padres, para hacernos creer en una cosa grande y maravillosa que ha de acontecer, pero no entre nosotros, sino en una tierra que se halla muy lejana, tierra que no conocemos; por tanto, pueden mantenernos en la ignorancia, porque no podemos dar fe con nuestros propios ojos de que son verdaderas".

Ésta era toda la trama, el plan de un grupo de renegados antipatriotas que "pudieron haber adivinado" unos pocos milagros, decían. Estos enemigos proféticos de la razón y del orgullo querían obrar "algún gran misterio" que no podían entender, que les mantendría en el cautiverio, la ignorancia y la dependencia para siempre, decían. "Y muchas más cosas insensatas y vanas se imaginaron en sus corazones".

¿Imaginaciones? ¿Cosas insensatas y vanas? Y así la época previa a la venida de Cristo culmina en el Libro de Mormón con el cumplimiento del sueño de Lehi con el que dio comienzo. En una secuencia interminable de declaraciones proféticas de Cristo - declaraciones de "todos los santos profetas" durante "muchos miles de años antes de su venida" -, el Libro de Mormón realiza la repetida y divina afirmación de que Jesús es el Cristo, que Él es el camino de la salvación y ningún otro, que Su Evangelio "es más deseable que todas las cosas... sí, y el de mayor gozo para el alma". "Sabíamos, de Cristo", dijeron todos estos antiguos profetas desde el año 600 a. de C. y la partida de Lehi de Jerusalén, y aun así, hasta la noche antes del nacimiento de Cristo, 493 páginas después, el reto de la seguridad y la salvación, de la fe, la rectitud y el fruto del árbol de la vida es el mismo:

"Y estaban reunidas las multitudes de la tierra; y se hallaban en un vasto y espacioso edificio. Y de nuevo habló el ángel del Señor diciendo: He aquí el mundo y su sabiduría... Vi, y doy testimonio de que el grande y espacioso edificio representaba el orgullo del mundo... las vanas ilusiones y el orgullo de los hijos de los hombres".

SÍMBOLOS Y FIGURAS: LA LEY DE MOISÉS

En una temprana declaración de su objetivo profético, Nefi escribió: "Y nos afanamos por cumplir con los juicios, y los estatutos y los mandamientos del Señor en todas las cosas, según la ley de Moisés... He aquí, mi alma se deleita en comprobar a mi pueblo la verdad de la venida de Cristo; porque con este fin se ha dado la ley de Moisés; y todas las cosas que han sido dadas por Dios al hombre, desde el principio del mundo, son símbolo de él."

Posteriormente, cuando Nefi se aproximaba a su testimonio final con la majestuosa declaración de "la doctrina de Cristo", hizo hincapié en el papel fundamental que tenía la ley de Moisés entre su pueblo y el compromiso que habían hecho de vivirla, aun cuando conocían en gran detalle el Evangelio de Cristo y lo enseñaban a sus hijos sin cesar.

"Y a pesar de que creemos en Cristo, observamos la ley de Moisés, y esperamos anhelosamente y con firmeza en Cristo, hasta que la ley sea cumplida.

"Pues para este fin se dio la ley; por tanto, para nosotros la ley ha muerto, y somos vivificados en Cristo a causa de nuestra fe; guardamos, empero, la ley, a causa de los mandamientos.

"Y hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos de Cristo, profetizamos de Cristo y escribimos según nuestras profecías, para que nuestros hijos sepan a qué fuente han de acudir para la remisión de sus pecados.

"Por lo tanto, hablamos concerniente a la ley para que nuestros hijos sepan que la ley ya no rige; y, entendiendo que la ley ya no rige, miren ellos adelante hacia aquella vida que está en Cristo, y sepan con qué fin fue dada la ley. Y para que, después de cumplirse la ley en Cristo, no endurezcan contra él sus corazones, cuando la ley tenga que ser abrogada...

"Y hasta donde fuere necesario, debéis observar las prácticas y las ordenanzas de Dios hasta que sea cumplida la ley que fue dada a Moisés.

"Y después que Cristo haya resucitado de entre los muertos, se os manifestará a vosotros, mis hijos, y mis amados hermanos, y las palabras que él os hable serán la ley que observaréis".

No hay ni tiempo ni espacio en un tratado sobre la influencia, las enseñanzas y la presencia de Cristo en el Libro de Mormón, para realizar un estudio exhaustivo de la ley de Moisés. No obstante, es importante comprender que durante seiscientos años los descendientes de Lehi observaron la ley de Moisés y reconocieron los motivos por los cuales les había sido dada. En este sentido, uno no puede entender plenamente el registro nefita ni la majestuosidad de Cristo y el nuevo convenio que en él se elogia, sin al menos un pequeño reconocimiento del anterior sistema de leyes y prácticas que condujo a él.

Para los rebeldes hijos de Israel, la ley de Moisés fue una especie de Elías, un precursor, un "ayo" de Cristo. Y así dijo Juan el Bautista (un Elías viviente y precursor de Cristo): "Es necesario que él [Cristo y Su Evangelio] crezca, pero que yo [Juan y la ley de Moisés] mengüe; por lo que también se produce un aumento de la comprensión del Evangelio y

una disminución en el significado de la ley de Moisés, apreciables ambos en las páginas del Libro de Mormón.

El lector moderno no debiera contemplar el código mosaico - tanto en la antigüedad como en la época actual - simplemente como un tedioso conjunto de rituales religiosos obedecidos de forma ciega (y en ocasiones vehemente) por un pueblo de dura cerviz que no aceptó al Cristo ni a Su Evangelio. Este convenio histórico otorgado por la mano de Dios y menor en importancia sólo a la plenitud del Evangelio, a semejanza de una senda que conduce a la rectitud, debiera ser visto más bien como el conjunto sin precedentes de símbolos y figuras de Cristo que es. Por este motivo fue entonces (y todavía lo es en su esencia y pureza) una guía a la espiritualidad, una puerta hacia Cristo, una senda de estricta obediencia a los mandamientos que, por medio de las leyes del deber y la decencia, conduciría a las leyes mayores de la santidad de camino a la inmortalidad y la vida eterna.

SIMILITUDES DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Al enseñar este modelo de estatutos y mandamientos, Jehová empleó una abundancia de arquetipos y símbolos. De hecho, éstos han sido siempre una característica evidente de la instrucción del Señor a Sus hijos. Ejemplos de estos símbolos - especialmente los que representan a Cristo- estarán presentes a lo largo de todo el registro premesiánico. El Señor declaró a Oseas lo que había hecho de forma repetida mediante Sus oráculos en la tierra: "Y he hablado a los profetas, y aumenté la profecía, y por medio de los profetas usé parábolas".

En ningún otro ministerio empleó más parábolas que en el de Moisés, cuya ley tenía por fin ser la definitiva "figura y sombra de las cosas celestiales" que el preciado hijo de María traería a la tierra. Es más, Moisés, al igual que Isaac, José y tantos otros del Antiguo Testamento, era en sí mismo un símbolo profético del Cristo que habría de venir. Tal y como le dijo el Padre hablando a través de Jehová: "Tengo una obra para ti, Moisés, hijo mío; y tú eres a semejanza de mi Unigénito; y mi Unigénito es y será el Salvador, porque es lleno de gracia y de verdad". Sabemos desde las primeras páginas del relato de la creación, que toda la gente fue creada a imagen de Dios, pero de otras fuentes de las Escrituras, especialmente el siguiente pasaje del libro de Deuteronomio, aprendemos que había algo especial en la similitud entre Moisés y Cristo. Cuando los hijos de Israel huían de Egipto abriéndose camino hacia la tierra prometida (fijese en el símbolo mesiánico de la liberación, salvación y rescate de un pueblo del convenio de los pecados y las maldades del mundo incrédulo), Moisés les dijo: "Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis...

"Y Jehová me dijo...

"Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare.

"Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta".

Este profeta que sería levantado a semejanza de Moisés es, por supuesto, Jesucristo. Tal y como indican las notas al pie de página de las Escrituras editadas por la Iglesia en inglés, este pasaje de Deuteronomio se cita, con alguna variación, en dos ocasiones en el Nuevo Testamento, otras dos en el Libro de Mormón y una en la Perla de Gran Precio. En cada ocasión, estas referencias aclaran que Cristo es el futuro profeta al que aluden. La más antigua de esas declaraciones procede de Nefi, quien dijo: "Este profeta de quien habló Moisés era el Santo de Israel; por tanto, juzgará con justicia". No nos sorprende que

la declaración más autorizada de esta verdad proceda también del Libro de Mormón en boca del Salvador resucitado, quien dijo a los nefitas que estaban congregados ante Él:

"He aquí, yo soy aquel de quien Moisés habló, diciendo: El Señor vuestro Dios os levantará a un profeta, de vuestros hermanos, semejante a mí; a él oiréis en todas las cosas que os dijere. Y sucederá que toda alma que no escuchare a ese profeta será desarraigada de entre el pueblo".

Ciertamente, ésta es una de las razones por las que Jesús estaba tan decepcionado, no sólo porque Su auditorio judío no le reconociera, sino también porque empleaban sus distorsionadas interpretaciones de la ley de Moisés contra Él para negar Su ministerio mesiánico. Y les dijo con gran pesar: "Escudriñad las Escrituras [en especial los escritos de Moisés]... y ellas son las que dan testimonio de mí... Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís... No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?".

Nefi enseñó esa misma lección a su propia "gente dura de cerviz", diciéndoles con claridad a estos israelitas del Nuevo Mundo "que no [se podían] equivocar... La senda verdadera consiste en creer en Cristo y no negarlo; porque al negarlo, también negáis a los profetas y la ley".

Esto subraya otro propósito divino al que sirve el Libro de Mormón. Se trata de un segundo testigo de la época del Antiguo Testamento referente al verdadero valor y la intención original de la ley de Moisés, así como la influencia positiva que puede tener sobre el pueblo que la obedece. Nefi y sus compañeros profetas no sólo sabían que la salvación no estaba en la ley, sino que también comprendían la importancia de obedecerla para poder ser conscientes del pleno beneficio del ministerio terrenal de Cristo para cumplirla, aunque la salvación no estaba en ella.

La obediencia es la primera ley de los cielos, y cada dispensación de la verdad así lo ha requerido. Ciertamente, la plenitud del Evangelio requiere la obediencia a los mandamientos tanto como la ley menor de Moisés, así que, dando a entender su gran comprensión del Evangelio, los profetas y padres nefitas tenían la determinación de "[guardar] la ley, a causa de los mandamientos", aunque sólo fuera como muestra de lealtad a los principios de la obediencia y la integridad".

De hecho, el Libro de Mormón hace más por salvar distancias entre dispensaciones y poner la ley de Moisés en su verdadera perspectiva - es decir, aclarar y hacer hincapié en su relación con el Evangelio de Jesucristo - que cualquier otro libro, enlazando en un documento con un pueblo que entendía y obedecía fielmente los muchos códigos y convenios tradicionalmente etiquetados como del "Antiguo Testamento", aun cuando enseñaban y vivían con gran devoción las enseñanzas más elevadas de Cristo usualmente identificadas como de orientación hacia el "Nuevo Testamento".

LOS ELEMENTOS DE LA LEY

La ley de Moisés consta, por lo general, del material contenido en los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, conocidos entre los judíos como la Torá, y para el resto del mundo como el Pentateuco, y que eran conocidos por los autores nefitas porque se hallaban en las planchas de bronce obtenidas de Labán antes de que Lehi y su familia partieran del Viejo Mundo. Pero ésta no es siempre una definición útil.

Por un lado, el libro de Génesis precede al período de Moisés y por tanto a sus mandamientos, y documenta diversas dispensaciones que vivieron a la luz de

enseñanzas mayores del Evangelio que ni histórica ni teológicamente encajan con la "ley muy estricta... de prácticas y ordenanzas" tradicionalmente asociada con la ley de Moisés.

En segundo lugar, la ley de Moisés, tal y como se conoce hoy día, consta de un amplio conjunto, que en ocasiones parece no estar relacionado entre sí, de fórmulas, prescripciones, observaciones y rituales faltos de estructura en el sentido coherente y codificado que tenemos de "ley" en la actualidad.

Por último, se ha añadido gran cantidad de material a la ley, principalmente refinamientos rabínicos y comentarios a los escritos mosaicos originales. De hecho, tal fue el tamaño de lo incluido en el primer milenio de su existencia, y tan oscuros han llegado a ser los requisitos originales aun en este período relativamente breve, que mientras vivía en la mortalidad, Aquel que había dado la ley en su pureza fue acusado repetidas veces de romper aspectos minúsculos de ella. Esta complejidad y confusión ocasionales sobre el desarrollo del código mosaico, tal y como se enseña en la actualidad, plantea ciertos desafíos para el estudiante contemporáneo de los testamentos: el Antiguo, el Nuevo y el nefita.

El élder Bruce R. McConkie expuso el dilema de esta forma:

"No siempre podemos decir... si ciertos ritos específicos de los sacrificios realizados en Israel formaron parte del sistema mosaico o si eran las mismas ordenanzas efectuadas por Adán y Abraham como parte de la propia ley del Evangelio. Es más, parece que algunas de las prácticas rituales variaron con el tiempo de acuerdo con las necesidades especiales del pueblo y las diferentes circunstancias en las que se encontraba. Ni siquiera el Libro de Mormón nos ayuda en este sentido. Sabemos que los nefitas ofrecían sacrificios y guardaban la ley de Moisés, pero dado que disponían del Sacerdocio de Melquisedec y que no había levitas entre ellos, suponemos que sus sacrificios databan de antes del ministerio de Moisés y que, dado que tenían la plenitud del Evangelio, observaban la ley de Moisés en el sentido de que cumplían con su gran número de principios morales y sus infinitas restricciones éticas. Suponemos que ésta sería una de las razones por las que Nefi pudo decir: 'Para nosotros la ley ha muerto. Al menos no hay indicio alguno en el Libro de Mormón en cuanto a que los nefitas ofrecían los sacrificios diarios requeridos por la ley o que celebraban las diversas fiestas que formaban parte de la vida religiosa de sus parientes del Viejo Mundo'".

En cualquier caso, los escritos originales de Moisés contienen, según los rabinos, unos 613 mandamientos - que a grosso modo comprenden dos amplias categorías de leyes morales y éticas, más los estatutos ceremoniales y reguladores - abarcando temas que van desde el papel del sacerdocio y las especificaciones del tabernáculo, hasta la prohibición de determinadas comidas, pasando por la administración de ciertas actividades agrícolas, y así indefinidamente. Estas leyes y directivas constituyeron el código religioso, civil y criminal para prácticamente todo el pueblo judío hasta la Dispersión en el siglo uno, y para la parte ortodoxa de este mismo pueblo durante dos milenios a partir de entonces. Además, tanto este código como el Antiguo Testamento donde se halla registrado, han tenido un profundo efecto sobre la vida social, cultural y religiosa de casi todas las personas que han vivido en el mundo occidental (judeo-cristiano) durante más de tres mil años, una influencia y relevancia que a duras penas se puede pasar por alto.

EL SACERDOCIO DE MELQUISEDEC

La revelación de los últimos días aclara que Moisés y los profetas anteriores a él disponían del poder del Sacerdocio de Melquisedec y participaban en las más altas ordenanzas relacionadas con el Evangelio y orientadas hacia el templo que dependen de él. La sección 84 de Doctrina y Convenios, una de las declaraciones más importantes

jamás dada sobre el sacerdocio, cuenta que: "Abraham recibió el sacerdocio de manos de Melquisedec", haciendo notar que tal sacerdocio habría llegado a Melquisedec procedente de Adán, Abel, Enoc, Noé y el linaje de los "padres".

"Y este sacerdocio mayor administra el evangelio y posee la llave de los misterios del reino, sí, la llave del conocimiento de Dios.

"Así que, en sus ordenanzas se manifiesta el poder de la divinidad.

"Y sin sus ordenanzas y la autoridad del sacerdocio, el poder de la divinidad no se manifiesta a los hombres en la carne;

"porque sin esto, ningún hombre puede ver la faz de Dios, sí, el Padre, y vivir".

A continuación la revelación indica que "Moisés claramente enseñó esto a los hijos de Israel en el desierto, y procuró diligentemente santificar a los de su pueblo, a fin de que vieran la faz de Dios". Está claro que estas personas tenían acceso a las ordenanzas y a la autoridad del Sacerdocio de Melquisedec, con su orientación al Evangelio, para poder alcanzar dicha santificación.

"Mas endurecieron sus corazones y no pudieron aguantar su presencia; por tanto, el Señor en su ira, porque su ira se había encendido en contra de ellos, juró que mientras estuviesen en el desierto no entrarían en su reposo, el cual es la plenitud de su gloria.

"Por consiguiente, tomó a Moisés de entre ellos, y el Santo Sacerdocio también;

"Y continuó el sacerdocio menor que tiene la llave del ministerio de ángeles y el evangelio preparatorio,

"el cual es el evangelio de arrepentimiento y de bautismo, y la remisión de pecados, y la ley de los mandamientos carnales, que el Señor en su vida hizo que continuara en la casa de Aarón entre los hijos de Israel hasta Juan, a quien. Dios levantó, pues fue lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre".

Este maravilloso y revelador pasaje de las Escrituras indica que se quitó algo de los hijos de Israel (el Sacerdocio de Melquisedec con sus principios y privilegios más elevados, orientado hacia el Evangelio y relacionado con el templo), mientras que los elementos esenciales, de lo que con frecuencia llamamos la ley de Moisés, continuaron con ellos bajo las llaves y la guía del Sacerdocio Aarónico o "menor", el cual es fundamental para el "evangelio preparatorio". Esta preparación para la plenitud del Evangelio incluye el tener fe, mostrar arrepentimiento y acceder al bautismo, principios y ordenanzas enseñados y efectuados bajo el Sacerdocio Aarónico. Debido a su desobediencia y dureza de corazón, los hijos de Israel perdieron el Evangelio mayor y quedaron con la parte menor de él, que les prepararía para recibir nuevamente el don más elevado y la ley mayor, de los cuales habían disfrutado sus antepasados.

Respecto a esta pérdida, la mayoría de los lectores están familiarizados con la visita de Moisés a la cumbre del Sinaí, donde recibió el primer juego de tablas de piedra escritas por el propio dedo de Dios. Es importante darse cuenta, particularmente a la vista de los pasajes mencionados más arriba, de que en esas tablas había considerablemente mucho más que los Diez Mandamientos. Cuando Moisés descendió de la montaña y halló a algunos de su pueblo en actividades evidentes y descontroladas de adoración al becerro de oro, se puso furioso. El contraste entre lo que acababa de ver, oír y sentir en la presencia Dios, y el libertinaje y la adoración de ídolos que ahora estaba presenciando, deber haber sido devastador en extremo. Además, tales diferencias entre lo que fue y lo que pudo haber sido nos ayudan a comprender la severidad de la pena que pagaron los israelitas con la pérdida, por más de mil años, de las bendiciones del sacerdocio, del Evangelio y del templo, y de las que habrían podido disfrutar en abundancia.

Tras quebrar las tablas, Moisés disciplinó a los rebeldes israelitas con severidad y más tarde preparó otro juego de tablas de piedra "semejantes a las primeras" y regresó a la cumbre del Sinaí para recibir nuevas instrucciones del Señor. Allí Jehová entregó a Moisés los mismos mandamientos registrados en las primeras tablas, pero con la omisión de un elemento crucial. Para tener una perspectiva más clara de esta pérdida, estamos en deuda con la traducción de José Smith de Éxodo 34. Fíjese en la comparación:

Resulta claro que parte del contenido original del primer juego de tablas volvió a escribirse en el segundo (por ejemplo, los Diez Mandamientos). Pero es mucho más importante destacar que las doctrinas esenciales del primer juego - en especial, las ordenanzas del sacerdocio más elevado - fueron omitidas del segundo. Semejante contribución de la traducción de la Biblia que llevó a cabo el profeta José Smith se aprecia mejor en el siguiente pasaje de Deuteronomio 10:2:

Traducción de José Smith (TJS)	Reina Valera (1960)
2.- Y escribiré en las tablas las palabras que estaban en las primeras tablas que quebraste, excepto las palabras del convenio sempiterno del santo sacerdocio, y las pondrás en el arca	2.- Y escribiré en aquellas tablas las palabras que estaban en las primeras tablas que quebraste; y las pondrás en el arca.

PRÁCTICAS Y ORDENANZAS

A pesar de la pérdida de semejante información fundamental, es importante que contemplemos el resto del convenio, el cual sobrevivió a la ira del Sinaí en forma de la ley de Moisés (en ocasiones denominada mosaica, aarónica, menor, preparatoria, carnal o externa) bajo la verdadera interpretación que merece y la estricta obediencia con que los nefitas la observaron.

Esta "ley de Moisés", bajo la que continuaron los israelitas desde el día de Moisés en adelante, incluía la fe, el arrepentimiento y el bautismo junto con un número de otras "prácticas y ordenanzas", tales como los sacrificios y ofrendas, las cuales estaban directamente relacionadas con la futura expiación de Cristo y fueron concebidas para ser en todo aspecto "a semejanza de Él".

Para hacer que Sus, a veces, desobedientes hijos entendieran la Expiación y la importancia fundamental de los primeros principios, Jehová añadió al mensaje típico del Evangelio (enseñado desde los días de Adán hasta Moisés) lo que se conoce como "mandamientos carnales", los cuales se incluyeron a modo de recordatorios, ejercicios y preparativos que hacían hincapié en un regreso a los primeros principios del Evangelio. Este código básico que permaneció con los hijos de Israel, este Evangelio preparatorio edificado sobre una ley de mandamientos carnales, es lo que se llama hoy la ley de Moisés. Los principios de verdad que habían estado con los israelitas antes de añadirseles los mandamientos carnales, y que continuaron después de este aditamento, incluían los principios de la fe en el Señor Jesucristo, el arrepentimiento, el bautismo para la remisión de pecados, los Diez Mandamientos, varias ofrendas simbólicas de la expiación de Cristo y la ley del convenio. Los elementos añadidos o ampliados comprendían otras "prácticas y ordenanzas" tales como restricciones dietéticas, rituales de purificación y ofrendas adicionales. Otras tradiciones incluían la preparación de ropas y prendas de vestir, la siembra de cosechas, así como obligaciones sociales adicionales. Todas éstas tenían la intención de reforzar el autodomínio y crear una mayor autodisciplina (obediencia) en la vida de los hijos de Israel con el fin de que pudieran reclamar las promesas y los principios más elevados y el sacerdocio mayor, de todo lo

cual se habían beneficiado sus antepasados.

Por ello es crucial entender que la ley de Moisés se recubrió de muchas partes básicas del Evangelio de Jesucristo, el cual había existido antes que ella. Nunca se tuvo la intención de que fuera algo aparte o separado, y ciertamente nada diferente, del Evangelio de Jesucristo. Era más elemental que la plenitud del Evangelio - de ahí su papel de ayo para conducir al pueblo al Evangelio- pero nunca fue su propósito ser diferente de la ley mayor; ambas intentaban traer el pueblo a Cristo.

Bajo esta perspectiva es igualmente importante destacar lo que no era la ley de Moisés. Podemos estar seguros de que Jesús fue perfectamente obediente al espíritu y a la letra de la ley de Moisés. Era la ley de la "iglesia" y la ley de Su pueblo durante Su vida. Tenía una base espiritual y elementos enraizados en el Evangelio, y en su pureza tenía por fin conducir a una ley más santa y al sacerdocio mayor. Mas Él no se sintió obligado a ceñirse a la gran cantidad de aditamentos, apéndices, comentarios y, en última instancia, falsas inserciones a la ley que habían sido incorporadas en más de mil años de lo que en el mejor de los casos fue una discusión carente de inspiración, y en el peor, una flagrante apostasía. La Tora, o los cinco libros de Moisés, habría sido perfectamente conocida y aceptada por Cristo, al menos en su forma pura y original. Lo que le proporcionaría pesar serían las instrucciones y tradiciones añadidas, las cuales con el tiempo se conocerían como el Talmud (tradiciones de peso que constaban de la Mishnd y la Guemard), y aun ésta se convertiría en la Midrash (comentario rabínico) de períodos posteriores. Cuando Jesús entraba en conflicto con los escribas y fariseos de Su época - algo que ocurría con frecuencia - era por motivo de estos añadidos y florituras de la ley de Moisés, y no por la ley misma.

Puede que uno de los motivos porque los nefitas mantuvieron el espíritu y el propósito de la ley de Moisés fuera que tenían el sacerdocio y los profetas que salvaguardaron las doctrinas. Pero también en la época del Libro de Mormón hubo quienes interpretaron y distorsionaron la ley de Moisés. Hemos mencionado anteriormente que en la primera generación de la experiencia nefita, Sherem, el primero de los anticristos del Libro de Mormón, utilizó la ley de Moisés (siguiendo su propio dictamen erróneo) para luchar contra Jacob y sus enseñanzas proféticas de Cristo.

Y le dijo a Jacob: "Has desviado a muchos de los de este pueblo, de manera que pervierten la recta vía de Dios y no guardan la ley Moisés, que es el camino verdadero; y conviertes la ley de Moisés en la adoración de un ser que dices que vendrá de aquí a muchos siglos".

Desgraciadamente, el embustero Sherem sabía que Moisés y los demás profetas habían hablado de Cristo y que sus enseñanzas no sólo concordaban con el Evangelio, sino que también indicaban al pueblo su futuro cumplimiento. En su lecho de muerte "confesó al Cristo" y se lamentó: "Temo que haya cometido el pecado imperdonable, pues he mentado a Dios; porque negué al Cristo, y dije que creía en las Escrituras, y éstas en verdad testifican de él".

Y fue Jarom, el nieto de Jacob, quien indicó que "los profetas y los sacerdotes y los maestros trabajaron diligentemente, exhortando con toda longanimidad al pueblo a la diligencia, enseñando la ley de Moisés y el objeto para el cual fue dada, persuadiéndolos a mirar adelante hacia el Mesías y a creer en su venida como si ya se hubiese verificado".

Los capítulos anteriores de este libro indican el nivel de conocimiento de los profetas nefitas y de sus enseñanzas sobre la vida y la misión de Cristo. La ley de Moisés se dio a los israelitas del Antiguo y del Nuevo Mundo para que vencieran la dura obstinación, como en el caso del anticristo Sherem.

"Y les mostró muchas señales, y maravillas, y símbolos, y figuras, concernientes a su

venida", dijo el Rey Benjamín del uso que Jehová hacía de la ley de Moisés y de otras declaraciones divinas. "Y sin embargo, endurecieron sus corazones, y no comprendieron que la ley de Moisés nada logra salvo que sea por la expiación de su sangre".

ABINADÍ Y LA LEY

En el breve pero convincente ministerio de Abinadí se explica con mayor conciencia y evidencia la relación entre la ley de Moisés y el Evangelio de Cristo. Abinadí, profeta de orígenes y antecedentes desconocidos, dio un paso al frente en respuesta al llamado de Dios y se enfrentó al apóstata y libertino rey Noé. Abinadí era valiente y fiel, carente de artificios y sin preocupación por el peligro personal que su audacia pudiera generar.

Mientras permanecía cautivo ante el rey y su corte, Abinadí desafió los intentos de éstos para confundirle y contradecirle, haciendo así fracasar su esfuerzo por encontrar motivos mediante los cuales pudieran condenarle: "Él les respondió intrépidamente e hizo frente a todas sus preguntas, sí, los llenó de asombro; pues los resistió en todas sus preguntas y los confundió en todas sus palabras". Los confundió mediante la enseñanza de la ley de Moisés tal y como ellos debían haberla entendido:

"No habéis aplicado vuestros corazones para entender; por tanto, no habéis sido sabios. ¿Qué, pues, enseñáis a este pueblo?" Y dijeron: Enseñamos la ley de Moisés.

"Y de nuevo les dijo: Si enseñáis la ley de Moisés, ¿cómo es que no la cumplís?...

"Y sucederá que seréis heridos por vuestras iniquidades, pues habéis dicho que enseñáis la ley de Moisés. Y ¿qué sabéis concerniente a la ley Moisés? ¿Viene la salvación por la ley de Moisés? ¿Qué decís vosotros?

"Y respondieron y dijeron que la salvación venía por la ley de Moisés".

Resulta evidente que ésta es una respuesta equivocada que podría haber provocado un duro e inmediato rechazo por parte de Abinadí; pero él hizo algo mucho más fascinante y sutil.

Pareció estar casi de acuerdo con ellos, una táctica que al mismo tiempo que elevaba la estatura de la ley, los atrapaba en sus abominaciones. En respuesta a su contestación de que la salvación venía por la ley, Abinadí replicó que tenían razón en parte, que en definitiva la salvación es fruto de la obediencia a las leyes y los mandamientos que Dios da, del mismo modo que sólo los obedientes comerán del fruto de la salvación en los últimos días: "Mas les dijo Abinadí: Sé que si guardáis los mandamientos de Dios, seréis salvos; sí, si guardáis los mandamientos que el Señor dio a Moisés en el monte de Sinaí".

Procedió entonces a repasar los Diez Mandamientos con un poder y autoridad genuinos, incluyendo la manifestación del Espíritu del Señor, la cual le fortaleció físicamente y brilló de forma radiante sobre su rostro, a semejanza del rostro de Moisés cuando recibió esos mismos mandamientos".

Tras referirles el decálogo en detalle, Abinadí preguntó al rey Noé: "¿Habéis enseñado a este pueblo que debe procurar hacer todas estas cosas a fin de guardar estos mandamientos?". Y respondió a su propia pregunta: "Os digo que no; porque si lo hubieseis hecho, el Señor no habría hecho que yo viniera y profetiza el mal sobre este pueblo".

Es como decir que aunque la ley de Moisés (o los Diez Mandamientos, parte central de ella y del Evangelio) no es suficiente para salvar, puede guiarnos hacia la salvación y el posterior reconocimiento de verdades mayores de las cuales es parte esencial. Si el rey Noé y su pueblo hubiesen guardado lo bastante la ley de Moisés, habría sido suficiente - o al menos aceptable- para aquella época, y probablemente no habría tenido lugar ninguna

reprimenda divina. Pero fracasaron aun en la parte menor del decreto divino y ni siquiera reivindicaron ese sendero preliminar hacia la salvación para el cual se dio la ley de Moisés.

Dijo Abinadí a los que le tenían cautivo: "Habéis dicho que la salvación viene por la ley de Moisés. Yo os digo que es preciso que guardéis la ley de Moisés aún; mas os digo que vendrá el tiempo cuando ya no será necesario guardar la ley de Moisés.

"Y además, os digo que la salvación no viene sólo por la ley; y si no fuera por la expiación que Dios mismo efectuará por los pecados e iniquidades de los de su pueblo, éstos inevitablemente perecerían, a pesar de la ley de Moisés.

"Y ahora os digo que se hizo necesario que se diera una ley a los hijos de Israel, sí, una ley muy estricta; porque eran una gente de dura cerviz, presta para hacer el mal y lenta para acordarse del Señor su Dios;

"Por tanto, les fue dada una ley; sí, una ley de prácticas y ordenanzas, una ley que tenían que observar estrictamente de día en día, para conservar vivo en ellos el recuerdo de Dios y su deber para con él.

"Mas he aquí, os digo que todas estas cosas eran símbolos de cosas futuras".

Llegado a este punto, Abinadí hizo hincapié en cuán prescriptiva - y descriptiva- había sido la ley de Moisés, recordándoles que "Moisés... y... todos los profetas que han profetizado desde el principio del mundo, ¿no han hablado ellos más o menos acerca de estas cosas?, en especial que "Dios redimiría a su pueblo", y que "Dios mismo" descendería del cielo y que con su nacimiento tomaría la forma de hombre, e "iría con gran poder sobre la faz de la tierra".

Para reforzar esta declaración, Abinadí citó el capítulo 53 de Isaías, con seguridad el pasaje más poderoso y extenso que hay sobre Cristo en todo el Antiguo Testamento, desarrollando el simbolismo del Salvador, no tanto como un pastor, sino como un cordero.

Fue entonces que Abinadí declaró una profunda doctrina que ya no se encuentra en el Antiguo Testamento ni se relaciona tradicionalmente con la ley de Moisés en la época actual. Habló del papel de Cristo como Padre e Hijo, de la intercesión expiatoria del Hijo con el Padre en favor de la familia humana, de la habilidad de Cristo para introducir la misericordia entre la gente y las demandas de la justicia, de la "generación" de Cristo - refiriéndose a aquellos para quienes la Expiación es plenamente eficaz - y de la resurrección, incluyendo a los merecedores de la primera resurrección. Habló con gran poder y autoridad de la necesidad de que los atalayas de Dios, quienes cantarían la canción del amor que redime y cuyos pies serían hermosos sobre la Montaña del Señor, declararan estas verdades a "toda nación, tribu, lengua y pueblo".

Abinadí concluyó su notable discurso teológico con este crescendo de doctrina y testimonio sobre la Expiación, la resurrección y el juicio Final.

Tras señalar que muchos en ese último día obrarían según "su propia voluntad y deseos carnales" sin arrepentirse y resistiéndose a los brazos de la misericordia divina que les eran extendidos, dijo:

"Y ahora bien, ¿no debéis temblar y arrepentiros de vuestros pecados, y recordar que solamente en Cristo y mediante él podéis ser salvos?

"Así pues, si enseñáis la ley de Moisés, enseñad también que es un símbolo de aquellas cosas que están por venir;

"Enseñadles que la redención viene por medio de Cristo el Señor, que es el verdadero Padre Eterno".

Como ofrenda definitiva que cualquier profeta de Dios es capaz de realizar, Abinadí se ofreció entonces él mismo a sus captores, convirtiéndose en símbolo y sombra, figura profética del sacrificio de Cristo, del cual acababa de testificar".

Posteriormente, durante la conversión de un gran grupo de lamanitas, éstos recordaron el ejemplo y las enseñanzas de Abinadí, e inmediatamente "[observaron] la ley de Moisés; porque era necesario que la observaran todavía, pues no se había cumplido enteramente. Mas a pesar de la ley de Moisés, esperaban anhelosamente la venida de Cristo, considerando la ley mosaica como un símbolo de Su venida y creyendo que debían guardar aquellas prácticas exteriores hasta que les fuese revelado.

"Pero no creían que la salvación viniera por la ley de Moisés, sino que la ley de Moisés servía para fortalecer su fe en Cristo".

"Y EN MÍ SE HA CUMPLIDO LA LEY DE MOISÉS"

Aproximadamente a la par que estos lamanitas recibían el Evangelio, Alma y Amulek estaban enseñando a los nefitas sobre la Expiación, y al hacerlo, Alma enseñó que "la redención viene por medio del Hijo de Dios; y... [él] se ha referido a Moisés, para probar que estas cosas son verdaderas". Inmediatamente Amulek se le unió para declarar que el significado y simbolismo del sacrificio, tan importante en la ley de Moisés, están centrados en Cristo. A modo de cumplimiento de este antiguo modelo de inmolación, Amulek enseñó que debe haber "un gran y postrer sacrificio", tras lo cual debería ponerse "fin al derramamiento de sangre; entonces quedará cumplida la ley de Moisés; sí, será totalmente cumplida, sin faltar ni una jota ni una tilde, y nada se habrá perdido.

"Y he aquí, éste es el significado entero de la ley, pues todo ápice señala a ese gran y postrer sacrificio".

Por supuesto que el adversario, siempre ansioso por confundir todo principio del Evangelio, animó a los nefitas a creer que la ley de Moisés estaba cumplida por el simple hecho de nacer Cristo, y no por el sacrificio consumado, pleno y expiatorio realizado al fin de Su vida. Tras el día, la noche y el día en que no hubo oscuridad, señal que había prometido Samuel el Lamanita, el registro dice: "Y no hubo contenciones, con excepción de unos pocos que empezaron a predicar, intentando probar por medio de las Escrituras, que ya no era necesario observar la ley Moisés; mas en esto erraron por no haber entendido las Escrituras.

"Pero acaeció que no tardaron en convertirse, y se convencieron del error en que se hallaban, porque se les hizo saber que la ley no se había cumplido todavía, y que era necesario que se cumpliera sin faltar un ápice; sí, llegó a ellos la palabra de que era necesario que se cumpliera; sí, que ni una jota ni una tilde pasaría sin que todo se cumpliera".

Cuando la crucifixión, muerte, resurrección y ascensión de Cristo se hubo completado en el Viejo Mundo, Su aparición a los nefitas en el Nuevo Mundo fue presentada con esta declaración de Su propia boca:

"He aquí, soy Jesucristo, el Hijo de Dios. Yo creé los cielos y la tierra, y todas las cosas que en ellos hay. Era con el Padre desde el principio. Yo soy en el Padre, y el Padre en mí; y en mí ha glorificado el Padre su nombre.

"Vine a los míos, y los míos no me recibieron y las Escrituras concernientes a mi venida se han cumplido.

"Y a cuantos me han recibido, les he concedido llegar a ser hijos de Dios; y así haré con cuantos crean en mi nombre, porque he aquí, la redención viene por mí, y en mí se ha

cumplido la ley de Moisés.

"Yo soy la luz y la vida del mundo. Soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin.

"Y vosotros ya no me ofreceréis más el derramamiento de sangre; sí, vuestros sacrificios y vuestros holocaustos cesarán, porque no aceptaré ninguno de vuestros sacrificios ni vuestros holocaustos.

"Y me ofrecéis como sacrificio un corazón quebrantado y un espíritu contrito. Y al que venga a mí con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, lo bautizaré con fuego y con el Espíritu Santo".

A diferencia de los israelitas del Viejo Mundo, a los fieles nefitas del Nuevo Mundo les resultó más fácil reconocer el regreso del Evangelio mayor y dejar ir a la antigua ley de Moisés. Por un lado parecieron más dispuestos a entender que Cristo no había destruido sino cumplido la ley, le había dado amplitud, dimensión, significado y realidad, tal como cuando decimos que una profecía se ha "cumplido". Durante Su primer día de instrucción a los nefitas, el Cristo resucitado pudo enseñar Su doctrina con más detalle de lo que lo había hecho (o por lo menos de lo que fue preservado) entre el pueblo de Jerusalén:

"No penséis que he venido para abrogar la ley ni los profetas", dijo. "No he venido para abrogar, sino para cumplir; porque en verdad os digo que ni una jota ni una tilde ha pasado de la ley, sino en mí toda se ha cumplido. Y he aquí, os he dado la ley y los mandamientos de mi Padre para que creáis en mí, que os arrepintáis de vuestros pecados y vengáis a mí con un corazón quebrantado y un espíritu contrito. He aquí, tenéis los mandamientos ante vosotros, y la ley se ha cumplido... Por tanto, estas cosas que existían en la antigüedad, que se hallaban bajo la ley, se han cumplido todas en mí. Las cosas antiguas han pasado, y todas las cosas se han vuelto nuevas".

Tras este "sermón del templo", el Salvador procedió a hacer un comentario mayor sobre esta crucial transición del antiguo convenio al nuevo. Al percibir que algunos de entre la congregación "se maravillaban" por la relación de Cristo con la ley de Moisés, "porque no entendían la palabra de que las cosas viejas habían pasado, y que todas las cosas se habían vuelto nuevas", dijo, haciendo distinción entre "la ley" y "el convenio": "He aquí, os digo que se ha cumplido la ley que fue dada a Moisés. He aquí, soy yo quien di la ley, y soy yo el que hice convenio con mi pueblo Israel; por tanto, la ley se cumple en mí, porque he venido para cumplir la ley; por tanto, tiene fin. He aquí, yo no abrogo a los profetas; porque cuantos no se han cumplido en mí, en verdad os digo que todos se cumplirán. Y porque os dije que las cosas antiguas han pasado, no abrogo lo que se ha hablado concerniente a las cosas que están por venir.

Porque he aquí, el convenio que hice con mi pueblo no se ha cumplido enteramente; mas la ley que se dio a Moisés tiene su fin en mí. He aquí, yo soy la ley y la luz. Mirad hacia mí, y perseverad hasta el fin, y viviréis; porque al que persevere hasta el fin, le daré vida eterna. He aquí, os he dado los mandamientos; guardad, pues, mis mandamientos. Y esto es la ley y los profetas, porque ellos en verdad testificaron de mí."

La congregación nefita entendió esto más clara y prestamente que el mundo judío, en parte debido a que los profetas nefitas habían sido muy cuidadosos al enseñar la naturaleza transitoria de la ley. Abinadí había dicho: "Yo os digo que es preciso que guardéis la ley de Moisés aún; mas os digo que vendrá el tiempo cuando ya no será necesario guardar la ley de Moisés". Con esa misma intención, Nefi recalcó: "Hablamos concerniente a la ley para que nuestros hijos sepan que la ley ya no rige; y, entendiendo que la ley ya no rige, miren ellos adelante hacia aquella vida que está en Cristo, y sepan con qué fin fue dada la ley. Y para que, después de cumplirse la ley en Cristo, no endurezcan contra él sus corazones, cuando la ley tenga que ser abrogada".

Esta clase de enseñanzas - una advertencia para no endurecer el corazón contra Cristo en una defensa ignorante de la ley de Moisés - podría haber servido (y salvado) a muchas personas del Viejo Mundo de aquel entonces, y de todo el mundo en la actualidad. Y si, como es probable, esta clara doctrina se enseñó enérgicamente en el Viejo Mundo, es mucho mayor la pena porque estas "cosas claras. y preciosas" se hayan perdido, o hayan sido quitadas de las inmaculadas enseñanzas del Antiguo Testamento..

A la luz de la profunda reflexión que el Libro de Mormón proporciona a nuestro entendimiento de la ley de Moisés, resulta significativa la gran declaración de Pablo en cuanto a que la ley serviría como "nuestro ayo, para llevarnos a Cristo", pasaje que la Traducción de José Smith de la Biblia recoge como "la ley es nuestro ayo hasta Cristo". (Y, por supuesto, la Traducción de José Smith estuvo enormemente influenciada por la educación doctrinal que recibió mientras traducía el Libro de Mormón.)

En el cuarto libro de Nefi se aprecia con mayor claridad que la nación nefita entendía claramente este papel de la ley de Moisés, prácticamente la última referencia a la ley en todo el Libro de Mormón. En esta parte, el registro dice con carácter definitivo así como con cierto éxito: "Y ya no se guiaban más por las prácticas y ordenanzas de la ley de Moisés, sino que se guiaban por los mandamientos que habían recibido de su Señor y su Dios... Y sucedió que no hubo contención entre todos los habitantes sobre toda la tierra, mas los discípulos de Jesús obraban grandes milagros".

CAPITULO OCHO

SÍMBOLOS Y FIGURAS: TODAS LAS COSAS SON SÍMBOLOS DE CRISTO

Nefi testificó que "todas las cosas que han sido dadas por Dios al hombre, desde el principio del mundo, son símbolos de [Cristo]. La evidencia literaria de esto se manifiesta a lo largo de las Santas Escrituras; por ejemplo, el Libro de Mormón contiene algunas de esas parábolas, metáforas, analogías y alegorías tan bien desarrolladas.

Una imagen que tiene al menos tres variaciones en el Libro de Mormón es la del árbol, un símbolo mediante el cual Cristo aparece como Restaurador y Redentor de la familia humana por medio de los frutos de Su amor.

EL ÁRBOL DE LA VIDA

El lector encuentra la primera manifestación del Cristo simbólico en la visión del Árbol de la Vida, la cual documentó Lehi en 1 Nefi 8 y que luego fuera explicada en la visión que poco tiempo después recibió Nefi. En su sueño, "después de haber caminado en la oscuridad por el espacio de muchas horas" (considere la oscuridad de una existencia privada de la Luz del Mundo), Lehi llegó a un campo grande y espacioso en el que vio "un árbol cuyo fruto era deseable para hacer a uno feliz".

Tras participar del fruto, Lehi declaró: "Percibí que era de lo más dulce, superior a todo cuanto yo había probado antes. Sí, y vi que su fruto era blanco, y excedía toda blancura que yo jamás hubiera visto. Y al comer de su fruto, mi alma se llenó de un gozo inmenso".

Poco tiempo después, cuando el Espíritu reveló a Nefi la explicación de la visión de su padre, le aclaró que el Árbol de la Vida y su preciado fruto son símbolos de la redención de Cristo: "Esto te será dado por señal: que después que hayas visto el árbol que dio el fruto que tu padre probó, también verás a un hombre que desciende del cielo, y... darás testimonio de que es el Hijo de Dios". Inmediatamente después de su visión del Árbol de la Vida, a Nefi se le reveló el nacimiento de Cristo en el Viejo Mundo con la declaración de que el niño en brazos de la virgen María era "el Cordero de Dios, sí, el Hijo del Padre Eterno".

Entonces, con la llegada del niño Jesús en la grandeza de esta visión desplegada ante los ojos del joven profeta, el ángel llevó repetidas veces el recuerdo de Nefi a elementos previos del sueño de Lehi, en particular a la imagen central que cautivó la atención de su padre desde el principio y mediante la cual se ha llegado a conocer esta visión. Se trataba de un árbol tan hermoso que "su belleza... sobrepujaba a toda otra belleza". Era tanto deseable, precioso y puro como hermoso.

"¿Comprendes el significado del árbol que tu padre vio?", le preguntó el ángel.

Nefi contestó: "Sí, es el amor de Dios que se derrama ampliamente en el corazón de los hijos de los hombres".

A medida que continuaba la visión, Nefi vio que el Hijo de Dios iba entre los hijos de los hombres con amor y poder, y volvió a declarar: "Vi que el árbol de la vida representaba el amor de Dios. donde las imágenes de Cristo y del árbol están indiscutiblemente relacionadas.

Al lector de hoy todo esto le trae al recuerdo la declaración apostólica de Juan respecto a la grandeza del don del Padre al ofrecer la vida de Su Hijo Unigénito para redimir al resto

de la familia humana: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito..."R. La vida, la misión y la expiación de Cristo son las manifestaciones supremas del Árbol de la Vida, el fruto del Evangelio, el amor de Dios que "se derrama ampliamente en el corazón de los hijos de los hombres".

Los elementos de esta alegoría son, en esencia, los mismos de la parábola del sembrador - o para ser más exactos, la parábola de los terrenos- de Mateo 13. Del mismo modo que había cuatro tipos de terreno en la parábola del Nuevo Testamento, cada uno con una receptividad diferente al Evangelio de Cristo, también hallamos cuatro tipos de personas mencionadas en la visión del Árbol de la Vida. Menos receptivas, a semejanza de las semillas que cayeron junto al camino, eran las personas y las multitudes que abarrotaban el vasto y espacioso edificio, burlándose, mofándose y señalando con dedo de escarnio a los que buscaban el Árbol de la Vida. Algunos de éstos, que buscaban el edificio y los valores mundanos que representaba, nunca alcanzaron su meta telestial, sino que se hundieron en las profundidades del río o se perdieron de vista, vagando por senderos prohibidos.

El grupo siguiente, comparable a la semilla que cayó en pedregal y fue quemada por el sol, lo comprenden los que comenzaron a caminar hacia el Árbol de la Vida pero no hicieron mucho más. Éstos "se adelantaron y emprendieron la marcha por el sendero" que conducía al árbol que vio Lehi, pero cuando surgió un vapor de tinieblas y de tentación, se apartaron del camino y se perdieron.

En algunos aspectos, el tercer grupo es el más digno de compasión. El elemento de la visión corresponde a la semilla que cayó entre espinos y ahogó la posibilidad de una existencia centrada en Cristo, que en realidad ya había enraizado y comenzado. En la visión de Lehi, este grupo no sólo comenzó el viaje correctamente al "aferrarse" a la barra de hierro - la por siempre confiable palabra de Dios - y avanzó a través del vapor de tinieblas, sino que en realidad llegó a Cristo y "[participó] del fruto del árbol". Pero tras participar del gozo del Evangelio, "miraron en derredor de ellos, como si se hallasen avergonzados". Se sentían así a causa de los que les señalaban desde el vasto y espacioso edificio, burlándose y mofándose de su fe; y por causa de esta mofa social "cayeron en senderos prohibidos y se perdieron".

Afortunadamente hay un grupo, así como la semilla que cayó en tierra buena, que saboreó el fruto del árbol (Cristo y Su Evangelio) y permaneció fiel. Entre éstos se incluían Lehi y Sariah, sus hijos Sam y Nefi, y "otras multitudes" que "se agarraron del extremo de la barra de hierro; y siguieron hacia adelante, asidos constantemente a la barra de hierro, hasta que llegaron, y se postraron, y comieron del fruto del árbol".

De este modo, desde el comienzo mismo del Libro de Mormón, en esta primera y completa alegoría, Cristo aparece como la fuente de una vida y gozo eternos, la evidencia viva del amor divino y los medios por los cuales Dios cumplirá Su convenio con la casa de Israel y, por ende, con toda la familia humana, haciéndolos volver a todas sus promesas eternas.

EL OLIVO

A la conclusión de la visión, Lehi (y luego Nefi) enseñó más sobre el amor de Dios continuando con la alegoría del árbol, pasando del Árbol de la Vida a la más extensamente desarrollada imagen del olivo. En todo el Libro de Mormón, el olivo es la figura central de la historia israelita, incluido el esfuerzo del Señor por redimir a Israel tanto individual como colectivamente. Aquí, a comienzos del Libro de Mormón, se destaca que las ramas naturales de Israel serían taladas y esparcidas para ser luego injertadas en su verdadera herencia. En el nivel más importante de interpretación, esto venía a

significar, tal y como enseñó Lehi, que toda la casa de Israel llegaría "al conocimiento del verdadero Mesías, su Señor y su Redentor", ciertamente una enseñanza básica del Libro de Mormón.

Sin embargo, los poco perceptivos y receptivos hermanos de Nefi no pudieron entender estas imágenes simbólicas. Armado de paciencia, Nefi prosiguió con la enseñanza de su padre y esbozó para sus hermanos la historia de Israel a semejanza de un olivo al que se le habían cortado y esparcido las ramas, para acabar injertándolas nuevamente en él, destacando, tal y como hiciera su padre, que la vida y la misión del Mesías son las claves para el significado de este árbol. Sería el Evangelio de Jesucristo, explicó, lo que enseñaría a la casa de Israel "que son el pueblo del convenio del Señor" y que regresarían "al conocimiento del evangelio de su Redentor... y de los principios exactos de su doctrina, para que sepan cómo venir a él y ser salvos".

Gracias a Jacob, Zenós desarrolla esta misma metáfora - Cristo: la fuente de vida y seguridad de Israel- de forma aún más completa en la alegoría más larga (y el capítulo más extenso) del Libro de Mormón.

Tal y como ha dicho un autor en cuanto a esta extensa representación simbólica, "una leyenda judía identifica el árbol de la vida como el olivo, y por un buen motivo. El olivo es un árbol perenne y no caducifolio. Sus hojas no se marchitan ni caen con las estaciones, y parecen rejuvenecer con el calor tórrido y el frío invernal. Si no se le cultiva se convierte en un árbol silvestre, difícil de controlar y fácilmente corruptible. Sólo tras un largo cultivo, por lo general de ocho a diez años, comienza a dar fruto, y después de eso suelen salir nuevos brotes de las raíces en apariencia muertas. [El tronco lleno de nudos da] la impresión de penalidades - las penalidades de la vida vieja - y de la vida renovada".

Tal y como enseñara Lehi, ningún otro símbolo sino el olivo podría haber servido con mayor poder y profundidad al amor magnífico, constante y redentor de Dios, incluyendo especialmente el amor representado en el don de Su Hijo Unigénito. El aceite de los olivares siempre ha estado presente en el antiguo Israel, incluso en la actualidad. Es un ingrediente básico de toda cocina y de toda mesa como sazonador. Medicinalmente, sirve como antídoto para el veneno y calmante para el dolor. Se quema para proporcionar luz en las lámparas más pequeñas y como combustible en las casas más grandes. En aspectos más sagrados, se utiliza para ungir a los enfermos, como purificación y sacrificio, y en la consagración de reyes y sacerdotes. Tal y como ocurrió con Noé, hoy día la rama de olivo es símbolo de paz, con su obvio recurso alegórico hacia el Príncipe de Paz.

El aceite de oliva todavía se usa en la cuidadosa preparación del cordero de la fiesta de la Pascua. Cristo ascendió, y regresará, a Su amado Monte de los Olivos. Getsemaní significa el "Jardín de la prensa de aceite". Cristo es el Ungido. Ciertamente, la majestuosidad de Cristo está indiscutiblemente unida al olivar, y ninguna otra enseñanza explora ese simbolismo de forma más intensa como lo hace el Libro de Mormón.

En la alegoría de Zenós, contada por Jacob, el Señor de la viña trabaja casi desesperadamente (con lágrimas y frustración frecuentes) para cultivar, proteger, preservar, reclamar y restaurar los árboles de Su viña. Como ocurre con la mayoría de los símbolos, hay diversos niveles de interpretación de esta parábola, pues la viña puede representar, cuando menos, (1) a cada hijo de Dios, (2) a la casa de Israel, y (3) a toda la familia humana. Pero el elemento esencial de este relato es Cristo y Su expiación redentora, tal y como lo fue en el sueño de Lehi del Árbol de la Vida y en el discurso que Nefi dio a sus hermanos sobre el significado de aquel sueño.

En este contexto resulta instructivo destacar que Jacob dijo que compartió esta enseñanza de Zenós para "[aclararles] este misterio", el misterio de cómo la gran piedra

de Cristo, con la cual los judíos tropezaban repetidamente y que finalmente decidieron rechazar, sería al final el último y único fundamento seguro sobre el cual éstos podrían edificar. Cualesquiera que sean las demás aplicaciones que pueda tener - y tiene varias -, esta alegoría relatada por Jacob tiene desde un principio la intención de referirse a Cristo, la "principal piedra angular".

Así como el Señor de la viña y Sus obreros se esfuerzan por cavar, podar, purificar y hacer productivos los árboles en este esbozo histórico del capítulo del esparcimiento y recogimiento de Israel, el significado más profundo de la Expiación apuntala esas labores y se extiende más allá de ellas. A pesar de las talas, los injertos y el nutrir de las ramas de los árboles cultivados y silvestres en prácticamente toda las partes de la viña, el devolverlas a sus orígenes es el tema principal de la alegoría. Volver, arrepentirse, reunirse, éste es el mensaje.

El que esta alegoría tuviera la intención de conectar y servir de extensión a la visión que Lehi tuvo de Cristo como el Árbol de la Vida, se pone de manifiesto en las palabras de Jacob respecto a que el fruto del olivo es "más precioso que cualquier otro fruto" y "sumamente precioso para él desde el principio", - el mismo lenguaje empleado por Lehi y Nefi en sus enseñanzas -. Al menos en quince ocasiones el Señor de la viña expresa el deseo de tomar la viña y su fruto para Sí mismo, y se lamenta nada menos que ocho veces: "Me aflige que tenga que perder los árboles de mi viña". Un estudioso de la alegoría dice que ésta debiera ocupar un lugar al lado de la parábola del hijo pródigo, pues ambos relatos "convierten la misericordia del Señor en algo emotivamente memorable".

Es obvio que esta labor es dura, exigente y en ocasiones dolorosa, del mismo modo que siempre lo es la labor de la redención. Hay que cavar y abonar. Hay que regar, nutrir y podar. Y siempre hay infinitas formas de injertar, todas con un único propósito: que los árboles de la viña crezcan "en sumo grado" y se conviertan en "un cuerpo; y los frutos [sean] iguales", con el Señor de la viña habiendo "preservado para sí mismo el fruto". Siempre ha sido la obra de Cristo y Sus discípulos, en cualquier dispensación, el recoger, sanar y reunir a los hijos del Padre con su Maestro de los lejanos lugares del pecado y el distanciamiento en que se hallen.

En su comentario final sobre la alegoría, Jacob dejó bien claro lo que Zenós enseñó en la parábola, dando respuesta al "misterio" de la redención que Cristo hace del Israel desobediente (la humanidad), la cual le impulsó a compartir este sermón:

"¡Y cuán misericordioso es nuestro Dios para con nosotros!", dijo, "porque él se acuerda de la casa de Israel, de las raíces así como de las ramas; y les extiende sus manos todo el día... [y] cuantos no endurezcan sus corazones serán salvos en el reino de Dios...

"[Allegaos] a Dios como él se ha allegado a vosotros. Y mientras su brazo de misericordia se extiende hacia vosotros a la luz del día, no endurezcáis vuestros corazones".

Jacob suplicó a su pueblo en un lamento que surca las generaciones de toda la familia humana que no "[rechacemos] las palabras que se han hablado en cuanto a Cristo".

LA SEMILLA, EL ASTA Y LA CRUZ

La tercera imagen del árbol en el Libro de Mormón es la imagen recreada de Moisés levantando una serpiente sobre un asta (árbol) a la que los hombres debían mirar para ser sanados, con el significativo elemento adicional del gran discurso de Alma sobre la semilla de la fe y su desarrollo hasta convertirse en el maduro Árbol de la Vida. Nefi volvió a tocar este bien conocido relato del Antiguo Testamento escrito sobre las planchas de bronce, y lo hizo con esta referencia:

"Y ahora bien, hermanos míos, he hablado claramente para que no podáis errar; y como vive el Señor Dios, que sacó a Israel de la tierra de Egipto, y dio poder a Moisés para sanar a las naciones después de haber sido mordidas por las serpientes ponzoñosas, si ponían sus ojos en la serpiente que él levantó ante ellas... sí, he aquí os digo que así como estas cosas son verdaderas, y como el Señor Dios vive, no hay otro nombre dado debajo del cielo sino el de este Jesucristo, de quien he hablado, mediante el cual el hombre pueda ser salvo".

Posteriormente, Nefi, hijo de Helamán, testificaría contra los corruptos jueces de su época:

"Mas he aquí, no solamente negáis mis palabras, sino también negáis las palabras que nuestros padres han declarado, y también las palabras que habló este hombre, Moisés, a quien le fue dado tanto poder, sí, las palabras que él ha hablado concernientes a la venida del Mesías.

"Sí, ¿no testificó él que vendría el Hijo de Dios? Y así como él levantó la serpiente de bronce en el desierto, así será levantado aquel que ha de venir.

"Y así como cuantos miraron a esa serpiente vivieron, de la misma manera cuantos miraren al Hijo de Dios con fe, teniendo un espíritu contrito, vivirán, sí, esa vida que es eterna.

Esta doctrina del árbol como salvación, enseñada al principio y al final del Libro de Mormón, es desarrollada de forma curiosa por Alma y Amulek en un notable ejemplo de enseñanza doctrinal en equipo que comienza con la fe en la palabra de Dios a semejanza de una semilla, y que culmina con la fe en la Palabra de Dios como árbol de la vida.

Este profeta dice en Alma 32: "Comparemos, pues, la palabra a una semilla. Ahora bien, si dais lugar para que sea sembrada una semilla en vuestro corazón, he aquí, si es una semilla verdadera, o semilla buena, y no la echáis fuera por vuestra incredulidad, resistiendo al Espíritu del Señor, he aquí, empezará a hincharse en vuestro pecho; y al sentir esa sensación de crecimiento, empezaréis a decir dentro de vosotros:... La palabra es buena, porque empieza a ensanchar mi alma; sí, empieza a iluminar mi entendimiento; sí, empieza a ser deliciosa para mí. [Compárese la respuesta de Lehi al fruto del árbol de la vida.]

"Mas he aquí, al paso que la semilla se hincha y brota y empieza a crecer... sabéis que la palabra a henchido vuestras almas, y también sabéis que ha brotado, que vuestro entendimiento empieza a iluminarse y vuestra mente comienza a ensancharse".

La semilla, la palabra de Dios, avanza hacia su plena medida como la Palabra de Dios. Fíjese en que al llegar a este punto del "experimento", la semilla se ha convertido en un árbol maduro:

"Y he aquí, a medida que el árbol empiece a crecer, diréis: Nutrámoslo con gran cuidado para que eche raíz, crezca y nos produzca fruto...

"Mas si desatendéis el árbol, y sois negligentes en nutrirlo, he aquí, no echará raíces; y cuando el calor del sol llegue y lo abrase, se secará porque no tiene raíz, y lo arrancaréis

y lo echaréis fuera.

"Y esto no es porque la semilla no haya sido buena, y tampoco es porque su fruto no sea deseable; sino porque vuestro terreno es estéril y no queréis nutrir el árbol; por tanto, no podréis obtener su fruto. [Fíjese en las referencias a la parábola del sembrador.]

"Y por lo mismo, si no cultiváis la palabra mirando hacia adelante con el ojo de la fe a su fruto, nunca podréis recoger el fruto del árbol de la vida.

"Pero si cultiváis la palabra, sí, y nutrís el árbol mientras empiece a crecer, mediante vuestra fe, con gran diligencia y complacencia, mirando hacia adelante a su fruto, echará raíz; y he aquí, será un árbol que brotará para vida eterna".

Al llegar a este punto, vuelven a introducirse palabras clave como "precioso", "dulce", "blanco" y "puro", las cuales tienen su origen en la visión de Lehi.

"Y a causa de vuestra diligencia, y vuestra fe y vuestra paciencia al nutrir la palabra para que eche raíces en vosotros, he aquí que con el tiempo recogeréis su fruto, el cual es sumamente precioso, y el cual es más dulce que todo lo dulce, y más blanco que todo lo blanco, sí, y más puro que todo lo puro; y comeréis de este fruto hasta quedar satisfechos, de modo que no tendréis hambre ni tendréis sed.

"Entonces, hermanos míos, segaréis el galardón de vuestra fe, y vuestra diligencia, y paciencia, y longanimidad, esperando que el árbol os dé fruto".

A lo largo de este brillante discurso, Alma avanza al lector desde un comentario general sobre la fe en la semilla o palabra de Dios, hacia un discurso centrado en la fe en Cristo como la Palabra de Dios, que crece hasta ser árbol con fruto que se asemeja exactamente a la percepción de Lehi sobre el amor de Cristo, "el cual es sumamente precioso, y el cual es más dulce que todo lo dulce, y más blanco que todo lo blanco, sí, y más puro que todo lo puro; y comeréis [del Evangelio de Cristo] hasta quedar satisfechos, de modo que no tendréis hambre ni tendréis sed". Cristo es el pan de vida, el agua de vida, la viña verdadera. Cristo es la semilla, el árbol y el fruto de la vida eterna.

Pero el simbolismo profundo y esencial del Árbol de la Vida de este discurso se pierde, o al menos disminuye grandemente, si el lector no lo continúa en los dos capítulos siguientes del Libro de Mormón.

En Alma 33, Alma citó a Zenós (origen de la alegoría del olivo) y a Zenoc respecto al papel de Cristo como dador del premio a la fe, para luego centrarse en la extensamente desarrollada imagen de Cristo como el Árbol de la Vida.

"He aquí, Moisés habló de [Cristo]; sí, y he aquí, fue levantado un símbolo en el desierto, para que quien mirara a él, viviera; y muchos miraron y vivieron...

"Oh hermanos míos... mirad y empezad a creer en el Hijo de Dios, que vendrá para redimir a los de su pueblo, y que padecerá y morirá para expiar los pecados de ellos; y que se levantará de entre los muertos, lo cual efectuará la resurrección, a fin de que todos los hombres comparezcan ante él, para ser juzgados en el día postrero, sí, el día del juicio según sus obras.

"Y ahora bien, hermanos míos, quisiera que plantaseis esta palabra en vuestros corazones, y al empezar a hincharse, nutridla con vuestra fe. Y he aquí, llegará a ser un árbol que crecerá en vosotros para vida eterna. Y entonces Dios nos conceda que sean ligeras vuestras cargas mediante el gozo de su Hijo".

Ahora, Amulek, el miembro recién activado y aún más nuevo misionero, retomó el tema comenzado por su compañero diciendo en forma de prelude a un poderoso discurso sobre la Expiación:

"Hermanos míos, me parece imposible que ignoréis estas cosas que se han hablado concernientes a la venida de Cristo, de quien nosotros enseñamos que es el Hijo de Dios...

"[Tened] la fe... para plantar la palabra en vuestros corazones, para que probéis el experimento de su bondad".

De esta forma termina un tema tripartito que diera comienzo con el sueño de Lehi sobre el Árbol de la Vida, pasando por la alegoría de Jacob (Zenós) respecto al olivo cultivado y al olivo silvestre, y que concluye con el simbolismo de Alma en cuanto a la semilla que crece hasta ser un árbol que da un fruto sumamente precioso, dulce, blanco y puro. En todos ellos reina Cristo, "a quien vosotros matasteis colgándole en un madero", y si los hombres le miran, serán salvos.

Por supuesto que Cristo mismo podría coronar esta edificante doctrina con Su propia declaración:

"Y mi Padre me envió para que fuese levantado sobre la cruz; y que después de ser levantado sobre la cruz, pudiese atraer a mí mismo a todos los hombres, para que así como he sido levantado por los hombres, así también los hombres sean levantados por el Padre...

"Y por esta razón he sido levantado; por consiguiente, de acuerdo con el poder del Padre, atraeré a mí mismo a todos los hombres".

ABINADI

Abinadí es el profeta del Libro de Mormón que probablemente pensó en el simbolismo de las Escrituras y enseñó sobre él más eficazmente que cualquier otro. Desde el comienzo mismo advirtió al rey Noé que cualquier cosa que le hiciera sería "símbolo y sombra de cosas venideras", como así fue.

Abinadí también hizo hincapié en que los ritos y las ordenanzas de la ley de Moisés "eran símbolos de cosas futuras" y sombras "de aquellas cosas que están por venir". Pero la declaración simbólica más sorprendente de Abinadí fue la de que él mismo era un símbolo de Cristo.

Considere los siguientes enlaces simbólicos y los paralelismos posibles entre Abinadí, el primer mártir del Libro de Mormón, y Cristo, el gran y postrer sacrificio.

Abinadi	Símbolo/Sombra	Cristo
Mosiah 11.20	Llamado a predicar el arrepentimiento a los pecadores	Mateo 9.13
Mosiah 11.21-23;12.1-8	Negar el mensaje equivale a ser afligido por la mano de los enemigos y llevado al cautiverio	Mateo 23.37-38;24.3-51

Mosiah 11.20-25	Denuncio a los incrédulos en un discurso publico	Mateo 2.39
Mosiah 12.9	Estuvo solo contra sus acusadores	Mateo 26.56
Mosiah 12.17-18	Fue atado y llevado ante los sacerdotes religiosos y un gobernante político	Juan 18.12-40
Mosiah 12.19	Se le interrogo	Mateo 7.28-29
Mosiah 13.1	Se le considero loco	Juan 10.20
Mosiah 13.6	Hablo con poder y autoridad	Mateo 7.28-29
Mosiah 13.7	No se le pudo matar hasta que su mensaje/misión estuvo completo	Juan 10.17-18
Mosiah 17.6	Paso tres días en prisión (sepultura)	Lucas 24.4-8,46
Mosiah 17.8	Se le condeno por blasfemo	Mateo 26.63-66

Abinadí es el símbolo profético de Cristo más extensamente planteado en el Libro de Mormón y con un desarrollo más evidente que cualquier otra parte de las Escrituras. Y todavía es una ironía notoria el que él, al igual que Cristo, muriera lamentándose porque aquellos que decían creer en la ley de Moisés no pudieran reconocer las enseñanzas mesiánicas - por no decir nada del Mesías mismo - hacia las que la ley siempre les había dirigido en su pureza.

EL SANTO SACERDOCIO SEGÚN EL ORDEN DEL HIJO DE DIOS

Gracias a la revelación moderna sabemos que el sumo sacerdocio es una extensión de Jesucristo mismo, un símbolo de Su ser y poder. Se le reveló al profeta José Smith que el nombre completo y propio del sacerdocio es "el Santo Sacerdocio según el Orden del Hijo de Dios". Orden es una palabra rica y amplia con diversos significados, todos instructivos en esta acepción, uno de los cuales es: "Según el modelo o ejemplo de; igual que; semejante a".

Una forma aparente en que Cristo es como el sacerdocio que lleva Su nombre reside en Su naturaleza eterna. Se nos dice que el sacerdocio es "sin principio de días ni fin de años, preparado de eternidad en eternidad, según [la] presciencia [de Dios] de todas las cosas". De Cristo, que fue hecho sumo sacerdote por mano de Su Padre, también se dice que "no tiene principio de días ni fin de años, y que es lleno de gracia, equidad y verdad".

Es evidente que hay muchos otros paralelismos entre Cristo y el sacerdocio, pero una contribución igualmente provocadora a la simbología del Libro de Mormón es la forma en que este enlace directo entre Cristo y este poder se extiende a todos los que le siguen y son ordenados al sacerdocio. Alma aborda el motivo para la ordenación de todo hombre al sacerdocio, y su indiscutible conexión con Cristo, en el discurso sobre el significado simbólico del mismo.

Mientras predicaba a Zeezrom y a los habitantes de Ammoníah, dijo: "Quisiera que os acordaseis de que el Señor Dios ordenó sacerdotes, según su santo orden, que era según el orden de su Hijo, para enseñar estas cosas al pueblo.

"Y esos sacerdotes fueron ordenados según del orden de su Hijo, de una manera que haría saber al pueblo el modo de esperar anhelosamente a su Hijo para recibir la redención...

"Y estas ordenanzas se conferían según esta manera, para que por ese medio el pueblo

esperara anhelosamente al Hijo de

Dios, ya que era un símbolo de su orden... Y esto para esperar anhelosamente de él la remisión de sus pecados".

Entonces, Alma procedió a dar esta precisa descripción de la "manera" en que se ordenaban los sacerdotes en la antigüedad. Estos hombres (y también Jesús) fueron:

- Llamados y preparados desde la fundación del mundo.
- Llamados según la presciencia de Dios.
- Llamados a causa de su fe excepcional, buenas obras y rectitud ante Dios.
- Llamados porque no endurecieron sus corazones ni cegaron sus mentes".
- Libres para escoger el bien o el mal, y escogieron el bien.
- Llamados para enseñar los mandamientos de Dios a los hijos de los hombres.
- Ordenados con una santa ordenanza.
- Hechos sacerdotes para siempre.
- Santificados, con sus vestidos emblanquecidos mediante la sangre del Cordero.
- Incapaces de contemplar el pecado sino con repugnancia".
- Hechos puros e invitados al reposo de Dios.

Al considerar estas semejanzas entre los hombres y lo divino, no podemos sino imaginar cuáles deben haber sido las cualidades cristianas de Melquisedec para que su nombre fuera el sustituto del "Santo Sacerdocio según el Orden del Hijo de Dios". Seguramente habría tenido que reflexionar en todas las virtudes simbólicas que se esperaban de cualquier poseedor del sacerdocio (véanse más arriba), aunque sin duda tendría cualidades cristianas adicionales.

Alma suplicó a los hombres de Ammoníah: "Humillaos así como el pueblo en los días de Melquisedec, quien también fue un sumo sacerdote según este mismo orden de que he hablado, que también tomó sobre sí el sumo sacerdocio para siempre". Y entonces procedió a decir más cosas sobre Melquisedec de lo que se conoce de él en cualquier otra parte de las Escrituras. Fíjese en los claros ejemplos simbólicos de Cristo:

- Fue rey de la tierra de Salem (Jerusalén)⁵¹.
- Su pueblo había aumentado en la iniquidad y abominaciones, se habían extraviado y se habían entregado a todo género de iniquidades.
- A pesar de semejante oposición, él ejerció la fe.
- Recibió el "oficio del sumo sacerdocio según el santo orden de Dios.
- Predicó el arrepentimiento a su pueblos'.
- Estableció la paz, y por eso se le llamó Príncipe de Paz'.
- Reinó bajo su padre.

Alma destacó que hubo muchas otras figuras importantes antes y después de Melquisedec, "mas ninguno fue mayor que él; por tanto han hecho de él mención más particular.

Ciertamente no puede haber tributo más grande ni adulación más generosa que la de ser tan semejante al Hijo de Dios que el nombre de uno pueda ser sustituto del Suyo en el título de la fuerza más poderosa del universo: el Santo Sacerdocio según el Orden del Hijo de Dios.

LA LIAHONA

En el Libro de Mormón se halla cierta cantidad de referencias a símbolos de Cristo, incluyendo la explícita comparación que Jacob hace de Abraham e Isaac con el Padre y el Hijo. Puede que un comentario extenso al respecto sea más que suficiente.

Cuando Lehi y su familia huían de la inminente toma y destrucción de Jerusalén, el Señor les proporcionó una "esfera esmeradamente labrada", una especie de brújula hecha de bronce que tenía dos agujas, una de las cuales "marcaba el camino que [debían] seguir por el desierto", mientras que la otra puede que estuviera fija o indicara alguna dirección conocida o permanente (¿el Norte?, ¿Jerusalén?).

Está claro que este instrumento era mucho más que una brújula, pues también llevaba información escrita. En cierta ocasión, Lehi "vio las cosas que estaban escritas sobre la esfera", y "temió y tembló en gran manera"; lo cual sugiere un mensaje con cierto significado y suponemos que de considerable longitud. Las palabras, al igual que las dos agujas, "funcionaban [y aparecían] de acuerdo con la fe, diligencia y atención que nosotros les dábamos", registró Nefi. Las palabras eran "una escritura nueva que era fácil de leer, la que nos daba conocimiento respecto a las vías del Señor; y se escribía y cambiaba de cuando en cuando, según la fe y diligencia que nosotros le dábamos".

Posteriormente, Alma observó una sombra y figura de Cristo en este director que marcaba el camino, la verdad y, en última instancia, la vida para sus seguidores. Tal y como le dijo a su hijo Helamán: "Fue preparada para mostrar a nuestros padres el camino que habían de seguir por el desierto.

"Y obró por ellos según su fe en Dios; por tanto, si tenían fe para creer que Dios podía hacer que aquellas agujas indicaran el camino que debían seguir, he aquí, así sucedía; por tanto se obró para ellos este milagro, así como muchos otros milagros que diariamente se obraban por el poder de Dios...

"[Pero] fueron perezosos y se olvidaron de ejercer su fe y diligencia, y entonces esas obras maravillosas cesaron, y no progresaron en su viaje".

"Y ahora", concluyó Alma, "quisiera que entendieses, hijo mío, que estas cosas tienen un significado simbólico; porque así como nuestros padres no prosperaron por ser lentos en prestar atención a esta brújula (y estas cosas eran temporales), así es con las cosas que son espirituales.

"Pues he aquí, tan fácil es prestar atención a la palabra de Cristo, que te indicará un curso directo a la felicidad eterna, como lo fue para nuestros padres prestar atención a esta brújula que les señalaba un curso directo a la tierra prometida.

"Y ahora digo: ¿No se ve en esto un símbolo? Porque tan cierto como este director trajo a nuestros padres a la tierra prometida por haber seguido sus indicaciones, así las palabras de Cristo, si seguimos su curso, nos llevan más allá de este valle de dolor a una tierra de promisión mucho mejor.

El llamado del Libro de Mormón es siempre: "Mirad para que podáis vivir". Tanto si se trata de mirar un asta sostenida en alto por un profeta de Dios o mirar hacia abajo a una esfera semejante a la Liahona, es lo mismo. Ambas marcan el camino que conduce a la vida eterna. De hecho, son símbolos del Camino a la Vida Eterna. Todas las cosas son símbolos de Cristo.

EL PADRE Y EL HIJO

El primer Artículo de Fe de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días dice: "Nosotros creemos en Dios el Eterno Padre, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo".

El profeta José Smith añadió: "Yo siempre he declarado que Dios es un personaje distinto, que Jesucristo es un personaje aparte y distinto de Dios el Padre, y que el Espíritu Santo es otro personaje distinto, y es Espíritu; y estos tres constituyen tres personajes distintos y tres Dioses".

Esta doctrina reafirma lo enseñado claramente en toda la experiencia bíblica, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, sobre la naturaleza distinta y separada de estos tres personajes divinos. El registro escrito por Mateo del bautismo de Jesús es un caso inequívoco de la separación, tanto de lugar como de actuación, del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y en cuanto al bautismo de Cristo a manos de Juan, registró: "Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia".

Por supuesto que la evidencia más convincente en la época actual procede de la Arboleda Sagrada, donde José Smith, bajo la reveladora influencia el Espíritu Santo, vio al Padre y al Hijo en Su esplendor celestial. Posteriormente escribió: "Al reposar sobre mí la luz, vi en el aire arriba de mí a dos Personajes, cuyo fulgor y gloria no admiten descripción. Uno de ellos me habló, llamándome por mi nombre, y dijo, señalando al otro: Éste es mi Hijo Amado: ¡Escúchalo!".

El Libro de Mormón realiza una contribución adicional a nuestro entendimiento del Padre y del Hijo como seres separados y distintos, siendo la más dominante de ellas las apremiantes y nostálgicas oraciones de Cristo a Su Padre registradas en 3 Nefi. Éstas son las conmovedoras súplicas de un Hijo a Su Padre que establecen de forma firme y permanente el que ambos son individuos distintos que se comunican y conversan entre sí, tal y como harían cualquier otro padre e hijo.

LA UNIDAD DE LA TRINIDAD

Tras haber recalcado las características de los miembros de la Trinidad y afirmado la doctrina fundamental y esencial que hay tras ella, podemos destacar ahora un tema clave presente en todo el Libro de Mormón y que señala algunos aspectos importantes de unión entre el Padre y el Hijo para Sus propósitos comunes y prácticamente sinónimos en Sus papeles y funciones intercambiables. De hecho, la unidad de Ellos es factor principal de Su relación; Su distinción parece existir sólo en Su separación corporal.

Esta unidad entre el Padre y el Hijo llama la atención del lector antes incluso de acceder al texto del Libro de Mormón. La página del título del libro describe uno de los propósitos de este registro de Escrituras: "Convencer al judío y al gentil de que Jesús es el Cristo, el Eterno Dios". Tras esto, Oliver Cowdery, David Whitmer y Martin Harris, los tres testigos de la salida a luz del Libro de Mormón en los últimos días, ponen fin a su maravilloso testimonio con esta llamativa frase: "Y sea la honra al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, que son un Dios. Amén".

Muchas declaraciones semejantes aparecen a lo largo del Libro de Mormón. En el sermón fundamental de Nefi sobre la "doctrina de Cristo", sermón en el que registró las bien diferenciadas palabras del Padre y del Hijo sobre el bautismo de Cristo, concluyó con la siguiente declaración sobre la necesidad de permanecer "firmes en Cristo":

"Y ahora bien, amados hermanos míos, ésta es la senda; y no hay otro camino, ni nombre dado debajo del cielo por el cual el hombre pueda salvarse en el reino de Dios. Y ahora bien, he aquí, ésta es la doctrina de Cristo, y la única y verdadera doctrina del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, que son un Dios, sin fin. Amén.

Cuando Amulek testificó a Zeezrom sobre la naturaleza y el papel de Cristo - incluyendo la distinción física de Cristo respecto al Padre - finalizó con esta poderosa declaración sobre la universalidad de la resurrección: "[Todos] serán llevados a comparecer ante el tribunal de Cristo el Hijo, y Dios el Padre, y el Santo Espíritu, para ser juzgados según sus obras, sean buenas o malas".

En Su mensaje de presentación a los nefitas durante Su aparición en el Nuevo Mundo, el Salvador hizo un llamado urgente en favor de la unidad entre los miembros, en especial respecto a la doctrina del bautismo. Para destacar esta necesidad mencionó la unidad de la Trinidad: "Y según esta manera bautizaréis en mi nombre, porque he aquí, de cierto os digo que el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo son uno; y yo soy en el Padre, y el Padre en mí, y el Padre y yo somos uno... El Padre, y yo, y el Espíritu Santo somos uno".

Busquemos un último ejemplo en las palabras finales de Mormón, en las cuales dio testimonio del Salvador a cualquiera que quiera oír su voz:

"Sabed que debéis llegar al conocimiento de vuestros padres, y a arrepentiros de todos vuestros pecados e iniquidades, y creer en Jesucristo, que él es el Hijo de Dios, y que los judíos lo mataron, y que por el poder del Padre ha resucitado, con lo cual ha logrado la victoria sobre la tumba; y en él también es consumido el aguijón de la muerte.

"Y él llevará a efecto la resurrección de los muertos, mediante la cual los hombres resucitarán para presentarse ante su tribunal.

"Y él ha efectuado la redención del mundo, por lo cual a aquél que en el día del juicio sea hallado inocente ante él, le será concedido morar en la presencia de Dios, en su reino, para cantar alabanzas eternas con los coros celestes, al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, que son un Dios, en un estado de felicidad que no tiene fin".

La doctrina de Cristo, con papeles como el de Padre y el de Hijo, fue origen de cierta confusión y contención en la época del Libro de Mormón. Uno de los adversarios más habilidosos y astutos del libro, hasta su conversión, fue Zeezrom, quien utilizó la complejidad de esta doctrina para intentar hacer caer al nuevo misionero Amulek.

Con una habilidosa línea de razonamiento indicadora de su capacitación en la ley, Zeezrom hizo una serie de preguntas que condujo a la pregunta final y a la trampa potencialmente problemática: "¿Es el Hijo de Dios el mismo Padre Eterno?.

Amulek, sin miedo y directo en su reacción, respondió con una audacia digna de su interrogador: "Sí, él es el Padre Eterno mismo del cielo y de la tierra, y de todas las cosas que en ellos hay; es el principio y el fin, el primero y el último;

"y vendrá al mundo para redimir a su pueblo; y tomará sobre sí las transgresiones de aquellos que creen en su nombre;

y éstos son los que tendrán vida eterna, y a nadie más viene la salvación".

Esta relación entre los miembros de la Trinidad merece una breve consideración.

CRISTO EN EL PAPEL DE PADRE

Existen aspectos claros mediante los cuales Jesús, como descendencia literal del Padre, es uno con Él. Por un lado, es el hijo espiritual de Dios, el primogénito de los hijos espirituales del Padre. Después tuvo que convertirse en el hijo físico de Dios, el Unigénito del Padre en la carne; y como aclara de forma única Abinadí, profeta del Libro de Mormón, Cristo es el Hijo de Dios porque sujetó Su voluntad a la del Padre. No hace falta extendernos más en la explicación de estos papeles de Cristo como Hijo para los que han leído las exhaustivas referencias a los tales que aparecen en las Escrituras.

Pero lo que en un principio parece ser poco obvio, también se enseña en las Escrituras: Que hay otros modos mediante los cuales Cristo está tan unido al Padre, que en algunas asignaciones juega, por legítimo derecho, un papel paternal y, al hacerlo, le corresponde el título de Padre.

Esta doctrina fundamental - y hay que reconocer que profunda - del Hijo como Padre, recibe en el Libro de Mormón un esclarecimiento mayor que en cualquier otra revelación jamás dada al hombre. Repetidas referencias de este libro sagrado enseñan que, bajo la dirección y con la autoridad del Padre (Elohim), el Hijo (Jehová /Jesús) puede actuar como el Padre de formas diversas.

En primer y principal lugar, como enseñó Abinadí, Cristo fue "concebido por el poder de Dios" y por tanto tiene consigo los poderes del Padre. Además de esa relación lineal divina, Cristo también actúa como el Padre en cuanto a que es el Creador del cielo y la tierra; también es el padre de nuestro renacimiento espiritual y nuestra salvación, y es fiel en honrar la voluntad del Padre por encima de la Suya propia, y por tanto de reclamar Su poder. Debido a la relación inseparable y a la confianza inquebrantable que existe entre ambos, Cristo puede, en cualquier momento y en cualquier lugar, hablar y actuar por el Padre en virtud de la "investidura divina de autoridad" que Él le ha concedido.

Consideremos brevemente la contribución del Libro de Mormón a nuestro entendimiento de esta unidad divina.

CRISTO COMO HEREDERO DEL PADRE

La primera de estas relaciones, el poder y la autoridad de la herencia literal de Cristo por parte del Padre, tanto física como espiritualmente, como Su primogénito y unigénito en la carne fue mencionada por Abinadí. A Cristo, más que a ningún otro ser en esta vida o en la eternidad, se le dice: "Todo lo que [el] Padre tiene le será dado", incluyendo la autoridad para actuar por el Padre bajo Su dirección.

CRISTO COMO PADRE DE LA CREACIÓN

Sin intentar ser exhaustivos, debiéramos destacar al menos algunas enseñanzas principales del Libro de Mormón sobre Cristo como Creador.

El rey Benjamín dijo de la venida de Cristo: "Porque he aquí que viene el tiempo, y no está muy distante, en que con poder, el Señor Omnipotente que reina, que era y que es de eternidad en eternidad, descenderá del cielo entre los hijos de los hombres; y morará en un tabernáculo de barro...

"Y se llamará Jesucristo, el Hijo de Dios, el Padre del cielo y de la tierra, el Creador de todas las cosas desde el principio; y su madre se llamará María".

Y concluyó con la siguiente exhortación:

"Por tanto, quisiera que fuiseis firmes e inmutables, abundando siempre en buenas obras para que Cristo, el Señor Dios Omnipotente, pueda sellaros como suyos, a fin de que

seáis llevados al cielo, y tengáis salvación sin fin, y vida eterna mediante la sabiduría, y poder, y justicia, y misericordia de aquel que creó todas las cosas en el cielo y en la tierra, el cual es Dios sobre todo".

El poder de ese mensaje tuvo un impacto tal en las personas, que exclamaron a una voz:

"Oh, ten misericordia, y aplica la sangre expiatoria de Cristo para que recibamos el perdón de nuestros pecados, y sean purificados nuestros corazones; porque creemos en Jesucristo, el Hijo de Dios, que creó el cielo y la tierra y todas las cosas; el cual bajará entre los hijos de los hombres!".

Hablando a Alma por medio de la revelación directa, el Cristo premortal le indicó que tiene autoridad para "[perdonar] liberalmente" a los que crean en Su nombre y entren en Su iglesia por medio del espíritu de arrepentimiento y las aguas del bautismo:

"Porque soy yo quien tomo sobre mí los pecados del mundo; porque soy yo el que he creado al hombre; y soy yo el que concedo un lugar a mi diestra al que crea hasta el fin".

Cuando Alma, hijo, experimentó su gran conversión, halló que había "nacido del Espíritu" y dijo del proceso:

"Rechacé a mi Redentor, y negué lo que nuestros padres habían declarado; mas ahora, para que prevean que el vendrá, y que se acuerda de toda criatura que ha creado, él se manifestará a todos.

"Sí, toda rodilla se doblará, y toda lengua confesará ante él. Sí, en el postrer día, cuando todos los hombres se presenten para ser juzgados por él, entonces confesarán que él es Dios".

Samuel el Lamanita profetizó "para que sepáis, de la venida de Jesucristo, el Hijo de Dios, el Padre del cielo y de la tierra, el Creador de todas las cosas desde el principio". El Salvador mismo hizo Su anuncio triunfal cuando apareció ante los nefitas en el Nuevo Mundo:

"He aquí, soy Jesucristo, el Hijo de Dios. Yo creé los cielos y la tierra, y todas las cosas que en ellos hay. Era con el Padre desde el principio. Yo soy en el Padre, y el Padre es en mí; y en mí ha glorificado el Padre su nombre".

Claramente, Cristo - bajo la dirección de Su Padre - es el Padre de la creación, el Creador del cielo y la tierra, y todas las cosas que en ellos hay.

CRISTO COMO PADRE DE SALVACIÓN

Otra forma en la que Cristo aparece como Padre en el Libro de Mormón es en Su papel de Padre de los redimidos y Padre de los resucitados.

En Su revelación fundamental y doctrinalmente profunda al hermano de Jared, Cristo dijo: "He aquí, yo soy el que fue preparado desde la fundación del mundo para redimir a mi pueblo. He aquí, soy Jesucristo. Soy el Padre y el Hijo. En mí todo el género humano tendrá vida, y la tendrá eternamente, sí, aun cuantos crean en mi nombre; y llegarán a ser mis hijos y mis hijas".

Es en este papel de proveedor de un renacer, de dador de vida - vida eterna - que Cristo es, literalmente, el Padre de nuestra salvación.

El rey Benjamín entendía esta doctrina cuando dijo a los que habían oído su sermón, expresado su creencia en Cristo y hecho convenio de hacer la voluntad de Dios y guardar Sus mandamientos: "A causa del convenio que habéis hecho, seréis llamados progenie de Cristo, hijos e hijas de él, porque he aquí, hoy él os ha engendrado espiritualmente;

pues decís que vuestros corazones han cambiado por medio de la fe en su nombre; por tanto habéis nacido de él y habéis llegado a ser sus hijos y sus hijas".

En su magnífico sermón previo a la venida de Cristo, Abinadí extendió este concepto al hablar específicamente de la "posteridad" de Cristo:

"¿Quién declarará su generación? He aquí, os digo que cuando mi alma haya sido tornada en ofrenda por el pecado, él verá su posteridad. Y ahora, ¿qué decís vosotros? ¿Quién será su posteridad?"

"He aquí, os digo que quién ha oído las palabras de los profetas, sí, todos los santos profetas que han profetizado concerniente a la venida del Señor, os digo que todos aquellos que han escuchado sus palabras y creído que el Señor redimirá a su pueblo, y han esperado anhelosamente ese día para la remisión de sus pecados, os digo que éstos son su posteridad, o sea, son los herederos del reino de Dios.

"Porque éstos son aquellos cuyos pecados él ha tomado sobre sí; éstos son aquellos por quienes ha muerto, para redimirlos de sus transgresiones. Y bien, ¿no son ellos su posteridad?"

Alma fue uno de los grandes ejemplos de alguien que solicitó la vida eterna que Cristo extiende al penitente, incluyendo el renacer que ello implica. Después de tres días de inconsciencia, durante los cuales pasó por la limpieza del arrepentimiento, les dijo a los que habían ayunado y orado por él: "Me he arrepentido de mis pecados, y el Señor me ha redimido; he aquí, he nacido del Espíritu."

"Y el Señor me dijo: No te maravilles de que todo el género humano, sí, hombres y mujeres, toda nación, tribu, lengua y pueblo, deban nacer otra vez; sí, nacer de Dios, ser cambiados de su estado carnal y caído, a un estado de rectitud, siendo redimidos por Dios, convirtiéndose - en sus hijos e hijas; "

"Y así llegan a ser nuevas criaturas; y a menos que hagan esto, de ningún modo pueden heredar el reino de Dios... "

"No obstante, después de pasar mucha tribulación, arrepintiéndome casi hasta la muerte, el Señor en su misericordia ha tenido a bien arrebatarme de un fuego eterno, y he nacido de Dios".

Posteriormente, al relatar esta dolorosa experiencia personal a su hijo Helamán, Alma dijo de este momento de gran angustia: "Clamé dentro de mi corazón: ¡Oh Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí que estoy en la hiel de amargura, y ceñido con las eternas cadenas de la muerte!

"Y he aquí que cuando pensé esto, ya no me pude acordar más de mis dolores; sí, dejó de atormentarme el recuerdo de mis pecados.

"Y ¡oh qué gozo, y qué luz tan maravillosa fue la que vi! Sí, mi alma se llenó de un gozo tan profundo como lo había sido mi dolor...

"Mis miembros recobraron su fuerza, y me puse de pie, y manifesté al pueblo que había nacido de Dios.

"Sí, y desde ese día, aun hasta ahora, he trabajado sin cesar para traer almas al arrepentimiento; para traerlas a probar el sumo gozo que yo probé; para que también nazcan de Dios y sean llenas del Espíritu Santo.

"Sí, y he aquí, ¡oh hijo mío!, el Señor me concede un gozo extremadamente grande en el fruto de mis obras;

"Porque a causa de la palabra que él me ha comunicado, he aquí, muchos han nacido de Dios, y han probado como yo he probado, y han visto ojo a ojo, como yo he visto; por

tanto, ellos saben acerca de estas cosas de que he hablado, como yo sé; y el conocimiento que tengo viene de Dios".

Esta profunda experiencia personal del renacer espiritual es, claramente, lo que condujo a Alma a suplicarla para las demás personas, y le preguntó a sus hermanos de Zarahemla:

"¿Habéis nacido espiritualmente de Dios? ¿Habéis recibido su imagen en vuestros rostros? ¿Habéis experimentado este gran cambio en vuestros corazones?". Gran parte del Libro de Mormón va dirigido a provocar el despertar de este renacer en sus lectores.

EL SOMETER LA VOLUNTAD DEL HIJO A LA DEL PADRE

Un profeta del Libro de Mormón - Abinadí - fue condenado a muerte por enseñar, entre otras cosas, que a Cristo se le podía llamar de forma apropiada, tanto Padre como Hijo.

Antes de que el lector llegue al registro del ministerio de Abinadí, Limhi alude a esa experiencia cuando enseña a su pueblo.

Limhi dijo de su padre, Noé, y de la pecaminosa corte de éste: "Han matado a un profeta del Señor; sí, un hombre escogido de Dios que les habló de sus iniquidades y abominaciones, y profetizó de muchas cosas que han de acontecer, sí, aun la venida de Cristo.

"Y porque les declaró que Cristo era el Dios, el Padre de todas las cosas, y que tomaría sobre sí la imagen de hombre, y sería la imagen conforme a la cual el hombre fue creado en el principio; en otras palabras, dijo que el hombre fue creado a imagen de Dios, y que Dios bajaría entre los hijos de los hombres, y tomaría sobre sí carne y sangre, e iría sobre la faz de la tierra.

"Y ahora bien, porque dijo esto, le quitaron la vida".

A continuación, Limhi entregó a Ammón los anales de Zeniff, los cuales contenían un registro de las enseñanzas de Abinadí a Noé. En estas enseñanzas, el profeta presentaba una consideración fundamental sobre la relación de Cristo como Padre y como Hijo, haciendo hincapié en "la expiación que Dios mismo efectuará por los pecados e iniquidades de los de su pueblo", que "Dios mismo bajaría entre los hijos de los hombres, y tomaría sobre sí la forma de hombre, e iría con gran poder sobre la faz de la tierra", y que "Dios mismo descenderá entre los hijos de los hombres, y redimirá a su pueblo".

Con esta introducción, Abinadí emprendió un profundo análisis de Cristo en los papeles de Padre e Hijo, la complejidad del cual requiere que se cite por entero.

"Y porque morará en la carne, será llamado el Hijo de Dios, habiendo sujetado la carne a la voluntad del Padre, siendo el Padre y el Hijo,

"El Padre porque fue concebido por el poder Dios; y el Hijo, por causa de la carne; por lo que llega a ser el Padre e Hijo;

"Y son un Dios, sí, el verdadero Padre Eterno del cielo y de la tierra.

"Y así la carne, habiéndose sujetado al Espíritu, o el Hijo al Padre, siendo un Dios, sufre tentaciones, pero no cede a ellas, sino que permite que su pueblo se burle de él, y lo azote, y lo eche fuera, y lo repudie.

"Y tras de todo esto, después de obrar muchos grandes milagros entre los hijos de los hombres, será conducido, sí, según dijo Isaías: Como la oveja permanece muda ante el trasquilador, así él no abrió su boca.

"Sí, aun de este modo será llevado, crucificado y muerto, la carne quedando sujeta hasta la muerte, la voluntad del Hijo siendo absorbida en la voluntad del Padre.

"Y así Dios rompe las ligaduras de la muerte, habiendo logrado la victoria sobre la muerte; dando al Hijo poder para interceder por los hijos de los hombres,

"Habiendo ascendido al cielo, henchidas de misericordia sus entrañas, lleno de compasión por los hijos de los hombres; interponiéndose entre ellos y la justicia; habiendo quebrantado los lazos de la muerte, tomado sobre sí la iniquidad y las transgresiones de ellos, habiéndolos redimido y satisfecho las exigencias de la justicia".

Aunque ésta es la declaración más desafiante y concienzuda del papel Padre - Hijo representado por Cristo, particularmente en lo que se refiere al tema de la carne contra el espíritu, no es la única referencia en el Libro de Mormón. Lehi dijo en su gran sermón sobre la Caída y la Expiación: "Cuán grande es la importancia de dar a conocer estas cosas a los habitantes de la tierra, para que sepan que ninguna carne puede morar en la presencia de Dios, sino por medio de los méritos y misericordia, y gracia del Santo Mesías, quien da su vida, según la carne, y la vuelve a tomar por el poder del Espíritu, para efectuar la resurrección de los muertos, siendo el primero que ha de resucitar".

Más adelante, en ese mismo sermón, habló del "deseo de la carne y la iniquidad que hay en ella, que da al espíritu del diablo el poder de cautivar, de hundiros en el infierno, a fin de poder reinar sobre vosotros en su propio reino", en oposición a "la voluntad [del] Santo Espíritu", el cual nos dirige a escoger la vida eterna y ser fieles a los mandamientos.

Cuando Cristo anunció Su propio nacimiento en el Viejo Mundo, le dijo a Nefi:

"He aquí, vengo a los míos para cumplir todas las cosas que he dado a conocer a los hijos de los hombres desde la fundación del mundo, y para hacer la voluntad así la del Padre como la del Hijo: la del Padre por causa de mí, y la del Hijo por causa de mi carne. He aquí, ha llegado el momento y esta noche se dará la señal".

Curiosamente, el "mí" de la alusión de Cristo a Sí mismo - Su Yo espiritual - se identifica con el papel de Padre, mientras que Su carne está enlazada con el papel de Hijo. Ésa es la misma doctrina que enseñara Abinadí: el Padre (el espíritu) que hay en Cristo dio dirección y tuvo que ser obedecido, mientras que el Hijo (la carne) que hay en Cristo tuvo que someterse y obedecer.

Un modelo demasiado simplificado de esta doctrina, tal y como la enseñó Abinadí, podría tener la siguiente forma:

Cristo, además de ser el Hijo espiritual y físico de Dios (lo cual por sí mismo le dio un derecho indiscutible sobre las virtudes de Su Padre), y aparte de obrar con una investidura divina de autoridad (tanto para hablar como para actuar en representación de Su Padre), clamó por una mayor porción de este poder divino y paterno mediante el principio fundamental del Evangelio que es la obediencia. Con Su obediencia, Cristo mostró el camino hacia la divinidad a aquellos que, aunque hijos espirituales de Dios, no son engendrados físicamente por Él y no disfrutaban de la plena investidura de Su poder divino.

Mediante esta doctrina, Cristo nos enseña a los hombres y a las mujeres mortales que podemos ser uno con el Padre de forma crítica, fundamental y eternamente significativa: Podemos obedecerle. Podemos sujetar la carne al espíritu. Podemos someter nuestra voluntad como hijos a la voluntad de nuestro Padre Celestial.

Fueron este sometimiento y esta obediencia los que proporcionaron el dominio de Getsemaní, la victoria del Calvario, el triunfo de la redención. Por cierto que uno de los momentos cruciales de esas horas de asombro - momentos que conducían a la perfección, el cumplimiento y la majestuosidad eterna de Cristo - fue la ocasión en que el Hijo en la carne se sometió al Padre en el Espíritu, diciendo: "Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya": "la voluntad del Hijo siendo

absorbida en la voluntad del Padre".

Así que todos debemos someter "el deseo de la carne" a la "voluntad del Espíritu Santo", empleando la expresión de Lehi. Dado que este mismo asunto afecta a todo ser mortal y nos acompaña a lo largo de esta vida, no debiera sorprendernos que se halle entre los momentos más ejemplares de Cristo.

El triunfo final de Cristo y la ascensión definitiva de los poderes divinos a la diestra de Su Padre no ocurrió por tener un padre divino (aunque ello fuera esencial para la victoria sobre la muerte), ni porque hubiera recibido autoridad celestial desde el principio (aunque ello fuera vital para Su poder divino) sino que fue, en definitiva, porque en Su período mortal de probación fue perfectamente obediente, sumiso y leal al principio de que en la vida lo espiritual debe primar sobre lo físico. Ésa fue la esencia de Su triunfo, y es la lección para todo hombre, mujer y niño responsable que viva jamás. Es una lección por la que Abinadí y Cristo estuvieron dispuestos a morir, esa lección por la que prácticamente todo profeta ha dado su voz y su vida: el espíritu sobre la carne; la disciplina sobre la tentación; la devoción por encima de la inclinación; "la voluntad del Hijo siendo absorbida en la voluntad del Padre".

EXPIACIÓN

LA EXPIACIÓN

El hecho central, el cimiento crucial, la doctrina principal y la más grande expresión de amor divino del plan de salvación - verdaderamente un "plan de felicidad", como lo llamó Alma- es la expiación del Señor Jesucristo. Hay mucho antes y después de ella, mas sin este hecho fundamental, ese momento de triunfo mediante el cual somos hechos libres del cautiverio espiritual del pecado y de las cadenas físicas de la tumba, las cuales son dos muertes innegables, no habría sentido para el plan de vida, y ciertamente no habría felicidad en él ni después de él.

La expiación de Jesucristo, con sus muchas ramificaciones doctrinales, constituye el tema principal del Libro de Mormón. No es de extrañar que el profeta José Smith, que tradujo el Libro de Mormón y declaró que era la clave de nuestra religión, dijera que "todas las otras cosas que pertenecen a nuestra religión son únicamente dependencias de" la expiación de Jesucristo.

El significado literal de la palabra expiación implica el acto de unificar o reunir lo que ha sido separado o distanciado. La expiación de Cristo era indispensable debido a la separación que causó la trasgresión, o caída, de Adán, la cual trajo la muerte al mundo. En las palabras de Moroni: "Por Adán vino la caída del hombre. Y por causa de la caída del hombre, vino Jesucristo... y a causa de Jesucristo vino la redención del hombre. Y a causa de la redención del hombre... son llevados de vuelta a la presencia del Señor".

Casi al comienzo del Libro de Mormón, Lehi se refirió a la vida difícil de su hijo Jacob (su primer hijo nacido durante la "tribulación en el desierto") como una metáfora del sufrimiento y la aflicción de la humanidad (la Caída, la consecuencia del pecado, la mortalidad), algo previo a la redención y la salvación (la Expiación, la Resurrección, la inmortalidad y la vida eterna)". Este viaje es el tema básico que recorre este testamento de Jesucristo en cuanto a los retos temporales de la vida y el significado que emana de ellos. Lehi aseguró a su hijo: "la vía está preparada desde la caída del hombre, y la salvación es gratuita", lo cual rememora la preciosa doctrina que anteriormente Lehi comunicara a Nefi tras su gran visión de la futura venida de Cristo. Lo que sigue a continuación es "la vía" que fue preparada.

EL PLAN PREMORTAL

La afirmación de las Escrituras respecto a que la secuencia de la Caída y la Expiación ya era conocida y estaba preparada desde antes de la fundación de este mundo, refuerza la inseparable relación doctrinal que existe entre el papel de Adán y el del Señor Jesucristo. En el gran concilio premortal del cielo, Dios el Padre presidió y presentó Su plan para la mortalidad y la futura inmortalidad de Sus hijos, y Sus dos principales asociados fueron el Jesús premortal (entonces conocido como Jehová) y el Adán premortal (entonces conocido como Miguel). Los papeles de ambos estuvieron relacionados desde el principio y cada uno tenía una parte crucial que representar para proporcionar la vida a todos los hijos de Dios: la vida temporal por medio de Adán y la vida eterna por medio de Cristo.

El hecho de que los papeles de ambos estuvieran tan entrelazados, condujo al apóstol Pablo a verlos como homólogos el uno del otro, llamándolos a ambos por el mismo nombre: "Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante"; un eco de su enseñanza a los romanos de que Adán era "figura del [Cristo] que había de venir".

El que la caída del hombre fuera entendida y acordada, conduciría a la igualmente entendida y acordada expiación de Cristo, lo cual es una de las mayores contribuciones que hace el Libro de Mormón a nuestra comprensión del plan de salvación. Algunos restos que permanecen en la Biblia muestran cuán claramente se entendía esto en los tiempos antiguos. Pedro se refirió a Cristo como "destinado desde antes de la fundación del mundo", y Juan lo describió como "el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo". Sin embargo, mucha de esta doctrina se ha perdido o ha sido quitada del registro bíblico, por tanto el que los profetas del Libro de Mormón la enseñaran en detalle y con claridad tiene una gran trascendencia.

Por ejemplo, el rey Benjamín, en su majestuoso discurso sobre el Salvador, destacó que los beneficios de la Expiación estaban "[preparados] desde la fundación del mundo para todo el género humano que ha existido desde la caída de Adán, o que existe, o que existirá jamás hasta el fin del mundo.

Posteriormente, Alma mencionó: "Si no hubiese sido por el plan de redención, que fue establecido desde la fundación del mundo, no habría habido resurrección de los muertos; mas se instituyó un plan de redención". Aarón, al enseñar al padre del rey Lamoni, "le explicó las Escrituras, desde la creación de Adán, exponiéndole la caída del hombre... Y también el plan de redención que fue preparado desde la fundación del mundo, por medio de Cristo, para cuantos quisieran creer en su nombre"

Naturalmente, la declaración definitiva sobre los comienzos eternos del plan de redención fue dada por Cristo mismo quien, cuando se apareció al hermano de Jared, dijo: "He aquí, yo soy el que fue preparado desde la fundación del mundo para redimir al pueblo".

Todo esto proporciona el trasfondo doctrinal y el contexto para una de las frases más importantes y más citadas de la doctrina del Libro de Mormón, pronunciada por Lehi, y que resume de forma sucinta la relación de Adán con Cristo, o de la Caída con la Expiación: "Adán cayó para que los hombres existiesen; y existen los hombres para que tengan gozo. Y el Mesías vendrá en la plenitud de los tiempos, a fin de redimir a los hijos de los hombres de la caída".

EL ALBEDRÍO MORAL

Un elemento básico del gran plan eterno relativo a cómo podríamos venir a un mundo mortal marcado por la muerte y todavía salir "vivos" de él, por así decir, era la búsqueda de la divinidad, la investigación de una posibilidad, promesa y paz eternas. Los hijos premortales de Dios no podían llegar a ser como Él y disfrutar de Sus amplias bendiciones a menos que obtuvieran tanto un cuerpo físico como una experiencia temporal en un escenario donde estuvieran presentes el bien y el mal. Lehi recalcó que para que esto fuera posible, dicha experiencia temporal debería basarse en el albedrío moral, el cual incluye la habilidad moral e intelectual para distinguir el bien del mal y la consiguiente libertad para tomar decisiones basadas en ese conocimiento.

Algo sumamente importante para un ejercicio pleno y eficaz de este albedrío moral en un mundo tan complejo de bondad y maldad, es el tener un conocimiento básico del plan de salvación y de las verdades del Evangelio de Jesucristo, las cuales son parte fundamental y esencial de él. Este conocimiento proporciona, al menos, dos cosas: una norma - o si lo prefiere, verdades eternas - para determinar qué es bueno y qué es malo, y una comprensión de las consecuencias de nuestros actos, incluidas las consecuencias eternas, cuando tomamos tales decisiones. Por ello, Lehi dijo que para que el albedrío moral fuera plenamente eficaz, los hombres, mujeres y niños responsables deben ser "suficientemente instruidos para discernir el bien del mal". Dado que este conocimiento del camino a la divinidad es tan fundamental para el plan de salvación, Lehi suplicó a

todos los que conozcan la verdad que respondan al llamado infinito de enseñar y den testimonio de los principios del Evangelio, que reciban el gozo que emana de tomar decisiones sabias y compatibles con éstos, y evitar el pesar que con certeza aguarda al que actúa en contra de ellos:

"Cuán grande es la importancia de dar conocer estas cosas a los habitantes de la tierra, para que sepan que ninguna carne puede morar en la presencia de Dios, sino por medio de los méritos, y misericordia, y gracia del Santo Mesías, quien da su vida, según la carne, y la vuelve a tomar por el poder del Espíritu, para efectuar la resurrección de los muertos, siendo el primero que ha de resucitar.

"De manera que él es las primicias para Dios, pues él intercederá por todos los hijos de los hombres; y los que crean en él serán salvos.

"Y por motivo de la intercesión hecha por todos, todos los hombres vienen a Dios; de modo que comparecen ante su Presencia para que él los juzgue de acuerdo con la verdad y Santidad que hay en él".

Este albedrío, que fue preservado para la humanidad en la guerra premortal de los cielos, contribuyó a que el "hombre...obrara por sí mismo... Los hijos de los hombres... han llegado a quedar libres para siempre, discerniendo el bien del mal, para actuar por sí mismos, y no para que se actúe sobre ellos... Son libres para escoger la libertad y la vida eterna... o escoger la cautividad y la muerte". Es evidente que esta libertad no se puede ejercer de forma plena y hacerse efectiva sin la instrucción suficiente sobre las consecuencias de tales elecciones y un conocimiento de la redentora e indulgente expiación de Cristo. La Expiación paga el rescate de todos los que, al tomar tales decisiones, yerran y no alcanzan la gloria de Dios, pero se arrepienten de sus errores e imploran la misericordia del Santo Mesías sobre ellos.Cuán grande es la importancia de dar a conocer estas cosas a los habitantes de la tierra.

UNA OPOSICIÓN EN TODAS LAS COSAS

Relacionado con éste, Lehi introdujo otro principio que sirve como telón de fondo al drama eterno de la Caída y la Expiación, y que es el de la oposición, el de los principios en contienda, un concepto estrechamente relacionado con la elección y el albedrío. Si tiene que haber elección y el albedrío precisa tener sentido alguno, deben presentarse alternativas. Tal y como dijo Lehi: "Es preciso que haya una oposición en todas las cosas". Su razonamiento y vocabulario son claros y directos. La rectitud carece de sentido sin la posibilidad de que exista la maldad. La santidad no tendría deleite alguno si no fuéramos conscientes del dolor y la miseria. El bien carecería de sentido moral si no existiera nada que se pudiera considerar malo. Incluso la vida - cuya naturaleza y posibilidades eternas son el tema central del plan de salvación y del discurso que Lehi pronunció al respecto- no tendría sentido si no supiéramos nada del carácter y las limitaciones de la muerte.

En resumen, sin oposición ni alternativas "no habría habido ningún objeto en [la] creación [de la vida humana]". Todas las experiencias de la mortalidad y la eternidad habrían sido idénticas, inertes e indistinguibles, "un solo cuerpo". Al final de esta cadena se encuentra la comprensión más terrible de todas: no podría haber felicidad porque no existiría el pesar, y no podría haber rectitud porque no existiría el pecado. Pero afortunadamente, hay felicidad, rectitud, vida eterna y Dios, aun cuando Lehi destaca que esas bendiciones sólo se reciben a riesgo de enfrentar la miseria, la iniquidad, la muerte y el diablo.

LA CAÍDA

Los terribles riesgos del pesar y la muerte fueron hechos que Adán y Eva estaban

dispuestos a enfrentar "para que los hombres existiesen". Pero ellos, al igual que nosotros, fueron capaces y estuvieron dispuestos a aventurarse a ello sólo con el conocimiento de que estarían a salvo, que habría seguridad al final de la jornada para aquellos que lo desearan y vivieran para ese propósito. Estuvieron dispuestos a transgredir a sabiendas y conscientemente (la única manera por la que podían "caer" en las consecuencias de la mortalidad, de la misma forma que Elohim no podía expulsar a personas inocentes del jardín y seguir siendo un Dios justo), sólo porque tenían un conocimiento pleno del plan de salvación, el cual les concedería una salida a su lucha con la muerte y el infierno. Más adelante Adán diría: "Bendito sea el nombre de Dios, pues a causa de mi trasgresión se han abierto mis ojos, y tendré gozo en esta vida, y en la carne de nuevo veré a Dios".

En esa misma ocasión, Eva dijo de forma aún más conmovedora: "De no haber sido por nuestra trasgresión nunca... hubiéramos conocido... el bien y el mal, ni el gozo de nuestra redención, ni la vida eterna que Dios concede a todos los que son obedientes".

Así que Adán y Eva estuvieron dispuestos a tomar la decisión, escogiendo de este modo el camino que conduce al crecimiento y a la divinidad inherentes al fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal por encima del potencialmente carente de sentido árbol de la vida (al menos en ese punto de desarrollo en el que se hallaban). Con el señuelo de Lucifer, "aquella antigua serpiente que engañó a nuestros primeros padres, que fue la causa de su caída", tal y como dijo Abinadí, decidieron conscientemente salir del Jardín de Edén, un mundo paradisíaco, terrestre y magnífico, para entrar en uno caído, telestial, lleno de espinos y abrojos nada paradisíacos, de pesar y pecado, de enfermedad y muerte.

Al hacerlo, Adán y Eva respondieron para siempre a la lastimera pregunta que se escucha con frecuencia: "Si hay un Dios, ¿por qué hay tanto sufrimiento en el mundo?". La respuesta es que ahora vivimos en un mundo caído, lleno de elementos opuestos, un mundo en el que Dios es la influencia espiritual más poderosa, aunque no la única. Como parte de la doctrina de la oposición, Satanás también obra en el mundo, y sabíamos antes de venir que traería pesar y angustia consigo. No obstante, nosotros (por medio de Adán y Eva) tomamos de forma consciente la decisión de vivir y perseverar en esta esfera mortal de oposición en todas las cosas, pues sólo a través de una experiencia tal sería posible el progreso divino. Adán y Eva – y nosotros -, de forma consciente y amorosa, absolvieron a Dios de la responsabilidad por los "espinos y cardos" de un mundo caído, escogido personalmente por nosotros y no impuesto de forma caprichosa por Él. Queríamos tener la oportunidad de llegar a ser como nuestros padres celestiales, enfrentar al sufrimiento y vencerlo, soportar el pesar y todavía vivir con gozo, confrontar el bien y el mal y ser lo bastante fuertes como para escoger el bien. En este mundo telestial y mortal, lleno de voces, señuelos y experiencias competitivas, necesitamos toda una vida para refinar y fortalecer estas virtudes.

Concedor de esta doctrina, Lehi señaló que si Adán y Eva hubieran permanecido en el jardín de Edén, habrían hecho que todas las cosas "[hubieran] permanecido en el mismo estado en que se hallaban después de ser creadas", una situación en la que ellos habrían permanecido "en un estado de inocencia, sin sentir gozo, porque no conocían la miseria; sin hacer lo bueno, porque no conocían el pecado".

Pero Adán y Eva tomaron esta decisión por un motivo todavía más generoso que los del conocimiento divino y el progreso personal. Lo hicieron por una razón preponderante y vital para todo el plan de salvación y todas las conversaciones mantenidas en todos los concilios del cielo. Lo hicieron "para que los hombres existiesen". Si Adán y Eva no hubieran salido del jardín, indicó Lehi, "nunca [habrían] tenido posteridad".

Por supuesto que habría otros beneficios derivados de la Caída, los cuales son esenciales

y eternos, pero no habrían sido más que frívolos privilegios si sólo los hubieran recibido Adán y Eva. No, hasta las significativas bendiciones de un cuerpo físico y el refinamiento de las experiencias que nos ayudan a madurar y nos conducen a la divinidad serían penosas promesas si no se ofrecieran también a todos los hijos espirituales de Dios. El privilegio de la mortalidad que se concedió a todos es el don principal recibido por la caída de Adán y Eva.

Así, y sólo con este conocimiento, puede un estudioso del Evangelio de Jesucristo apreciar la plena importancia de la frase anteriormente citada: "Adán cayó para que los hombres existiesen". Cuando esta doctrina se entiende por completo y se enseña con detenimiento, tal y como sucede en el Evangelio restaurado, es tan importante como cualquier otra de las que se enseñan en el Libro de Mormón. Sin ella el mundo desconocería la verdadera naturaleza de la caída de Adán y Eva, de su decisión dadora de vida, e ignoraría el indescriptible amor que demostraron hacia todos los hijos e hijas de Dios.

En resumen, Lehi dijo: "Y después que Adán y Eva hubieron comido del fruto prohibido, fueron echados del jardín de Edén, para cultivar la tierra."

"Y tuvieron hijos, sí, la familia de toda la tierra".

EL HOMBRE NATURAL

Ocurrieron muchas cosas en el proceso de la Caída, incluyendo los cambios que se sucedieron en los cuerpos físicos de Adán y Eva. Por un lado, cayeron en la "naturaleza", palabra que se convierte casi en una especie de sinónimo del proceso adámico. El rey Benjamín diría de los niños pequeños: "Así como en Adán, o por naturaleza, ellos caen, así también la sangre de Cristo expía sus pecados".

Parte del mundo natural al que accedieron Adán y Eva incluía el que sus cuerpos tuvieran sangre - un elemento corruptible - en lo que hasta ese punto habían sido cuerpos incorruptos de carne y hueso, y carentes de sangre. Pero todavía más importante que estos cambios físicos fueron las tentaciones y amenazas al espíritu. La separación de Dios, tanto espiritual como física, fue consecuencia de la Caída. La humanidad fue cortada del compañerismo inmediato y personal con Dios del que habían disfrutado Adán y Eva en el jardín de Edén. A consecuencia de ello se distanciaron del Santo Espíritu y se convirtieron en menos sensibles a muchas de las cosas de rectitud. El rey Benjamín hizo de este tema una de las tareas principales del hombre y la mujer durante su estado caído o natural.

"El hombre natural es enemigo de Dios", enseñó, "y lo ha sido desde la caída de Adán, y lo será para siempre jamás, a menos que se someta al influjo del Santo Espíritu, y se despoje del hombre natural, y se haga santo por la expiación de Cristo el Señor, y se vuelva como un niño: sumiso, manso, humilde, paciente, lleno de amor y dispuesto a someterse a cuanto el Señor juzgue conveniente imponer sobre él, tal como un niño se somete a su padre".

Un lenguaje más extremo que el de "hombre natural" o incluso el de "enemigo de Dios", es la afirmación de que, como resultado de la Caída y el consiguiente aumento de la influencia de Satanás en el mundo caído, "toda la humanidad [llegó a ser] carnal, sensual y diabólica, discerniendo el mal del bien, y sujetándose al diablo.

"De modo que toda la humanidad estaba perdida; y he aquí, se habría perdido eternamente si Dios no hubiese rescatado a su pueblo de su estado caído y perdido.

"Pero recordad que quien persiste en su propia naturaleza carnal, y sigue las sendas del pecado y la rebelión contra Dios, permanece en su estado caído, y el diablo tiene todo

poder sobre él. Por tanto, queda como si no se hubiera hecho ninguna redención, siendo enemigo de Dios; y también el diablo es enemigo de Dios".

El hermano de Jared hizo referencia a ese distanciamiento mortal entre el hombre y Dios cuando suplicó al Señor: "Oh Señor, no te enojés con tu siervo a causa de su debilidad delante de ti; porque sabemos que tú eres santo y habitas en los cielos, y que somos indignos delante de ti; por causa de la caída nuestra naturaleza se ha tornado mala continuamente".

Debido a que esta doctrina es tan básica para el plan de salvación, y también a que es tan susceptible de ser mal interpretada, debemos destacar que éstas referencias a esta maldad "natural" no se refieren a que los hombres y mujeres sean "intrínsecamente" malos. Hay una gran diferencia. Como hijos e hijas espirituales de Dios, todos los hombres y mujeres mortales son divinos en origen y en su destino potencial. Tal y como enseña Doctrina y Convenios 93:38-39, el espíritu de cada hombre, mujer y niño "[era] inocente en el principio"; si bien es cierto que como consecuencia de la Caída ahora se halla en un mundo "natural" (caído) donde el diablo "despoja a los hijos de los hombres de la luz", y donde ciertos elementos de la naturaleza - incluyendo la naturaleza temporal humana - quieren disciplina, compostura y refinamiento. Es como si todos los seres humanos recibieran, como parte de su próximo paso en el sendero que conduce a la divinidad, materias primas de carácter físico y espiritual, o recursos "naturales", si así lo prefiere. Estos recursos no se reciben para dejarlos a sus anchas sino para enseñarles y dirigirlos, de modo que se puedan encauzar su poder y potencial (como en ocasiones se hace con un río o una cascada "natural") y, por consiguiente, sean mucho más productivos y beneficiosos.

El hombre natural, con todo su potencial nuevo y maravilloso, pero a la vez desbocado y falta de regeneración, debe ser hecho "sumiso" al Santo Espíritu, un espíritu que todavía nos atrae y nos impulsa hacia arriba. El hermano de Jared reconoció la bondad inherente del alma cuando dijo que nuestras transgresiones mortales y nuestra naturaleza temporal pueden ser vencidas cuando invocamos a Dios y recibimos de Él "según nuestros deseos". Nuestros más profundos deseos, nuestros anhelos premortales, todavía son divinos en sus orígenes, y se hallan profundamente enraizados en nuestra alma. Todavía reverberan los ecos de nuestra anterior inocencia, y la luz que aleja el mal todavía brilla. Nuestro corazón puede - y así lo hace en su pureza - desear aquello que es espiritual y santo más que lo que es "carnal, sensual y diabólico". De no ser así, nos hallaríamos en una condición desesperanzadora, y la idea de una elección verdadera estaría para siempre en peligro. Alabamos a Dios nuestro Padre por el hecho de que nuestra verdadera herencia proceda de Él y que al ceñimos y someternos a Su influencia eterna podamos vencer la enemistad que nos separa de Él, y así poder tornar los dones de la naturaleza para nuestra bendición más que para nuestra maldición.

UN ESTADO DE PROBACIÓN

La justicia de Dios demandaba que la muerte acompañara a la violación por parte de Adán y Eva de Su mandamiento de no comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y el mal. Pero Su misericordia (y ciertamente Su conocimiento del plan, pues todas las cosas fueron hechas "según la sabiduría de aquel que todo lo sabe") dictó que se retrasara la imposición de esa pena y que se pusiera a Adán y Eva en un período de prueba. El hacerlo les permitió disponer de un tiempo en la mortalidad para recibir el Evangelio de Jesucristo, aceptarlo, arrepentirse de su trasgresión y clamar a la prometida expiación de Jesús por la remisión de sus pecados antes de que llegara la hora establecida de Su muerte. Lehi enseñó: "Los días de los hijos de los hombres fueron prolongados, según la voluntad de Dios, para que se arrepintiesen mientras se hallaban en la carne; por lo tanto, su estado llegó a ser un estado de probación, y su tiempo fue prolongado, conforme a los mandamientos que el Señor Dios dio a los hijos de los hombres".

La palabra probación procede del vocablo latino, probare que significa "demostrar" o "comprobar". Así que el juez Eterno estaba dispuesto a proporcionar un período de prueba, un tiempo de probación que permitiera la demostración de un "buen comportamiento" antes de imponer la pena final a Adán, Eva y a cada uno de sus descendientes. Claro que lo que en última instancia nos salva a todos de esta escena del juicio es el buen comportamiento de Cristo - y una abogacía resuelta en nuestro favor - aunque nuestro propio comportamiento también es importante. Nuestro deseo, disposición y esfuerzos por obedecer los mandamientos de Dios, que son los términos de nuestra aprobación, son esenciales para la disposición de Cristo de aceptar nuestro caso y para el misericordioso juicio final del Padre.

Alma hizo un sucinto resumen de este período de probación concedido a hombres y mujeres en la mortalidad: "Y vemos que la muerte viene sobre el género humano... que es la muerte temporal; no obstante, se le concedió un tiempo al hombre en el cual pudiera arrepentirse; así que esta vida llegó a ser un estado de probación; un tiempo de preparación para presentarse ante Dios..."

"Y después que Dios hubo dispuesto que estas cosas sobrevinieran a los hombres, he aquí, vio entonces que era necesario que éstos supieran acerca de las cosas que él había dispuesto para ellos;

"Por tanto, envió ángeles para conversar con ellos, los cuales hicieron que los hombres contemplaran la gloria de Dios.

"Y de allí en adelante empezaron los hombres a invocar su nombre; por tanto, Dios conversó con ellos y les hizo saber del plan de redención que se había preparado desde la fundación del mundo; y esto él les manifestó según su fe y arrepentimiento y sus obras santas..."

"Por tanto, después de haberles dado a conocer el plan de redención, Dios les dio mandamientos de no cometer iniquidad... "[Y así] Dios llamó a los hombres, en el nombre de su hijo (pues éste era el plan de redención que se estableció), diciendo: Si os arrepentís y no endurecéis vuestros corazones, entonces tendré misericordia de vosotros por medio de mi Hijo Unigénito".

La palabra probación se encuentra sólo en diez ocasiones en los libros canónicos, y nueve de esas referencias proceden del Libro de Mormón. Qué doctrina tan esencial para la comprensión de la Caída y la Expiación, la doctrina de una oportunidad prolongada para que hombres y mujeres puedan recibir y aceptar el Evangelio, una doctrina tomada casi en forma exclusiva del Libro de Mormón.

Al ofrecérseles la elección mediante el albedrío moral e instrucción suficiente sobre los elementos del plan de redención, Adán, Eva y todos sus hijos sobre esta tierra fueron libres "para actuar por sí mismos y no para que se actúe sobre ellos... Y les son dadas todas las cosas [necesarias para este ejercicio]". En este tiempo de probación terrenal (cualquiera que sea el período después de cumplir ocho años de edad hasta el día de la muerte), tenemos las enseñanzas del Evangelio y los mandamientos de Dios para guiar nuestro período de probación, en el cual somos "libres para escoger la libertad y la vida eterna, por medio del gran Mediador de todos los hombres, o escoger la cautividad y la muerte, según la cautividad y el poder del diablo".

En resumen, toda persona responsable ha cometido una transgresión contra la ley eterna y se ha emitido el consiguiente juicio. Nosotros, al igual que nuestros padres, hemos "[pecado], y [estamos] destituidos de la gloria de Dios". Mas tenemos un juez misericordioso y un mediador compasivo y dispuesto a sacrificarse. Ellos nos han dado tiempo para arrepentirnos y, por tanto, alterar nuestra sentencia. Nuestro juez y nuestro abogado están haciendo todo lo posible, dentro de los límites permitidos por la justicia, para proporcionarnos una salida a nuestra difícil situación. Si verdaderamente deseamos hacer a un lado la pena de la muerte espiritual, podemos hacerlo. En el sermón pronunciado días antes de su muerte, Lehi suplicó a su propia familia - y a todos nosotros - que hiciéramos exactamente eso: "Quisiera que confiaseis en el gran Mediador y que escuchaseis sus grandes mandamientos; y sed fieles a sus palabras y escoged la vida eterna, según la voluntad de su Santo Espíritu;

"Y no escojáis la muerte eterna según el deseo de la carne y la iniquidad que hay en ella, que da al espíritu del diablo el poder de cautivar, de hundiros en el infierno, a fin de poder reinar sobre vosotros en su propio reino... "

"Pues él busca que todos los hombres sean miserables como él".

Entonces, con una pasión que sólo conocen los que se dan cuenta de que van a morir, Lehi enlazó su propio momento con la sentencia de Adán en la corte divina. "Os he hablado estas pocas palabras a todos vosotros", dijo, "en los últimos días de mi probación; y he escogido la buena parte, según las palabras del profeta. Y no tengo ninguna otra intención sino el eterno bienestar de vuestras almas".

UNA EXPIACIÓN INFINITA

Este conmovedor testimonio - y de hecho todo el sermón de Lehi - se hace más inmediato cuando nos damos cuenta de que una doctrina general de probación para toda la humanidad se reduce a un período probatorio específico e individual para cada uno. Con destreza, Lehi resumió la que podía ser una doctrina bastante abstracta a los "setenta años" (o cualquiera que sea el tiempo que se nos conceda) de un breve período en el que debemos aprender el Evangelio, ejercer nuestro albedrío para reclamar Sus promesas y por consiguiente beneficiarnos de "los méritos, y misericordia, y gracia del Santo Mesías".

Lo que constituye la "buena parte" de Lehi, y lo que enseñaron "las palabras de los profetas", es que Cristo nacería "con salvación en sus alas" para vencer los efectos de la Caída y ofrecer a toda alma humana el privilegio de la exaltación. Esto que Lehi enseñó también a su familia se hace quizás más evidente en el discurso que su hijo Jacob dio a los nefitas a petición de su otro hijo, Nefi. Continuando con las mismas reflexiones doctrinales enseñadas por su padre sobre la relación entre la Caída y la Expiación, Jacob dijo de la venida de Cristo: "Yo sé que sabéis que él se manifestará en la carne a los de Jerusalén, de donde vinimos, porque es propio que sea entre ellos; pues conviene que el gran Creador se deje someter al hombre en la carne y muera por todos los hombres, a fin de que todos los hombres queden sujetos a él.

"Porque así como la muerte ha pasado sobre todos los hombres, para cumplir el misericordioso designio del gran Creador, también es menester que haya un poder de resurrección, y la resurrección debe venir al hombre por motivo de la caída; y la caída vino a causa de la trasgresión; y por haber caído el hombre, fue desterrado de la presencia del Señor.

"Por tanto, es preciso que sea una expiación infinita, pues a menos que fuera una expiación infinita, esta corrupción no podría revestirse de incorrupción. De modo que el primer juicio que vino sobre el hombre habría tenido que permanecer infinitamente. Y siendo así, esta carne tendría que descender para pudrirse y desmenuzarse en su madre tierra, para no levantarse jamás".

Al enseñar con claridad que Cristo moriría por "todos los hombres", Jacob fue el primero del Libro de Mormón en emplear la expresión expiación infinita, una de las características verdaderamente esenciales de la doctrina de la Expiación tal y como se enseña en este volumen de Escrituras. Amulek reforzó esta doctrina posteriormente con su propio testimonio de la amplitud y extensión del sacrificio de Cristo. Debido a que los pecados, las transgresiones y los pesares de la humanidad son tan universales, dijo: "Sé que Cristo vendrá entre los hijos de los hombres para tomar sobre sí las transgresiones de su pueblo, y que expiará los pecados del mundo, porque el Señor Dios lo ha dicho. "

"Porque es necesario que se realice una expiación; pues según el gran plan del Dios Eterno, debe efectuarse una expiación, o de lo contrario, todo el género humano inevitablemente debe perecer; sí, todos se han endurecido; sí, todos han caído y están perdidos, y, de no ser por la expiación que es necesario que se haga, deben perecer".

"Porque es preciso que haya un gran y postrer sacrificio; sí, no un sacrificio de hombre, ni de bestia, ni de ningún género de ave; pues no será un sacrificio humano, sino debe ser un sacrificio infinito y eterno... "

"No hay nada, a no ser una expiación infinita, que responda por los pecados del mundo "

Dado que la Caída fue universal y que tanto la muerte espiritual como la física descendieron sobre todos los hijos de Dios, también la Expiación debe ser universal. Jacob enseñó que los aspectos incondicionales de ésta abarcarían a toda la humanidad, tanto a los no cristianos como a los que sí lo son, a los que viven sin Dios como a los que le temen, al niño que no ha sido enseñado como al adulto plenamente convertido e instruido: "Y viene al mundo para salvar a todos los hombres, si éstos escuchan su voz; porque he aquí, él sufre los dolores de toda criatura viviente, tanto hombres como mujeres y niños, que pertenecen a la familia de Adán. "

"Y sufre esto a fin de que la resurrección llegue a todos los hombres, para que todos comparezcan ante él en el gran día del juicio".

LOS DONES INCONDICIONALES

Los aspectos universales, infinitos e incondicionales de la expiación de Jesucristo son varios, entre los que se incluye Su rescate por la trasgresión original de Adán para que ningún miembro de la familia humana sea responsable de ello. Otro don universal e incondicional es la resurrección de los muertos para todo hombre, mujer y niño que vive, haya vivido o viva jamás sobre la tierra. De este modo, la Expiación es universal en el sentido de que salva a toda la familia humana del cautiverio de la muerte física. También es infinita en su impacto y eficacia al hacer que la redención sea posible para todos, desde el comienzo de los tiempos y por toda la eternidad.

En el gran sermón pronunciado al respecto, Jacob hace un comentario contundente sobre lo que serían algunas de las consecuencias espirituales universales que van unidas a una

muerte física también universal:

"¡Oh, la sabiduría de Dios, su misericordia y gracia! Porque he aquí, si la carne no se levantara más, nuestros espíritus tendrían que estar sujetos a ese ángel que cayó de la presencia del Dios Eterno, y se convirtió en el diablo, para no levantarse más.

"Y nuestros espíritus habrían llegado a ser como él, y nosotros seríamos diablos, ángeles de un diablo, para ser separados de la presencia de nuestro Dios y permanecer con el padre de las mentiras, en la miseria como él; sí, iguales a ese ser que engañó a nuestros primeros padres, quien se transforma casi en un ángel de luz, que incita a los hijos de los hombres a combinaciones secretas de asesinato y a toda especie de obras secretas de tinieblas.

"¡Oh cuán grande es la bondad de nuestro Dios, que prepara un medio para que escapemos de las garras de este terrible monstruo; sí, ese monstruo, muerte e infierno, que llamo la muerte del cuerpo, y también la muerte del espíritu".

Del mismo modo que Lucifer sufrirá de un futuro infeliz, falta de esperanza y desincorporado, también nosotros seríamos seres desincorporados, faltos de esperanza e infelices sin la Resurrección, dando así la victoria al diablo, el cual busca que todos los hombres y mujeres "sean miserables como él". Es más, existiría cierta forma terrible de sometimiento, aparte del dolor y el pesar personales, que nos habría convertido en "diablos, ángeles de un diablo".

Jacob prosiguió con sus exclamaciones características (como evidencia de un estilo literario diferente, fíjese en la frecuencia con que sus declaraciones comienzan con "oh") sobre las bendiciones incondicionales de la Expiación:

"¡Oh cuán grande es el plan de nuestro Dios!... [pues mediante la Expiación] todos los hombres se tornan incorruptibles en inmortales; y son almas vivientes, teniendo un conocimiento perfecto semejante a nosotros en la carne...

"¡Oh, la grandeza de la misericordia de nuestro Dios, el Santo de Israel! Pues él libra a sus Santos de ese terrible monstruo, el diablo y muerte e infierno, y de ese lago de fuego y azufre, que es tormento sin fin.

"¡Oh, cuán grande es la santidad de nuestro Dios! Pues él sabe todas las cosas, y no existe nada sin que él lo sepa.

"Y viene al mundo para salvar a todos los hombres, si éstos escuchan su voz; porque he aquí, él sufre los dolores de todos los hombres, sí, los dolores de toda criatura viviente, tanto hombres como mujeres y niños, que pertenecen a la familia de Adán".

En el amplio alcance de la Expiación se ha tenido en cuenta de forma generosa a los que mueren sin un conocimiento del Evangelio ni la oportunidad de abrazarlo, incluyendo aquí a los niños que no tienen la edad de responsabilidad, las personas discapacitadas mentalmente o los que nunca entraron en contacto con el Evangelio. Jacob declaró respecto a estas personas:

"Donde no se ha dado ninguna ley, no hay castigo; y donde no hay castigo, no hay condenación; y donde no hay condenación, las misericordias del Santo de Israel tienen derecho a reclamarlos por motivo de la expiación; porque son librados por el poder de él.

"Porque la expiación satisface lo que su justicia demanda de todos aquellos a quienes no se ha dado la ley".

Una de las enseñanzas más impactantes del Libro de Mormón es que entre los niños que no tienen la edad de responsabilidad - ocho años, según se reveló con posterioridad- se incluyen aquellos que no son susceptibles de ser tentados y que son universal e incondicionalmente redimidos por la expiación de Cristo. De hecho, cuando hacia el final

del libro hubo tanto comportamiento depravado entre los nefitas, Mormón se indignó de que tal conducta incluyera también el abuso teológico de esta doctrina de la Expiación. Tras oír que los niños pequeños estaban siendo bautizados, Mormón manifestó esta instrucción a su hijo Moroni, para censurar el comportamiento apóstata del pueblo. El fervor y la pasión con que habló Mormón, justifican el que se mencione su declaración por completo.

Mormón escribió, citando la revelación que recibió del Salvador sobre este asunto:

"Escucha las palabras de Cristo, tu redentor, tu Señor y tu Dios: He aquí, vine al mundo no para llamar a los justos al arrepentimiento, sino a los pecadores; los sanos no necesitan de médico sino los que están enfermos; por tanto, los niños pequeños son sanos, porque son incapaces de cometer pecado; por tanto, la maldición de Adán les es quitada en mí, de modo que no tiene poder sobre ellos; y la ley de la circuncisión se ha abrogado en mí".

Entonces, Mormón aconsejó a su pueblo por medio de Moroni: "Amado hijo mío, sé que es una solemne burla ante Dios que bauticéis a los niños pequeños.

"He aquí, te digo que esto enseñarás: El arrepentimiento y el bautismo a los que son responsables y capaces de cometer pecado; sí, enseña a los padres que deben arrepentirse y ser bautizados, y humillarse como sus niños pequeños, y se salvarán todos ellos con sus pequeñitos.

"Y sus niños pequeños no necesitan el arrepentimiento, ni tampoco el bautismo. He aquí, el bautismo es para arrepentimiento a fin de cumplir los mandamientos para la remisión de pecados.

"Mas los niños pequeños viven en Cristo, aun desde la fundación del mundo; de no ser así, Dios es un Dios parcial, y también un Dios variable que hace acepción de personas; porque ¡cuántos son los pequeñitos que ha muerto sin el bautismo!...

"He aquí, te digo que el que supone que los niños pequeños tienen necesidad del bautismo se halla en la hiel de la amargura y en las cadenas de la iniquidad, porque no tiene fe, ni esperanza, ni caridad...

"Los niños pequeños no pueden arrepentirse; por consiguiente, es una terrible iniquidad negarles las misericordias puras de Dios, porque todos viven en él por motivo de su misericordia...

"Porque he aquí, todos los niños pequeñitos viven en Cristo, y también todos aquellos que están sin ley. Porque el poder de la redención surte efecto en todos aquellos que no tienen ley; por tanto, el que no ha sido condenado, o sea, el que no está bajo condenación alguna, no puede arrepentirse; y para tal el bautismo de nada sirve;

"antes bien, es una burla ante Dios, el negar las misericordias de Cristo y el poder de su Santo Espíritu, y el poner la confianza en obras muertas".

La doctrina de la salvación de los niños pequeños que son salvos en Cristo ya se había enseñado con anterioridad en el Libro de Mormón, y volvería a serlo al final del mismo. El rey Benjamín enseñó en su gran sermón: "Y aun si fuese posible que los niños pequeños pecasen, no podrían salvarse; mas te digo que son benditos; pues he aquí, así como en Adán, o por naturaleza, ellos caen, así también la sangre de Cristo expía sus pecados...

"Y el niño que muere en su infancia no perece; mas los hombres beben condenación para sus propias almas, a menos que se humillen y se vuelvan como niños pequeños, y crean que la salvación fue, y es, y ha de venir en la sangre expiatoria de Cristo, el Señor Omnipotente, y por medio de ella...

"Y he aquí, cuando llegue ese día, nadie, salvo los niños pequeños, serán hallados sin

culpa ante Dios, sino por el arrepentimiento y la fe en el nombre del Señor Dios Omnipotente".

Según el modelo establecido por las enseñanzas del Salvador, resulta elocuente que ambas declaraciones inviten a los adultos - Mormón se refirió específicamente a los "padres" - para que fueran más como niños pequeños, y no al revés. La inocencia de un niño, su sentido del asombro, su disposición para creer, su confianza inherente en un padre y una madre, su habilidad para casi instantáneamente perdonarle y olvidar, volver a reír y ver lo mejor del mundo, son algunas de las formas en que los adultos deben ser más como niños, pues verdaderamente "de los tales es el reino de los cielos".

DONES CONDICIONALES

Aun cuando existen estas bendiciones ilimitadas que proceden del sacrificio de Cristo, las líneas finales del rey Benjamín expresadas más arriba indican que otros elementos de la Expiación son condicionales, requieren de un esfuerzo, o el "arrepentimiento y la fe en el nombre del Señor Dios Omnipotente". Las bendiciones condicionales del Evangelio, tanto en el tiempo como en la eternidad, están sujetas al albedrío moral y la disciplina personal del individuo antes de que puedan ser plenamente eficaces. Por ejemplo, aun cuando toda la familia humana es libre y ha recibido un indulto universal por la trasgresión de Adán sin ningún esfuerzo de su parte, no lo reciben por sus propios pecados a menos que sigan los mandamientos de Cristo. De hecho, los profetas del Libro de Mormón amonestan con frecuencia a los que, a diferencia de los niños pequeños, son responsables ante la ley y para quienes no son automáticas las plenas bendiciones de la Expiación. Jacob advirtió: "Él manda a todos los hombres que se arrepientan y se bauticen en su nombre, teniendo perfecta fe en el Santo de Israel, o no pueden ser salvos en el reino de Dios.

"Y si no se arrepienten, ni creen en su nombre, ni se bautizan en su nombre, ni perseveran hasta el fin, deben ser condenados; pues el Señor Dios, el Santo de Israel, lo ha dicho...

"¡Pero hay de aquel a quien la ley es dada; sí, que tiene todos los mandamientos de Dios, como nosotros, y que los quebranta, y malgasta los días de su probación, porque su estado es terrible!

Hay principios del Evangelio que las personas responsables deben obedecer, así como ordenanzas que deben recibir. Mormón hace hincapié en este compromiso con los requisitos fundamentales: "Y las primicias del arrepentimiento es el bautismo; y el bautismo viene por la fe para cumplir los mandamientos; y el cumplimiento de los mandamientos trae la remisión de los pecados;

"Y la remisión de los pecados trae la mansedumbre y la humildad de corazón, y por motivo de la mansedumbre y la humildad de corazón viene la visitación del Espíritu Santo, el cual Consolador llena de esperanza y de amor perfecto, amor que perdura por la diligencia y la oración, hasta que venga el fin, cuando todos los santos morarán con Dios".

NACIDOS ESPIRITUALMENTE DE DIOS

El rey Benjamín ya desarrollara el significado de estos pasos simbólicos, de estos primeros principios y ordenanzas del Evangelio aquí resaltados, en su consejo de que uno debe despojarse "del hombre natural, y [hacerse] santo por la expiación de Cristo el Señor". Puesto que el hombre caído, muerto e impenitente es "enemigo de Dios", se vence esta enemistad al nacer de nuevo, un renacer que traspasa la muerte espiritual. Este renacer espiritual se simboliza mediante la fe en el Señor Jesucristo, el

arrepentimiento, el bautismo por inmersión para la remisión de pecados y la imposición de manos para la recepción del don del Espíritu Santo, todo ello seguido de una vida fiel a los demás requisitos del Evangelio. Los elementos de la muerte, la tumba y la resurrección representados simbólicamente por la inmersión y la salida de las aguas del bautismo, equivalen al nuevo nacimiento mediante el cual nos declaramos seguidores de Cristo y reclamamos el don de la vida eterna que procede de la Expiación.

Como se ha indicado anteriormente en este libro, cuando el rey Benjamín hubo concluido su magistral sermón sobre la vida y la misión del Salvador, su pueblo quedó profundamente conmovido por el mensaje y deseó reclamar las bendiciones del Evangelio. Todavía se veían a sí mismos como "naturales" e impenitentes, "en su propio estado carnal, aun menos que el polvo de la tierra". Y todos gritaron a una voz: "¡Oh, ten misericordia, y aplica la sangre expiatoria de Cristo para que recibamos el perdón de nuestros pecados, y sean purificados nuestros corazones; porque creemos en Jesucristo, el Hijo de Dios, que creó el cielo y la tierra y todas las cosas; el cual bajará entre los hijos de los hombres!".

Inspirado por esta decisión, el rey y Benjamín contestó:

"Os digo que si habéis llegado al conocimiento de la bondad de Dios, y de su incomparable poder, y su sabiduría, su paciencia y su longanimidad para con los hijos de los hombres; y también la expiación que ha sido preparada desde la fundación del mundo, a fin de que por ese medio llegara la salvación a aquel que pusiera su confianza en el Señor y fuera diligente en guardar sus mandamientos, y perseverar en la fe hasta el fin de su vida, quiero decir la vida del cuerpo mortal, digo que éste es el hombre que recibe la salvación, por medio de la expiación que fue preparada desde la fundación del mundo para todo el género humano que ha existido desde la caída de Adán, o que existe, o que existirá jamás hasta el fin del mundo.

"Y éste es el medio por el cual viene la salvación. Y no hay otra salvación aparte de ésta de que se ha hablado; ni hay tampoco otras condiciones según las cuales el hombre pueda ser salvo, sino por las que os he dicho".

Tras una gran exclamación de las personas al expresar su deseo unánime de concertar un convenio que les permitiera escapar de los efectos de las muertes física y espiritual que les aguardaban, el rey Benjamín les enseñó las bendiciones del renacer - nacer a la vida eterna por medio de Cristo- entre las que se incluían el tomar Su nombre sobre sí mismos como evidencia de su nueva vida, su nuevo convenio y su nueva identidad:

"Ahora pues, a causa del convenio que habéis hecho, seréis llamados progenie de Cristo, hijos e hijas de él, porque he aquí,

hoy él os ha engendrado espiritualmente; pues decís que vuestros corazones han cambiado por medio de la fe en su nombre; por tanto, habéis nacido de él y habéis llegado a ser sus hijos y sus hijas.

"Y bajo este título sois librados, y no hay otro título por medio del cual podáis ser librados. No hay otro nombre dado por el cual venga la salvación; por tanto, quisiera que tomaseis sobre vosotros el nombre de Cristo, todos vosotros que habéis hecho convenio con Dios de ser obedientes hasta el fin de vuestras vidas.

"Y sucederá que quien hiciera esto, se hallará a la diestra de Dios, porque sabrá el nombre por el cual es llamado; pues será llamado por el nombre de Cristo.

Posteriormente, cuando Alma estaba intentando despertar el corazón de los miembros de la Iglesia en Zarahemla, apeló a ese mismo convenio y declaración de nuevo nacimiento que todos debían haber experimentado. A los perezosos les recordó que habían sido "ceñidos [por] las ligaduras de la muerte y las cadenas del infierno" y que les aguardaba

"una eterna destrucción". Mas estas ligaduras de la muerte fueron desatadas y las cadenas del infierno quedaron disueltas mediante "la luz de la sempiterna palabra" de Cristo.

Tras recordar el "gran cambio" que había ocurrido en su padre, quien a su vez había provocado un "gran cambio" en generaciones anteriores en Zarahemla, Alma hizo la pregunta que todos debemos hacernos: "¿Habéis nacido espiritualmente de Dios? ¿Habéis recibido su imagen en vuestros rostros? ¿Habéis experimentado este gran cambio en vuestros corazones?..."

"He aquí, os digo que el buen pastor os llama; sí, y os llama en su propio nombre, el cual es el nombre de Cristo; y si no queréis dar oídos a la voz del buen pastor, al nombre por el cual sois llamados, he aquí, no sois las ovejas del buen pastor..."

"Sé que Jesucristo vendrá; sí, el Hijo, el Unigénito del Padre, lleno de gracia, de misericordia y de verdad. Y he aquí, él es el que viene a quitar los pecados del mundo, sí, los pecados de todo hombre que crea firmemente en su nombre".

Ya hemos mencionado el más dramático de los ejemplos del Libro de Mormón sobre una persona que ha nacido de Cristo. Tras una juventud dedicada a destruir la Iglesia, Alma, hijo, fue golpeado por el poder de un ángel enviado por Dios en respuesta a las oraciones de los nefitas fieles. A consecuencia de dos días de ayuno y oración por parte de su padre y de otros creyentes reunidos a su alrededor, Alma se puso en pie y declaró:

"Me he arrepentido de mis pecados, y el Señor me ha redimido; he aquí, he nacido del Espíritu.

"Y el Señor me dijo: No te maravilles de que todo el género humano, sí, hombres y mujeres, toda nación, tribu, lengua y pueblo, deban nacer otra vez; sí, nacer de Dios, ser cambiados de su estado carnal y caído, a un estado de rectitud, siendo redimidos por Dios, convirtiéndose en sus hijos e hijas;

"y así llegan a ser nuevas criaturas; y a menos que hagan esto, de ningún modo pueden heredar el reino de Dios... "Después de pasar mucha tribulación, arrepintiéndose casi hasta la muerte, el Señor en su misericordia ha tenido a bien arrebatarme de un fuego eterno, y he nacido de Dios"".

El que todo un nuevo mundo de saber surgiera ahora ante Alma (y ante todos los que reclaman las bendiciones de la Expiación y nacen de nuevo) se pone de manifiesto en su relato de esta experiencia a su hijo Helamán unos veinte años después de que ocurriera. Al enseñar a su hijo a confiar en Dios a través de todo tipo de pruebas, problemas y aficiones, Alma dijo:

"Si no hubiese nacido de Dios, no habría sabido estas cosas; pero por boca de su santo ángel, Dios me ha hecho saber estas cosas, no por dignidad alguna en mí". Y entonces, como ocurre muy apropiadamente, el converso se convirtió en misionero: "Sí, y desde ese día, aun hasta ahora, he trabajado sin cesar para traer almas al arrepentimiento; para traerlas a probar el sumo gozo que yo probé; para que también nazcan de Dios y sean llenas del Espíritu Santo..."

"Porque a causa de la palabra que él me ha comunicado, he aquí, muchos han nacido de Dios, y han probado como yo he probado, y han visto ojo a ojo, como yo he visto.

Como resultado de esta experiencia personal, Alma fue capaz de subrayar que "el hijo de Dios padece según la carne, a fin de tomar sobre sí los pecados de su pueblo, para borrar sus transgresiones según el poder de su redención..."

"Debéis arrepentiros y nacer de nuevo; pues el Espíritu dice que si no nacéis otra vez, no podéis heredar el reino de los cielos. Venid, pues, y sed bautizados para arrepentimiento,

a fin de que seáis lavados de vuestros pecados, para que tengáis fe en el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, que es poderoso para salvar y para limpiar de toda iniquidad".

ALIVIO PARA LOS QUE NACEN DE NUEVO

Prácticamente en todas las iglesias cristianas se enseña algún tipo de doctrina sobre la expiación de Cristo y el perdón de nuestros pecados gracias ella. Pero el Libro de Mormón enseña eso y mucho más. Nos enseña que Cristo también proporciona alivio de una forma más temporal, tomando sobre Sí nuestras enfermedades terrenales, nuestras pruebas y tribulaciones de esta vida, nuestros pesares, soledades y tristezas personales además de tomar sobre Sí la carga de nuestros pecados.

Alma, que había experimentado el gozoso impacto de la redención de Cristo, enseñó que el Salvador "[saldría] sufriendo dolores, aflicciones y tentaciones de todas clases; y esto para que se cumpla la palabra que dice: Tomará sobre sí los dolores y las enfermedades de su pueblo."

"Y tomará sobre sí la muerte, para soltar las: ligaduras de la muerte que sujetan a su pueblo; y sus enfermedades tomara él sobre sí, para que sus entrañas sean llenas de misericordia, según la carne, a fin de que según la carne sepa cómo socorrer a los de su pueblo, de acuerdo con las enfermedades de ellos".

Cristo caminó por el sendero que todo ser mortal es llamado a caminar, para poder saber cómo socorrernos y fortalecernos en nuestros momentos más difíciles. Él conoce las cargas más profundas y personales que llevamos. Conoce los dolores más públicos y conmovedores que soportamos. Él descendió más abajo de tal pesar para poder elevarnos por encima de él. No existe angustia, pesar o tristeza de esta vida que Él no haya sufrido por nosotros y tomado sobre Sus hombros valientes y compasivos. Al hacerlo, "da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas... [y] los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán".

Este aspecto de la Expiación proporciona un tipo adicional de renacimiento, una especie de renovación, ayuda y esperanza inmediatas que nos permite elevarnos por encima de nuestros pesares y enfermedades, desgracias y errores de todo tipo. Con Su poderoso brazo a nuestro alrededor y elevándonos, hacemos frente a la vida con más gozo y hasta enfrentamos la muerte de forma más triunfante.

Sólo sobre los fuertes hombros del Maestro podemos desechar el temor; sólo en Su abrazo hay seguridad; sólo en un convenio con Él somos libres de la muerte "[y de] todo pecado que fácilmente [nos] envuelve". Sólo en Él hay paz en este mundo y vida eterna en el venidero. Alguno de los consejos más tranquilizadores que han sido dados jamás a los hijos de los hombres incluyen las siguientes palabras del Maestro:

"Ascendió a lo alto, como también descendió debajo de todo, por lo que comprendió todas las cosas, a fin de que estuviese en todas las cosas, la luz de la verdad... que da vida a todas las cosas".

"En todas las aflicciones de ellos, él fue afligido. Y el ángel de su presencia los salvó; y en su amor y en su clemencia los redimió, los sostuvo y los llevó todos los días de la antigüedad".

"Por tanto, persevera en tu camino... Tus días son conocidos y tus años no serán acortados; no temas, pues, lo que pueda hacer el hombre, porque Dios estará contigo para siempre jamás".

JUSTICIA Y MISERICORDIA

La amorosa, caritativa y misericordiosa generosidad del Salvador hace surgir la inevitable pregunta del lugar que ocupa la justicia en la Expiación. El equilibrio entre estos principios aparentemente contradictorios se examina con gran habilidad en el Libro de Mormón y, dado que se trata de un padre que está hablando a su propio hijo que ha transgredido, Alma lo hace con mucha sensibilidad cuando instruye a su hijo Coriantón.

Es obvio que las demandas de la justicia requieren que se pague el precio por la violación de la ley. Adán transgredió al igual que todos nosotros, por lo que el juicio de la muerte (física) y las consecuencias del infierno (muerte espiritual) son un veredicto justo. Es más, una vez declarados culpables, ninguno de nosotros puede hacer nada para salir victorioso de este destino. No tenemos en nosotros la simiente de la inmortalidad que nos permita vencer la muerte física ni hemos sido perfectos en comportamiento, así que perdemos la pureza que nos permitiría regresar espiritualmente a la presencia de Dios. Además, Dios no puede simplemente volver la mirada hacia un lado y quebrantar la ley divina, pues de hacerlo deshonoraría la justicia y "dejaría de ser Dios", algo que nunca hará. La triste verdad para los hombres y mujeres era, entonces, que "no había medio de redimir al hombre de este estado caído, que él mismo se había ocasionado por motivo de su propia desobediencia.

"Y así vemos que toda la humanidad se hallaba caída, y que estaba en manos de la justicia; sí, la justicia de Dios que los sometía para siempre a estar separados de su presencia".

Se deben satisfacer las demandas de la justicia. La ausencia de ley o la falta de cualquier castigo por romperla dejaría al mundo en una condición de caos amoral. Alma preguntó de forma retórica: "De no haberse dado una ley de que el hombre que asesina debe morir, ¿tendría miedo de morir si matase? Y también, si no hubiese ninguna ley contra el pecado, los hombres no tendrían miedo de pecar". Está claro que uno de los propósitos de la ley y las firmes exigencias de la justicia que hay tras ella es su impacto preventivo.

Pero, ¿qué ocurre cuando todos han pecado y están lejos de la gloria de Dios? ¿Cómo vencemos el impacto infinito de la trasgresión de Adán? ¿Qué precio hay que pagar por cada pecado, pesar y pensamiento egoísta que han tenido los hombres y las mujeres desde Adán hasta el fin del mundo? El número de transgresores es tan grande como inquietante es el castigo.

"¿Supones tú que la misericordia puede robar a la justicia?", preguntó Alma. "Te digo que no, ni un ápice".

El rey Benjamín había recordado a su pueblo con anterioridad: "Y ahora bien, os digo, hermanos míos, que después de haber sabido y de haber sido instruidos en todas estas cosas, si transgredís y obráis contra lo que se ha hablado, de modo que os separáis del Espíritu de Señor, para que no tenga cabida en vosotros para guiaros por las sendas de la sabiduría, a fin de que seáis bendecidos, prosperados y preservados,

"Os digo que el hombre que esto hace, ése se declara en rebelión manifiesta contra Dios... Si ese hombre no se arrepiente, y permanece y muere enemigo de Dios, las demandas de la divina justicia despiertan en su alma inmortal un vivo sentimiento de su propia culpa que lo hace retroceder de la presencia del Señor, y le llena el pecho de culpa, dolor y angustia, que es como un fuego inextinguible, cuya llama asciende para siempre jamás.

"Y ahora os digo que la misericordia no puede reclamar a ese hombre; por tanto, su destino final es padecer un tormento sin fin".

Por lo general, cuando hablamos de la expiación de Cristo, hacemos hincapié (o depositamos la esperanza) en los misericordiosos aspectos de ese don. Pero también debemos recordar siempre que la Expiación lleva en sí misma los inquebrantables elementos de la justicia, que es el abismo que separa a los inicuos de los rectos, y "la justicia no puede ser negada. Cristo hizo todo lo que hizo para que "descienda un justo juicio sobre los hijos de los hombres". Es un juicio justo, pero es un juicio.

Amulek enseñó con poder a la contenciosa congregación de Ammoníah respecto a la justicia de la Resurrección: "Los malvados permanecen como si no se hubiese hecho ninguna redención, a menos que sea el rompimiento de las ligaduras de la muerte", y serán "llevados a comparecer ante el tribunal de Cristo el Hijo, y Dios el padre, y el Santo Espíritu que son un Eterno Dios, para ser juzgados según sus obras, sean buenas o malas". Tras oír esta doctrina, Zeezrom, el principal antagonista de aquella experiencia, "consciente de su culpabilidad, empezaba a temblar". Cuando Alma confirmó las palabras de Amulek en cuanto a esta doctrina, Zeezrom "empezó a temblar sobremanera, porque más y más se convencía del poder [de la justicia] de Dios".

Un profeta anterior también pensó que alguien de entre su público se alarmaría con la justicia de Dios. Abinadí preguntó al rey Noé (quien también mostraba muchas de las intenciones que Zeezrom había mostrado en un principio): "¿No deberíais temblar? Porque la salvación no viene a ninguno de éstos, por cuanto el Señor no ha redimido a ninguno de los tales; ni tampoco puede redimirlos; porque el Señor no puede contradecirse a sí mismo; pues no puede negar a la justicia cuando ésta reclama lo suyo".

Forma parte de la doctrina del Libro de Mormón el que Dios debe ser justo. Es más, los culpables, aun con una vergüenza eterna, reconocerán que "todos sus juicios son rectos; que él es justo en todas sus obras". Pero Dios también es un Dios misericordioso, y también lo es Su Hijo. Por tanto, Dios diseñó un "plan de la misericordia que satisfaría las demandas de la justicia y liberaría a los que estuvieran presos del pecado. Haría falta que un dios mismo descendiera a la tierra para expiar por los pecados del mundo, aspecto que Abinadí destacó no una vez, sino en tres ocasiones, al hablar al rey Noé y sus inicuos sacerdotes sobre la Expiación".

Ningún ser mortal podría llevar a cabo semejante milagro ni soportar una carga tan pesada. Tal y como enseñó Amulek: "No hay hombre alguno que sacrifique su propia sangre, la cual expíe los pecados de otros".

De esta forma tan terrenal, cualquier ser mortal, sin importar lo bueno que haya deseado ser, tendría que rendir cuenta de sus propios pecados, por lo que a duras penas podría estar en una posición tal que le permitiera hacerse cargo de los pecados de otra persona. Y en cuanto a la muerte, ningún mortal, sin importar lo fuerte que haya sido, lleva en sí la simiente de la vida mediante la cual pueda levantarse a sí mismo - y mucho menos a otras personas- de la tumba.

No, sólo un Dios (el Hijo) podía satisfacer estas demandas y por tanto ayudar a otro Dios (el Padre) a "que Dios sea un Dios perfecto, y justo y misericordioso también". Sólo un Dios llevaría la simiente de la divinidad, de la vida eterna, que permitiría el triunfo sobre la muerte. Sólo una persona que reuniera los requisitos para ser un Dios podría vivir en un mundo de tentación y estar sujeto a todas las enfermedades de la carne sin jamás ceder a ellas.

Por eso Cristo vino a la tierra, vivió treinta y tres años y cumplió con el propósito primordial de Su nacimiento en la mortalidad. En una agonía espiritual que comenzó en Getsemaní y con un precio físico que se consumó en la cruz del Calvario, tomó sobre Sí todo pecado, pesar, tristeza, enfermedad, dolor, prueba y tribulación experimentada por los hijos de Dios desde Adán hasta el fin del mundo. Cómo lo hizo es un misterio

asombroso, pero lo hizo. Rompió las ligaduras de la muerte física y obtuvo la victoria sobre el infierno espiritual. Un Dios descendió e intercedió de forma misericordiosa por todos los hijos de los hombres".

A través de su experiencia personal, Alma pudo apreciar que sólo con esta misericordia podía funcionar el gran plan de redención. Tal y como luego enseñó a su hijo Coriantón, según la justicia, el plan de redención no podía realizarse sino de acuerdo con las condiciones del arrepentimiento del hombre en este estado probatorio, sí, este estado preparatorio; porque a menos que fuera por estas condiciones, la misericordia no podría surtir efecto, salvo que destruyese la obra de la justicia. Pero la obra de la justicia no podía ser destruida; de ser así, Dios dejaría de ser Dios. Y así vemos que toda la humanidad se hallaba caída, y que estaba en manos de la justicia; sí, la justicia de Dios que los sometía para siempre a estar separados de su presencia...

"Mas se ha dado una ley, y se ha fijado un castigo, y se ha concedido un arrepentimiento, el cual la misericordia reclama; de otro modo, la justicia reclama al ser humano y ejecuta la ley, y la ley impone el castigo; pues de no ser así, las obras de la justicia serían destruidas, y Dios dejaría de ser Dios.

"Mas Dios no cesa de ser Dios, y la misericordia reclama al que se arrepiente; y la misericordia viene a causa de la expiación; y la expiación lleva afecto la resurrección de los muertos; y la resurrección de los muertos lleva a los hombres de regreso a la presencia de Dios; y así son restaurados a su presencia, para ser juzgados según sus obras, de acuerdo con la ley y la justicia.

"Pues he aquí, la justicia ejerce todos sus derechos, y también la misericordia reclama cuanto le pertenece; y así, nadie se salva sino los que verdaderamente se arrepienten".

Cuando ascendió al cielo, Cristo lo hizo "hinchidas de misericordia sus entrañas, lleno de compasión por los hijos de los hombres; interponiéndose entre ellos y la justicia; habiendo quebrantado los lazos de la muerte, tomado sobre sí la iniquidad y las transgresiones de ellos, habiéndolos redimido y satisfecho las exigencias de la justicia". Sobrepasa todo asombro el que el sacrificio voluntario y misericordioso de un único ser pudiera satisfacer las demandas infinitas y eternas de la justicia, expiar por cada trasgresión y falta humana jamás cometida en la historia del mundo, y lograr que toda la humanidad pudiera ser tomada entre los brazos de un Dios compasivo, y eso fue lo que sucedió.

El presidente John Taylor escribió: "De forma incomprensible y misteriosa, Jesús asumió la responsabilidad que por naturaleza debería haber recaído sobre Adán, pero que sólo podía ser llevada a cabo mediante Su mediación y al tomar sobre Sí los pesares, asumiendo las responsabilidades y soportando las transgresiones o pecados de los hombres. En una forma que nos resulta incomprensible e inexplicable, tomó el peso de los pecados de todo el mundo, no sólo de Adán, sino de su posteridad; y al hacerlo, abrió el reino del cielo no tanto a los creyentes que habían obedecido la ley de Dios, como a más de la mitad de la familia humana que murió antes de llegar a la edad de responsabilidad; y también a los paganos, quienes, habiendo muerto sin ley, por medio de Su mediación resucitarán sin ley y sin ésta serán juzgados, y de este modo participarán... de las bendiciones de Su expiación".

Debido a que Cristo estaba dispuesto a mediar por nosotros en las cortes del cielo, a pagar todo el precio por cada trasgresión y, por tanto, satisfacer las demandas legales de la justicia, se convirtió por derecho en nuestro nuevo Señor y pudo, de forma misericordiosa, ofrecer libertad a todos los que acepten Sus condiciones. Y al permanecer siendo justo, "Dios no cesa de ser Dios", sino que "la misericordia reclama al que se arrepiente", y esta misericordia "viene a causa de la expiación". De forma maravillosa y bien planeada, "la justicia ejerce todos sus derechos, y también la misericordia reclama

cuanto le pertenece; y así, nadie se salva sino los que verdaderamente se arrepienten". Empleando una imagen convincente, Amulek explicó que por medio de Cristo, la misericordia "sobrepasa a la justicia... Y así la misericordia satisface las exigencias de la justicia, y ciñe [al que ese arrepiente] con brazos de seguridad; mientras que aquél que no ejerce la fe para arrepentimiento queda expuesto a las exigencias de toda la ley de la justicia".

Abinadí se lamentó por los que no aceptan este generoso acto de misericordia y libertad, y dijo que éstos "han obrado según su propia voluntad y deseos carnales; nunca habiendo invocado al Señor mientras los brazos de la misericordia se extendían hacia ellos; porque los brazos de la misericordia se extendieron hacia ellos, y no quisieron; habiendo sido amonestados por sus iniquidades, y sin embargo, no las abandonaron; y se les mandó arrepentirse, y con todo, no quisieron arrepentirse".

Ésos a quienes la "misericordia reclama" como suyos, son los seguidores de Cristo, los cuales entienden, al igual que Pablo, que fueron "comprados por precio" y deben algo a cambio de esa libertad. A consecuencia de la Expiación, no tenemos por qué estar sujetos al diablo, mas debemos estar dispuestos, tal y como enseñó Jacob, a someternos a Cristo".

Esta sujeción no implica ningún elemento de esclavitud o restricción, ni requiere tampoco pago alguno de dinero o presentes terrenales. Esta sujeción quiere decir que las personas que eligen ser redimidas le "deben" a Cristo, su nuevo amo, una vida de discipulado, comenzando con la fe, el arrepentimiento, el bautismo - el cual conduce a todas las demás ordenanzas y convenios del Evangelio- y una vida de amorosa amabilidad. Resulta claro que toda la humanidad todavía está en deuda aun después de pasado el pleno efecto de la Expiación; pero afortunadamente, Aquel con quien estamos en deuda es Cristo el Misericordioso en vez de Lucifer el miserable. Todavía tenemos obligaciones, aunque éstas sean de un cariz más elevado y feliz. Estamos en deuda, pero no en cautiverio.

Jacob exclamó: "Así pues, amados hermanos míos, venid al Señor, el Santo. Recordad que sus sendas son justas. He aquí, la vía para el hombre es angosta, mas se halla en línea recta ante él; y el guardián de la puerta es el Santo de Israel; y allí él no emplea ningún sirviente, y no hay otra entrada sino por la puerta; porque él no puede ser engañado, pues su nombre es el Señor Dios.

Cristo es nuestro maestro, nuestro Señor divino (literalmente, el "guarda"), pero abre libremente la puerta de la salvación y el gozo a todos los que llaman con fe y humildad. De ahí el consejo de Jacob: "Por lo tanto, no gastéis dinero en lo que no tiene valor, ni vuestro trabajo en lo que no puede satisfacer. Escuchad diligentemente, y recordad las palabras que he hablado; y venid al Santo de Israel y saciaos de lo que no perece ni se puede corromper, y deléitese vuestra alma en la plenitud".

Nefi llevó a su hogar este mismo sentimiento de una invitación abierta e ilimitada para que todos acepten a Cristo como su Maestro. Tras declarar que toda la vida del Salvador, toda Su existencia, está dedicada al bien y a la salvación de los hijos de Su Padre, Nefi dijo:

"Él no hace nada a menos que sea para el beneficio del mundo; porque él ama al mundo, al grado de dar su propia vida para traer a todos los hombres a él. Por tanto, a nadie manda él que no participe de su salvación.

"He aquí, ¿acaso exclama él a alguien, diciendo: apártate de mí? He aquí, os digo que no; antes bien, dice: Venid a mí, vosotros, todos los extremos de la tierra, comprad leche y miel sin dinero y sin precio...

"¿Ha mandado él a alguien que no participe de su salvación? He aquí, os digo que no,

sino que la ha dado gratuitamente para todos los hombres; y ha mandado a su pueblo que persuada a todos los hombres a que se arrepientan.

"He aquí, ¿ha mandado el señor a alguien que no participe de su bondad? He aquí, os digo: No; sino que todo hombre tiene tanto privilegio como cualquier otro, y nadie es excluido...

"Porque ninguna de estas iniquidades viene del Señor, porque él hace lo que es bueno entre los hijos de los hombres; y nada hace que no sea claro para los hijos de los hombres; y él invita a todos ellos a que vengan a él y participen de su bondad; y a nadie de los que a él vienen desecha, sean negros o blancos, esclavos o libres, varones o mujeres; y se acuerda de los paganos; y todos son iguales ante Dios, tanto los judíos como los gentiles".

Al igual que muchos otros grupos del Libro de Mormón que regresaron de las profundidades de la transgresión, los anti-nefilehítas dieron gracias a Dios por haber sido perdonados de sus muchos pecados y asesinatos, y porque la culpa había sido retirada de sus corazones mediante los méritos del Hijo de Dios".

"¡Oh cuán misericordioso es nuestro Dios!", dijeron. "¡Y he aquí, ya que nos ha costado tanto lograr que nos sean quitadas nuestras manchas, y que nuestras espadas se vuelvan lustrosas, escondámoslas a fin de que conserven su brillo, como testimonio a nuestro Dios en el día final, el día en que seamos llevados para comparecer ante él para ser juzgados, de que no hemos manchado nuestras espadas en la sangre de nuestros hermanos, desde que él nos comunicó su palabra y nos limpió por ello".

La historia del Libro de Mormón es, al menos en parte, la historia de los muchos hombres y mujeres que imploraron y clamaron por la misericordiosa redención de Cristo. El rey Lamoni exclamó cuando recibió el Evangelio: "¡Oh Señor, ten misericordia! ¡Según tu abundante misericordia que has tenido para con el pueblo de Nefi, tenla para mi y mi pueblo!".

Luego, cuando Lamoni fue redimido de forma milagrosa, su esposa, la reina, se despertó de su experiencia para exclamar en alta voz: "¡Oh bendito Jesús, que me ha salvado de un terrible infierno! ¡Oh Dios bendito, ten misericordia de este pueblo!".

Un personaje más grande, pero también menos conocido, es Zenós, cuya gratitud por la misericordia de Dios es ampliamente expresada por Alma. "Eres misericordioso, ¡oh Dios!, porque has oído mi oración", dijo Zenós, "aun cuando me hallaba en el desierto; sí, fuiste misericordioso cuando oré concerniente a aquellos que eran mis enemigos, y tú los volviste a mí.

"Sí, ¡oh Dios!, y fuiste misericordioso conmigo cuando te invoqué en mi campo, cuando clamé a ti en mi oración, y tú me oíste.

"Y además, ¡oh Dios!, cuando volví a mi casa, me oíste en mi oración.

"Y cuando entré en mi aposento y oré a ti, ¡oh Señor!, tú me oíste.

"Sí, eres misericordioso con tus hijos, cuando te invocan para ser oídos de ti, y no de los hombres; y tú los oírás.

"Sí, ¡oh Dios!, tú has sido misericordioso conmigo y has oído mis súplicas en medio de tus congregaciones.

"Sí, y también me has escuchado cuando mis enemigos me han desechado y despreciado; sí, oíste mis lamentos, y se encendió tu enojo contra mis enemigos, y los visitaste en tu ira con acelerada destrucción.

"Y me oíste por motivo de mis aflicciones y mi sinceridad; y es a causa de tu Hijo que has

sido tan misericordioso conmigo; por tanto, clamaré a ti en todas mis aflicciones, porque en ti está mi gozo; pues a causa de tu Hijo has apartado tus juicios de mí".

Una de las más grandes apelaciones a la misericordia de Cristo registrada en el Libro de Mormón, es el ya mencionado relato de Alma repetido a su hijo Helamán dos décadas después de la conversión del primero. Al enseñar a Helamán sobre su angustia y dolor, habló de "[clamar] dentro de mi corazón": "Mientras me atribulaba el recuerdo de mis muchos pecados, he aquí, también me acordé de haber oído a mi padre profetizar al pueblo concerniente a la venida de un Jesucristo, un Hijo de Dios, para expiar los pecados del mundo.

"Y al concentrarse mi mente en este pensamiento, clamé dentro de mi corazón: ¡Oh Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí que estoy en la hiel de amargura, y ceñido con las eternas cadenas de la muerte!

"Y he aquí que cuando pensé esto, ya no me puede acordar más de mis dolores; sí, dejó de atormentarme el recuerdo de mis pecados.

"Y ¡oh qué gozo, y qué luz tan maravillosa fue la que vi! Sí, mi alma se llenó de un gozo tan profundo como lo había sido mi dolor.

"Sí, hijo mío, te digo que no podía haber cosa tan intensa ni tan amarga como mis dolores. Sí, hijo mío, y también te digo que por otra parte no puede haber cosa tan intensa y dulce como lo fue mi gozo".

Más adelante, al enseñar la misma lección a Shiblón, Alma dijo que no obtuvo alivio - y en consecuencia nunca lo habría tenido- hasta que imploró misericordia al Señor Jesucristo: "Durante tres días y tres noches me vi en el más amargo dolor y angustia de alma; y no fue sino hasta que imploré misericordia al Señor Jesucristo que recibí la remisión de mis pecados. Pero he aquí, clamé a él y hallé paz para mi alma"

Esta misericordia concedida por el Salvador del mundo tiene la intención de invitarnos a vivir como Él vivió, amar como Él amó, servir como Él sirvió y perdonar como Él perdonó. El ofrecimiento de semejante recompensa eterna por tales esfuerzos estaba y está a disposición de todos.

"El que quiera venir, puede venir a beber libremente de las aguas de la vida", aseguró Alma a Coriantón, pero añadió que "quien no quiera venir, no está obligado a venir". Es evidente que Cristo no forzará las bendiciones de la exaltación sobre nadie. Con el sempiterno albedrío ante nosotros, la inevitable consecuencia de la elección personal, Alma expresó su deseo a Coriantón, reflejo del deseo de nuestro Padre Celestial para todos Sus hijos:

"¡Oh hijo mío, quisiera que no negaras más la justicia de Dios! No trates de excusarte en lo más mínimo a causa de tus pecados, negando la justicia de Dios. Deja, más bien, que la justicia de Dios, y su misericordia y su longanimidad dominen por completo tu corazón; y permite que esto te humille hasta el polvo...

"Ve, hijo mío; declara la palabra con verdad y con circunspección, para que lleves almas al arrepentimiento, a fin de que el gran plan de misericordia pueda reclamarlas".

LA GRACIA

Aun cuando hay algunos aspectos condicionales de la Expiación que requieren nuestra adhesión a los principios del Evangelio para la plena realización de las bendiciones eternas, el Libro de Mormón aclara que ninguna de las bendiciones condicionales ni incondicionales de la Expiación estaría al alcance de la humanidad sino por la gracia y la bondad de Cristo. Obviamente, las bendiciones incondicionales de la Expiación son

inmerecidas, y las condicionales no lo son plenamente. Al vivir de manera fiel y guardar los mandamientos de Dios podemos recibir una mayor medida de bendiciones de Cristo, pero aun estas bendiciones mayores proceden libremente de Él y, técnicamente, no las "merecemos". En resumen, las buenas obras son necesarias para la salvación, pero no bastan. Y Dios no está obligado a paliar esa insuficiencia. Tal y como enseñó Jacob: "Recordad, después de haberos reconciliado con Dios, que tan sólo en la gracia de Dios, y por ella, sois salvos".

El Libro de Mormón es rotundo en la enseñanza de que un hombre caído "no podía merecer nada de sí mismo". Lehi enseñó esa misma doctrina con anterioridad cuando declaró: "Ninguna carne puede morar en la presencia de Dios, sino por medio de los méritos, y misericordia, y gracia del Santo Mesías".

Entre los primeros sermones sobre Cristo comprendidos en el Libro de Mormón, uno que establece para las futuras generaciones nefitas la "doctrina de Cristo" fue el testimonio final de Nefi a su pueblo poco antes de morir. En aquel mensaje de despedida, enseñó que por medio del bautismo entramos en el sendero estrecho y angosto que conduce a la vida eterna. Pero, aun con estas ordenanzas externas o por medio de tales "obras", por así decirlo, ¿nos ganamos nuestra salvación? Definitivamente no, dijo Nefi:

"No; porque no habéis llegado hasta aquí sino por la palabra de Cristo, con fe inquebrantable en él, confiando íntegramente en los méritos de aquel que es poderoso para salvar".

Ésta es una variación de lo que Abinadí enseñó luego sobre la relación de la ley de Moisés con el Evangelio, una especie de controversia entre las obras y la gracia que se observaba aun en días antiguos. Él dijo: "La salvación no viene sólo por la ley; y si no fuera por la expiación que Dios mismo efectuará por los pecados e iniquidades de los de su pueblo, éstos inevitablemente perecerían, a pesar de la ley de Moisés".

Como se indicó anteriormente, hasta en ocasiones el severo Jacob fue iluminado por la comprensión de la gracia de Dios, y enseñó: "Anímense, pues, vuestros corazones, y recordad que sois libres para obrar por vosotros mismos, para escoger la vía de la muerte interminable, o la vía de la vida eterna. Por tanto, mis amados hermanos, reconciliaos con la voluntad de Dios, y no con la voluntad del diablo y la carne; y recordad, después de haberos reconciliado con Dios, que tan sólo en la gracia de Dios, y por ella, sois salvos. Así pues, Dios os levante de la muerte por el poder de la resurrección, y también de la muerte eterna por el poder de la expiación, a fin de que seáis recibidos en el reino eterno de Dios, para que lo alabéis por medio de la divina gracia".

Moroni concluyó el Libro de Mormón con su afirmación final sobre la gracia de Dios, pero indicando que se trata de una gracia que requiere de nuestro esfuerzo más honrado para reclamarla y disfrutarla; y escribió a los que viviríamos en los últimos días:

"Y si os abstenéis de toda impiedad, y amáis a Dios con toda vuestra alma, mente y fuerza, entonces su gracia os es suficiente, para que por su gracia seáis perfectos en Cristo... Entonces sois santificados en Cristo por la gracia de Dios, mediante el derramamiento de la sangre de Cristo".

En resumen, Nefi dio lo que ciertamente debe ser la resolución más sucinta y satisfactoria jamás registrada en la historia de la controversia entre la fe y las obras. Dijo clara y llanamente para que todos los que leyeran el Libro de Mormón le entendieran: "Sabemos que es por la gracia por la que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos".

LA RESURRECCIÓN

Del mismo modo que la resurrección física de Cristo es la manifestación externa y visible

del triunfo espiritual, invisible e interno de la Expiación, constituye el hecho más grande y central de la esencia del mensaje cristiano. Es la sublime realidad que distancia al cristianismo de todos los demás credos. El mensaje dice que un hombre que estaba muerto, infundió, por su propio poder, la vida en su propio cuerpo, para nunca jamás volver a experimentar la separación de Su espíritu del cuerpo en esta vida ni en la eternidad. Al hacerlo, proporcionó de forma magnífica y magnánima a todo hombre, mujer y niño que viva jamás en este mundo - y por el mismo poder- una experiencia semejante. Al ser "otro testamento de Jesucristo", el Libro de Mormón contiene dos veces más referencias a la Resurrección que el Nuevo Testamento. Se trata de una doctrina firme y omnipresente a lo largo del libro, evidencia clara de la uniformidad del mensaje cristiano en este testamento de los últimos días.

Lehi enseñó desde el principio mismo del libro que el Santo Mesías "[daría] su vida, según la carne, y la [volvería] a tomar por el poder del Espíritu, para efectuar la resurrección de los muertos, siendo el primero que ha de resucitar". Moroni, en su último y adecuado versículo del Libro de Mormón, dijo: "Pronto iré a descansar en el paraíso de Dios, hasta que mi espíritu y mi cuerpo de nuevo se reúnan, y sea llevado triunfante por el aire, para encontrarnos ante el agradable tribunal del gran Jehová, el Juez Eterno de vivos y muertos".

Estas observaciones del primer y del último profeta del libro proporcionan una especie de paréntesis al relato del Libro de Mormón, sugiriendo lo extendido que estaba entre ellos esta crucial doctrina cristiana. Y aún así, tanto en nuestra época como en la suya, hubo una generación que "no creía en lo que se había dicho tocante a la resurrección de los muertos, ni tampoco creía lo concerniente a la venida de Cristo". Tanto a ese público como al actual, las enseñanzas del Libro de Mormón recalcan la resurrección del Hijo de Dios.

Una de las voces más poderosas del Libro de Mormón sobre la doctrina de la resurrección es la de Abinadí, quien hizo mucho por mostrar que la ley de Moisés (y en general el mundo del Antiguo Testamento) carecían de esperanza alguna de salvación sin las verdades del Evangelio, incluyendo la certeza de la resurrección. Abinadí, "hablando de cosas futuras como si ya hubiesen acontecido" destacó que "si Cristo no hubiese resucitado de los muertos, o si no hubiese roto las ligaduras de la muerte, para que el sepulcro no tuviera victoria, ni la muerte agujijón, no habría habido resurrección".

A Samuel el Lamanita se le concedió ver algunos de los acontecimientos reales del nacimiento, la vida, el ministerio y la muerte de Cristo, incluyendo el hecho de que durante Su crucifixión y consiguiente resurrección, "se abrirán muchos sepulcros, y entregarán un gran número de sus muertos; y muchos santos se aparecerán a mucho". Este pasaje es particularmente famoso en la literatura nefita porque su cumplimiento no fue registrado por completo por los escribas nefitas en la época de la crucifixión y resurrección de Cristo, una omisión que notó el Salvador mismo, quien indicó que el cumplimiento de la profecía se reflejara en el registro.

La resurrección en la época de Cristo, "una primera resurrección", parafraseando a Abinadí, no tuvo aplicación para quienes "se han rebelado contra Dios, que han sabido los mandamientos de Dios, y no quisieron observarlos", los cuales no tuvieron parte en la experiencia de la primera resurrección.

Se aprecia que no todos los profetas nefitas conocían los detalles de la resurrección tal y como los conocemos en nuestra dispensación, aunque se sabía bastante para la época. Pues a pesar de lo mucho que fue revelado sobre esta primera resurrección y cualesquiera que fueran las implicaciones que tuviera en reiteraciones posteriores del acontecimiento, al menos a Alma - por mencionar a uno- no le fue concedido saber muchos de los detalles específicos de la resurrección, aun cuando había "preguntado

diligentemente a Dios" para poder saberlos. Se trató de una pregunta sobre la doctrina de la resurrección que el cada vez más humilde Zeezrom hizo a Alma, a la cual el profeta sólo pudo referirse como uno de "los misterios de Dios". Años más tarde, al enseñar a su hijo Coriantón, Alma todavía lo llamaba un "misterio", cuyos detalles sólo Dios mismo conoce. Ésta es, por supuesto, una respuesta perfectamente apropiada y exacta para la doctrina de la resurrección en su totalidad, aun con las revelaciones adicionales que hemos recibido en la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Sólo la Deidad conoce el gran misterio de cómo se restaura la vida sempiterna al que ha muerto.

Alma sabía que "se ha señalado una época en que todos se levantarán de los muertos", aunque confesó que desconocía cuántos momentos habría de esta resurrección. Le satisfacía que Dios supiera estas cronologías y que a él no le fuera necesario conocerlas. Además, tuvo que aclararle a Coriantón la errónea enseñanza de algunas personas de la época en cuanto a algo que llamaban "resurrección" pero que en realidad no lo era. Hablaban incorrectamente de la resurrección como de un acontecimiento simbólico y no físico, una "transición del espíritu o el alma... a la felicidad o a la miseria".

Por último, Alma no podía decir si los inicuos serían reunidos en ese mismo período que los justos, pero dio como su "opinión" - la cual probaría ser completamente acertada- que por lo menos el alma y el cuerpo de los justos serían resucitados en el tiempo de la resurrección y ascensión de Cristo al cielo. Se entiende que no estaba siendo presuntuoso como para decir que eso ocurriría precisamente durante la resurrección de Cristo o inmediatamente después, un asunto sobre el cual Dios nunca había hablado.

A pesar de estos pocos detalles desconocidos de la resurrección, lo que Alma había preguntado diligentemente al Señor, y se le había dicho, era que había un tiempo entre la muerte y la resurrección en el cual "los espíritus de todos los hombres, sean buenos o malos, son llevados de regreso a ese Dios que les dio la vida". Aprendió que los espíritus están divididos en dos amplias categorías. Los justos acceden a un estado de felicidad, descanso y paz llamado paraíso, "donde descansarán de todas sus aflicciones, y de todo cuidado y pena". Los inicuos, por otro lado, son echados a "las tinieblas de afuera", una descripción bastante severa pero precisa de la prisión espiritual mencionada por Pedro;. De hecho, la prisión espiritual era un lugar de tinieblas hasta que la redentora luz del Evangelio llegó a estas personas. Además, para aquellos que estaban en la prisión espiritual y que rechazaron el ofrecimiento de la doctrina salvadora y esclarecedora de Cristo, las tinieblas permanecerán hasta el día de su resurrección.

LA RESTAURACIÓN

Alma también sabía, al igual que los demás profetas del Libro de Mormón, que una doctrina de restauración acompañaba a la doctrina de la resurrección. Físicamente, esto significaba que "el alma será restaurada al cuerpo, y el cuerpo al alma; sí, y todo miembro y coyuntura serán restablecidos a su cuerpo; sí, ni un cabello de la cabeza se perderá, sino que todo será restablecido a su propia y perfecta forma". Esta declaración se produjo casi con idénticas palabras y de seguro con la misma reflexión doctrinal empleada anteriormente por Amulek: "El espíritu y el cuerpo serán reunidos otra vez en su perfecta forma; los miembros así como las coyunturas serán restaurados a su propia forma, tal como nos hallamos ahora; y seremos llevados ante Dios, conociendo tal como ahora conocemos, y tendremos un vivo recuerdo de toda nuestra culpa.

"Pues bien, esta restauración vendrá sobre todos, tanto viejos, jóvenes, esclavos así como libres, varones así como mujeres, malvados así como justos; y no se perderá ni un solo pelo de su cabeza, sino que todo será restablecido a su perfecta forma, o en el cuerpo, cual se encuentra ahora, y serán llevados a comparecer ante el tribunal de Cristo el Hijo, y Dios el Padre, y el Santo Espíritu, que son un Eterno Dios, para ser juzgados según sus obras, sean buenas o malas".

El impacto espiritual de la doctrina de la restauración es aleccionador para quienes hayan creído que la expiación de Cristo y la resurrección de ellos les traería algo más de lo que se merecían. Alma dejó bien en claro que si nuestras obras son buenas en esta vida, al igual que los deseos de nuestro corazón, en la resurrección seremos restaurados a lo que es bueno. Pero, por la misma regla, si nuestras obras son malas, entonces nuestra recompensa será la restauración de lo malo en la resurrección. Alma expresó firmemente a su hijo Coriantón, quien aparentemente se tomaba a la ligera algunos de estos "puntos de doctrina", que nadie puede suponer en forma engañosa que los poderes restauradores de la resurrección podrán restaurar a alguien "del pecado a la felicidad". Esto jamás podrá ser, pues "la maldad nunca fue felicidad".

"Y así, hijo mío, todos los hombres que se hallan en un estado natural, o más bien diría, en un estado carnal, están en la hiel de amargura y en las ligaduras de la iniquidad; se encuentran sin Dios en el mundo, y han obrado en contra de la naturaleza de Dios; por tanto, se hallan en un estado que es contrario a la naturaleza de la felicidad.

"Y he aquí, ¿significa la palabra restauración tomar una cosa de un estado natural y colocarla en un estado innatural, o sea, ponerla en una condición que se opone a su naturaleza?

"Oh, hijo mío, tal no es el caso; sino que el significado de la palabra restauración es volver de nuevo mal por mal, o carnal por carnal, o diabólico por diabólico; bueno por lo que es bueno, recto por lo que es recto, misericordioso por lo que es misericordioso".

Apoyado en la fuerza de esta doctrina, Alma animó a Coriantón a hacer aquello que él mismo había hecho. En su relación con las demás personas debería actuar con misericordia, obrar de manera justa, juzgar con rectitud y "[hacer] lo bueno sin cesar". Según el principio divino de la restauración, a los que así obren les será restaurado en su recompensa eterna.

"Sí, la misericordia te será restablecida de nuevo; la justicia te será restaurada otra vez; se te restituirá un justo juicio nuevamente; y se te recompensará de nuevo con lo bueno.

"Porque lo que de ti salga, volverá otra vez a ti, y te será restituido; por tanto, la palabra restauración condena al pecador más plenamente, y en nada lo justifica".

Por supuesto que la promesa definitiva de la resurrección es que no podemos "morir ya más"; pero es importante no confundir el milagro de la vida restaurada en la mortalidad,

tal y como Cristo hizo con Lázaro (quien tiempo después moriría una vez más, como el resto de los mortales), con la doctrina de la resurrección a la inmortalidad, tras la cual el espíritu nunca más vuelve a separarse del cuerpo. Amulek dejó bien en claro este punto: "Ahora bien, he aquí, te he hablado concerniente a la muerte del cuerpo mortal y también acerca de la resurrección del cuerpo mortal. Te digo que este cuerpo terrenal se levanta como cuerpo inmortal, es decir, de la muerte, sí, de la primera muerte a vida, de modo que no pueden morir ya más; sus espíritus se unirán a sus cuerpos para no ser separados nunca más; por lo que esta unión se torna espiritual e inmortal, para no volver a ver corrupción".

Las limitaciones experimentadas por un espíritu desincorporado están bien documentadas en la doctrina del Evangelio restaurado, extraída en un principio de pasajes del Libro de Mormón. Más adelante, en 1833, el Señor diría al profeta José Smith: "El hombre es espíritu. Los elementos son eternos; y espíritu y elemento, inseparablemente unidos [definición de la resurrección], reciben una plenitud de gozo; y cuando están separados, el hombre no puede recibir una plenitud de gozo". El Señor también enseñó: "El espíritu y el cuerpo son el alma del hombre. Y la resurrección de los muertos es la redención del alma".

No debería sorprendernos esta definición de Alma, pues aparece en la gramática misma del Libro de Mormón. Por ejemplo, Jacob dijo: "El espíritu y el cuerpo es [singular] restaurado de nuevo a sí mismo [singular], y todos los hombres se tornan incorruptibles e inmortales; y son almas vivientes". [Nota del traductor: Véase este pasaje en la edición de las Escrituras en inglés.]

VESTIDOS CON EL MANTO DE RECTITUD

Dentro del simbolismo del Evangelio de Jesucristo, siempre es mejor estar vestido que desnudo, tener un manto que no tenerlo. Jacob enseñó que los inicuos tendrán un conocimiento de su culpa e impureza que conduce a que se sientan desnudos ante Dios, mientras que los justos tendrán un conocimiento perfecto de su dicha y rectitud, "hallándose vestidos de pureza, sí, con el manto de rectitud".

Como un don universal que emana de la expiación de Cristo, la resurrección cubrirá con un cuerpo permanente, perfecto y restaurado a todo espíritu que haya nacido en la mortalidad. Además, para toda persona que acepte los principios y las ordenanzas del Evangelio, el cuerpo de dicha persona será una especie de manto de rectitud. Ahí reside la redención del alma y una plenitud de gozo a la largo de toda la eternidad, incluso en su orden más alto, "una plenitud y continuación de las simientes por siempre jamás".

El papel real y el poder sacerdotal de los reyes y reinas celestiales, incluyendo los cuerpos restaurados y perfectos, acordes con tal estado, se encuentran entre los dones más elevados y santos de la expiación de Jesucristo. Cuando consideramos que la alternativa era ver cómo nuestros cuerpos decaían y quedaban inertes en la tumba mientras nuestros espíritus se convertían en "diablos, ángeles de un diablo, para ser separados de la presencia de nuestro Dios y permanecer con el padre de las mentiras, en la miseria como él", no es de extrañarse que digamos del Salvador del mundo: "¡Oh, la grandeza de la misericordia de nuestro Dios, el Santo de Israel! Pues él libra a sus santos de ese terrible monstruo, el diablo y muerte e infierno". No es de extrañar que uno diga: "Asombro me da el amor que me da Jesús. Confuso estoy por Su gracia y por Su luz... Cuán asombroso es lo que dio por mí".

APARICIÓN

CAPITULO ONCE

CRISTO EN EL NUEVO MUNDO: DÍA PRIMERO

Ralph Waldo Emerson escribió en una ocasión: "Si las estrellas sólo aparecieran una noche cada mil años, ¿cómo creerían y adorarían los hombres? ¿Cómo preservarían por muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios que se les ha mostrado?".

Con este pensamiento en mente, considere otra escena deslumbrante, y mucho más importante, que evocaría creencia y adoración, una escena que, al igual que las estrellas de la noche, hemos tomado a la ligera con demasiada frecuencia. Imagínese al pueblo de Nefi en la tierra de Abundancia, aproximadamente en el año 34 de nuestra era. Tempestades, terremotos, torbellinos y tormentas llenas de truenos y relámpagos asolaron toda la faz de la tierra. Ciudades enteras ardieron como por combustión espontánea. Otras desaparecieron en el mar o quedaron cubiertas por montañas de tierra, mientras que otras fueron llevadas por el viento'.

Todo esto ocurrió en tres horas, las tres horas finales de Cristo en la cruz en el Viejo Mundo, un momento de una destrucción tan severa, como profetizara Zenós, que "los reyes de las islas del mar" exclamarían: "¡El Dios de la naturaleza padece!. Entonces, la oscuridad cubrió la tierra durante tres días:

"Y sucedió que hubo densa oscuridad sobre la faz de la tierra, de tal manera que los habitantes que no habían caído podían sentir el vapor de tinieblas;

"Y no podía haber luz por causa de la oscuridad, ni velas, ni antorchas; ni podía encenderse el fuego con su leña menuda y bien seca, de modo que no podía haber ninguna luz.

"Y no se veía luz alguna, ni fuego, ni vislumbre, ni el sol, ni la luna, ni las estrellas, por ser tan densos los vapores de oscuridad que había sobre la faz de la tierra.

"Y sucedió que duró por espacio de tres días, de modo que no se vio ninguna luz; y hubo grandes lamentaciones, gritos y llantos continuamente entre todo el pueblo; sí, grandes fueron los gemidos del pueblo por motivo de las tinieblas y la gran destrucción que les había sobrevenido."

Más tarde (al menos después de los cuarenta días posteriores a la resurrección del Salvador y Su ministerio entre los discípulos del Viejo Mundo), la gente se estaba congregando en los terrenos del Templo de Abundancia, todavía maravillados por los cambios que habían acontecido en la tierra. De repente, procedente del cielo, una voz de un poder dulce y penetrante dijo: "He aquí a mi Hijo Amado, en quien me complazco, en quien he glorificado mi nombre: a él oíd". Mientras la gente miraba hacia el cielo, descendió un hombre vestido con una túnica blanca, del cual emanaba la esencia misma de la luz y la vida. Su gloria creaba un contraste espléndido y brusco con los tres días de muerte y tinieblas que ellos habían sufrido con anterioridad.

Entonces el Hijo habló con una voz que penetraba hasta la médula y sencillamente dijo: "Yo soy Jesucristo, de quien los profetas testificaron que vendría al mundo."

Esta aparición y declaración constituyeron el punto central, el momento supremo de toda la historia del Libro de Mormón. Se trataba de la manifestación del decreto que había informado e inspirado a cada profeta nefita de los seiscientos años anteriores, por no hablar de sus antecesores israelitas y Jareditas miles de años atrás.

Todos habían hablado de Él, le habían cantado, habían soñado con Él y habían orado por Su aparición; y aquí estaba. ¡El día más esperado! El Dios que transforma la noche

oscura en una mañana radiante acababa de llegar.

De todos los mensajes procedentes de los escritos de la eternidad, ¿cuál traía Él? Los fieles nefitas escuchaban mientras Él hablaba: "Soy la luz y la vida del mundo; y he bebido de la amarga copa que el Padre me ha dado, y he glorificado al Padre, tomando sobre mí los pecados del mundo, con lo cual me he sometido a la voluntad del Padre desde el principio". Cincuenta y dos palabras. La esencia de Su misión terrenal. Obediencia y lealtad a la voluntad del Padre sin importar lo amargo de la copa o lo doloroso del precio. Ésta es la lección que enseñó a aquellos nefitas una y otra vez durante los tres días que estuvo con ellos. Por medio de la obediencia y del sacrificio, la humildad y la pureza, y una incansable determinación de glorificar al Padre, Cristo mismo fue glorificado. Con una completa devoción a la voluntad del Padre, Cristo se había convertido en la luz y la vida del mundo. "Y.. cuando Jesús hubo hablado estas palabras, toda la multitud cayó al suelo".

SEÑALES DEL NACIMIENTO DE CRISTO

Considere los hechos que condujeron a este acontecimiento del Nuevo Mundo. No fue una mera coincidencia el que esta aparición ocurriera después de una severa prueba de la fe nefita, una prueba del tema mismo que Cristo anunció a Su llegada: obediencia a la voluntad del Padre.

Antes de la noche del nacimiento de Cristo, los nefitas habían estado aguardando de forma ansiosa la señal de Su nacimiento mortal, "ese día y esa noche y otro día, que serían como un solo día, como si no hubiera noche, a fin de saber que su fe no había sido en vano". Esta señal iba a ser una evidencia para vida o muerte de muchas maneras, pues los incrédulos habían decretado "aplicar la pena de muerte a todos aquellos que creyeran en esas tradiciones, a menos que se verificase la señal".

Cuando Nefi, hijo de Nefi, vio la iniquidad de su pueblo, su corazón "se afligió en extremo". Con gran preocupación por la seguridad de los fieles "fue y se postró en tierra y clamó fervorosamente a su Dios a favor de su pueblo, sí, aquellos que estaban a punto de ser destruidos por motivo de su fe en la tradición de sus padres".

Después de que Nefi hubiera orado con tal urgencia a lo largo de todo el día, llegó a él la voz del Señor diciendo: "Alza la cabeza y sé de buen ánimo, pues he aquí, ha llegado el momento; y esta noche se dará la señal, y mañana vengo al mundo para mostrar al mundo que he de cumplir todas las cosas que he hecho declarar por boca de mis santos profetas.

"He aquí, vengo a los míos para cumplir todas las cosas que he dado a conocer a los hijos de los hombres desde la fundación del mundo, y para hacer la voluntad así la del Padre como la del Hijo: la del Padre por causa de mí, y la del Hijo por causa de mi carne. He aquí, ha llegado el momento y esta noche se dará la señal".

Como cumplimiento de esa promesa, no hubo oscuridad durante toda la noche sino que, más bien, hubo luz como al mediodía. Cuando llegó la mañana, el sol volvió a salir, "según su orden natural". Los nefitas sabían que se trataba del día en que el Señor iba a nacer "por motivo de la señal que se había dado... Y aconteció también que apareció una nueva estrella, de acuerdo con la palabra".

LA OPOSICIÓN DE SATANÁS

Resulta revelador e irónico destacar cómo el adversario emplea cualquier medio posible para abusar del plan del Evangelio, aun hasta el punto de motivar su uso - siempre que ese uso no sea el deseado por Dios- pues en esta ocasión el código de gobierno todavía era la ley de Moisés y no el Evangelio. Tal y como ocurre con las enseñanzas del Nuevo Testamento, sucede también con la teología del Libro de Mormón. No era el nacimiento de Cristo lo que cumpliría la ley de Moisés sino más bien Su muerte, Su sacrificio expiatorio. Por tanto, los nefitas estaban todavía bajo la obligación de observar el antiguo código mosaico aun cuando hubieran recibido la señal del nacimiento de Cristo.

Aunque esta secuencia de acontecimientos ocasionaría el triunfo del Salvador y la derrota definitiva de Lucifer, este último debe de haber sonreído un poco al ver que "no hubo contenciones, con excepción de unos pocos que empezaron a predicar, intentando probar por medio de las Escrituras, que ya no era necesario observar la ley de Moisés; mas en esto erraron, por no haber entendido las Escrituras".

También hubo otro detalle que debe haber proporcionado un desagradable deleite a Lucifer. A pesar del milagroso momento del nacimiento de Cristo, en lo que fue otra manifestación del hombre y la mente natural, "el pueblo comenzó a olvidarse de aquellas señales y prodigios que había presenciado, y a asombrarse cada vez menos de una señal o prodigio del cielo, de tal modo que comenzaron a endurecer sus corazones, y a cegar sus mentes, y a no creer todo lo que habían visto y oído, imaginándose alguna cosa vana en sus corazones, que aquello se efectuaba por los hombres y por el poder del diablo para extraviar y engañar el corazón del pueblo. De este modo Satanás de nuevo se apoderó del corazón de los del pueblo, al grado que les cegó los ojos y los condujo a creer que la doctrina de Cristo era una cosa insensata y vana". Ciertas cosas parecen no cambiar nunca.

EL PODER PROFÉTICO

Durante los siguientes treinta años, la civilización nefita continuó de acuerdo con su patrón por largo tiempo establecido: momentos de rectitud y la consiguiente prosperidad, seguidos de transgresión y distanciamiento. Sin embargo, los momentos trascendentales lo fueron de verdad. En cierto punto, "no hubo alma viviente, entre todo el pueblo de los nefitas, que dudara en lo más mínimo de las palabras que todos los santos profetas habían hablado; porque sabían que era necesario que se cumplieran.

"Y sabían que era menester que Cristo hubiese venido, por motivo de las muchas señales que se habían dado, de acuerdo con las palabras de los profetas...

"Por tanto, abandonaron todos sus pecados, y sus abominaciones, y sus fornicaciones, y sirvieron a Dios con toda diligencia de día y de noche".

Ese tipo de fidelidad trajo consigo una prosperidad tan grande que "no había nada en toda la tierra que impidiera que el pueblo prosperase continuamente, a no ser que cayeran en transgresión". Pero cayeron en transgresión, como resultado de esos dos desafíos que siempre fueron la destrucción de los nefitas justos: el orgullo y las riquezas. En un breve período de tiempo se produjo una gran desigualdad en la iglesia nefita, hasta el punto de que "empezó a deshacerse la iglesia; sí, a tal grado que en el año treinta se deshizo la iglesia en toda la tierra, con excepción de entre unos pocos lamanitas que se habían convertido a la verdadera fe; y no quisieron separarse de ella". Es interesante destacar, una vez más en contraste con el telón de fondo de la aparición de Cristo y la declaración de que había obedecido la voluntad del Padre en todas las cosas, que los infieles "no pecaban en la ignorancia, porque conocían la voluntad de Dios tocante a ellos, pues se la

habían enseñado; de modo que se rebelaban intencionalmente contra Dios".

Para contrarrestar esta desobediencia intencionada muchos hombres, "inspirados del cielo", llegaron entre el pueblo y testificaron con audacia de la redención que el Señor efectuaría por Su pueblo, "o en otros términos, la resurrección de Cristo; y testificaron intrépidamente acerca de su muerte y sus padecimientos". El más poderoso de estos fue Nefi, hijo de Nefi, que había recibido la visita de ángeles, había oído la voz del Señor y era un testigo ocular, "habiéndosele dado poder para saber concerniente al ministerio de Cristo", y testificó con audacia de los principios del arrepentimiento, la remisión de pecados y la fe en el Señor Jesucristo.

Aunque sus oponentes solían permanecer indiferentes, no podían negar su poder profético. "Y aconteció que se enojaron con él, sí, porque tenía mayor poder que ellos; pues no era posible que descreyeran sus palabras, pues tan grande era su fe en el Señor Jesucristo que ángeles le administraban diariamente.

"Y en el nombre de Jesús echaba fuera demonios y espíritus inmundos; y aún levantó a un hermano suyo de los muertos... Y también obró él muchos otros milagros en el nombre de Jesús a la vista del pueblo".

LA VOZ DE CRISTO A LOS NEFITAS

A pesar de estos tipos de manifestaciones divinas, prevaleció la falta de rectitud, y la recompensa vino con una fuerza sin precedentes. En el cuarto día del primer mes del año 34 del nuevo calendario nefita (ahora los nefitas llevaban cuenta del tiempo desde la noche y el día que había indicado el nacimiento de Cristo), surgió la gran tormenta que se ha mencionado, "como jamás se había conocido en toda la tierra".

Tras destacar la devastación ocurrida entre el pueblo, con la cual "el diablo se ríe y sus ángeles se regocijan, a causa de la muerte de los bellos hijos e hijas" del pueblo del Señor, una voz exclamó en medio de las tinieblas de destrucción: "¡Oh vosotros, todos los que habéis sido preservados porque fuisteis más justos que ellos!, ¿no os volveréis a mí ahora, y os arrepentiréis de vuestros pecados, y os convertiréis para que yo os sane?"

"Sí, en verdad os digo que si venís a mí, tendréis vida eterna. He aquí, mi brazo de misericordia se extiende hacia vosotros; y a cualquiera que venga, yo lo recibiré; y benditos son los que vienen a mí".

De entre las tinieblas de destrucción surgió la voz que la nación nefita había esperado oír por más de seiscientos años.

"He aquí, soy Jesucristo, el Hijo Dios. Yo creé los cielos y la tierra, y todas las cosas que en ellos hay. Era con el Padre desde el principio. Yo soy en el Padre, y el Padre en mí; y en mí ha glorificado el Padre su nombre.

"Vine a los míos, y los míos no me recibieron. Y las Escrituras concernientes a mi vida se han cumplido... La redención viene por mí, y en mí se ha cumplido la ley de Moisés.

"Yo soy la luz y la vida del mundo. Soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin.

"Y vosotros ya no me ofreceréis más el derramamiento de sangre; sí, vuestros sacrificios y vuestros holocaustos cesarán, porque no aceptaré ninguno de vuestros sacrificios y vuestros holocaustos.

"Y me ofreceréis como sacrificio un corazón quebrantado y un espíritu contrito. Y al que venga a mí con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, lo bautizaré con fuego y con el Espíritu Santo...

"He aquí, he venido al mundo para traer redención al mundo, para salvar al mundo del

pecado.

"Por tanto, al que se arrepintiere y viniere a mí como un niño pequeñito, yo lo recibiré, porque de los tales es el reino de Dios. He aquí, por éstos he dado mi vida, y la he vuelto a tomar; así pues, arrepentíos y venid a mí, vosotros, extremos de la tierra, y sed salvos".

Como se puede esperar, semejante declaración preliminar del gran Jehová/Jesús mismo está repleta de significado doctrinal. Fíjese en los elementos doctrinales claves que contienen estos ocho versículos; cada línea recoge significados profundos y divinos.

- La voz celestial era de Jesucristo, quien declaró ser el Hijo de Dios".
- Él fue el creador de los cielos, la tierra y "todas las cosas que en ellos hay".
- Estuvo con el Padre desde el principio.
- Él es en el Padre, y el Padre es en Él.
- En Él ha glorificado el Padre Su nombre".
- Había venido a Su propio pueblo (Su propia tribu o familia), y ellos no le recibieron.
- Todas las Escrituras relativas a Su venida se cumplieron en ese momento.
- A todos los que le habían recibido, incluyendo la realización de las ordenanzas y los convenios pertinentes, proporcionó un medio para llegar a ser hijos e hijas de Dios.
- Extendería ese mismo privilegio a todos los que a partir de entonces creyeran en Su nombre.
- Sólo por medio de Él viene la redención.
- La ley de Moisés se cumplió en Su ministerio mortal.
- Él es la luz y la vida del mundo.
- Él es el Alfa y la Omega, la esperanza de nuestra victoria al comienzo del plan y la evidencia de nuestro triunfo al final del mismo.
- Todos los sacrificios de sangre y los holocaustos debían cesar, pues ninguno de ellos sería aceptado por Él en el futuro.
- Un "nuevo" sacrificio, la esencia del cual debía haber sido siempre la fuerza motivadora detrás de los anteriores sacrificios simbólicos, es el de "un corazón quebrantado y un espíritu contrito". Éstos son los símbolos definitivos de la muerte de Cristo, una muerte que se produjo como resultado del pesar que sintió por los pecados del mundo y el corazón que se quebró al colgar de la cruz.
- Cualquiera que venga a Cristo con un corazón quebrantado y un espíritu contrito será bautizado con fuego y con el Espíritu Santo".
- Cristo vino al mundo para traer redención y salvarlo del pecado".
- Todos los que se arrepienten y vienen a Él "como un niño pequeñito" serán recibidos, "porque de los tales es el reino de Dios". Y añadió: "Por éstos he dado mi vida, y la he vuelto a tomar".

A la par que se pronunciaban éstas y otras magníficas declaraciones, la oscuridad se disipaba y la tierra dejaba de temblar. La luz del mundo había llegado. La parte más justa del pueblo había sido preservada gracias a su obediencia, y ahora estaba preparada para recibir la visita del Hijo de Dios en persona.

APARICIÓN DE CRISTO EN EL TEMPLO

Tras su aparición y declaración de obediencia, Cristo confirmó contundentemente el precio que había pagado por obedecer la voluntad del Padre en todas las cosas. Como evidencia de Su lealtad, y a modo de recompensa a la congregación por la suya, habló a los reunidos en el templo, diciendo: "Levantaos y venid a mí, para que metáis vuestras manos en mi costado, y para que también palpéis las marcas de los clavos en mis manos y en mis pies, a fin de que sepáis que yo soy el Dios de Israel, y el Dios de toda la tierra, y que he sido muerto por los pecados del mundo".

Ante esa invitación, toda la multitud fue "uno por uno" y metieron sus manos en el costado y palparon las marcas de los clavos en Sus manos y pies. Aun cuando el poder de la resurrección podía haber restaurado por completo y curado - y sin duda alguna, algún día lo hará- las heridas de la crucifixión; sin embargo, Cristo escogió retener estas heridas por un propósito, incluyendo Su aparición en los últimos días cuando muestre esas marcas y revele que fue herido "en casa de [Sus] amigos".

Las heridas de Sus manos, pies y costado son señales de que aun al puro y perfecto le ocurren cosas dolorosas en la vida terrenal, señales de que la tribulación no es evidencia de que Dios no nos ama. Es significativo y esperanzador el hecho de que sea el Cristo herido el que venga a nuestro rescate, el que lleve las cicatrices del sacrificio, las lesiones del amor, los emblemas de la humildad y el perdón, el Capitán de nuestra alma. Esa evidencia del dolor mortal tiene sin duda el propósito de dar valor a los que hayan sido heridos por la vida, incluso en la casa misma de sus amigos.

A pesar del número de la multitud, Cristo dedicó tiempo a cada uno de ellos para que tuvieran esta experiencia personal. Todos "vieron con los ojos y palparon con las manos, y supieron con certeza, y dieron testimonio de que era él, de quien habían escrito los profetas que había de venir". Irrumpieron en exclamaciones de hosanna y cayeron al suelo a los pies de Jesús para adorarlo".

BAUTISMO POR INMERSIÓN DE MANOS DE UNO QUE TIENE LA AUTORIDAD

Antes de que Cristo enseñara a estas personas las grandes verdades que estaba a punto de comunicarles, dio magnífica evidencia de la importancia que las ordenanzas tienen en el Evangelio. Aunque estos nefitas tenían la autoridad para bautizar en la antigua dispensación mosaica, Cristo invitó a Nefi a reafirmar su autoridad del sacerdocio para bautizar en la nueva dispensación del Evangelio, y puede que para al mismo tiempo ordenarle al apostolado. Luego llamó a otro grupo, les instruyó sobre la manera de bautizar y destacó que no debería haber disputas entre ellos sobre esta doctrina tan decisiva.

Enseñó a los nefitas a "[descender] y [estar] de pie en el agua" y ofrecer una oración bautismal determinada; luego debían llamar al candidato al bautismo por su nombre y "entonces los sumergiréis en el agua, y saldréis del agua".

Haciendo hincapié en "y según esta manera bautizaréis", el Maestro de maestros, en cuyo nombre y por medio de cuya autoridad se realizan los bautismos, volvió a decir: "Y no habrá disputas entre vosotros, como hasta ahora ha habido; ni habrá disputas entre vosotros concernientes a los puntos de mi doctrina, como hasta aquí las ha habido".

Puede que anticipándose a las controversias que afectarían a la futura era cristiana en cuanto a doctrinas tan fundamentales como el bautismo por inmersión, Cristo dejó bien en claro cuál era la fuente que originaba tal confusión: "Aquel que tiene el espíritu de contención no es mío, sino es del diablo, que es el padre de la contención, y él irrita los corazones de los hombres, para que contiendan con ira unos con otros".

Y prosiguió: "He aquí, ésta no es mi doctrina, agitar con ira el corazón de los hombres, el uno contra el otro; antes bien mi doctrina es ésta, que se acaben tales cosas...

"He aquí... os declararé mi doctrina.

"Y ésta es mi doctrina, y es la doctrina que el Padre me ha dado... Y yo testifico que el Padre manda a todos los hombres, en todo lugar, que se arrepientan y crean en mí.

"Y cualquiera que crea en mí, y sea bautizado, éste será salvo; y son ellos los que heredarán el reino de Dios.

"Y quien no crea en mí, ni sea bautizado, será condenado.

"De cierto, de cierto os digo que ésta es mi doctrina...

"Debéis arrepentiros, y volveros como un niño pequeñito, y ser bautizados en mi nombre, o de ninguna manera... heredaréis el reino de Dios.

"De cierto, de cierto os digo que ésta es mi doctrina; y los que edifican sobre esto, edifican sobre mi roca, y las puertas del infierno no prevalecerán en contra de ellos.

"Y quienes declaren más o menos que esto, y lo establezcan como mi doctrina, tales proceden del mal y no están fundados sobre mi roca".

El Salvador enfatizó temas tan importantes como la unidad de la Trinidad y la necesidad de que todos los discípulos sean como niños pequeños, aunque claramente la doctrina básica del bautismo ocupa el centro mismo del ministerio salvador de Cristo, pues repitió la frase "mi doctrina" - principalmente aplicada al bautismo- al menos en ocho ocasiones en Su inequívoco consejo a los nefitas.

EL SERMÓN DEL TEMPLO

Este llamado alto y claro al bautismo era importante no sólo por el papel que tiene como la primera de las ordenanzas de salvación del Evangelio, sino también porque dio pie al contexto del sermón de Cristo en el templo, análogo aunque más extenso, al Sermón del Monte en el Nuevo Testamento". En este libro no se hará intento alguno de examinar versículo a versículo la magnificencia del mayor de todos los sermones cristianos. Se pueden escribir - y se han escrito- libros enteros al respecto. La presente obra limitará su repaso, tal y como se inició en este capítulo, a aquellos elementos del sermón en el Libro de Mormón que arrojen nueva luz sobre el relato del Nuevo Testamento.

Resulta claro desde el principio que el sermón en el Libro de Mormón se fundamenta sobre una importante premisa que no es tan obvia en el Nuevo Testamento: que las doctrinas que se enseñan y las bendiciones que se prometen se basan en los primeros principios, las ordenanzas de salvación y los convenios del Evangelio, incluyendo el convenio del bautismo, que conduce a la gente a través de "la puerta" al sendero estrecho y angosto que lleva a la vida eterna. Tal y como enseñó Cristo aquí, así había enseñado Nefi con anterioridad: que estos primeros principios y ordenanzas constituyen la "doctrina de Cristo".

El que las promesas completas del sermón estén destinadas a los miembros bautizados de Su Iglesia se desprende de las palabras preliminares del Salvador a los que se habían congregado allí. Cuando hubo concluido Su mensaje a Nefi y a las once personas restantes que se habían reunido para aquella capacitación del sacerdocio, Cristo se volvió a la congregación y dijo:

"Bienaventurados sois si prestáis atención a las palabras de estos doce que yo he escogido de entre vosotros para ejercer su ministerio en bien de vosotros y ser vuestros siervos; y a ellos les he dado poder para que os bauticen en el agua; y después que seáis

bautizados en el agua, he aquí, os bautizaréis con fuego y con el Espíritu Santo. Por tanto, bienaventurados sois si creéis en mí y sois bautizados, después que me habéis visto y sabéis que yo soy.

"Y también más bienaventurados son aquellos que crean en vuestras palabras por razón de que testificaréis que me habéis visto y que sabéis que yo soy. Así, bienaventurados son los que crean en vuestras palabras, y desciendan a lo profundo de la humildad y sean bautizados, porque serán visitados con fuego y con el Espíritu Santo, y recibirán una remisión de sus pecados".

Claramente, la última mitad de 3 Nefi 11 y los significativos dos primeros versículos de 3 Nefi 12 indican que el convenio y la doctrina del bautismo, sobre los cuales no debe haber disputas, son fundamentales para el pleno significado y la realización de lo que oímos al Salvador prometer en el sermón del templo o en el del monte.

Por ejemplo, Cristo comenzó diciendo: "Sí, bienaventurados son los pobres de espíritu"; y en el sermón del Libro de Mormón añadió la frase "que vienen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos". Obviamente, en la interpretación de 3 Nefi, el ser pobres de espíritu no es en sí una virtud, pero lo será si tal humildad hace que uno reclame las bendiciones del reino por medio de las aguas del bautismo, concertando convenios y avanzando hacia todas las promesas que se conceden a los discípulos que los conciertan. Es significativo que la frase "vienen a mí" se usa al menos en cuatro ocasiones en los veintitantos versículos siguientes a éste. Lo mismo ocurre con los que "padecen hambre y sed de rectitud". Si tienen hambre y sed suficiente como para ser bautizados y guardar los mandamientos, serán llenos "del Espíritu Santo".

Los Santos de los últimos Días no son los únicos que ven la importancia del sermón, el cual penetra bien hondo, más allá de las verdades cristianas y la noble ética cristiana tradicional. Algunos estudiosos han pensado, por ejemplo, que el Sermón del Monte fue empleado por, los primeros cristianos como una especie de catecismo para los "candidatos al bautismo o los cristianos recién bautizados". Otros sugieren que fue creado para su uso en "una escuela de maestros y líderes de la Iglesia", una especie de manual de instrucciones para la enseñanza y la administración. Hay quienes creen que era "la nueva ley de Dios dada en una montaña, réplica de la ley concedida a Moisés en el monte Sinaí, con una estructura dividida en cinco partes a imitación de los cinco libros del Pentateuco".

Un ejemplo de la contribución realizada por el Libro de Mormón a nuestro entendimiento del texto del Nuevo Testamento es la distinción explícita entre la parte del sermón que era para la multitud y aquella destinada exclusivamente a los doce discípulos. El texto del Libro de Mormón aclara que todo 3 Nefi 12 y los primeros veinticuatro versículos del capítulo 13 fueron pronunciados para toda la multitud.

Luego, tal y como se registra en 3 Nefi 13:25, Cristo hizo un cambio de auditorio, cesó de hablar a la multitud y se volvió a cada uno de los doce apóstoles, dándoles instrucciones apostólicas específicas; distinción que no resulta tan evidente en el Sermón del Monte.

"Y aconteció que cuando Jesús hubo hablado estas palabras, miró hacia los doce que había elegido, y les dijo: Acordaos de las palabras que he hablado. Porque he aquí, vosotros sois aquellos a quienes he escogido para ejercer el ministerio entre este pueblo. Os digo, pues: No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni tampoco por vuestro cuerpo, con qué lo habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?"

"Mirad las aves del cielo, pues no siembran, ni tampoco siegan, ni recogen en alfolíes; sin embargo, vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?"

"¿Quién de vosotros, por mucho que se afane, podrá añadir un codo a su estatura?"

"Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo cómo crecen: No trabajan, ni hilan; y sin embargo, os digo, que ni aun Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de éstos.

"Por tanto, si Dios viste así la hierba del campo, que hoy es, y mañana se echa en el horno, así os vestirá él, si vosotros no sois de poca fe.

"No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos o qué beberemos, o con qué nos hemos de vestir?"

"Porque vuestro Padre Celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.

"Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

"Así que no os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán por sus propias cosas. Basta el día para su propio mal".

En un sentido general, estos versículos pueden aplicarse a todos los creyentes, pero en su nivel más literal se aplican a aquellos que han sido llamados por el Señor para ser Sus testigos en todo momento. La mayoría de la gente debe preocuparse por lo que comerán y por cómo se vestirán; las necesidades de la vida así lo requieren. Pero los doce discípulos no tenían que hacerlo, pues fueron escogidos "para ejercer el ministerio entre este pueblo". Su llamamiento es el de una devoción completa al ministerio espiritual y a la confianza en la providencia de Dios - y de las personas- para satisfacer sus necesidades temporales.

Entonces, "cuando Jesús hubo hablado estas palabras [a los doce discípulos], se volvió de nuevo hacia la multitud y abrió otra vez su boca".

LA LEY Y EL CONVENIO

Cuando Cristo hubo concluido, percibió que algunos de entre la congregación estaban confusos respecto a la ley de Moisés, en cuanto a que las cosas viejas habían dejado de ser y todas las cosas habían sido hechas nuevas, un tema que persiste a lo largo de todo el sermón.

A éstos les dijo: "Se ha cumplido la ley que fue dada a Moisés. He aquí, soy yo quien di la ley, y soy el que hice convenio con mi pueblo Israel; por tanto, la ley se cumple en mí, porque he venido para cumplir la ley; por tanto tiene fin".

Respecto al fin de la ley de Moisés, Cristo aclaró qué - o más apropiadamente quién- la estaba reemplazando: "Yo soy la ley y la luz. Mirad hacia mí, y perseverad hasta el fin, y viviréis; porque al que persevera hasta el fin, le daré vida eterna. He aquí, os he dado los mandamientos; guardad, pues, mis mandamientos. Y esto es la ley y los profetas, porque ellos en verdad testificaron de mí".

Cristo enseñó a Sus doce discípulos que cualquier conocimiento de la existencia de los nefitas, "que [son] un resto de la casa de José", había sido ocultado a los de Jerusalén, así como cualquier otro conocimiento relacionado con "las otras tribus de la casa de Israel, que el Padre ha conducido fuera de su tierra. Excepto por el, en apariencia, enigmático comentario de Juan 10:16 sobre Sus "otras ovejas", a Cristo se le prohibió decir nada a los judíos respecto a la localización de estos grupos esparcidos.

Cristo dijo a los nefitas en cuanto a esta declaración en el Evangelio según Juan: "Por motivo de la obstinación y la incredulidad, no comprendieron mi palabra, por tanto, me mandó el Padre que no les dijese más tocante a esto". Sin duda alguna, Cristo habló de esa restricción cuando dijo a los de Jerusalén: "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar". Custodiando el conocimiento de la localización de las otras tribus que el Padre ha separado de ellos, Cristo declaró de forma inequívoca sobre los nefitas: "Vosotros sois aquellos de quienes dije: Tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo yo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño y un Pastor".

"Y no me comprendieron, porque pensaron que eran los gentiles; porque no entendieron que, por medio de su predicación, los gentiles se convertirían".

"Ni me entendieron que dije que oirán mi voz; ni me comprendieron que los gentiles en ningún tiempo habrían de oír mi voz; que no me manifestaría a ellos sino por el Espíritu Santo".

"Mas he aquí, vosotros habéis oído mi voz, y también me habéis visto; y sois mis ovejas, y contados sois entre los que el Padre me ha dado".

Con este entendimiento conocido y desconocido sobre los hijos de Israel, Cristo volvió a explorar la interesante distinción entre "la ley", que se había cumplido, y "el convenio", que estaba por serlo. En cuanto al convenio mayor y el papel del Libro de Mormón en el recogimiento del Israel esparcido, dijo a los nefitas: "Tengo otras ovejas que no son de esta tierra, ni de la tierra de Jerusalén, ni de ninguna de las partes de esa tierra circundante donde he estado para ejercer mi ministerio. Porque aquellos de quienes hablo son los que todavía no han oído mi voz; ni en ningún tiempo me he manifestado a ellos".

"Mas he recibido el mandamiento del Padre de que vaya a ellos, para que oigan mi voz y sean contados entre mis ovejas, a fin de que haya un rebaño y un pastor; por tanto, voy para manifestarme a ellos".

A continuación, el Salvador reveló la relación existente entre el recogimiento de las tribus de Israel y el cumplimiento del convenio, y continuó diciendo a los nefitas: "Y os mando que escribáis estas palabras después que me vaya, para que si se da el caso de que mi

pueblo en Jerusalén, aquellos que me han visto y han estado conmigo en mi ministerio, no le piden al Padre en mi nombre recibir conocimiento por medio del Espíritu Santo, acerca de vosotros, como también de las otras tribus, de las cuales nada saben, estas palabras que escribáis se preserven y sean manifestadas a los gentiles, para que mediante la plenitud de los gentiles, el resto de la posteridad de aquéllos, que será esparcido sobre la faz de la tierra a causa de su incredulidad, sea recogido, o sea, llevado al conocimiento de mí, su Redentor.

"Entonces los reuniré de las cuatro partes de la tierra; y entonces cumpliré el convenio que el Padre ha hecho con todo el pueblo de la casa de Israel".

Cristo recordará ese convenio en los últimos días, cuando los del pueblo de la casa de Israel sean "heridos, y afligidos, y muertos, y... echados de entre ellos, y... aborrecidos por ellos, y sean entre ellos objeto de escarnio y oprobio". En esa ocasión, si "los gentiles [pecan] contra mi evangelio, y [rechazan] la plenitud de mi evangelio", advirtió el Salvador, y se envanecen en el orgullo de sus corazones "sobre todos los pueblos de la tierra", y son culpables de mentiras, engaños, maldades, hipocresía, asesinatos, supercherías sacerdotales, fornicaciones, abominaciones secretas y rechazan la plenitud del Evangelio de Cristo, "he aquí, dice el Padre, retiraré la plenitud de mi evangelio de entre ellos. Y entonces recordaré mi convenio que he concertado con los de mi pueblo, oh casa de Israel, y les llevaré mi evangelio".

LA CURACIÓN DE LOS AFLIGIDOS

Al fin del primer día de Cristo entre los nefitas, llegó uno de los momentos más dulces y sagrados registrados en el Libro de Mormón. Dándose cuenta de que tras un día tan largo la gente estaba físicamente débil y espiritualmente abrumada, el Señor les invitó a ir a casa y meditar en las cosas que había enseñado. En un gesto que subraya Su propia humildad y destaca la importancia de la ferviente confirmación espiritual, aun de las enseñanzas del Salvador mismo, Jesús les dijo a estos nefitas:

"Pedid al Padre en mi nombre que podáis entender; y preparad vuestras mentes para mañana, y vendré a vosotros otra vez".

Sus otros deberes de esa tarde no eran insignificantes. "Pero ahora voy al Padre", dijo, "y también voy a mostrarme a las tribus perdidas de Israel, porque no están perdidas para el Padre, pues él sabe a dónde las ha llevado". No obstante, cuando hizo este anuncio, observó los rostros de la multitud. La gente estaba llorando. Llenos de respeto por las obligaciones del Salvador hacia esos otros israelitas, no dijeron nada para detenerle, pero el anhelo de sus almas era tan obvio como innegable.

Mirándole "fijamente, como si le quisieran pedir que permaneciese un poco más con ellos", los nefitas tocaron el corazón del Salvador, quien dijo: "He aquí, mis entrañas rebosan de compasión por vosotros". Pareció entonces cambiar los planes temporalmente, y al hacerlo, proporcionó a estas personas otro de los momentos espirituales de Su ministerio en el Nuevo Mundo, un testimonio para la fe, la devoción y el mudo deseo de estos verdaderos discípulos.

Tras llamar a los enfermos y ciegos, los lisiados y los mutilados, los leprosos y los atrofiados, los que estaban "afligidos de manera alguna", Cristo pidió que los trajeran para que pudiera sanarlos. "Porque tengo compasión de vosotros", dijo, "mis entrañas rebosan de misericordia". Percibiendo con perspicacia divina que estas personas deseaban contemplar los milagros que había realizado entre sus hermanos y hermanas de Jerusalén, y reconociendo al instante que la fe de ellos era suficiente para ser sanados, Cristo respondió a cada necesidad de la multitud, "y los sanó a todos, según se los

llevaban". En respuesta a esta abundancia de misericordia, toda la congregación, tanto los sanados como los sanos, "se postraron a sus pies y lo adoraron; y cuantos, por la multitud pudieron acercarse, le besaron los pies, al grado de que le bañaron los pies con sus lágrimas".

LOS NIÑOS Y LOS ÁNGELES

En respuesta a esta gran fe y a la presencia de semejante poder espiritual, Cristo mandó que se le trajeran todos los niños y se reunieran a Su alrededor. Inmediatamente, la multitud hizo espacio hasta que se hubo traído a todos los niños ante el Maestro. Con estos dulces niños congregados a Su alrededor, parte de la inocencia, la belleza y el futuro de éstos trajo al Salvador un doloroso reconocimiento del daño que un mundo pecador podría ocasionarles. Con los niños a modo de ayuda visual, como así era, y ante toda la congregación de nefitas que estaba mirando, Cristo "gimió dentro de sí, y dijo: Padre, turbado estoy por causa de la iniquidad del pueblo de la casa de Israel".

Quizás pensando en la maldad de la cual debían ser protegidos, Cristo se arrodilló y ofreció una de las oraciones más extraordinarias jamás pronunciadas, tan notable que Mormón escribió: "Las cosas que oró no se pueden escribir, y los de la multitud que lo oyeron, dieron testimonio.

"Y de esta manera testifican: Jamás el ojo ha visto ni el oído escuchado, antes de ahora, tan grandes y maravillosas cosas como las que vimos y oímos que Jesús habló al Padre;

"Y no hay lengua que pueda hablar, ni hombre alguno que pueda escribir, ni corazón de hombre que pueda concebir tan grandes y maravillosas cosas como las que vimos y oímos a Jesús hablar; y nadie puede conceptuar el gozo que llenó nuestras almas cuando lo oímos rogar por nosotros al Padre".

Uno se pregunta cómo habría sido el oír esa oración, pero es imposible imaginarse lo que se podría haber visto en ella. No se nos dice lo que esas personas vieron, aparte de lo que oyeron, mas su experiencia no había sino comenzado.

Jesús concluyó Su súplica en favor de los niños y se levantó tras orar. Sin embargo, a causa del gozo inefable de ellos, la multitud no se levantó, o no pudo hacerlo. Jesús les mandó que se levantaran, diciendo que a causa de la fe de ellos Su gozo era completo. Qué regalo tan excepcional para el Salvador del mundo el ser tan fieles y devotos, tan humildes y respetuosos que Él, el Hombre de Pesares, que llora con frecuencia por los pecados del mundo, pudo llorar porque Su gozo era completo:

"Y cuando hubo dicho estas palabras, lloró... y tomó a sus niños pequeños, uno por uno, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos. Y cuando hubo hecho esto, lloró de nuevo; y habló a la multitud, y les dijo: Mirad a vuestros pequeñitos".

Entonces la multitud vio los cielos abiertos y ángeles que descendían "cual si fuera en medio de fuego; y bajaron y cercaron a aquellos pequeñitos, y fueron rodeados de fuego; y los ángeles les ministraron. Y la multitud vio y oyó y dio testimonio; y saben que su testimonio es verdadero, porque todos ellos vieron y oyeron, cada cual por sí mismo".

Este testimonio final sugiere algo de la urgencia que Mormón debe haber sentido al intentar transmitir la realidad de este hecho. Tras la vívida descripción de sus propias palabras, invocó los testimonios - de dos mil quinientos "hombres, mujeres y niños" - recalcando en dos ocasiones que toda la multitud vio, oyó y dio testimonio de esta experiencia sin precedentes.

INSTITUCIÓN DE LA SANTA CENA

Tras centrarse en la humildad y la pureza de estos niños, Cristo instituyó la Santa Cena como una ordenanza para ahondar la humildad y la pureza de los miembros antiguos, responsables y bautizados de la congregación. Mandó a Sus discípulos "que le llevaran pan y vino", los cuales bendijo y distribuyó a modo de institución del sacramento de la Cena del Señor entre los nefitas.

Partió el pan y lo bendijo, dándolo primero a los doce discípulos. Cuando ellos hubieron comido "y fueron llenos" del Espíritu Santo, mandó que lo dieran a la multitud. El propósito y la ejecución de la Santa Cena se explicó cuando Cristo dijo que se daba "a los de mi iglesia, a todos los que crean y se bauticen en mi nombre. Y siempre procuraréis hacer esto, tal como yo lo he hecho, así como he partido pan y lo he bendecido y os lo he dado. Y haréis esto en memoria de mi cuerpo que os he mostrado. Y será un testimonio al Padre de que siempre os acordáis de mí. Y si os acordáis siempre de mí, tendréis mi Espíritu para que esté con vosotros".

Tras la instrucción relativa al pan, tomó la copa de vino y mandó que los doce discípulos bebiesen de ella y luego la dieran a la multitud para que bebiera, y cada uno de ellos fue "lleno" del Espíritu. Cuando los discípulos hubieron hecho esto, Jesús les dijo: "Benditos sois por esto que habéis hecho; porque esto cumple mis mandamientos, y esto testifica al Padre que estáis dispuestos a hacer lo que os he mandado. Y siempre haréis esto por todos los que se arrepientan y se bauticen en mi nombre; y lo haréis en memoria de mi sangre, que he vertido por vosotros, para que testifiquéis al Padre que siempre os acordáis de mí. Y si os acordáis siempre de mí, tendréis mi Espíritu para que esté con vosotros".

Al final de un día sumamente espiritual y singular, la Santa Cena retomó y confirmó la lección dada al comienzo del mismo cuando Cristo enseñó la importancia del bautismo. En 3 Nefi 18 dijo prácticamente lo mismo que había dicho en 3 Nefi 11:

Bautismo	Santa Cena
Y quienes declaren mas o menos de esto, y lo establezcan como mi doctrina, tales proceden del mal, y no están fundados sobre mi roca; sino que edifican sobre un cimiento de arena, y las puertas del infierno estarán abiertas para recibirlos, cuando vengan las inundaciones y los azoten los vientos.	Pero aquellos que de entre vosotros hagan mas o menos de esto, no están edificados sobre mi roca, sino sobre un cimiento arenoso; y cuando caiga la lluvia, y vengan los torrentes, y soplen los vientos, y den contra ellos, caerán, y las puertas del infierno están ya abiertas para recibirlos.
De cierto, de cierto os digo, que esta es mi doctrina; y los que edifican sobre esto, edifican sobre mi roca, y las puertas del infierno no prevalecerán en contra de ellos	Y os doy el mandamiento de que hagáis estas cosas. Y si hacéis siempre estas cosas, benditos sois, porque estáis edificados sobre mi roca.

"HABÉIS VISTO QUE HE ORADO AL PADRE"

A modo de protección final contra el diablo, y para confirmar los principios de humildad y pureza que había estado enseñando, Cristo instó a los doce discípulos: "Debéis velar y orar siempre, no sea que el diablo os tienta, y seáis llevados cautivos por él", pidiéndoles a estos líderes que orasen en la Iglesia como le habían visto orar entre ellos. En ésta y en todas las cosas, Cristo fue el modelo: "He aquí, yo soy la luz; yo os he dado el ejemplo".

Volviéndose a la multitud, también les dijo a ellos: "Debéis velar y orar siempre... Porque Satanás desea poseeros para zarandearos como a trigo. Por tanto, siempre debéis orar al Padre en mi nombre; y cualquier cosa que pidáis al Padre en mi nombre, si es justa, creyendo que recibiréis, he aquí, os será concedida. Orad al Padre en vuestras familias, siempre en mi nombre, para que sean bendecidos vuestras esposas y vuestros hijos".

Tras el mandato de orar en familia, Cristo les enseñó que debían reunirse "con frecuencia" como iglesia, y que debían orar por todos los que busquen la Iglesia, sin prohibírsele ni expulsar a nadie. A medida que finaliza este discurso, resulta evidente e inequívoco que la "luz" que debemos sostener ante el mundo es el hecho de orar - y orar siempre - como Cristo oró al Padre: "He aquí, yo soy la luz que debéis sostener en alto: aquello que me habéis visto hacer. He aquí, habéis visto que he orado al Padre, y todos vosotros habéis sido testigos".

De la misma forma que se invitó a todos los nefitas al comienzo del día a ver y palpar las heridas del Salvador, se les invitó a todos los de esta vasta congregación a experimentar la Santa Cena y la unidad de la oración para que pudieran "percibir y ver" de forma espiritual esos mismos emblemas de la Expiación, esos recordatorios de que Cristo vivió y murió - y oró - por los demás. La súplica de Sus labios y las heridas mismas en Su carne fueron en favor de los hijos de Dios. Cristo orando, sacrificándose, suplicando y padeciendo, el Cristo puro y humilde que siempre invoca al Padre y que ha buscado la voluntad del Padre desde el principio, ésta es la luz que debemos sostener, tanto como podamos, la luz que debemos ser. Nuestra vida y nuestras reuniones de la Iglesia tienen como fin permitir que los demás "perciban y vean" la Expiación y la misericordiosa súplica de Cristo en favor de ellos.

Tal y como dijo durante el consejo inicial sobre el bautismo y repitió también durante este consejo final sobre la Santa Cena y la adoración: "Os doy estos mandamientos por motivo de las disputas que ha habido entre nosotros. Y benditos sois si no hubiere disputas entre vosotros".

Tras tocar personalmente a cada uno de Sus discípulos, otorgándoles el poder de conferir el Espíritu Santo, Jesús ascendió al cielo, poniendo fin al primer día de Su ministerio entre los nefitas. Al repasar este día, resulta impresionante percatarse de la naturaleza cohesiva y quiásmica de los mensajes que se pronunciaron. Fíjese en la consolidación y en la unidad reveladora de la forma en que comenzó y concluyó la experiencia de este día.

CAPÍTULO DOCE

CRISTO EN EL NUEVO MUNDO: DÍA SEGUNDO

Tras el discurso del primer día a los discípulos del Nuevo Mundo, Jesús ascendió al cielo y "se dispersó la multitud, y todo hombre tomó a su esposa y sus hijos, y volvió a su propia casa."

Sin embargo, es inevitable que un suceso de esta naturaleza tuviera un impacto electrificante sobre los que tomaron parte en él, y "se divulgó inmediatamente entre el pueblo, antes que llegara la noche, que la multitud había visto a Jesús, y que él había ejercido su ministerio entre ellos, y que por la mañana otra vez se iba a mostrar a la multitud". Gran parte de la noche se dedicó a una conversación encendida y al intercambio de impresiones, hasta el punto de que "hubo muchos, sí, un número extremadamente grande, que trabajaron afanosamente toda la noche para poder estar a la mañana siguiente en el paraje donde Jesús se iba a mostrar a la multitud".

A la mañana siguiente, a los doce discípulos nefitas identificados por su nombre y entre quienes estaba Timoteo, que había sido levantado de los muertos por su hermano Nefi, se les unió una multitud tan grande, que tuvo que ser dividida en doce partes a las que comenzaron a enseñar los doce discípulos recién llamados. Resulta interesante que no se les, tuviera que mandar a los doce que enseñaran, sino que aceptaron esa responsabilidad instintivamente a causa del mandato de ser testigos de Cristo en todo momento y en todo lugar. Tampoco es de extrañar que lo que enseñaron fueran las mismas lecciones que habían recibido el día anterior, "sin variar en nada las palabras que Jesús había hablado". De acuerdo con el consejo que el Salvador les había dado la noche anterior, los doce discípulos mandaron a la multitud que se arrodillara y orase al Padre en el nombre de Jesús, "y oraron por lo que más deseaban; y su deseo era que les fuese dado el Espíritu Santo".

Las limitaciones de este libro no nos permiten realizar un estudio definitivo del papel, el don y la influencia divina del Espíritu Santo, pero resulta significativo que fuera esto por lo que oraran los doce nefitas por encima de todo lo demás. Como Cristo todavía no se había aparecido durante este segundo día (y debido que el Padre y el Hijo no podían estar constantemente con ellos - ni con nosotros - en un mundo telestial), el siguiente compañero ideal de la lista era el miembro de la Trinidad que sí puede estar constantemente con los mortales: el Espíritu Santo. Estos apóstoles recién llamados no podían contar siempre durante su ministerio con la presencia diaria y física del Salvador; sin embargo, debido a que tenían que guiar la Iglesia de Jesucristo en rectitud y ser testigos de Su nombre por todo el mundo nefita, ciertamente necesitarían las impresiones, la protección, la revelación y el consuelo de Aquel que es la extensión espiritual y el representante telestial del Padre y el Hijo.

En nuestra propia época se le preguntó al profeta José Smith en qué se diferenciaba La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días de las demás religiones del momento. Él respondió que la diferencia estribaba en "el don del Espíritu Santo" y que todas las demás consideraciones "estaban comprendidas en ese don". A la luz de estas experiencias antiguas o modernas, del Viejo y del Nuevo Mundo, puede que todos los discípulos de Cristo, todos los miembros de Su Iglesia verdadera, debieran orar por la influencia y la guía del Espíritu Santo como el don celestial "que más desean".

Cuando los doce nefitas hubieron concluido su oración, se acercaron al borde del agua donde, como parte de la puesta en práctica de una nueva dispensación, Nefi se bautizó (¿puede que de la misma manera que lo hicieron Adán, Alma o José Smith?). Cuando

salió del agua, comenzó a bautizar a los demás, empezando por los doce que Jesús había escogido.

Cuando todos fueron bautizados y hubieron salido del agua, "el Espíritu Santo descendió sobre ellos, y fueron llenos del Espíritu Santo y de fuego". De hecho, los que estaban renovando sus convenios bautismales en esta dispensación nueva y más elevada fueron rodeados de fuego, al que siguieron ángeles que descendieron del cielo y les ministraron. La manifestación suprema de esta secuencia celestial fue la aparición de Jesús en medio del grupo. A modo de refuerzo y confirmación de Sus enseñanzas del día anterior sobre la humildad y la pureza, y aprovechando la atmósfera espiritual que los doce discípulos habían creado entre la congregación, Jesús mandó a los doce y a los allí congregados que se arrodillaran de nuevo y orasen.

LA ORACIÓN INTERCESORA DE CRISTO

Tras invitar a los doce discípulos a que dirigieran la oración, Jesús mismo "se apartó de entre ellos, y se alejó de ellos un poco y se inclinó a tierra" y oró:

"Padre, gracias te doy porque has dado el Espíritu Santo a éstos que he escogido", comenzó diciendo, "y es por su creencia en mí que los he escogido de entre el mundo".

"Padre, te ruego que des el Espíritu Santo a todos los que crean en sus palabras".

"Padre, les has dado el Espíritu Santo porque creen en mí; y ves que creen en mí, porque los oyes, y oran a mí; y oran a mí porque estoy con ellos".

"Y ahora, Padre, te ruego por ellos, y también por todos aquellos que han de creer en sus palabras, para que crean en mí, para que yo sea en ellos como tú, Padre, eres en mí, para que seamos uno".

Ésta es, por supuesto, una variación de la gran oración intercesora que Cristo ofreció por Sus discípulos la víspera de Su crucifixión en el Viejo Mundo, cuando oró para que Sus seguidores pudieran estar unidos con el Padre y el Hijo, así como entre ellos, y ser preservados de las tentaciones adversas y las malas influencias del mundo.

De las palabras del Salvador se desprende claramente que es el Espíritu Santo el que proporciona esta unidad, un punto doctrinal no tan claramente comunicado en el registro del Nuevo Testamento. Además, resulta significativo que una de las evidencias definitivas que Dios tiene para nuestra creencia en la Deidad sea el que se nos vea y oiga orar. Cristo destacó esta evidencia a favor de los nefitas y dijo al padre: "Ves que creen en mí, por que los oyes". Debe verse y oírse a los discípulos de Cristo en oración. Es la clave para las manifestaciones milagrosas del cielo y la compañía personal del Consolador (o Consoladores).

Una vez que Jesús hubo orado al Padre de esta forma, regresó a los discípulos, quienes continuaban orando sin cesar "y no multiplicaban muchas palabras, porque les era manifestado lo que debían suplicar, y estaban llenos de anhelo". Muchos se han preguntado cómo puede alguien orar sin cesar de forma que no "[multiplique] muchas palabras". Si nuestro anhelo por comunicarnos es lo bastante grande, se nos hará saber lo que debemos decir. Es más, el Espíritu Santo intercederá en nuestro favor contribuyendo a la comunicación de nuestro corazón aun cuando parezcan faltarnos las palabras. "El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad", enseñó Pablo, "pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles". La urgencia y el deseo, acompañados de las impresiones divinas, descartan cualquier multiplicación de las palabras en la oración.

Mientras los discípulos estaban orando, "Jesús los bendijo... y la sonrisa de su faz fue

sobre ellos, y los iluminó la luz de su semblante", hasta el punto de que las personas fueron tan blancas como el rostro y los vestidos de Cristo: "Su blancura excedía a toda blancura, sí, no podía haber sobre la tierra cosa tan blanca como su blancura. Y Jesús les dijo: Seguid orando; y ellos no cesaban de orar". ¡Qué imagen tan maravillosa: Cristo bendiciendo a las personas en el momento mismo de la oración!

Cristo se volvió, se alejó y Él mismo se inclinó al suelo, y continuó con Su oración intercesora del Nuevo Mundo: "Padre, te doy las gracias por haber purificado a los que he escogido, por causa de su fe, y ruego por ellos, y también por los que han de creer en sus palabras, para que sean purificados en mí, mediante la fe en sus palabras, así como ellos son purificados en mí.

"Padre, no te ruego por el mundo, sino por los que me has dado del mundo, a causa de su fe, para que sean purificados en mí, para que yo sea en ellos como tú, Padre, eres en mí, para que seamos uno, para que yo sea glorificado en ellos".

He aquí una vez más la súplica por la unidad con el Padre y el Hijo, haciendo referencia de nuevo a la influencia del Espíritu Santo. Además de este don del Espíritu, o debido a él, los que sean uno con el Padre y el Hijo tienen que ser purificados, un estado que no sólo viene por medio de la fe en Dios, sino también por la fe en las palabras de los doce discípulos, quienes actuaron con la pureza concedida por Dios. En definitiva, todos los creyentes estarán a salvo "fuera del mundo" gracias a su fe, y serán unidos con el Padre y el Hijo mediante la pureza.

Tras la oración intercesora, Cristo volvió a Sus discípulos, quienes estaban orando "constantemente, sin cesar". Les sonrió y ellos se volvieron "blancos, aun como Jesús". Volvió a dejarlos una tercera vez para alejarse un poco y orar al Padre.

Este tercer segmento de Su oración intercesora a favor de los nefitas fue imposible de registrar. "La lengua no puede expresar las palabras que oró, ni pueden ser escritas por hombre alguno las palabras que oró" dijo Mormón. Mas la multitud que estaba presente oyó, y se abrieron sus corazones, unidos por el Espíritu Santo y la pureza personal, de modo tal que pudieron entender lo que Cristo oró. "No obstante, tan grandes y maravillosas fueron las palabras que oró, que no pueden ser escritas, ni tampoco puede el hombre expresarlas".

Cristo felicitó la ferviente actitud de Sus discípulos, haciendo notar que era la muestra de fe más perfecta que había visto entre todos los judíos, y que nadie del Viejo Mundo había visto ni oído las grandes cosas que les fueron manifestadas a estos nefitas "por motivo de su incredulidad". La imagen de Cristo orando era la luz que estos nefitas debían sostener al mundo, algo que ya estaban haciendo de forma notablemente devota.

LA SANTA CENA

Con el recordatorio de que la multitud "no cesara de orar en sus corazones", Cristo les mandó que dejaran de orar vocalmente y se pusieran en pie. Una vez más proporcionó la Santa Cena, bendiciendo el pan y dándolo a los discípulos para que comieran; y, alejándose de la ordenanza del día anterior, cuando parece ser que el Salvador mismo bendijo el pan y el vino para ser administrados a todos los presentes, ahora mandó a los doce discípulos que partieran y bendijeran el pan y luego lo dieran a la multitud; y damos por entendido que el mismo patrón se siguió con el vino.

En este acto consciente de brindar participación a los doce discípulos en la ordenanza, Cristo estaba mostrando claramente a la multitud que estos hermanos tenían la autoridad para administrarla y que no se trataba de un acontecimiento único para ser efectuado solamente por Cristo. El participar de la Santa Cena era, después de todo, una

experiencia nueva para ellos y sin esa expresión visible de permiso y autoridad para que los doce discípulos la oficiaran, la multitud podría haberse resistido a cualquier perpetuación de la ordenanza una vez que Cristo hubiera partido.

En un ejemplo clásico de atenuación hebrea, se alude a un milagro relacionado con esta ordenanza sacramental pero del cual no se da explicación. La referencia da por sentada - y requiere - la fe del lector. Casi como una nota al margen, Mormón dijo de la experiencia: "Ni los discípulos ni la multitud habían llevado pan y vino; pero verdaderamente les dio de comer pan y de beber vino también".

Queda en nosotros el meditar de dónde vinieron el pan y el vino. ¿Se trataba de una variación del Nuevo Mundo de los cinco panes y los dos pececillos que sirvieron para alimentar a los cinco mil en el Viejo Mundo? ¿Se trató de algún tipo de intervención divina, como cuando Jesús fue tomado en Nazaret para ser arrojado desde lo alto del monte, "mas él pasó por en medio de ellos, y se fue"? Cualquiera que sea la respuesta, el autor suponía que los futuros lectores entenderían que estas cosas suceden y que no se puede escribir el proceso mediante el cual suceden. En cualquier caso, éstas son manifestaciones de una implicación y ayuda divinas en la obra de la iglesia verdadera del Señor.

Una de las indicaciones implícitas en la ordenanza sacramental es que puede ser una verdadera experiencia espiritual, una comunión santa, una renovación para el alma. Jesús dijo a estos nefitas: "El que come de este pan, come de mi cuerpo para su alma; y el que bebe de este vino, bebe de mi sangre para su alma; y su alma nunca tendrá hambre y sed, sino que será llena".

En el relato de Mormón de la experiencia sacramental del día anterior, destacó repetidas veces que los discípulos y la multitud fueron "lentos" por los pequeños emblemas de unos pedacitos de pan y un sorbito de vino. Obviamente, no estaban "lentos" físicamente. La invitación de Cristo de llevar el significado de la Santa Cena a nuestras almas mismas proporciona el contexto mediante el cual uno puede ser lento con estos pequeños emblemas, pues cuando la multitud hubo comido el pan y bebido el vino, fueron "lentos del Espíritu; y clamaron a una voz y dieron gloria a Jesús, a quien veían y oían".

EL CONVENIO Y SU MENSAJERO

Con las enseñanzas del Salvador, culminando en la introducción de la Santa Cena, vino cierto sentimiento de finalización de la visita a los nefitas. En ese momento el Señor les dijo: "Ahora cumplo el mandamiento que el Padre me ha dado concerniente a este pueblo, que es un resto de la casa de Israel".

Apoyándose en el convenio que estas personas acababan de concertar, un convenio que se inició con el bautismo y que se renovó al participar de la Santa Cena, Cristo pronunció un importante discurso sobre el convenio mayor que el Padre ha hecho con toda la casa del Israel.

Tras señalar que los restos de la casa de Israel habían sido esparcidos por la superficie de toda la tierra, Cristo profetizó que serán "recogidos del este y del oeste, y del sur y del norte; y serán llevados al conocimiento del Señor su Dios, que los ha redimido". No importa lo que cueste, se hará para "[establecer] a mi pueblo, oh casa de Israel". A aquellos cuya herencia esté en las tierras del Nuevo Mundo vendrá una "Nueva Jerusalén", dijo el Salvador. "Y los poderes del cielo estarán entre este pueblo; sí, yo mismo estaré en medio de vosotros".

En este contexto, Cristo afirmó que fue de Él de quien habló Moisés cuando dijo: "El Señor vuestro Dios os levantará a un profeta, de vuestros hermanos, semejante a mí; a él

oiréis en todas las cosas que os dijere. Y sucederá que toda alma que no escuchare a ese profeta será desarraigada de entre el pueblo". La declaración que Pedro hizo a este respecto a los judíos del Viejo Mundo es, desde luego, uno de los versículos citados por el ángel Moroni la primera vez que visitó al joven profeta José Smith la noche del 21 de septiembre de 1823".

Cristo reconoció que el pueblo de Nefi pertenecía a la casa de Israel y que iba a ser favorecido de Dios dos veces y de forma especial. En el meridiano de los tiempos fueron los primeros esparcidos de Israel en recibir al Cristo resucitado después de Su ascensión al cielo y en los últimos días serían los primeros israelitas en recibir a Cristo cuando Él restaurara Su Evangelio en la dispensación del cumplimiento de los tiempos.

Fíjese en este lenguaje tan significativo: "Vosotros sois los hijos de los profetas; y sois de la casa de Israel; y sois del convenio que el Padre concertó con vuestros padres, diciendo a Abraham: Y en tu posteridad serán benditas todas las familias de la tierra.

"Porque el Padre me ha levantado para venir a vosotros primero, y me envió a bendeciros, apartando a cada uno de vosotros de vuestras iniquidades; y esto, porque sois los hijos del convenio.

"Y después que hayáis sido bendecidos, entonces cumplirá el Padre el convenio que hizo con Abraham, diciendo: En tu posteridad serán benditas todas las familias de la tierra, hasta el derramamiento del Espíritu Santo sobre los gentiles por medio de mí, y esta bendición a los gentiles los hará más fuertes que todos".

Es muy consolador fijarse en que uno de los principales beneficios que se desprende de nuestras promesas a Dios es que el Padre envía al Hijo para bendecirnos en un mundo de aflicción, dolor y pesar, para que nos alejemos con nuestra posteridad de la iniquidad, y todo esto simple y amorosamente porque "[somos] los hijos del convenio".

Lo que sucedió a continuación fue una maravillosa profecía mesiánica, casi un salmo mesiánico, que prometía el retorno del Israel esparcido a Jerusalén, donde, dijo el Señor, "les será predicada la plenitud de mi evangelio; y creerán en mí, que soy Jesucristo, el Hijo de Dios; y orarán al Padre en mi nombre.

"Entonces levantarán la voz sus centinelas, y cantarán unánimes; porque verán ojo a ojo.

"Entonces los juntará de nuevo el Padre, y les dará Jerusalén por tierra de su herencia".

Con esta redención de Jerusalén y el consuelo de Su pueblo allí, se reclamarán los lugares desolados, Jerusalén se vestirá con sus ropas hermosas, será protegida de los impuros y, prosiguió el Salvador, "todos los extremos de la tierra verán la salvación del Padre; y el Padre y yo somos uno".

La unidad de Cristo con el Padre y Su papel en la salvación de Israel bajo la mano de Su Padre, ocasionará un gran remordimiento a quienes lo rechazaron y le vendieron por nada. Cristo dijo: "Los de mi pueblo conocerán mi nombre, sí, en aquel día sabrán que yo soy el que hablo. Y entonces dirán: ¡Cuán hermosos sobre las montañas son los pies del que les trae buenas nuevas; que publica la paz; que les trae gratas nuevas del bien; que publica salvación; que dice a Sión: Tu Dios reina!".

Estos pasajes familiares, escritos primero por Isaías pero mencionados e inspirados por Jehová mismo, se aplican con frecuencia a cualquiera - especialmente a los misioneros- que traiga las buenas nuevas del Evangelio y publique la paz a los hijos de los hombres. No hay nada inapropiado respecto a esta aplicación, pero es importante que nos demos cuenta, tal y como hizo el profeta Abinadí, de que en su forma más pura y en su sentido más original, este salmo de agradecimiento se aplica específicamente a Cristo. Él y sólo Él es el que en última instancia nos trae las buenas nuevas de salvación. Sólo mediante Él se publica la paz verdadera y eterna. Es a Sión, tanto en la Antigua como en la Nueva

Jerusalén, a quien Cristo declara: "¡Tu Dios reina!". Son Sus pies los que son hermosos sobre el monte de la redención".

En el momento en que le reconozcan, todos se asombrarán de que Su aspecto esté tan desfigurado, "más que cualquier hombre, y su forma más que la de los hijos de los hombres", refiriéndose sin duda al impacto físico del sufrimiento y a las cicatrices de la carne que acompañaron al sacrificio expiatorio de Cristo. "Entonces se cumplirá este convenio que el Padre ha hecho con su pueblo; y entonces Jerusalén volverá a ser habitada por mi pueblo, y será la tierra de su herencia".

La señal que indicaría cuándo tendrían lugar estos acontecimientos finales era que el Evangelio sería restaurado por medio de los gentiles, quienes a cambio lo llevarían al remanente de la casa de Jacob (los hijos de Lehi) que todavía permanezcan en su tierra de promisión. "El Padre les [hará] saber estas cosas [a los gentiles]", dijo Cristo a los nefitas, "y del Padre [procederán] de ellos a vosotros".

La restauración y la enseñanza del Evangelio de Jesucristo, incluyendo el Libro de Mormón como la esencia divina de "estas cosas", por medio del profeta José Smith y de la "iglesia gentil" a los hijos de Lehi, es la gran declaración de que se está cumpliendo el antiguo convenio: "Cuando estas obras, y las obras que desde ahora en adelante se hagan entre vosotros [las obras registradas en el Libro de Mormón], procedan de los gentiles a vuestra posteridad... les será por señal, para que sepan que la obra del Padre ha empezado ya, para dar cumplimiento al convenio que ha hecho al pueblo que es de la casa de Israel".

En ese día, dijo Cristo, sería por Él, por el éxito de Su misión y la plena eficacia de Su vida, que el padre restauraría el Evangelio y volvería a establecer Su iglesia. "En aquel día hará el Padre, por mi causa", enseñó Jesús, "una obra que será una obra grande y maravillosa entre ellos; y habrá entre ellos quienes no lo creerán, aún cuando un hombre se lo declare".

Al hablar de este "hombre", José Smith, Cristo profetizó del peligro al que haría frente en ese papel: "La vida de mi siervo estará en mi mano; por tanto, no lo dañará, aunque sea herido por causa de ellos. No obstante, yo lo sanaré, porque les mostraré que mi sabiduría es mayor que la astucia del diablo".

Si los gentiles no se arrepentían ni recibían las palabras restauradas de Cristo, habría un equivalente actual de aquellas destrucciones antiguas. Durante esta advertencia, Cristo proporcionó gran detalle sobre cómo serían echados y despedazados los gentiles a manos del remanente de Jacob.

En medio de tal destrucción, se hizo la promesa de que "si [los indiferentes gentiles] se arrepienten y escuchan mis palabras, y no endurecen sus corazones, estableceré mi iglesia entre ellos; y entrarán en el convenio, y serán contados entre este resto de Jacob, al cual he dado esta tierra por herencia". Estos gentiles ayudarán a la casa de Israel en la edificación de "una ciudad que será llamada la Nueva Jerusalén" y colaborarán en la labor del recogimiento de todo "mi pueblo que esté disperso sobre toda la faz de la tierra, para que sean congregados en la Nueva Jerusalén. Y entonces el poder del cielo descenderá entre ellos", prosiguió el Salvador, "y también yo estaré en medio". Una vez más, la señal definitiva de la obra de los últimos días será la época "cuando sea predicado este evangelio entre el resto de este pueblo".

Será en esta ocasión, o si se prefiere, durante este acontecimiento tripartito, que comenzará la obra del recogimiento entre "todos los dispersos de mi pueblo", dijo el Señor, "sí, aun entre las tribus que han estado perdidas, las cuales el Padre ha sacado de Jerusalén. Sí, empezará la obra entre los dispersos de mi pueblo, y el Padre preparará la vía por la cual puedan venir a mí, a fin de que invoquen al Padre en mi nombre. Sí, y

entonces empezará la obra, y el Padre preparará la vía, entre todas las naciones, por la cual su pueblo pueda volver a la tierra de su herencia".

Aquí Cristo cita en todas Sus palabras, con unas mínimas variaciones, tres revelaciones que, en Su papel de Jehová, había dado a Isaías y Malaquías, respectivamente, en una época anterior. Excepto por el ejemplo del Sermón del Monte y del sermón del templo mencionado anteriormente (y esos eran sermones en los que Jesús hablaba como Jesús y como Jehová), estas tres selecciones son los únicos ejemplos de toda la visita del Salvador al Nuevo Mundo en los que repitió capítulos enteros de lo que se había dicho en otra ocasión y, como se ha mencionado, en otro papel. El que así lo hiciera, y el que escogiera citar estos capítulos concretos, merece cierta atención.

3 NEFI 22 (COMPÁRESE CON ISAÍAS 54)

Este capítulo muestra la promesa y la devoción del Señor hacia Sión en los últimos días. Como tal, es una continuación natural de las promesas proféticas y del convenio que Cristo estaba dando a los nefitas, promesas que se cumplirían como consecuencia de la restauración del Evangelio y del recogimiento de Israel que se originaría a causa de ello.

"Regocíjate, oh estéril, la que no daba a luz; levanta canción y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto... Ensancha el sitio de tu tienda... alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas... tu descendencia... habitará las ciudades assoladas". En ocasiones por elección, y a veces por las circunstancias, Israel ha sido una mujer estéril y sin hijos que no ha dado a luz ni ha vivido a la altura de sus promesas, su potencial y sus convenios. No obstante, la desolada Israel puede - y podrá- ser fructífera, aun en la ocasión y los lugares de su esparcimiento y dispersión.

El gran movimiento de la conversión, el recogimiento y el regreso de Israel a las tierras de su herencia requerirá de estacas fuertes y grandes en Sión. El crecimiento será "a la mano derecha y a la mano izquierda", con ciudades gentiles (que probablemente quedaron desoladas por la ira "derramada sin mezcla sobre toda la tierra") habitadas por los hijos del convenio. Es de este simbolismo de la tienda/ tabernáculo de Israel en el desierto, con sus cuerdas, cortinas, límites y estacas de donde La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días toma el uso de la palabra estaca para el nombre de una de sus unidades eclesiásticas básicas.

"No temas, pues no serás confundida; y no te avergüences, porque... te olvidarás de la vergüenza de tu juventud, y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria. Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado. Porque... te llamó Jehová... (cuando fuiste) repudiada". Aun cuando ha habido esterilidad y en ocasiones falta de fidelidad, el esposo (Cristo) todavía reclamará y redimirá a Su esposa (Israel). El simbolismo de Jehová como novio y el de Israel como novia se encuentra entre una de las metáforas comúnmente empleadas en las Escrituras, y que el Señor y Sus profetas utilizan para describir la relación entre la Deidad y los hijos del convenio.

"Por un breve momento te abandoné, pero te recogeré con grandes misericordias. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo Jehová tu Redentor... he jurado que no me enojaré contra ti... Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti". En ocasiones, Cristo ha estado enfadado con todo derecho por la reincidencia de Israel, aunque siempre ha sido algo breve y temporal, "por un momento". La compasión y la misericordia siempre regresan y prevalecen de forma más firme. Los montes y los collados pueden desaparecer. Se puede secar el agua de los grandes mares. Las cosas

más improbables del mundo pueden suceder, pero la amabilidad y la paz del Señor jamás serán quitadas del pueblo del convenio. Él ha jurado firmemente que no estará enfadado con ellos para siempre.

"Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunco, y sobre zafiros te fundaré. Tus ventanas pondré de piedras preciosas, tus puertas de piedras de carbunco, y toda tu muralla de piedras preciosas". Aún durante el período subsiguiente a estos disturbios de gran aflicción, el Señor derramará bendiciones materiales y espirituales sobre Israel, incluyendo las joyas y los metales preciosos que se emplearán para edificar la Nueva Jerusalén.

"Y todos tus hijos serán enseñados por Jehová; y se multiplicará la paz de tus hijos. Con justicia serás adornada; estarás lejos de opresión, porque no temerás, y de temor, porque no se acercará a ti". Éste es un pasaje clásico y de frecuente mención que denota la paz y la libertad que vencerán al temor y que recibirán los habitantes de Sión, incluyendo, especialmente, a los hijos de aquellos que hayan hecho y guardado sus convenios.

"Si alguno conspirare contra ti, lo hará sin mí, el que contra ti conspirare, delante de ti caerá. He aquí que yo hice al herrero que sopla las ascuas en el fuego... Ninguna arma forjada contra ti prosperará... Esta es la herencia de los siervos de Jehová". Lo que generalmente se entiende como una bendición para las personas y las familias en los versículos anteriores, se convierte en una petición más colectiva para la Sión y la Iglesia de los últimos días. Siempre que se ha enseñado el Evangelio ha habido oposición, pero Dios ha establecido los límites de su influencia, y todo el que se rebele contra la verdad será condenado y finalmente caerás

Hacia el final del capítulo, la relación entre Dios y Sus hijos del convenio se ve de forma plena y poética. Considere el siguiente resumen de las promesas de Dios y de la esperanza milenaria de Israel':

LA IMPORTANCIA DE LOS REGISTROS ESCRITOS

Cristo se detuvo aquí para realzar la importancia de los escritos de Isaías en concreto, y de todas las Escrituras en general. De nuevo, y tras mandar a los nefitas que escudriñaran estos escritos diligentemente, "porque grandes son las palabras de Isaías", observó la notable amplitud de las declaraciones de este profeta, reconociendo que, en su examen de la historia y los convenios de Israel, Isaías tocó "todas las cosas concernientes [al pueblo del Señor]", el cumplimiento de lo cual se había verificado o estaba para hacerse. Este mensaje también debe ir a los gentiles, dijo Cristo, una misión lograda, al menos en parte, con la publicación y distribución del Libro de Mormón.

El Salvador destacó la importancia de las Escrituras nefitas para estos propósitos futuros a costa del sonrojo de Nefi. Al decir que Sus discípulos debían "escuchar [sus] palabras", Cristo hizo hincapié en que siempre debían escribir las cosas que Él les había dicho antes de que los gentiles las recibiesen en los últimos días a través del Libro de Mormón.

"Escudriñad los profetas", dijo, porque ellos enseñan los principios de salvación del Evangelio.

Sabiendo, gracias a Su omnisciente percepción de toda circunstancia, que algunos elementos de manifestaciones pasadas podrían no haberse registrado por completo o de forma exacta, Cristo pidió a Nefi que le llevara los anales que habían guardado. Con los registros abiertos delante de Él, el Salvador preguntó por qué no se había anotado un cumplimiento tan significativo de la profecía de Samuel el Lamanita. Samuel había profetizado que en los días de la crucifixión y resurrección de Cristo en el Viejo Mundo, muchos santos del Nuevo Mundo se levantarían de los muertos, se aparecerían y

ministrarían a muchos. El Salvador preguntó si, en efecto, Samuel había declarado esto, y Nefi prestamente reconoció que así había sido. Sin embargo, al preguntarle de nuevo Jesús en cuanto al asunto, recordó que no se había recogido por escrito el cumplimiento de dicha profecía. "¿Por qué no habéis escrito esto", preguntó el Salvador, "que muchos Santos se levantaron, y se aparecieron a muchos, y les ministraron? Y... Nefi se acordó de que aquello no se había escrito". Siguiendo las indicaciones del Salvador, se añadió de inmediato al registro y Él continuó hasta explicarles "en una todas las Escrituras" de los registros que ellos habían llevado, mandándoles enseñar las cosas que les había dado.

3 NEFI 24 Y 25 (COMPÁRESE CON MALAQUÍAS 3 Y 4)

Tras haber enseñado del libro de Isaías y haber dado ánimo para escudriñar todos los profetas, Cristo citó en su totalidad los capítulos tres y cuatro de Malaquías con el hincapié que éstos hacen en el mensaje y el mensajero "del convenio". De los pasajes de Malaquías - obviamente Lehi no disponía de ellos en la época de su partida de Jerusalén- Cristo dijo: "Estas Escrituras que no habéis tenido con vosotros, el Padre mandó que yo os las diera; porque en su sabiduría dispuso que se dieran a las generaciones futuras".

Estos capítulos son especialmente importantes para los Santos de los últimos Días a la luz del hecho de que cuando el ángel Moroni se apareció por primera vez al profeta José Smith el 21 de septiembre de 1823, "empezó a citar las profecías del Antiguo Testamento. Primero citó parte del tercer capítulo de Malaquías, y también el cuarto y último capítulo de la misma profecía, aunque variando un poco de la forma en que se halla en nuestra Biblia".

El profeta no identificó todos los versículos que Moroni citó de Malaquías 3, pero podemos suponer, sin temor a equivocarnos, que éstos habrían incluido los relativos a la Segunda Venida del Salvador.

"He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros". El mensajero más obvio que vendría para preparar el camino ante el Señor fue Juan el Bautista, pero no sólo sirvió él como precursor del Señor en la época del Nuevo Testamento, sino que también representó ese papel en los últimos días. El 15 de mayo de 1829, se apareció a José Smith y Oliver Cowdery y restauró el Sacerdocio Aarónico en preparación para otros subsiguientes y mayores poderes del sacerdocio, incluyendo las llaves y las ordenanzas del santo templo y la visita del Salvador a ese lugar. En un momento de gran manifestación espiritual en el que estaban regresando a la tierra muchas llaves y poderes, Cristo, que es el gran "mensajero del convenio", vino al primer templo de esta dispensación, en Kirtland, Ohio, el 3 de abril de 1836. También ha ido a otros templos y continuará haciéndolo particularmente en Jerusalén y en el condado de Jackson, Misuri, como parte de la culminación de Su majestuosa Segunda Venida.

"¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví... y traerán a Jehová ofrenda en justicia". El regreso del Salvador será una experiencia refinadora y purificadora por fuego. Los justos perseverarán y serán purificados por esta llama de verdad, mientras que los inicuos arderán como rastrojo, incapaces de soportar sus insaciables demandas. En ese momento milenario, los hijos de Leví (la tribu de Israel que tenía la primogenitura del ministerio del Sacerdocio Aarónico) serán purificados y restaurados a sus antiguos deberes.

Una de sus "ofrendas", tal y como enseñó el profeta José Smith, es un libro de memorias que será presentado al Señor "en su Santo templo... un libro que contenga el registro de

nuestros muertos, el cual sea digno de toda aceptación". El profeta también enseñó que estos deberes levíticos incluirían el sacrificio de animales como "una ofrenda en justicia" al Señor en el templo de la Nueva Jerusalén, quizás como parte de un ejercicio final en el que los diversos elementos y ordenanzas de todas las dispensaciones anteriores serán reunidos, al menos simbólicamente, en este triunfante momento final de la Dispensación del Cumplimiento de los Tiempos, cuando la finalización de este mundo y de su obra se presente a su justo Señor de señores y Rey de reyes".

El templo al que acuda el Señor será un lugar para "vuestras unciones y lavamientos, y vuestros bautismos por los muertos, y vuestras asambleas solemnes y memoriales para vuestros sacrificios por medio de los hijos de Leví". El que estas ordenanzas del sacerdocio y los poseedores de éste sean de importancia en la restauración del Evangelio se desprende de la bendición que Juan el Bautista dio a José Smith y Oliver Cowdery: "Sobre vosotros, mis consiervos, en el nombre del Mesías, confiero el Sacerdocio de Aarón, el cual tiene las llaves del ministerio de ángeles, y del evangelio de arrepentimiento, y del bautismo por inmersión para la remisión de pecados; y este sacerdocio nunca más será quitado de la tierra, hasta que los hijos de Leví de nuevo ofrezcan al Señor un sacrificio en rectitud".

"Y vendré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo... Os habéis apartado de mis leyes, y no las guardasteis. Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros... ¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado. Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. El Señor declara Su ira no sólo contra los hechiceros, los adúlteros y los que juran mentira en cualquier forma, sino también contra los que no son generosos con el jornalero, el extranjero, la viuda y el huérfano. Al llamar a los que se han desviado para que regresen, les habla del bien que se podría hacer con estos necesitados si hubiera "alimento en mi casa". Si los diezmos y las ofrendas no vuelven al Señor, sabiendo por un lado que son Suyos de pleno derecho, entonces la gente y la tierra son malditos con maldición, los frutos de la viña son destruidos y la productividad de los campos es arrasada. Aquellos que extiendan su mano a la viuda y al huérfano mediante una ofrenda concedida libremente, recibirán bendiciones inconmensurables, una "bendición hasta que sobreabunde".

"Vuestras palabras contra mí han sido violentas, dice Jehová... Habéis dicho: Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos? Decimos, pues, ahora: Bienaventurados son los soberbios, y los que hacen impiedad no sólo son prosperados, sino que tentaron a Dios y escaparon... Y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe... Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve".

Uno de los retos de los fieles es el darse cuenta de que a veces los que no son obedientes y dignos parecen recibir tanto o más de las bendiciones temporales de la vida como aquellos que se sacrifican y prestan servicio. Cristo acababa de hablar de este asunto a los nefitas en el sermón del templo cuando les recordó que Dios "hace salir su sol sobre los malos y sobre los buenos". Los santos deben ser fieles hasta el fin sin preocuparse demasiado por lo que haga su prójimo. Deben obedecer los mandamientos porque son llamados a hacerlo y porque tienen que hacerlo, sin importarles la reacción de los demás. Indudablemente, los infieles también verán el sol brillar sobre sus cabezas, puede que en ocasiones de forma más abundante que sobre las cabezas de los justos. Mas la fe y la devoción de los fieles quedan grabadas en el libro de la vida del Cordero, y

llegará el día cuando sean contados entre el tesoro de Dios. En ese día importará mucho quién fue justo y quién inicuo, quién sirvió a Dios y quién no lo hizo. Mientras tanto, todos debemos recordar que Dios no hace un balance anual en septiembre.

"Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa". Ésta es la continuación del tema que comenzara en el capítulo tres, recordándonos que ciertamente vendrá un fuego refinador. Entre aquellos que sean destruidos estarán los injustos que parecieron prosperar tanto en las cosas temporales, más incluso que sus muy fieles vecinos, pero que no entregaron sus diezmos y ofrendas a los necesitados ni sirvieron al Señor en rectitud. Éstos son aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de memorias, el libro de la vida del Cordero, y que no serán preservados "como el hombre que perdona a su hijo que le sirve".

"He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición". Al citar este pasaje al profeta José Smith, el ángel Moroni lo modificó para hablar de "las promesas hechas a los padres", sin cuyo cumplimiento "toda la tierra sería totalmente asolada a su venida". Dios hizo estas promesas a los antiguos patriarcas - Adán, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, etc. - y sin duda alguna nosotros las hemos hecho a nuestros padres y madres en línea directa, aquellos que vinieron a la tierra antes de que se restaurara el Evangelio, pero a quienes prometimos proporcionar sus ordenanzas de salvación.

La capacidad para cumplir ambos tipos de promesas se hizo posible gracias a la visita de Elías el profeta a José Smith y a Oliver Cowdery en el Templo de Kirtland el 3 de abril de 1836, donde restauró los poderes selladores mediante los cuales las ordenanzas que sean selladas en la tierra lo serán también en el cielo. Esto afectaría a todas las ordenanzas del sacerdocio, pero es especialmente importante para el sellamiento de las familias por todas las generaciones del tiempo, eslabón sin el cual no podrían existir lazos familiares en las eternidades, y de hecho la familia del hombre quedaría en la eternidad sin "raíz [antepasados] ni rama [descendientes]".

Así como el que una familia esté sellada, unida y salvada celestialmente es el objetivo final de Dios para la vida terrenal, cualquier fracaso en este aspecto supondría una maldición, dejando el plan de salvación asolado por completo. Cuando Elías

se apareció en el Templo de Kirtland, afirmó que lo hacía en cumplimiento de la profecía hablada "por boca de Malaquías".

LOS ÚLTIMOS DIAS

Cuando Cristo hubo concluido esta instrucción importante y fundamental sobre los asuntos más elevados del sacerdocio y de la obra de los santos en los días de Su segunda venida, mencionó que el Padre le había indicado que compartiese estos pasajes concretos porque "en su sabiduría dispuso que se dieran a las generaciones futuras". Con este contexto presente, Cristo expuso "todas las cosas aun desde el principio hasta la época en que él viniera en su gloria".

A modo de resumen y culminación, Cristo profetizó de los últimos días cuando los elementos se fundirían con un calor ardiente, la tierra se desplegaría como un rollo y los cielos y la tierra dejarían de ser. Todo pueblo, reino, nación y lengua permanecerá entonces ante Dios para ser juzgado por sus obras.

Mormón escribió en cuanto a este magnífico sermón sobre los "últimos días", que tan estrechamente está relacionado con los tres capítulos de Isaías y Malaquías: "No puede escribirse en este libro ni la centésima parte de las cosas que Jesús verdaderamente

enseñó al pueblo". No obstante, reconoció que en las planchas mayores de Nefi (de donde se estaba tomando "este libro" de material compendiado) se hallaba registrada "la mayor parte" de las enseñanzas de Cristo.

A Mormón le consoló el que "la menor parte de lo que [Cristo] enseñó al pueblo - y que él había escrito- sería de valor cuando saliera entre los gentiles. Si recibían sus escritos (el actual Libro de Mormón) para fortalecer su fe, les serían manifestadas aun las cosas mayores, es decir, las lecciones más extensas que Cristo enseñó a los nefitas. Mormón reconoció que estaba a punto de escribir todo lo que se había enseñado, "pero el Señor lo prohibió, diciendo: Pondré a prueba la fe de mi pueblo".

Al fin de esta poderosa enseñanza doctrinal, Cristo volvió Su mirada sobre la gente y con un toque gentil "enseñó y ministró a los niños de la multitud de que se ha hablado; y soltó la lengua de ellos, y declararon cosas grandes y maravillosas a sus padres, mayores aun que las que él había revelado al pueblo; y desató la lengua de ellos de modo que pudieron expresarse".

Nos asombramos de las maravillosas palabras habladas a estos niños y que en cierta forma podrían haber sido "mayores aun que las que él había revelado al pueblo". Había hablado sobre la fe, el arrepentimiento, el bautismo, el don del Espíritu Santo, la oración, la Santa Cena, la ley de Moisés, el esparcimiento y posterior recogimiento de Israel, el Libro de Mormón, la plenitud del convenio, la obra del sacerdocio y Su Segunda Venida, sólo por nombrar unos pocos de los temas principales. Qué les dijo a los niños que fuera mayor que esto es un asunto de indescriptible asombro. Y en medio de estos sentimientos, Cristo ascendió al cielo, poniendo fin al día segundo: "[Volvió] al Padre, después de haber sanado a todos sus enfermos y sus cojos, y abierto los ojos de los ciegos, y destapado los oídos de los sordos, y aun había efectuado toda clase de sanidades entre ellos, y resucitado a un hombre de entre los muertos, y manifestado a ellos su poder".

CAPITULO TRECE

CRISTO EN EL NUEVO MUNDO: DÍA TERCERO Y SIGUIENTES

La secuencia y la circunstancia del tercer día del ministerio de Cristo entre los nefitas no está enteramente clara en el texto que tenemos, pero Mormón registró que "el Señor verdaderamente enseñó al pueblo por espacio de tres días; y tras esto, se les manifestaba con frecuencia, y partía pan a menudo, y lo bendecía, y se lo daba.

Aparentemente, al fin del segundo día - un día en el que Cristo levantó a un hombre de los muertos, dándonos así un ejemplo significativo de lo que Mormón no pudo o no se le permitió escribir- el pueblo se reunió en la mañana del tercer día para recibir las enseñanzas del Maestro. Tal y como había hecho en los días primero y segundo, de nuevo ministró a los niños, desatando sus lenguas y llenando sus corazones con verdades espirituales. Como consecuencia, no sólo los niños, sino también los bebés, "abrieron su boca y hablaron cosas maravillosas; y las cosas que dijeron, se prohibió que hombre alguno las escribiera".

Resulta significativo que en cada uno de los tres días de Su ministerio nefita, Cristo tuviera una extraordinaria experiencia espiritual con los niños. Estas experiencias, las cuales unen entre sí cada uno de los días del ministerio a los nefitas, resaltan de nuevo la verdad que Cristo enseñó en el Viejo Mundo y en el Nuevo: que "de los tales es el reino de los cielos".

A partir de ese momento, los discípulos empezaron a enseñar, bautizar y conferir el Espíritu Santo a todos aquellos que buscaran tales privilegios. Los nuevos conversos y los niños, con quienes se asemejan de tantas maneras, "vieron y oyeron cosas indecibles, que no es lícito escribir". Con semejante conversión e infusión del Espíritu, desaparecieron todo egoísmo y vanidad, y ellos "enseñaron y se ministraron el uno al otro; y tenían todas las cosas en común, todo hombre obrando en justicia uno con otro. Y sucedió que hicieron todas las cosas, así como Jesús se lo había mandado".

EL NOMBRE DE LA IGLESIA

A medida que pasaban los días, los discípulos "andaban viajando y predicando las cosas que habían oído y visto" enseñar a Jesús. En una ocasión que estaban reunidos y unidos en "poderosa oración y ayuno", Jesús se les volvió a mostrar, una manifestación dramática del poder inherente a esta antigua práctica de volverse por completo, física y espiritualmente, a Dios'.

Obviamente, motivado por la fe y la ferviente súplica de ellos, el Señor hizo de inmediato la pregunta que siempre hace la Deidad: "¿Qué queréis que os dé? "

De todas las respuestas que se podrían dar a este generoso ofrecimiento, aprendemos mucho sobre la pureza de aquellos corazones nefitas al no pedir bendiciones temporales, sino la resolución de una controversia surgida en la familia de la Iglesia: "¿Cuál debería ser el nombre de la Iglesia?".

Cristo pareció sorprenderse porque hubiera semejante confusión respecto a ese asunto, a la vista del hecho de que era Su nombre el que habían tomado sobre sí y que sólo mediante Su nombre iban a ser llamados y salvos.

"Cualquier cosa que hagáis, la haréis en mi nombre", contestó, "de modo que daréis mi nombre a la iglesia". La lógica era aplastante. "¿Cómo puede ser mi iglesia salvo que lleve mi nombre?", preguntó el Salvador. Si la iglesia del Señor recibiera el nombre de Moisés, o de cualquier otro hombre, debe ser una iglesia de hombres. Pero si recibe el nombre de Cristo, dijo el Señor, "entonces es mi iglesia, si es que están fundados sobre

mi evangelio". Por lo que, "si es que la iglesia está edificada sobre mi evangelio, entonces el Padre manifestará sus propias obras en ella". Este principio se volvió a confirmar en la revelación de los últimos días cuando el Señor dijo: "Así se llamará mi iglesia en los postreros días, a saber, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días"".

La relación del Padre con el Hijo y con la iglesia del Hijo se esboza un poco más en la sugerencia del Señor a los nefitas respecto a la oración: "Y en mi nombre pediréis al Padre que bendiga a la iglesia por mi causa... Si pedís al Padre, por la iglesia, si lo hacéis en mi nombre, el Padre os escuchará".

Este hincapié en el Evangelio y en la primacía del Padre para bendecir todo lo que se haga en nombre del Hijo, proporciona el contexto para la que sería la última declaración de Cristo sobre Su Evangelio, pues concluyó Su visita a los nefitas tal y como la había comenzado: con la declaración fundamental de que había venido al mundo para hacer la voluntad del Padre.

"Mi Padre me envió para que fuese levantado sobre la cruz; y que después de ser levantado sobre la cruz", dijo, "pudiese atraer a mí mismo a todos los hombres, para que así como he sido levantado por los hombres, así también los hombres sean levantados por el Padre, para comparecer ante mí..."

"Y por esta razón he sido levantado; por consiguiente, de acuerdo con el poder del Padre, atraeré a mí mismo a todos los hombres, para que sean juzgados según sus obras".

El ceder a la voluntad divina y obedecerla, aun en medio de nuestros momentos de sufrimiento, cualquiera que sea el precio, es la clave para ser "levantados" en el último día:

"Cualquiera que se arrepienta y se bautice en mi nombre, será lleno [del Espíritu Santo]"; y si persevera hasta el fin, he aquí, yo lo tendré por inocente ante mi Padre el día en que me presente para juzgar al mundo.

"Y aquel que no persevera hasta el fin, éste es el que también es cortado y echado en el fuego..."

"Nada impuro puede entrar en su reino; por tanto, nada entra en su reposo, sino aquellos que han lavado sus vestidos en mi sangre, mediante su fe, y el arrepentimiento de todos sus pecados y su fidelidad hasta el fin".

Como siempre, se nos proporciona ayuda para el camino. Los que hacen este esfuerzo de perseverar fielmente serán santificados al recibir el Espíritu Santo, el don principal por el que habían estado orando estos nefitas, una fuente de consuelo, fortaleza y guía que se concede libremente a los hijos del convenio. Con su ayuda podemos "[someternos] a cuanto el Señor juzgue conveniente imponer sobre [nosotros]".

Cristo en Getsemaní y en el Calvario es el gran ejemplo de sumisión, obediencia, fidelidad y perseverancia, en definitiva, de ver las cosas hasta el final. Estos momentos a ultranza de la vida y la muerte del Salvador, deben ser nuestro norte y guía, nuestra fórmula fundamental para vivir el Evangelio: "Éste es mi evangelio; y vosotros sabéis las cosas que debéis hacer en mi iglesia; pues las obras que me habéis visto hacer, éstas también las haréis; porque aquello que me habéis visto hacer, eso haréis vosotros..."

"Por lo tanto, ¿qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aún como yo soy"".

La obediencia y la sumisión hasta el fin, incluyendo cualquier tipo de sufrimiento físico o espiritual que conlleve, son la clave de nuestras bendiciones y salvación. Tanto en el sufrimiento como en el servicio, debemos estar dispuestos a ser como nuestro Salvador.

Con ese gran llamado a la obediencia y la perseverancia, Cristo hizo una promesa basada

en la respuesta del Padre a las súplicas y deseos de los nefitas:

"Y ahora voy al Padre. Y de cierto os digo, cualesquiera cosas que pidáis al Padre en mi nombre, os serán concedidas.

Por consiguiente, pedid, y recibiréis; llamad, y se os abrirá; porque el que pide, recibe; y al que llama, se le abrirá".

LOS TRES NEFITAS TRASLADADOS

Cuando les dio esta promesa general, y percibiendo que los doce discípulos podían tener deseos personales más específicos, Jesús les preguntó uno por uno: "¿Qué es lo que deseáis de mí después que haya ido al Padre?".

Nueve de ellos pidieron el privilegio de un regreso rápido y seguro al lado del Salvador tras haber completado sus ministerios en la tierra, lo cual el Maestro les garantizó al término de su estadía designada en la vida terrenal: setenta y dos años.

Los tres discípulos restantes se mostraron reacios a expresar sus deseos. Después de todo, quién no desearía estar en la presencia del Salvador lo antes posible (y por mucho tiempo). Desear lo contrario a esto podría ciertamente ser mal interpretado.

Pero Jesús percibió sus pensamientos y les concedió de acuerdo con lo que deseaban: permanecer en la tierra en un estado trasladado para avanzar la obra del ministerio hasta la Segunda Venida del Salvador. Al concederles esta petición desinteresada, Cristo les dijo que ése había sido también el deseo del apóstol Juan, y que ellos "nunca [probarán] la muerte", sino que, más bien, "[vivirán] para ver todos los hechos del Padre para con los hijos de los hombres" hasta Su regreso en gloria.

Mormón se refirió a este cambio que sobrevino a los tres nefitas como una "transfiguración", pues tuvieron una experiencia transfiguradora. Sin embargo, la comprensión más tradicional del estado de estos tres es que eran seres "trasladados".

Una persona que es transfigurada es llevada temporalmente a una experiencia celestial más elevada, como lo fueron Pedro, Santiago y Juan, y luego es devuelta a un estado normal y telestial. Como se indica más arriba, estos tres nefitas, como parte de su experiencia de traslación, también fueron transfigurados, llevados al cielo, donde "oyeron y vieron cosas inefables.

"Y se les prohibió hablar; ni tampoco les fue dado el poder para declarar las cosas que vieron y oyeron".

Esta circunstancia y esta promesa eran tan nuevas para Mormón, las cuales estaba leyendo y escribiendo casi cuatrocientos años después de sucedidas, que en un principio desconocía si los tres "estaban en el cuerpo o fuera del cuerpo" durante esta experiencia celestial, o si habían sido cambiados permanentemente de la mortalidad a la inmortalidad.

Tan conmovido quedó Mormón por esta promesa y el relato de los hechos, que inquirió al Señor sobre los tres, y en respuesta el Señor le informó que los seres trasladados todavía son mortales, pero que se verifica, en sus cuerpos un cambio especial, más permanente que la transfiguración, "a fin de que no padeciesen dolor ni pesar, sino por los pecados del mundo... De modo que Satanás no tuviera poder sobre ellos, para que no pudiera tentarlos; y fueron santificados en la carne, a fin de que fuesen santos, y no los pudiesen contener los poderes de la tierra".

Esta condición terrestre, sin embargo, no iba a ser su estado final, pues cuando Cristo venga serán cambiados de la mortalidad a la inmortalidad en una transición instantánea y semejante a la muerte, "en un abrir y cerrar de ojos". Éste sería un "cambio mayor" que el

de la traslación, un cambio permanente que los alejaría de la muerte y los sujetaría "en el reino del Padre para nunca más salir, sino para morar con Dios eternamente en los cielos".

Tras la manifestación celestial que se concedió a estos nefitas, y que incluía en su caso tanto una traslación como una transfiguración, los tres regresaron al ministerio entre su pueblo, enseñando, bautizando y confiriendo el Espíritu Santo. No se podían edificar prisiones lo suficientemente fuertes para retenerlos. No se podían cavar fosos lo bastante profundos para enterrarlos. Por tres veces fueron echados en un horno y por tres veces salieron de él sin daño. En dos ocasiones fueron arrojados a un foso de bestias feroces, sólo para jugar con ellas como un niño juega con un cordero, sin recibir daño alguno. Esto no resulta sorprendente cuando recordamos que ellos (¿y también estos animales?) existían ahora en un estado terrestre. Cuando la tierra regrese a su gloria paradisiaca, el cordero se recostará con el león, y todos serán capaces de obrar así.

Estos tres nefitas continúan actualmente en su estado trasladado, tal y como se hallaban cuando iban por las tierras de Nefi. Mormón estuvo a punto de revelar sus nombres a los lectores de los últimos días, pero el Señor le prohibió hacerlo.

Sin embargo, estos tres ministraron a Mormón y a Moroni, y se hallan hoy ministrando a los judíos, a los gentiles y a las tribus esparcidas de Israel, sí, a toda nación, tribu, lengua y pueblo.

Mormón comentó: "Son como los ángeles de Dios; y si ruegan al Padre en el nombre de Jesús, pueden manifestarse a cualquier hombre que les parezca conveniente.

"Por tanto, ellos efectuarán obras grandes y maravillosas".

EL LLAMADO A HACER CONVENIO

Cristo concluyó Su visita al Nuevo Mundo tocando con Su dedo a los nueve que no tuvieron los mismos privilegios y protección especiales que los otros tres, y luego "partió", dejando la promesa y la transformación de los Tres Nefitas como una declaración simbólica de "las obras maravillosas de Cristo" y las palabras de salvación que quedarían con Sus siervos para ser enviadas a todo pueblo.

Mormón concluyó su descripción de esta majestuosa experiencia con el "mensajero del convenio" dando testimonio de que cuando llegue a los gentiles una relación de Su visita (en la forma del Libro de Mormón), entonces todos podrán saber que el convenio y las promesas hechas al Israel de los últimos días están "[empezando] a cumplirse".

Mormón dio cinco advertencias contra cualquier tentación de restar importancia o negar el convenio de Dios con la casa de Israel, un convenio que había sido declarado por el Hijo de Dios mismo. En los últimos días nadie debía desdeñar los hechos del Señor, negar a Cristo y Sus obras, las revelaciones del Señor y los dones del Espíritu Santo, los milagros de Cristo; ni mofarse, despreciar o burlarse de los judíos ni de cualquier otro resto de la casa de Israel.

El convenio de Dios será preservado junto con todo el pueblo del convenio. Nadie será capaz de "volver la mano derecha del Señor a la izquierda" en cuanto a este asunto. Y el llamado a los gentiles - para quienes la visita de Cristo a los nefitas, según se publicó en el Libro de Mormón, es la declaración definitiva de los últimos días - es para que reciban el mismo convenio y las mismas promesas.

Cuando se bajó el telón sobre este gran drama de tres días en la historia del Nuevo Mundo, Mormón registró:

"¡Oíd, oh gentiles, y escuchad las palabras de Jesucristo, el Hijo del Dios viviente, las

cuales él me ha mandado que hable concerniente a vosotros! Pues he aquí, él me manda escribir, diciendo:

"¡Tornaos, todos vosotros gentiles, de vuestros caminos de maldad; y arrepentíos de vuestras obras malas, de vuestras mentiras y engaños, y de vuestras fornicaciones, y de vuestras abominaciones secretas, y vuestras idolatrías, y vuestros asesinatos, y vuestras supercherías sacerdotales, y vuestras envidias, y vuestras contiendas, y de todas vuestras iniquidades y abominaciones, y venid a mí, y sed bautizados en mi nombre para que recibáis la remisión de vuestros pecados, y seáis llenos del Espíritu Santo, para que seáis contados entre los de mi pueblo que son de la casa de Israel!".

DESPUÉS

CAPITULO CATORCE EL DON CELESTIAL Y LOS PECADOS DEL MUNDO

Lo que ocurrió en los años siguientes al ministerio personal de Cristo entre los nefitas, incluyó las mejores y las peores épocas que ni siquiera Charles Dickens podría haber imaginado. Para nuestro entender, nunca ha habido una secuencia histórica semejante a ésta, ni antes ni después.

Inmediatamente después de la ascensión de Cristo al cielo, los discípulos a los que había comisionado para ministrar al pueblo "[establecieron] una iglesia de Cristo en todas las tierras circunvecinas. En estas ramas del reino enseñaron los primeros principios y ordenanzas del Evangelio viendo cómo la gente se arrepentía de sus pecados, entraba en las aguas del bautismo y recibía el don del Espíritu Santo.

Tan notable fue su éxito, que en dos breves años se había convertido la gente de toda la tierra, nefitas y lamanitas. Era como una época celestial, donde "no había contenciones ni disputas entre ellos", y todo hombre obraba rectamente con su prójimo. "Y tenían en común todas las cosas; por tanto no había ricos ni pobres, esclavos ni libres, sino que todos fueron hechos libres, y participantes del don celestial".

Tan grandes eran las obras efectuadas por los discípulos de Cristo que "sanaban a los enfermos, y resucitaban a los muertos, y hacían que los cojos anduvieran, y que los ciegos recibieran su vista, y que los sordos oyeran". Estos fieles seguidores efectuaban todo tipo de milagros "y no obraban milagros salvo que fuera en el nombre de Jesús".

Inevitablemente, llegó la prosperidad. Se reconstruyó Zarahemla, y otras ciudades que resultaron quemadas, o de otro modo asoladas durante la destrucción ocurrida a la crucifixión de Cristo, fueron reconstruidas, renovadas o restablecidas. La gente se casaba y se multiplicaba y era bendecida "de acuerdo con la multitud de las promesas que el Señor les había hecho". Tras haber dejado atrás la ley de Moisés, "se guiaban por los mandamientos que habían recibido de su Señor y su Dios, perseverando en el ayuno y en la oración, y reuniéndose a menudo, tanto para orar como para escuchar la palabra del Señor". Al no existir contención alguna entre las personas, se obraron grandiosos milagros. Aun después de pasados cien años del nuevo calendario (desde la señal del nacimiento de Cristo), no había contención en la tierra "a causa del amor de Dios que moraba en el corazón del pueblo".

"No había envidias, ni contiendas, ni tumultos, ni fornicaciones, ni mentiras, ni asesinatos, ni lascivias de ninguna especie" entre ellos. Esta vida recta les bendijo con paz y el rasgo más característico de todos: "Ciertamente no podía haber un pueblo más dichoso entre todos los que habían sido creados por la mano de Dios". No había ladrones ni asesinos, no había lamanitas ni "ninguna especie de -itas", sino que eran "uno, hijos de Cristo y herederos del reino de Dios". Mormón escribió con nostalgia, (pues vivió para ver los años posteriores a éstos): "¡Y cuán bendecidos fueron! Porque el Señor los bendijo en todas sus obras".

Pero entonces, en el año 184 después del nacimiento de Cristo, exactamente ciento cincuenta años después de Su ministerio en el Nuevo Mundo, "una pequeña parte del pueblo... se había rebelado contra la iglesia". Ése fue el principio del fin de la sociedad nefita. Tardó varios años en ocurrir y varias páginas de la historia del Libro de Mormón para registrarlos, pero esas palabras marcaron el fin de una gran época precristiana en el Nuevo Mundo con la cual habían soñado y profetizado tantos profetas y por la cual tantos habían muerto. Con esa frase, la saga que conocemos como el Libro de Mormón comenzó a acercarse a su fin.

Pasados doscientos años, el movimiento que se alejaba de los principios de Sión contenidos en las enseñanzas de Cristo era inexorable: "Empezó a haber entre ellos algunos que se ensalzaron en el orgullo, tal como el lucir ropas costosas, y toda clase de perlas finas, y de las cosas lujosas del mundo. Y de ahí en adelante ya no tuvieron sus bienes y posesiones en común entre ellos. Y empezaron a dividirse en clases; y empezaron a establecer iglesias para sí con objeto de lucrar; y comenzaron a negar la verdadera iglesia de Cristo".

Aunque "profesaban conocer al Cristo", estas iglesias falsas negaban los elementos esenciales del Evangelio, toleraban la iniquidad entre ellas, "y administraban lo que era sagrado a quienes les estaba prohibido por motivo de no ser dignos". Estas iglesias se multiplicaron a causa de su iniquidad y del poder de Satanás, "que se apoderó de sus corazones".

Las iglesias apóstatas persiguieron a la verdadera iglesia de Cristo y se volvieron en contra de los Tres Nefitas, los cuales intentaban trabajar entre ellas. A pesar de la protección de Dios a estos discípulos, los enemigos de la rectitud endurecieron sus corazones y, junto con "muchos sacerdotes y profetas falsos", cometieron todo tipo de iniquidades".

Para el año 234, los incrédulos eran más numerosos que el pueblo de Dios. Estos inicuos, nuevamente llamados lamanitas, comenzaron a recuperar las combinaciones secretas de Gadiantón; pero lo más trágico es que los justos, aquellos que se habían llamado nefitas, "empezaron a tener orgullo en su corazón, a causa de sus inmensas riquezas, y se envanecieron igual que sus hermanos, los lamanitas". De esta forma, tanto el pueblo de Nefi como los nuevos lamanitas llegaron a ser extremadamente inicuos, iguales los unos a los otros. En tal circunstancia es un doloroso eufemismo decir que los Tres Nefitas "empezaron a afligirse... por los pecados del mundo".

El gadiantonismo se extendió de forma constante hasta que finalmente no hubo ninguna persona recta a excepción de los tres discípulos de Jesús. ¿Y los demás? "Acumulaban y guardaban oro y plata en abundancia; y traficaban en mercaderías de toda clase".

El último registrador de este período, Ammarón, siendo impulsado por el Espíritu Santo, escondió finalmente los escritos sagrados de sus antepasados que se habían ido transmitiendo tan fielmente de una generación a otra. Sin ningún otro público que prestara atención a lo que se les había enseñado y transmitido, hay que ver cómo la frase "de generación en generación" nos trae de forma dolorosa el recuerdo de aquel primer uso que Nefi hizo de esta misma expresión. Sólo quedaron un padre fiel y su hijo para leer las planchas, protegerlas, compendiarlas, y transmitir su mensaje a los de un día postrero. Mormón y Moroni sólo podían escribir para una generación que aún no había nacido, la de la dispensación del cumplimiento de los tiempos, la cual, si así lo deseaba, podría oír la voz de este registro hablando "como uno que clamaba de entre los muertos, sí, como uno que hablaba desde el polvo".

CAPÍTULO QUINCE

UN CORAZÓN EMBARGADO DE TRISTEZA

En una de las escenas más solitarias de todo el registro de las Escrituras, un soldado silencioso y trabajado por la guerra miró a través del tiempo y de la indecible tragedia de su familia y seguidores. Mormón, el hombre destinado desde antes de la fundación del mundo a compendiar y resumir la historia nefita - y al hacerlo, inmortalizar su nombre para siempre con este testimonio adicional de Jesucristo- inspeccionó las bajas de una nación que se había alejado del Señor. A pesar de lo aleccionador que es el relato, no nos proporciona una relación completa de todo el pecado y la tristeza que Mormón había contemplado. De hecho, semejante relato probablemente habría sido imposible de registrar, pues tal y como escribió el general y profeta, "desde que he sido capaz de observar las vías de los hombres, ha estado delante de mis ojos una escena continua de maldades y abominaciones.

"Y ¡ay de mí por causa de sus iniquidades; porque mi corazón se ha visto lleno de pesar por razón de sus maldades, todos mis días!".

De hecho, "todos [sus] días" había incluido una parte importante de la historia nefita, un período en que el joven Mormón había sido llamado para servir en su más tierna juventud. Debido a que era un "niño serio, y presto para observar", se le llamó para prepararse a la tierna edad de diez años. Dios tenía una obra para él.

La destrucción de toda una nación ocurriría en su breve pero significativa vida. A la edad de once años, Mormón recordó que la ciudad central de los nefitas, Zarahemla, estaba "cubierta de edificios, y los habitantes eran casi tan numerosos como las arenas del mar".

Mas la iniquidad comenzó a prevalecer en la tierra hasta el punto de que "el Señor retiró a sus amados discípulos [los tres nefitas trasladados], y cesó la obra de milagros y sanidades debido a la iniquidad del pueblo.

"Y no hubo dones del Señor, y el espíritu Santo no descendió sobre ninguno, por causa de su iniquidad e incredulidad".

Un Mormón ya maduro, a la edad de quince años, quedó al margen del pecado que le rodeaba y se elevó sobre la desesperación de su época. Consecuentemente, "[fue visitado por] el Señor, y [probó y conoció] la bondad de Jesús", intentando valientemente predicar a su pueblo. Pero, como a veces hace Dios con aquellos que con tanta ligereza le rechazan, Mormón vio cómo su boca le era cerrada literalmente. Se le prohibió predicar a una nación que se rebeló conscientemente contra su Dios. Estas personas habían rechazado los milagros y los mensajes que les transmitieron los tres discípulos nefitas trasladados, quienes también habían visto silenciado su ministerio y fueron llevados del país al que se les había enviado.

Permaneciendo entre estas personas, pero silenciado en su testimonio, Mormón, de gran estatura física, fue un ejemplo tal para la gente, que lo designaron para liderar el ejército nefita a los dieciséis años de edad. Pero esta tarea fue en vano. Los siempre presentes ejércitos lamanitas pasaron factura a la nación nefita.

Casi tan destructivo como el derramamiento de sangre sobre el campo de batalla, fue el desgarramiento de la fibra social que se produjo en el hogar. También aquí la falta de fidelidad de un pueblo había convertido en caótica la vida de la comunidad. "Porque he aquí", escribió Mormón, "nadie podía conservar lo que era suyo, por motivo de los ladrones, y los bandidos, y los asesinos, y las artes mágicas, y las brujerías que había en la tierra. En tales circunstancias, hubo "quejidos y lamentaciones" entre el pueblo. Pero para sorpresa de Mormón, esta lamentación no era para arrepentimiento ni tampoco era el

reconocimiento de las rectas sendas de Dios. Más bien se trataba del "pesar de los condenados, porque el Señor no siempre iba a permitirles que hallasen felicidad en el pecado".

"Y no venían a Jesús con corazones quebrantados y espíritus contritos, antes bien, maldecían a Dios, y deseaban morir".

Es en este momento de la historia nefita, - novecientos cincuenta años después de que todo comenzara, y un poco más de trescientos años después de la visita del Hijo de Dios- que Mormón se dio cuenta de que la historia había terminado. Puede que con el estilo más estremecedor con el que jamás escribiera, Mormón afirmó con sencillez: "Vi que el día de gracia había pasado para ellos, tanto temporal como espiritualmente". Su pueblo había aprendido la más fatídica de todas las lecciones: que el Espíritu de Dios no siempre luchará con el hombre; que es posible, tanto colectiva como individualmente, que el tiempo se agote. El día de arrepentimiento puede pasar, y había pasado para los nefitas. Sus números estaban siendo "talados en rebelión manifiesta contra su Dios", y en una metáfora casi demasiado vívida en su comentario moral, eran "amontonados como estiércol sobre la superficie de la tierra".

Aun en medio de los breves momentos de los pasajeros triunfos nefitas, Mormón se lamentaba: "La fuerza del Señor no estaba con nosotros; sí, nos vimos abandonados a tal grado que el Espíritu del Señor no moraba en nosotros; por tanto, nos habíamos vuelto débiles como nuestros hermanos".

El Señor mandó a Mormón: "Clama a este pueblo: Arrepentíos, y venid a mí, y sed bautizados, y estableced de nuevo mi iglesia, y seréis preservados". Y Mormón clamó: "Pero fue en vano; y no comprendieron que era el Señor el que los había librado, y les había concedido una oportunidad para arrepentirse. Y he aquí, endurecieron sus corazones contra el Señor su Dios".

En cierta ocasión, Mormón se negó por completo a ser el comandante y líder de un pueblo tan inicuo, ignorante e inclinado a la autodestrucción. Fue una época desoladora para él porque éste era su pueblo, y lo amaba. De hecho, lo amaba "con todo [su] corazón". Es más, había derramado su alma en oración "todo el día", pero semejante oración devota - y apenas podemos imaginar un esfuerzo más amoroso y fiel en favor de un pueblo- fue, según palabras del propio Mormón, pronunciada "sin fe" a causa de la dureza de corazón del pueblo.

Ante tal frustración y pesar, se negó a ser el líder de un ejército que no se arrepentía y se negó a salir contra sus enemigos. Por mandato del Señor, fue un "testigo pasivo" de su propia generación mientras escribía para una época futura las lecciones que su pueblo no había sabido aprender.

Mormón escribió a los descendientes de las doce tribus de Israel, incluyendo aquellos en "la tierra de Jerusalén" y a los de su tierra, que "toda alma que pertenece a la familia humana de Adán" debe "comparecer ante el tribunal de Cristo... para ser [juzgada] por [sus] obras, ya sean buenas o malas". También escribió que todos los de los últimos días podrían "[ver] en el evangelio de Jesucristo", un Evangelio que estaría entre el pueblo debido en parte a lo que él había escrito; un testimonio no sólo a los gentiles y a los descendientes de Lehi en el Nuevo Mundo, sino también a los judíos, "el pueblo del convenio del Señor". El Libro de Mormón sería para todos ellos otro testimonio de que Jesús "era el verdadero Cristo y el verdadero Dios".

A medida que Mormón continuaba mirando más allá de la tragedia que había ante él, hacia una generación que esperaba se beneficiase de sus errores, la constante destrucción continuaba incólume. Mormón estaba confuso no sólo por lo que vio, sino por lo que debía - y no debía- escribir:

"Yo, Mormón, no deseo atormentar las almas de los hombres, pintándoles tan terrible escena de sangre y mortandad que se presentó ante mis ojos; pero escribo, por lo tanto, un breve compendio, no atreviéndome a dar cuenta completa de las cosas que he visto, por motivo del mandamiento que he recibido, y también para que no os aflijáis demasiado por la iniquidad de este pueblo...

"Porque sé que ellos sentirán pesar por la calamidad de la casa de Israel; sí, se afligirán por la destrucción de este pueblo; se lamentarán de que este pueblo no se hubiera arrepentido para ser recibido en los brazos de Jesús".

Éste, su pueblo, carecía de toda esperanza ante sus ojos, y el destino de los destructivos lamanitas era igualmente trágico. En una profecía de un futuro que es todavía más oscuro y repugnante que la presente "descripción de cuanto se haya visto entre nosotros", Mormón previó que "el Espíritu del Señor ya ha dejado de luchar con [ellos]; y están sin Cristo y sin Dios en el mundo... En un tiempo fueron un pueblo deleitable; y tuvieron a Cristo por pastor suyo; sí, Dios el Padre los guiaba".

Tras la terrible batalla de Cumorah, Mormón presenció la catastrófica carnicería, la destrucción de mil años de sueños, y clamó a los oídos que ya no podían escuchar:

"¡Oh bello pueblo, cómo pudisteis apartaros de las vías del Señor! ¡Oh bello pueblo, cómo pudisteis rechazar a ese Jesús que esperaba con los brazos abiertos para recibirlos!

"He aquí, si no hubieseis hecho esto, no habrías caído. Mas he aquí, habéis caído, y lloro vuestra pérdida.

"¡Oh bellos hijos e hijas, vosotros, padres y madres, vosotros, esposos y esposas, pueblo bello, cómo pudisteis haber caído!

"Pero he aquí, habéis desaparecido, y mi dolor no puede haceros volver".

En este soliloquio ante la muerte, Mormón surcó el tiempo y el espacio para llegar a todos, en especial a ese "resto de la casa de Israel" que un día leería su espléndido registro. Los de otro tiempo y lugar deben aprender lo que habían olvidado aquellos que se hallaban caídos ante él: que todos deben "creer en Jesucristo, que es el Hijo de Dios", que tras Su crucifixión en Jerusalén había resucitado "por el poder del Padre... con lo cual ha logrado la victoria sobre la tumba; y en él también es consumido el aguijón de la muerte".

"Y él lleva a efecto la resurrección de los muertos... [y] la redención del mundo". Los que son redimidos pueden, gracias a Cristo, disfrutar de "un estado de felicidad que no tiene fin".

Mormón suplicó a este público futuro e invisible, dado que era eternamente demasiado tarde para el pueblo que ahora permanecía en silencio ante él:

"Arrepentíos y sed bautizados en el nombre de Jesús, y asíos al evangelio de Cristo, que no sólo en estos anales os será presentado, sino también en los anales que llegarán de los judíos a los gentiles, anales que vendrán de los gentiles a vosotros.

"Porque he aquí, se escriben éstos [el Libro de Mormón] con el fin de que creáis en aquéllos [la Biblia], y si creéis en aquéllos [la Biblia] también creeréis en éstos [el Libro de Mormón]...

"Y sabéis también que sois... contados entre los del pueblo del primer convenio...

"Si es que creéis en Cristo", dijo, "y sois bautizados, primero en el agua, y después con fuego y con el Espíritu Santo, siguiendo el ejemplo de nuestro Salvador..., entonces os irá bien en el día del juicio".

Que creamos en Cristo, especialmente cuando enfrentemos estas trágicas e inevitables

consecuencias, fue la última súplica de Mormón y su única esperanza; y es también el propósito definitivo del libro que en los últimos días se publicaría con su nombre.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LOS TRES TESTIMONIOS DE MORONI: UN CLAMOR DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD

Tras este consternador declive de la civilización nefita documentado, por su padre, Moroni asumió la tarea de registrador, pero no escribió para un público presente, sino que más bien dirigió su testimonio final - tres testimonios finales, para ser exactos- a los que recibirían el registro en los últimos días. Un libro que comenzó con tres testimonios de Cristo finaliza del mismo modo, aunque con una salvedad: tres declaraciones finales sobre el Salvador procedentes de los escritos de un único hombre. La experiencia de Moroni fue dolorosa pues en la vida, en la historia y en una visión, observó la contaminación y la destrucción de tres gloriosas civilizaciones: su propio mundo nefita, la nación Jaredita y nuestra dispensación de los últimos días.

LA CONCLUSIÓN DEL RELATO DE MORMÓN

El primero de los testimonios de Moroni se escribió a la conclusión del libro que lleva el nombre de su padre. En el momento de la muerte de Mormón habían pasado cuatrocientos años "desde la avenida [del] Señor y Salvador", destacó Moroni. Cuánto debe haber anhelado esos días magníficos en comparación con los que le tocaron vivir. "Yo quedo solo para escribir el triste relato de la destrucción de mi pueblo", se lamentaba. "Mas he aquí, han desaparecido, y yo cumplo el mandamiento de mi padre. Y no sé si me matarán o no. Por tanto, escribiré y esconderé los anales en la tierra; y no importa a dónde yo vaya".

La apostasía y la destrucción eran tan cotidianas entre los nefitas, que ninguno de ellos conocía "al verdadero Dios salvo los discípulos de Jesús [los tres nefitas trasladados], quienes permanecieron en la tierra hasta que la iniquidad de la gente fue tan grande que el Señor no les permitió permanecer con el pueblo; y nadie sabe si están o no sobre la faz de la tierra", escribió Moroni. "Mas he aquí, mi padre y yo los hemos visto, y ellos nos han ministrado".

En este estado de testigo solitario, le fueron mostrados a Moroni los últimos días de otra civilización - la nuestra- y vio que sería muy semejante a la suya. En estos días se diría que ya no habría milagros y las combinaciones secretas se deleitarían en obras de tinieblas. Fuegos, tempestades y vapores de tinieblas asolarían la tierra, mientras que las guerras, rumores de guerras y terremotos bramaban en diversos lugares. Habría contaminaciones sobre la faz de la tierra, incluyendo la contaminación moral de asesinatos, robos, mentiras, engaños, fornicaciones y "toda clase de abominaciones". Hasta las iglesias estarían corrompidas, se congratularían en el orgullo de sus corazones. Serían edificadas para obtener ganancias y ofrecer el perdón de los pecados a cambio de una suma de dinero, llegando a estar tan contaminadas como su entorno físico y moral.

Tras dirigirse a los que recibirían el Libro de Mormón en los últimos días "como si alguien hablase de entre los muertos", Moroni se centró inexorablemente en el futuro lector. "He aquí, os hablo como si os hallaseis presentes", escribió, "y sin embargo, no lo estáis. Pero he aquí, Jesucristo me os ha mostrado, y conozco vuestras obras. Su desesperación, teñida de decepción e ira, es patente en sus palabras.

"¡Oh vosotros, corruptos, vosotros, hipócritas, vosotros, maestros, que os vendéis por lo que se corrompe! ¿Por qué habéis mancillado la santa iglesia de Dios? ¿Por qué os avergonzáis de tomar sobre vosotros el nombre de Cristo? ¿Por qué no consideráis que

es mayor el valor de una felicidad sin fin que esa miseria que jamás termina? ¿Es acaso por motivo de la alabanza del mundo?

"¿Por qué os adornáis con lo que no tiene vida, y sin embargo, permitís que el hambriento, y el necesitado, y el desnudo, y el enfermo, y el afligido pasen a vuestro lado, sin hacerles caso?

"Sí, ¿por qué formáis vuestras abominaciones secretas para obtener lucro, y dais lugar a que las viudas y también los huérfanos lloren ante el Señor, y también que la sangre de sus padres y sus maridos clame al Señor, desde el suelo, venganza sobre vuestra cabeza?

"He aquí, la espada de la venganza se cierne sobre vosotros; y pronto viene el día en que él vengará la sangre de los santos en vosotros, porque no soportará más sus clamores".

Ésta es, por supuesto, una lectura nacida de esos trágicos momentos, pero dirigida a aquéllos de los últimos días que ostensiblemente creerían en Cristo. Hay todavía un mensaje más audaz que se dirige a quienes no creen en Él.

Tras prometer que el Señor volverá un día para asumir el liderazgo de Su reino, con la tierra plegándose como un rollo y los elementos fundiéndose con un calor ardiente, Moroni preguntó cómo se sentirían los incrédulos al estar ante el Cordero de Dios en aquel fatídico día. Tras hacer hincapié en la culpa que de cierto sentirán, la inevitable desnudez y su deseo de morar en el infierno antes que comparecer ante "la santidad de Jesucristo", Moroni exhortó:

"Volveos, pues, oh incrédulos, volveos al Señor; clamad fervientemente al Padre en el nombre de Jesús, para que quizá se os halle sin mancha, puros, hermosos y blancos, en aquel grande y postrer día, habiendo sido purificados por la sangre del Cordero.

"Y también os hablo a vosotros que negáis las revelaciones de Dios y decís que ya han cesado, que no hay revelaciones, ni profecías, ni dones, ni vanidades, ni hablar en lenguas, ni la interpretación de lenguas.

"He aquí, os digo que aquel que niega estas cosas no conoce el evangelio de Cristo; sí, no ha leído las Escrituras; y si las ha leído, no las comprende".

Al recuperar el eterno mensaje de esos pasajes de las Escrituras, Moroni recordó a sus futuros lectores que el Evangelio es un Evangelio de vida y redención. En un destacable resumen de tres versículos sobre el gran plan de la felicidad, escribió:

"He aquí, [Dios] creo a Adán, y por Adán vino la caída del hombre. Y por causa de la caída del hombre, vino Jesucristo, sí, el Padre y el Hijo; y a causa de Jesucristo vino la redención del hombre.

"Y a causa de la redención del hombre, que vino por Jesucristo, son llevados de vuelta a la presencia del Señor; sí, en esto son redimidos todos los hombres, porque la muerte de Cristo hace efectiva la resurrección, la cual lleva a cabo una redención de un sueño eterno, del cual todos los hombres despertarán, por el poder de Dios cuando suene la trompeta; y saldrán, pequeños así como grandes, y todos comparecerán ante su tribunal, redimidos y libres de esta ligadura eterna de la muerte, la cual es una muerte temporal.

"Y entonces viene el juicio del Santo sobre ellos; y entonces viene el momento en que el que es impuro continuará siendo impuro y el que es justo continuará siendo justo; el que es feliz permanecerá feliz y el que es infeliz será infeliz todavía".

A continuación, Moroni escribió un conmovedor testimonio "final", pues sin duda consideró que sería el último. Su padre estaba muerto, los anales estaban completos (para todas las intenciones y propósitos) y su vida estaba prácticamente acabada. "Os hablo como si hablara de entre los muertos". dijo. Su testimonio permanece como una poderosa

declaración final sobre la divinidad de Cristo y la imperecedera fe que tenía en Él. Se trata de una expresión maravillosa realizada por alguien que ahora tenía tan poco, pero que sabía que Dios siempre concedería "cualquier cosa que necesitéis".

"He aquí, os digo que quien crea en Cristo, sin dudar nada, cuanto pida al Padre en el nombre de Cristo, le será concedido; y esta promesa es para todos, aun hasta los extremos de la tierra..."

"Y ahora bien, he aquí, ¿quién puede resistir las obras del Señor? ¿Quién puede negar sus palabras? ¿Quién se levantará contra la omnipotente fuerza del Señor? ¿Quién despreciará a los hijos de Cristo? Considerad, todos vosotros que sois despreciadores de las obras del Señor, porque os asombraréis y pereceréis.

"Oh, no despreciéis, pues, ni os asombréis, antes bien, escuchad las palabras del Señor, y pedid al Padre, en el nombre de Jesús, cualquier cosa que necesitéis. No dudéis, mas sed creyentes; y empezad, como en los días antiguos, y allegaos al Señor con todo vuestro corazón, y labrad vuestra propia salvación con temor y temblor ante él..."

"Cuidaos de ser bautizados indignamente; cuidaos de tomar el sacramento de Cristo indignamente, antes bien, mirad que hagáis todas las cosas dignamente, y haced lo en el nombre de Jesucristo, el Hijo del Dios viviente; y si hacéis esto, y perseveráis hasta el fin, de ninguna manera seréis desechados..."

"Y el Señor Jesucristo les conceda que sean contestadas sus oraciones según su fe; y Dios el Padre se acuerde del convenio que ha hecho con la casa de Israel, y los bendiga para siempre, mediante la fe en el nombre de Jesucristo. Amén".

LA CONCLUSIÓN DEL LIBRO DE ÉTER

Decidido a preservar una relación de la nación Jaredita, Moroni tuvo la oportunidad de compartir su segundo testimonio "final" en el compendio que hizo del Libro de Éter. Tras relatar la notable visión de Cristo que obtuvo el hermano de Jared, Moroni trazó la dolorosa y paralela historia de otra civilización del Libro de Mormón que se destruyó a sí misma. El último profeta en hablar en aquella época, homólogo de Moroni, fue Éter, quien "clamaba desde la mañana hasta la puesta del sol, exhortando a los del pueblo a creer en Dios para arrepentimiento, no fuese que quedaran destruidos, diciéndoles que por medio de la fe todas las cosas se cumplen". A continuación vino este tranquilizador versículo:

"De modo que los que creen en Dios pueden tener la firme esperanza de un mundo mejor, sí, aun un lugar a la diestra de Dios; y esta esperanza viene por la fe, proporciona un ancla a las almas de los hombres y los hace seguros y firmes, abundando siempre en buenas obras, siendo impulsados a glorificar a Dios".

Este versículo, lleno de esperanza y promesa, pero visto ahora desde el ventajoso punto de vista de un historiador que sabía que los Jareditas no aprovecharon su oportunidad, no establecieron ni obtuvieron un mundo mejor aquí, y en definitiva no vivieron con fe ni esperanza, generó un sermón fundamental sobre la fe. Tras reproducir el testimonio de Éter sobre la fe, la cual sería "un ancla a las almas de los hombres", Moroni quiso decir a su público futuro "algo concerniente a estas cosas".

"Quisiera mostrar al mundo", dijo, "que la fe es las cosas que se esperan y no se ven; por tanto, no contendáis porque no veis", advirtió, "porque no recibís ningún testimonio sino hasta después de la prueba de vuestra fe".

Luego procedió a resaltar la "prueba de fe" que experimentaron y expresaron los descendientes de Lehi. Recordó a sus lectores que fue por la fe que Cristo se mostró en el Nuevo Mundo tras Su crucifixión y resurrección. "No se manifestó a ellos", escribió

Moroni, "sino hasta después que tuvieron fe en él", evidencia de que aquellos a quienes se les permitió contemplar al Cristo resucitado ya eran creyentes. Éste puede contarse entre los ejemplos más grandes de las Escrituras de que un testimonio (en este caso, la aparición real del Salvador) se recibe después de la prueba de la fe.

Fue por la fe, la de los discípulos, que Cristo se mostró al mundo, glorificando el nombre del Padre y preparando un camino para que "otros" (los que no le habían visto en persona) fueran partícipes de Su salvación, "para que tengan esperanza en las cosas que no han visto". Fue por la fe que:

- Los de la antigüedad fueron llamados al sacerdocio, "el santo orden de Dios".
- Se dio la ley de Moisés, y fue por la fe del Señor en el don Dios -"un camino más excelente" - que se cumplió.
- Dios realizó milagros entre los hijos de los hombres.
- Alma y Amulek hicieron que la prisión se derrumbase.
- Nefi y Lehi obraron un cambio en su público lamanita, y los lamanitas fueron "bautizados con fuego y con el Espíritu Santo".
- Ammón y sus hermanos realizaron un gran milagro entre los lamanitas.
- Todos los que obraron milagro alguno lo hicieron antes o después de Cristo.
- Los Tres Nefitas obtuvieron la promesa de que no probarían la muerte y no la obtuvieron "sino hasta después de tener fe.
- Hubo muchos a quienes no se les pudo impedir penetrar el velo, "aun antes de la venida de Cristo", y que llegaron a ver con sus ojos lo que en un principio habían visto "con el ojo de la fe".
- El hermano de Jared fue uno de ellos; su fe era tan grande que Dios "no pudo ocultarle [Su dedo] de su vista; por consiguiente, le mostró todas las cosas, porque ya no se le podía mantener fuera del ver.
- Los profetas nefitas recibieron la promesa de que el registro del Libro de Mormón iría a los lamanitas "por medio de los gentiles".
- Todos pueden tener esperanza y ser partícipes del don divino de la redención de Cristo.

Bajo el mandato de Cristo de expresar su propia fe y preparar el registro sagrado, Moroni se lamentó de su incapacidad para reflejar por escrito estas cosas de forma poderosa. Sentía que su debilidad mortal limitaría el impacto de este mensaje de fe sobre quienes lo leyeran, pero Cristo le tranquilizó, diciendo:

"Los insensatos hacen burla, mas se lamentarán; y mi gracia es suficiente para los mansos, para que no saquen provecho de vuestra debilidad;

"Y si los hombres vienen a mí, les mostraré su debilidad. Doy a los hombres debilidad para que sean humildes; y basta mi gracia a todos los hombres que se humillan ante mí; porque si se humillan ante mí, y tienen fe en mí, entonces haré que las cosas débiles sean fuertes para ellos.

"He aquí, mostraré a los gentiles su debilidad, y les mostraré que la fe, la esperanza y la caridad conducen a mí, la fuente de toda rectitud".

Esta introducción de fe, esperanza y caridad proyectó a Moroni hacia un discurso más emotivo sobre el tema, un tema que le acompañaría hasta la conclusión del Libro de Mormón:

"Y yo, Moroni, habiendo oído estas cosas, me consolé, y dije: ¡Oh Señor, hágase tu justa

voluntad!, porque sé que obras con los hijos de los hombres según su fe;

"porque el hermano de Jared dijo al monte de Zerín: ¡Apártate!; y se apartó. Y si él no hubiera tenido fe, el monte no se habría movido; por tanto, tú obras después que los hombres tienen fe.

"Pues así te manifestaste a tus discípulos; porque después que tuvieron fe y hablaron en tu nombre, te mostraste a ellos con gran poder.

"Y también me acuerdo de que has dicho que tienes preparada una morada para el hombre, sí, entre las mansiones de tu Padre, en lo cual el hombre puede tener una esperanza más excelente; por tanto, el hombre debe tener esperanza, o no puede recibir una herencia en el lugar que tú has preparado.

"Y además, recuerdo que tú has dicho que has amado al mundo, aun al grado de dar tu vida por el mundo, a fin de volverla a tomar, con objeto de preparar un lugar para los hijos de los hombres.

"Y ahora sé que este amor que has tenido por los hijos de los hombres es la caridad; por tanto, a menos que los hombres tengan caridad, no pueden heredar ese lugar que has preparado en las mansiones de tu Padre"".

A modo de un último testimonio que se corresponde con los

testimonios iniciales de Nefi, Jacob e Isaías sobre el Salvador, Moroni concluyó su segundo testimonio "final" con una relación de su propia experiencia cara a cara con el Señor:

"Y ahora yo, Moroni, me despido de los gentiles, sí, y también de mis hermanos a quienes amo, hasta que nos encontremos ante el tribunal de Cristo, donde todos los hombres sabrán que mis vestidos no se han manchado con vuestra sangre.

"Y entonces sabréis que he visto a Jesús, que él ha hablado conmigo cara a cara, y que me dijo con sencilla humildad, en mi propio idioma, así como un hombre lo dice a otro, concerniente a estas cosas...

"Y ahora quisiera exhortaros a buscar a este Jesús de quien han escrito los profetas y apóstoles, a fin de que la gracia de Dios el Padre, y también del Señor Jesucristo, y del Espíritu Santo, que da testimonio de ellos, esté y permanezca en vosotros para siempre jamás. Amén".

LA CONCLUSIÓN DEL LIBRO DE MORONI

En lo que para entonces era una existencia desesperada y prácticamente de día en día, Moroni registró el tercer testimonio de su fe. Había "pensado no escribir más", pero como aún no había perecido, prosiguió con su testimonio hasta el fin. Aun cuando los lamanitas estaban matando a todo nefita que no negara al Cristo, Moroni no lo negó. "Por consiguiente", escribió, "ando errante por donde puedo, para proteger mi propia vida".

Lo que Moroni registró primero en el libro que lleva su nombre fueron viñetas, o si lo prefiere, un breve catálogo de cosas que sentía que tenía que registrar antes de fallecer y de terminar la saga del Libro de Mormón. Éstas incluían las palabras de Cristo a Sus doce discípulos cuando les mandó conferir el Espíritu Santo por medio de la imposición de manos, la oración por la que se ordenaban los presbíteros y maestros, las oraciones sacramentales y otras instrucciones para que los que se bautizasen fueran recibidos en la "iglesia de Cristo" y contados entre el "pueblo de Cristo".

Pero la contribución clásica del material suplementario de Moroni reside en su relato de la magistral enseñanza de su padre sobre el tema que Moroni ya había desarrollado en sus propios escritos: la fe, la esperanza y la caridad. El sermón de Mormón iba dirigido a aquellos "que [son] de la iglesia, y que [son] los pacíficos discípulos de Cristo", y que como tales eran reconocidos por su "conducta pacífica para con los hijos de los hombres". Al enseñar que "todo lo que es bueno viene de Dios, y lo que es malo viene del diablo", Mormón explicó que todos pueden hacer esta valoración - una variación de la enseñanza de Lehi sobre la oposición en todas las cosas- porque "a todo hombre se da el Espíritu de Cristo para que sepa discernir el bien del mal... porque toda cosa que invita a hacer lo bueno, y persuade a creer en Cristo, es enviada por el poder y el don de Cristo, por lo que sabréis, con un conocimiento perfecto, que es de Dios".

La capacidad de ver estas elecciones con claridad y exactitud es posible gracias a "la luz de Cristo", un don gratuito para todos, aun cuando no siempre se recibe ni se cultiva. Mediante este esclarecimiento divino debemos "[buscar] diligentemente en la luz de Cristo" para que podamos "discernir el bien del mal". Y si nos "[aferramos] a todo lo bueno, y no lo [condenamos]", dijo, "ciertamente [seremos] hijos de Cristo".

En cuanto a la habilidad para hacer estas cosas, el aferrarse realmente a lo que hemos reconocido como bueno, lo que realmente exige un esfuerzo genuino es la fe motivadora en Cristo.

Aun desde el principio, mucho antes de que Cristo hubiera venido a la tierra, este tipo de fe estaba al alcance de los hijos de la promesa. Mormón escribió: "Sabido Dios todas las cosas, dado que existe de eternidad en eternidad, he aquí, él envió ángeles para ministrar a los hijos de los hombres, para manifestar concerniente a la venida de Cristo; y que de Cristo habría de venir todo lo bueno... Y todas las cosas que son buenas vienen de Cristo".

De este modo, mediante el ministerio de ángeles y la palabra del Señor a través de Sus profetas, "empezaron los hombres a ejercitar la fe en Cristo; y así, por medio de la fe, se aferraron a todo lo bueno; y así fue hasta la venida de Cristo".

Este mismo principio se aplicó después de venir Cristo; y también entonces, "los hombres... [son] salvos por la fe en su nombre; y por la fe llegan a ser hijos de Dios". Pero ni la fe ni los milagros que ésta genera iban a cesar "porque Cristo ha subido a los cielos". Antes bien, los que tienen fe en Él continuarán aferrándose a toda cosa buena y por tanto serán dignos de recibir todo lo bueno. El más espectacular de estos dones será el poder para testificar y obrar milagros cuando sea necesario para el bienestar y la salvación de los "hijos de Cristo". Fiel hasta el fin, Cristo reclama amorosamente a los que tienen fe en Él, y aboga por su causa ante el gran tribunal de la justicia.

A través de la continuada obra de los ángeles y el testimonio de los vasos escogidos del Señor a quienes ellos ministraron, también hoy podemos tener fe en Cristo, si lo deseamos. La obligación del creyente es la misma de siempre, tal y como el Maestro la explicó: "Si tenéis fe en mí, tendréis poder para hacer cualquier cosa que me sea conveniente... Arrepentíos todos vosotros, extremos de la tierra, y venid a mí, y sed bautizados en mi nombre, y tened fe en mí, para que seáis salvos".

Los milagros que acompañan a los creyentes serán una de las evidencias genuinas de que la fe continúa encendida en la actualidad, "[porque] ningún hombre puede ser salvo a menos que tenga fe en su nombre; por tanto, si [los milagros] han cesado, la fe también ha cesado; y terrible es la condición del hombre, pues se halla como si no se hubiera efectuado redención alguna" y "todo es inútil".

Este tipo de fe redentora, enseñó Mormón, conduce a la esperanza, un tipo especial y teológico de esperanza. La palabra suele emplearse para expresar la más general de las aspiraciones o los deseos. Pero tal y como se utiliza en el Libro de Mormón, es muy específica y emana de forma natural de nuestra fe en Cristo. "¿Cómo podéis lograr la fe, a menos que [como consecuencia] tengáis esperanza?", preguntó Mormón. Ésta es una secuencia del tipo de "fe que conduce a la esperanza" que empleó Moroni cuando dijo: "Vosotros también podéis tener esperanza... si tan sólo tenéis fe".

¿Cuál es la naturaleza de esta esperanza? Se trata sin duda alguna de mucho más que un simple deseo. Consiste en tener "esperanza, por medio de la expiación de Cristo y el poder de su resurrección, en que seréis resucitados a vida eterna, y esto por causa de vuestra fe en él, de acuerdo con la promesa". Ése es el significado teológico de esperanza en la secuencia fe-esperanza-caridad. Con la mira puesta en ese significado, en Moroni 7:42 dice claramente: "Si un hombre tiene fe [en Cristo y en Su Expiación], es necesario que [como consecuencia] tenga esperanza [en la promesa de la Resurrección, porque ambas están inseparablemente unidas]; porque sin fe [en la expiación de Cristo] no puede haber esperanza [en la Resurrección]"⁴⁵.

La fe en Cristo y la esperanza en Sus promesas de una vida resucitada y eterna sólo la pueden recibir los mansos y humildes de corazón. Estas promesas, por su parte, refuerzan la mansedumbre y la humildad del corazón del creyente. Sólo los discípulos esmerados de Cristo, que viven tan mansamente cómo vivió Él y se humillan como Él se humilló, pueden manifestar una fe inquebrantable en Cristo y tener verdadera esperanza en la Resurrección. Éstos, y sólo éstos, llegan a entender la verdadera caridad: el amor puro de Cristo.

¿Y cuáles son las características de este amor nacido de la fe y la esperanza? "La caridad es sufrida y es benigna, y no tiene envidia, ni se envanece, no busca lo suyo, no se irrita fácilmente, no piensa el mal, no se regocija en la iniquidad, sino se regocija en la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta".

La naturaleza esencial de esta virtud trascendental de la caridad es evidente en la declaración de Mormón de que sin ella "no [somos] nada", que de todas las muchas virtudes cristianas, la caridad "es mayor que todo". Esto concuerda con lo que Pablo enseñó en un lenguaje ligeramente diferente, aunque con el mismo propósito: no importa cuántas otras virtudes poseamos o cuántas cosas buenas hayamos hecho, si carecemos de verdadera caridad. Sin la verdadera caridad en el corazón del siervo, estas buenas obras no serían más que "metal que resuena, o címbalo que retiñe" y al final no serían "nada". Los medios - o en este caso, el motivo- son vitales para el significado del fin, de la acción. En la secuencia en que Mormón lo enseñó, Pablo afirmó que la fe, la esperanza y la caridad son los tres grandes atributos a los que, como cristianos, debemos aferrarnos e intentar manifestar, "pero el mayor de ellos es el amor [puro de Cristo]".

Resulta instructivo destacar que la caridad, "el amor puro de Cristo" que debemos apreciar, se puede interpretar de dos formas. Uno de sus significados es el tipo de amor misericordioso e indulgente que los discípulos de Cristo deben tener los unos por los otros. Es decir, todos los cristianos deben esforzarse por amar como amó el Salvador, mostrando una compasión pura y redentora por todos. Desgraciadamente, muy pocos de entre los mortales, si los hubiere, han tenido un éxito completo en esta empresa, pero sigue siendo una invitación que todos debieran intentar cumplir.

Sin embargo, la definición mayor del "amor puro de Cristo" no es lo que como cristianos intentamos demostrar a los demás - aunque a la larga fracasemos en el intento- sino más bien aquello en lo que Cristo tuvo un éxito completo en Su demostración hacia nosotros. La verdadera caridad sólo se ha conocido una vez. Aparece de forma perfecta y pura en el amor firme, definitivo y expiatorio de Cristo por nosotros. Es el amor de Cristo por nosotros el que "es [sufrido] y es [benigno], y no tiene envidia". Es Su amor por nosotros el que no "se envanece... no se irrita fácilmente, no piensa el mal". Es el amor de Cristo por nosotros el que "todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta". Tal y como demostró Cristo, "la caridad nunca deja de ser". Ésa es la caridad - Su amor puro por nosotros- sin la cual no seríamos nada, careceríamos de esperanza y seríamos los más miserables de todos los hombres y mujeres. A aquellos que disfruten de las bendiciones de Su amor en el último día (la Expiación, la Resurrección, la vida eterna y la promesa eterna), ciertamente les irá bien.

De ningún modo se resta importancia con esto al mandamiento de que debemos esforzarnos por adquirir este tipo de amor los unos por los otros. Debemos "[pedir] al Padre con toda la energía de [nuestros] corazones, que [seamos] llenos de este amor". Debemos intentar ser más constantes y firmes, más longánimes y benignos, menos envidiosos y vanidosos en nuestra relación con los demás. Debemos vivir tal y como vivió Cristo; y como Él amó, nosotros debemos amar. Pero el "amor puro de Cristo" del que habló Mormón es precisamente eso: el amor de Cristo. Con este don divino, esta concesión redentora, lo tenemos todo; sin él, no tenemos nada y, en última instancia, no somos nada, excepto que al final nos convertiremos en "diablos [y] ángeles de un diablo".

La vida tiene una porción de miedos y fracasos. A veces fallan las cosas, en ocasiones nos fallan la gente, la economía, los negocios o los gobiernos. Pero hay una cosa en la vida mortal y en la eternidad que no nos falla: el amor puro de Cristo.

"Recuerdo", había dicho Moroni con anterioridad al hablar directamente con el Salvador, "que tú has dicho que has amado al mundo, aun al grado de dar tu vida por el mundo, a fin de volverla a tomar, con objeto de preparar un lugar para los hijos de los hombres. Y ahora sé que este amor que has tenido por los hijos de los hombres es la caridad; por tanto, a menos que los hombres tengan caridad [e intenten manifestarla en sus propias vidas pero, aun más importante, sean recipientes dispuestos y dignos de ella tal y como se recibe de Cristo], no pueden heredar ese lugar que has preparado en las mansiones de tu Padre".

Así vemos que el milagro de la caridad de Cristo nos salva y nos cambia. Su amor expiatorio nos libra de la muerte y del infierno así como del comportamiento carnal, sensual y diabólico. Ese amor redentor también transforma el alma, elevándola por encima de los valores caídos para llegar a algo mucho más noble y santo. Por tanto, debemos "[allegarnos] a la caridad", el amor puro de Cristo por nosotros y nuestro esfuerzo determinado hacia un amor puro por Él y por todos los demás sin la cual no somos nada y el plan para nuestra felicidad eterna queda desaprovechado. Sin el amor redentor de Cristo en nuestra vida, todas las demás cualidades, aun las cualidades virtuosas y las buenas obras más ejemplares, fracasan en la consecución de la salvación y la dicha.

Esta idea de amor "puro", personificado por la Pureza misma, motivó a Moroni a pronunciar la expresión más elevada de este tercer testimonio "final" de Cristo. Fíjese en cómo Mormón terminó su magnífico sermón sobre la fe, la esperanza y la caridad, y creó el contexto para el testimonio final de Moroni:

"Por consiguiente, amados hermanos míos, pedid al Padre con toda la energía de vuestros corazones, que seáis llenos de este amor que él ha otorgado a todos los que son discípulos verdaderos de su Hijo Jesucristo; para que lleguéis a ser hijos de Dios; para que cuando él aparezca, seamos semejantes a él, porque lo veremos tal como es; para que tengamos esta esperanza; para que seamos purificados así como él es puro".

Ésta es la última súplica de Moroni a su invisible público de los últimos días, una súplica de pureza, una pureza representada por Cristo y que es posible para nosotros únicamente mediante Su gracia purificadora. Pasando del magnífico sermón de su padre a sus propias líneas finales, Moroni escribió:

"Por tanto, debe haber fe; y si debe haber fe, también debe haber esperanza; y si debe haber esperanza, debe haber caridad también.

"Y a menos que tengáis caridad, de ningún modo seréis salvos en el reino de Dios; ni seréis salvos en el reino de Dios si no tenéis fe; ni tampoco, si no tenéis esperanza".

Suplicando "a todos los extremos de la tierra" por la demostración de tales virtudes, Moroni abogó por esa pureza a la cual conducen la fe, la esperanza y la caridad. "[Venid] a Cristo", imploró Moroni, "y [procurad] toda buena dádiva; y [no toquéis] el don malo, ni la cosa impura... [para que] se cumplan los convenios [del] Padre Eterno".

La última súplica de Moroni, expresada en favor de todo profeta que escribió este otro testamento de Jesucristo, es para que nos veamos limpios de la sangre y el pecado de nuestra generación. "Venid a Cristo", dice, "y perfeccionaos en él, y absteneos de toda impiedad, y si os abstenéis de toda impiedad, y amáis a Dios con toda vuestra alma, mente y fuerza, entonces su gracia os es suficiente, para que por su gracia seáis perfectos en Cristo...

"Y además, si por la gracia de Dios sois perfectos en Cristo y no negáis su poder, entonces sois santificados en Cristo por la gracia de Dios, mediante el derramamiento de la sangre de Cristo, que está en el convenio del Padre para la remisión de vuestros pecados, a fin de que lleguéis a ser santos, sin mancha".

El convenio del Padre para la remisión de nuestros pecados requiere pureza, santidad, carácter y conciencia sin mancha.

Todo esto mediante la gracia de Cristo, la cual limpia nuestros vestidos, santifica nuestra alma, nos salva de la muerte y nos restaura a nuestros orígenes divinos.

Con su último aliento registrado en las planchas, Moroni dio testimonio de su propia fe firme en esta redención divina; y escribió tanto a los caídos nefitas, a los belicosos lamanitas, a los trágicos Jareditas y a nosotros:

"Y ahora me despido de todos. Pronto iré a descansar en el paraíso de Dios, hasta que mi espíritu y mi cuerpo de nuevo se reúnan, y sea llevado triunfante por el aire, para encontraros ante el agradable tribunal del gran Jehová, el juez Eterno de vivos y muertos. Amén".

Así termina el Libro de Mormón, con Moroni y la promesa de la Santa Resurrección, algo que resulta muy adecuado, pues este testamento sagrado - escrito por profetas, entregado por ángeles y protegido por Dios- habla como uno "que [clama] de entre los muertos", exhortando a todos a venir a Cristo y ser perfeccionados en Él, un proceso que culmina en la perfección de una gloria celestial. Como anticipo de esa hora de triunfo,

Dios ha revelado Su mano por última vez para recoger a judíos, gentiles, lamanitas y toda la casa de Israel.

El Libro de Mormón es Su Nuevo Convenio que conmemora la gran empresa de los últimos días. Todos los que lo reciban y abracen los principios y ordenanzas que contiene, verán un día al Salvador tal y como es, y serán como Él. Serán santificados y redimidos mediante la gracia de Su sangre inocente. Serán purificados, aun como Él es puro. Serán santos y sin mancha, y serán llamados hijos de Cristo.

AFIRMACIÓN

CAPÍTULO DIECISIETE

TESTIMONIO

En toda mi vida he recibido miles de testimonios espirituales de que Jesús es el Cristo, el Hijo Eterno del Eterno Dios. En ese período de mi vida también he aprendido que el Evangelio de Jesucristo, que una vez perdiera la humanidad por motivo de la apostasía, ha sido restaurado a la tierra y se halla en su plenitud en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días. Ésta es la única iglesia sobre la faz de la tierra que Cristo mismo ha restaurado, autorizado y a la que ha dado poder para actuar en Su nombre. Con un mandato que no podría haber imaginado en los días de mi juventud, ahora yo soy llamado como testigo de estos hechos, "un testigo especial" del nombre de Cristo en todo el mundo.

En este papel de testigo deseo declarar que las experiencias espirituales y las santas confirmaciones que he tenido referentes al Salvador y Su iglesia restaurada, llegaron por vez primera en mi juventud cuando leí el Libro de Mormón. Fue mientras leía este libro sagrado que sentí, una y otra vez, el innegable susurro del Espíritu Santo declarando a mi alma la veracidad de su mensaje. A esas primeras convicciones se han ido añadiendo, de una forma u otra, todos los demás momentos estimulantes y las manifestaciones santificadoras que ahora dan sentido a mis días y propósito a mi vida.

Sé con una certeza innegable e inquebrantable que el Libro de Mormón es un registro de origen antiguo, escrito por israelitas llamados de Dios, protegido y entregado por los ángeles del cielo y traducido en nuestra época por un profeta, vidente y revelador moderno, José Smith, hijo. Sé que él lo tradujo tal y como dijo, "por el don y el poder de Dios", puesto que un libro semejante no se podría haber traducido de otro modo.

Ningún otro libro ha afectado tanto a mi visión de Dios y el hombre, mi perspectiva de la vida terrenal y la eternidad. Ningún otro libro ha provocado en mí tantas emociones ni ha tenido semejante impacto en mi vida personal, familiar, educativa, profesional y, ahora, apostólica. Debido a que sé que el Libro de Mormón es un testigo verdadero - otro testamento y un convenio nuevo- de que Jesús es el Cristo, sé que José Smith fue y es un profeta de Dios. Tal y como dijo mi tata-tatarabuelo respecto a su propia conversión en los primeros días de la Restauración: "Ningún hombre inicuo podría haber escrito un libro como éste, y ningún hombre bueno lo escribiría a menos que fuera verdadero y Dios le mandara hacerlo". Ésta es, categóricamente, mi propia afirmación más de siglo y medio después. Este magnífico libro se tradujo cuando José Smith era apenas un muchacho, un joven casi en la mayoría de edad. Parafraseando a Winston Churchill: "Un muchacho. Un libro".

Debido a que José Smith es un profeta de Dios, como evidenció nada menos que su papel de sacar a luz el Libro de Mormón, la iglesia que ayudó a restaurar es, de hecho, la Iglesia de Jesucristo en estos últimos días, Iglesia a la que se dieron las llaves del sacerdocio, incluyendo las llaves de la revelación, el recogimiento, el bautismo, la ordenación y el sellamiento (si bien no fueron las únicas). La Iglesia continúa bendiciendo al mundo en la actualidad con estas llaves y convenios.

La expresión del profeta José en cuanto a que el Libro de Mormón es "la clave de nuestra religión", es una observación profunda y crucial. La piedra clave se coloca en la parte central del arco de tal modo que mantiene a las demás piedras en su sitio. Si se retira esta pieza clave, ocasionará la caída de las restantes. La veracidad del Libro de Mormón - sus orígenes, sus doctrinas y las circunstancias de su salida a la luz- es esencial para la veracidad de mi iglesia. La integridad de esta iglesia y de más de ciento sesenta y cinco años de la experiencia de su restauración, se mantiene o cae con la veracidad o la falsedad del Libro de Mormón.

Para ser así, todo aquello que tenga significado salvador en la Iglesia permanece o cae si la veracidad del Libro de Mormón y, por implicación, del relato del profeta José Smith sobre cómo salió a luz, es tan aleccionador como cierto. Se trata de una proposición de "muerte súbita". O el Libro de Mormón es lo que el profeta José dijo que es, o esta iglesia y su fundador son falsos, un engaño desde el primer momento.

No todo en la vida es blanco o negro, aunque la autenticidad del Libro de Mormón y su papel clave en nuestra religión parecen serlo. O José Smith fue el profeta que dijo ser, un profeta que tras ver al Padre y al Hijo luego contempló al ángel Moroni, oyendo repetidas veces la instrucción de sus labios y finalmente recibió de sus manos un juego de antiguas planchas de oro que luego tradujo por el don y poder de Dios, o no lo hizo. Y si no lo hizo, no merecería la reputación de héroe de Nueva Inglaterra, ni de joven bienintencionado, ni de escritor notable de ficción. No, ni tampoco merecería ser considerado un gran maestro, ni un fantástico líder religioso de América, ni el creador de una gran literatura piadosa. Si mintiera sobre la publicación del Libro de Mormón, no sería nada de esto.

Estoy sugiriendo que cada uno debe decantarse hacia un lado u otro concerniente a la restauración del Evangelio de Jesucristo y los orígenes divinos del Libro de Mormón. La razón y la rectitud así lo exigen. José Smith debe ser aceptado bien como un profeta de Dios o como un charlatán de tomo y lomo, pero nadie debiera tolerar ninguna tibieza, risible o ridícula, sobre los esbozos imaginativos de este joven o sobre su considerable facilidad para el lenguaje literario. Esta posición es inaceptable tanto moral como literaria, histórica o teológicamente.

Tal y como siempre lo ha sido la palabra de Dios - y vuelvo a testificar que esto es pura y llanamente lo que es el Libro de Mormón -, este registro es "vivo y poderoso, más cortante que una espada de dos filos, que penetra hasta partir las coyunturas y los tuétanos". El Libro de Mormón es así de vivo y de poderoso, así de cortante. No hay nada en nuestra historia ni en nuestro mensaje más cortante que la declaración inquebrantable de que José Smith vio al Padre y al Hijo, y que el Libro de Mormón es la palabra de Dios. Recientemente, un crítico dijo que nuestro relato y nuestra devoción al Libro de Mormón y, por implicación, al papel de José Smith en la elaboración del mismo, es "la más preciada y única creencia mormona". Yo no podría estar más de acuerdo, siempre y cuando se nos permita mantenerlo así porque el Libro de Mormón afirma todavía la más elevada y sublime creencia de que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios Viviente, el Salvador y Redentor del mundo.

Considere el examen mordaz que han soportado el Libro de Mormón y sus extraordinarias demandas. ¿Alguien que lea estas palabras ha intentado alguna vez escribir algo de esencia espiritual, redentora y genuinamente inspiradora? Con los títulos universitarios, las bibliotecas, las computadoras, los asistentes de búsqueda y décadas de tiempo, ¿ha intentado usted alguna vez escribir algo que alguien pudiera leer sin tedio ni apatía? Y si alguien puede crear alguna vez semejantes páginas inspiradoras, ¿podría ese pequeño volumen convertirse en algo que alguien deseara leer más de una vez, por no decir decenas de veces, marcándolo, meditando en él, adoptando referencias de otros libros, citándolo y dedicando miles de sermones públicos y un corazón lleno de solaz gracias a él? ¿Sería lo bastante bueno como para que la gente llorase, dijera que ha cambiado o salvado su vida, o llegado a convertirse en algo por lo que estuvieran dispuestos a dar su fortuna y su futuro, y que entonces lo hicieran?

¿Y si su obra literaria le creara enemigos? ¿Y si quedara expuesto en el campo de batalla, abierto a la crítica de los oponentes más hostiles e instruidos, por más de ciento cincuenta años? ¿Y si lo diseccionaran y examinaran minuciosamente, y lo contrastaran a la luz de la historia, la literatura, la antropología y la religión sin ningún otro propósito que el de desacreditarlo y denunciarle a usted? ¿Podría ser tan bueno lo que usted escribió?

¿Todavía estaría dispuesto a decir que fue una obra inspirada, y mantener su declaración de que fue revelada de forma divina y que su contenido es de importancia eterna, que de forma muy real todo el futuro del mundo tiene que ver con su librito? Llegado a este punto, ¿todavía estarían usted o su obra en pie? ¿Aún la leería alguien?

Si José Smith no tradujo el Libro de Mormón, siendo éste una obra de origen antiguo, entonces yo removería cielo y tierra para encontrar al "verdadero" escritor del siglo XIX. Después de ciento cincuenta años, nadie ha proporcionado otra propuesta creíble, pero si el libro fuera falso, de cierto que habría alguien dispuesto a dar el paso - al menos los descendientes del autor "verdadero" de semejante documento- y de todo lo que ha surgido de él. Después de todo, un autor que puede mover a millones de personas, puede ganar millones. ¿No debiera aparecer alguien para convertir en metálico todo este fenómeno?.

¿Y qué me dicen de los testigos, los tres y los ocho testigos, que para siempre dejaron sus firmas en las páginas iniciales del Libro de Mormón, declarando que habían, respectivamente, visto un ángel y palpado las planchas de oro? Cada uno de los tres y de los ocho testigos tuvo dificultades con la iglesia durante su vida, incluyendo años de seria desafección personal con el profeta José Smith. Sin embargo, ninguno de ellos, ni siquiera en las horas de precariedad emocional, ni en los días de presión pública, jamás renegó de su testimonio de la divinidad del Libro de Mormón.

Hacia fines de su vida, David Whitmer dijo, "tan cierto como hay un Dios en el cielo", que realmente había visto al ángel Moroni y sabía que el Libro de Mormón era verdadero. Cincuenta años después de esa experiencia todavía podía identificar el mes, el año y el momento del día ("eran aproximadamente las once de la mañana", dijo) cuando el ángel se apareció en "una luz deslumbrantemente brillante" y proporcionó "una sensación de gozo absolutamente indescriptible".

A Martin Harris se le preguntó en el último año de su vida si "creía que el Libro de Mormón era verdadero", a lo que respondió que no, para luego confirmar a su sorprendido interrogador que él "sabía" que el libro era verdadero, lo cual era más que creer. "Sé lo que sé. He visto lo que he visto y he oído lo que he oído", dijo. "Vi el ángel y las planchas de las que se tradujo el Libro de Mormón, y oí la voz del Señor declarar que fue traducido correctamente".

Oliver Cowdery, que sirvió como escriba y también fue testigo del notable proceso de traducción, y cuyo papel único en los primeros años de la Iglesia es tanto más conmovedor a la luz de su posterior alejamiento de responsabilidades tan sagradas y significativas, dijo (mientras se hallaba excomulgado de la Iglesia): "Escribí con mi propia mano todo el Libro de Mormón, con excepción de unas pocas páginas, tal y como procedía de labios del profeta, pues él lo tradujo por el don y el poder Dios...

Contemplé con mis ojos y palpé con mis manos las planchas de oro de las que se tradujo... Ese libro es verdadero". Treinta y siete años después, Oliver llamó a su familia en su lecho de muerte para una vez más compartir su testimonio del Libro de Mormón, y su esposa Elizabeth escribió: "Desde la hora en que la gloriosa visión del Santo Mensajero reveló a los ojos mortales las profecías escondidas que Dios había prometido a sus fieles seguidores que saldrían a la luz en su debido tiempo, hasta el momento en que falleció, siempre, sin duda ni intención de desdecirse, afirmó la divinidad y la veracidad del Libro de Mormón."

No ha habido ningún otro origen para el Libro de Mormón porque no se puede proporcionar otra relación sincera que no sea la de José Smith y los tres testigos. No hay otro "autor" clandestino, ni un esquivo escritor en la sombra que todavía aguarde entre bastidores, siglo y medio después, por la oportunidad de dar el paso y conmover al mundo

religioso. De hecho, el que cualquier escritor José Smith o cualquier otro pudiera crear el Libro de Mormón de la nada, sería un milagro inmensamente mayor que el que el joven José lo tradujera de un registro antiguo por "el don y el poder de Dios".

Con el tiempo, este joven profeta dictó su traducción a gran velocidad, produciendo unas diez páginas al día, y finalmente generó todo el manuscrito en algo menos de noventa días de trabajo. Aquellos que hayan traducido cualquier texto, comprenderán lo que esto significa, especialmente cuando recuerden que cincuenta eruditos ingleses dedicaron siete años (utilizando desde un principio, y por lo general, magníficas traducciones que tenían a su alcance) para producir la Biblia del rey Santiago, en inglés, al ritmo de una página diaria.

No es insignificante el que José Smith hiciera prácticamente toda esta labor en medio, según parece, de múltiples distracciones y enfrentando en ocasiones una hostilidad abierta. Sin embargo, a pesar de estas interrupciones en el proceso de la traducción, aparentemente nunca revisó el material dictado con anterioridad ni pidió que se le leyera parte alguna del mismo en busca del contexto o de la continuidad. Es más, se desconoce el que alguna vez consultara cualquier libro de referencia o de cualquier otro tipo durante toda la experiencia de la traducción.

Respaldo de todo corazón y con todo el santo oficio que poseo - de hecho, con toda mi vida- la declaración de John Taylor, quien recibió cuatro disparos de los enemigos del profeta José Smith que asolaron la cárcel de Carthage aquel fatídico día de junio de 1844.

La vida del hermano Taylor fue preservada, y vivió para decir de su líder: "José Smith, el Profeta y Vidente del Señor, ha hecho más por la salvación del hombre en este mundo, que cualquier otro que ha vivido en él... Vivió grande y murió grande a los ojos de Dios y de su pueblo; y como la mayoría de los ungidos del Señor... ha sellado su misión y obras con su propia sangre". Entonces, incluyendo la vida del amado Hyrum Smith como un segundo testigo, el hermano Taylor dijo: "Los testadores han muerto, y su testimonio está en vigor".

Ese testamento que ahora está vigente, sellado con la sangre de su traductor, es fundamental y principalmente el Libro de Mormón. Con el transcurso de los años se han sucedido un gran número de juicios contra José Smith, procedentes de cuarteles mucho más cómodos que el segundo piso de la cárcel de Carthage, donde John Taylor intentó con valentía defender a su profeta sin más que un bastón de roble. Yo no estuve allí, pero me ofrecería para estar - entonces, ahora y siempre- en defensa de la veracidad del Libro de Mormón, su profeta y traductor, el Evangelio de Jesucristo que ellos enseñan, y la Iglesia que lleva ese mensaje al mundo.

En mi vida he leído un buen número de libros, y espero leer muchos más. No soy un gran erudito, pero puedo reconocer una observación profunda cuando está impresa, especialmente cuando la veo página tras página. En toda una vida de lectura, el Libro de Mormón se erige de forma preeminente en mi vida intelectual y espiritual, como el clásico de todos los clásicos, una reafirmación de la Santa Biblia, una voz desde el polvo, un testigo de Cristo, la palabra del Señor para salvación. Testifico de ello con tanta seguridad como si hubiera, con los Tres Testigos, visto al ángel Moroni o, con los Tres y Ocho Testigos, hubiera visto y palpado las planchas de oro.

El libro de Mormón es la expresión sagrada del gran y definitivo convenio de Cristo con la humanidad. Es un convenio nuevo, un nuevo testamento procedente del Nuevo Mundo para todo el mundo. Su lectura fue el comienzo de mi luz, la fuente de mi primera certeza espiritual de que Dios vive, que es mi Padre Celestial y que en la eternidad se ha preparado un plan de felicidad para mí. Me condujo a amar la Santa Biblia y el resto de los libros canónicos de la Iglesia. Me enseñó a amar al Señor Jesucristo, a apreciar Su

misericordiosa compasión, y considerar la gracia y la grandeza de Su sacrificio expiatorio por mis pecados y los de todos los hombres, mujeres y niños desde Adán hasta el fin de los días. La luz por la que camino es Su luz. Su misericordia y magnificencia me conducen en el testimonio que de Él doy al mundo.

Tal y como Mormón dijo a Moroni en uno de sus momentos más aciagos, así digo yo a la familia de la humanidad, la cual debe prepararse para la venida de nuestro Rey de Reyes: "Sé fiel en Cristo... [y Él] te anime, y sus padecimientos y muerte, y la manifestación de su cuerpo a nuestros padres, y su misericordia y longanimidad, y la esperanza de su gloria y de la vida eterna, reposen en tu mente para siempre.

"Y la gracia de Dios el Padre, cuyo trono está en las alturas de los cielos, y de nuestro Señor Jesucristo, que se sienta a la diestra de su poder... te acompañe y quede contigo para siempre".

APÉNDICE A

LOS TÍTULOS DE CRISTO

Los siguientes son algunos de los títulos de Cristo según se hallan en el Libro de Mormón. Las referencias de las Escrituras indican la primera aparición de los mismos:

Admirable (2 Nefi 19:6)
Alfa y Omega (3 Nefi 9:18)
Altísimo (2 Nefi 24:14)
Amado (2 Nefi 31:15)
Amado Hijo (2 Nefi 31:11)
Bien Amado (Helamán 5:47)
Buen pastor (Alma 5:38)
Consejero (2 Nefi 19:6)
Cordero (1 Nefi 13:35)
Cordero de Dios (1 Nefi 10:10)
Creador (2 Nefi 9:5)
Creador Supremo (Alma 30:44)
Cristo (2 Nefi 10:3)
Cristo el Hijo (Alma 11:44)
Cristo Jesús (Alma 5:44)
Dios (2 Nefi 1:22)
Dios Altísimo (Alma 26:14)
Dios de Abraham (1 Nefi 19:10)
Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob (Mosías 7:19)
Dios de Abraham, y de Isaac, y el Dios de Jacob (1 Nefi 19:10)
Dios de Isaac (Alma 29:11)
Dios de Israel (1 Nefi 19:7)
Dios de Jacob (2 Nefi 12:3)
Dios de la naturaleza (1 Nefi 19:12)
Dios de milagros (2 Nefi 27:23)
Dios de toda la tierra (3 Nefi 11:14)
Dios Eterno (1 Nefi 12:18)
Dios Fuerte (2 Nefi 6:17)
Dios Santo (2 Nefi 9:39)
Dios Todopoderoso (Jacob 2:10)
Dios verdadero y viviente (1 Nefi 17:30)
Emanuel (2 Nefi 18:8)

Eterno Caudillo (Helamán 13:38)
Eterno Dios (1 Nefi 15:15)
Fuerte de Israel (1 Nefi 22:12)
Fuerte de Jacob (1 Nefi 21:26)
Fundador de la paz (Mosías 15:18)
Gran Creador (2 Nefi 9:5)
Gran Espíritu (Alma 18:2)
Guardián de la puerta (2 Nefi 9:41)
Hacedor (2 Nefi 9:40) Hijo (2 Nefi 31:13)
Hijo de Dios (1 Nefi 10:17)
Hijo de Justicia (Éter 9:22)
Hijo del Dios viviente (2 Nefi 31:16)
Hijo del eterno Dios (1 Nefi 11:32)
Hijo del más alto Dios (1 Nefi 11:6)
Hijo del Padre Eterno (1 Nefi 11:21)
Hijo Unigénito (Jacob 4:5)
Hombre (3 Nefi 11:8)
Jehová (Moroni 10:34)
Jesucristo (2 Nefi 25:19)
Jesús (2 Nefi 31:10)
Juez Eterno (Moroni 10:34)
Maestro (Jacob 5:4)
Marido (3 Nefi 22:5)
Mediador (2 Nefi 2:28)
Mesías (1 Nefi 1:19)
Padre (Jacob 7:22)
Padre de los cielos (1 Nefi 22:9)
Padre del cielo y de la tierra (Helamán 14:12)
Padre Eterno (2 Nefi 19:6)
Pastor (1 Nefi 13:41)
Principal piedra angular (Jacob 4:17)
Príncipe de Paz (2 Nefi 19:6)
Profeta (1 Nefi 22:20)
Rabbánah (Alma 18:13)
Redentor (1 Nefi 10:6)
Redentor de Israel (1 Nefi 21:7)
Redentor del mundo (1 Nefi 10:5)

Rey (2 Nefi 16:5)
Rey de los cielos (2 Nefi 10:14)
Roca (1 Nefi 15:15)
Salvador (2 Nefi 31:13)
Salvador del mundo (1 Nefi 10:4)
Salvador Jesucristo (3 Nefi 5:20)
Santo (2 Nefi 2:10)
Santo de Israel (1 Nefi 19:14)
Santo de Jacob (2 Nefi 27:34)
Santo Hijo (Moroni 8:3)
Santo Mesías (2 Nefi 2:6)
Señor (1 Nefi 10:14)
Señor de la viña (Jacob 5:8)
Señor de los Ejércitos (1 Nefi 20:2)
Señor Dios (2 Nefi 1:5)
Señor Dios de los Ejércitos (2 Nefi 13:15)
Señor Dios Omnipotente (Mosías 3:21)
Señor Dios Todopoderoso (2 Nefi 9:46)
Señor Jehová (2 Nefi 22:2)
Señor Jesucristo (Mosías 3:12)
Señor Jesús (Moroni 6:6)
Señor Omnipotente (Mosías 3:5)
Ser (Mosías 4:19)
Ser Supremo (Alma 11:22)
Todopoderoso (2 Nefi 23:6)
Unigénito del Padre (2 Nefi 25:12)
Verdadera vid (1 Nefi 15:15)
Verdadero Mesías (2 Nefi 1:10)
Verdadero pastor (Helamán 15:13)

(Con aprecio a Susan Easton Black por su labor en Finding Christ Through the Book of Mormon, Salt Lake City, Deseret Book, Co., 1987, págs. 16-18.)

REFERENCIAS A ISAÍAS EN EL LIBRO DE MORMÓN

Referencias del Libro de Mormón

1 Nefi 10:8
1 Nefi 20 1 Nefi 21
2 Nefi 6:7; 16-18
2 Nefi 7
2 Nefi 8
2 Nefi 8:24-25
2 Nefi 9:50-51
2Nefi12
2 Nefi 13
2 Nefi 14
2 Nefi 15
2 Nefi 16
2 Nefi 17
2 Nefi 18
2 Nefi 19
2 Nefi 20
2 Nefi 21
2 Nefi 22
2 Nefi 23
2 Nefi 24

Referencias bíblicas

Isaías 40:3
Isaías 48
Isaías 49
Isaías 49:23-26
Isaías 50
Isaías 51
Isaías 52:1-2
Isaías 55:1-2
Isaías 2

Isaías 3

Isaías 4

Isaías 5

Isaías 6

Isaías 7

Isaías 8

Isaías 9

Isaías 10

Isaías 11

Isaías 12

Isaías 13

Isaías 14

Referencias del Libro de Mormón

2 Nefi 26:15-18 2 Nefi 27:2-35 2 Nefi 28:30 2 Nefi 30:9-16 Mosiah 12:21-24 Mosiah 14
Mosiah 15:29-31 3 Nefi 16:18-20 3 Nefi 20:32-45 3 Nefi 22

Referencias bíblicas

Isaías 29:3-5

Isaías 29:6-24 Isaías 28:10 Isaías 11:4-9 Isaías 52:7-10 Isaías 53 Isaías 52:8-10 Isaías
52:8-10 Isaías 52:1-3, 6-15 Isaías 54

(Mi aprecio a Mont S. Nyman por su labor en Great Are the Words of Isaiah, Salt Lake
City: Bookcraft, 1980, págs. 283-285.)

APENDICE C

EL PADRE Y EL HIJO: UN COMENTARIO DOCTRINAL DE LA PRIMERA PRESIDENCIA Y LOS DOCE APÓSTOLES

Las Escrituras afirman clara y repetidamente que Dios es el Creador de la tierra, de los cielos y de todo lo que en ellos hay. En ese sentido, el Creador es un Organizador. Dios creó la tierra como una esfera organizada; pero, por supuesto, no creó los elementos de materia prima que la forman, en el sentido de hacerlos existir, puesto que "los elementos son eternos" (DyC. 93:33).

Del mismo modo, la vida es eterna y no creada; pero la vida, o la fuerza vital, se puede infundir en la materia organizada, si bien los detalles del proceso no han sido revelados al hombre. Pueden verse ejemplos ilustrativos en Génesis 2:7; Moisés 3:7; y Abraham 5:7. Cada uno de estos pasajes declara que Dios sopló el aliento de vida en el cuerpo del hombre. Véase también Moisés 3:19 donde se dice que Dios sopló el aliento de vida en los cuerpos de las bestias y las aves. Dios mostró a Abraham "las inteligencias que fueron organizadas antes que existiera el mundo"; y por "inteligencias" debemos entender el "espíritu" de cada persona (Abraham 3:22-23). Sin embargo, se nos dice expresamente que "Inteligencia" es "la luz de verdad, [que] no fue creada ni hecha, ni tampoco lo puede ser" (DyC. 93:29).

El término "Padre", aplicado a la Deidad, se menciona claramente en las Sagradas Escrituras con diferentes significados. Cada uno de los cuatro significados especificados en el siguiente tratado debe ser aislado con cuidado.

1. "Padre" en sentido literal. Los pasajes que encierran el significado más común de Padre son demasiado numerosos y específicos como para que se los cite. El sentido de estos pasajes alude a que Dios, el Eterno Padre, a quien damos el exaltado nombre y título de "Elohim", es el Padre literal de nuestro Señor y Salvador Jesucristo y de los espíritus de la raza humana. Elohim es el Padre en todos los sentidos en que así se designa a Jesucristo, y es inconfundiblemente el Padre de los espíritus. Así leemos en la Epístola a los Hebreos: "Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?" (Hebreos 12:9). Ante este hecho, Jesucristo nos enseña a orar: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre".

Jesucristo se aplica a Sí mismo ambos títulos, "Hijo" y "Padre". De hecho, Él le dijo muy claramente al hermano de Jared: "He aquí, soy Jesucristo. Soy el Padre y el Hijo" (Éter 3:14). Jesucristo es el Hijo de Elohim, Su progenie espiritual y corporal, es decir, Elohim es literalmente el Padre del espíritu de Jesucristo y también del cuerpo con el cual llevó a cabo Su misión en la carne, ese cuerpo que murió en la cruz y pasó después por el proceso de la resurrección y que ahora es el tabernáculo inmortal del espíritu eterno de nuestro Señor y Salvador. No parece necesario que nos extendamos más en la explicación del título "Hijo de Dios" tal y como se aplica a Jesucristo.

2. "Padre" como Creador. Un segundo significado de "Padre", tomado de las Escrituras, es el de Creador; por ejemplo en los pasajes que aluden a cualquiera de los miembros de la Trinidad como "el Padre de los cielos y de la tierra, y de todas las cosas que en ellos hay" (Éter 4:7; véase también Alma 11:38-39 y Mosíah 15:4).

Dios no es el Padre de la tierra - en el sentido de ser ésta uno más de los mundos que hay en el espacio- ni de todos o parte de los cuerpos celestes, ni de los objetos inanimados y de las plantas y animales que hay en ella, en el sentido literal en que sí es el

Padre de los espíritus de la humanidad. Por tanto, los pasajes de las Escrituras que se refieren en cualquier modo a Dios como el Padre de los cielos y de la tierra se deben entender con el significado de que Dios es el Hacedor, el Organizador, el Creador de los cielos y de la tierra.

Con este sentido, tal y como el contexto demuestra en cada caso, a Jehová - que es Jesucristo, el Hijo de Elohim- se le llama "el Padre", e incluso "el Padre eterno del cielo y de la tierra" (véanse los pasajes citados anteriormente y también Mosáh 16:15). Con idéntico significado, a Jesucristo se le llama "Padre eterno" (Isaías 9:6; compárese con 2 Nefi 19:6).

Jesucristo, a quien también conocemos como Jehová, fue el ejecutivo del Padre, Elohim, en la obra de la Creación, tal y como se expresa en el capítulo cuatro del libro Jesús el Cristo. A Jesucristo, por ser el Creador, se le llama consecuentemente el Padre del cielo y de la tierra, en el sentido que se explicó más arriba; y puesto que Sus creaciones son de condición eterna, se le llama muy apropiadamente el Eterno Padre del cielo y la tierra.

3. Jesucristo es el Padre de los que son fieles a Su Evangelio. Un tercer sentido en el cual se considera a Jesucristo "Padre" se refiere a la relación que existe entre Él y los que aceptan Su Evangelio, y llegan de esa manera a ser herederos de la vida eterna. Los siguientes son unos pasajes de las Escrituras que ilustran este significado.

En la ferviente oración que ofreció antes de acceder al Getsemaní, Jesucristo suplicó a Su Padre en favor de aquellos que Él le había dado, concretamente, los apóstoles y, en un plano más general, todos los que aceptaran el Evangelio y fueran fieles a través del ministerio de los apóstoles. Leamos en las propias palabras del Señor la afirmación solemne de que aquéllos por quienes oró en concreto eran Suyos, y que Su Padre se los había dado: "He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos. Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera." (Juan 17:6-12).

Y más adelante: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo" (Juan 17:20-24).

El Señor ha dicho a Sus fieles siervos en esta dispensación:

"No temáis, pequeñitos, porque sois míos, y yo he vencido al mundo, y vosotros sois de aquellos que mi Padre me ha dado" (DyC 50:41).

La salvación sólo se puede obtener en conformidad con las leyes y ordenanzas. "Escucha y oye la voz de aquel que existe de eternidad en eternidad, el Gran Yo Soy, sí, Jesucristo, la luz y la vida del mundo; una luz que brilla en las tinieblas y las tinieblas no la

comprenden; el mismo que vine a los míos en el meridiano de los tiempos, pero los míos no me recibieron; mas a cuantos me recibieron, les di el poder de llegar a ser mis hijos; y en igual manera, a cuantos me recibieren, les daré poder para llegar a ser mis hijos" (DyC 39:1-4). En una revelación dada mediante el profeta José Smith en marzo de 1831 leemos: "Porque, de cierto os digo, que soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, la luz y la vida del mundo, una luz que resplandece en las tinieblas y las tinieblas no la comprenden. Vine a los míos, y los míos no me recibieron; mas a cuantos me recibieron les di el poder de hacer muchos milagros y de llegar a ser los hijos de Dios; y a los que creyeron en mi nombre les di poder para obtener la vida eterna" (DyC 45:7-8).

Siglos antes del nacimiento de nuestro Señor en la carne, Abinadí ofreció una poderosa explicación de esa relación que existe entre Jesucristo como Padre y aquellos que cumplen con los requisitos del Evangelio como hijos Suyos: "Y ahora os digo: ¿Quién declarará su generación? He aquí, os digo que cuando su alma haya sido otorgada en ofrenda por el pecado, él verá su posteridad. Y ahora, ¿qué decís vosotros? ¿Quién será su posteridad? He aquí, os digo que quien ha oído las palabras de los profetas, sí, todos los santos profetas que han profetizado concerniente a la venida del Señor, os digo que todos aquellos que han escuchado sus palabras y creído que el Señor redimirá a su pueblo, y han esperado anhelosamente ese día para la remisión de sus pecados, os digo que éstos son su posteridad, o sea, son los herederos del reino de Dios. Porque éstos son aquellos cuyos pecados él ha tomado sobre sí; éstos son aquellos por quienes ha muerto, para redimirlos de sus transgresiones. Y bien, ¿no son ellos su posteridad? Sí, ¿y no lo son los profetas, todo aquel que ha abierto su boca para profetizar, que no ha caído en trasgresión, quiero decir, todos los santos profetas desde el principio del mundo? Os digo que ellos son su posteridad" (Mosíah 15:10-13).

En contraste con el bendito estado de aquellos que llegan a ser hijos de Dios mediante la obediencia al Evangelio de Jesucristo se encuentran los impenitentes, llamados específicamente hijos del diablo. Fíjense en las palabras de Cristo, mientras estaba en la carne, las cuales dirigió a ciertos judíos inicuos que alardeaban de su linaje abrahámico: "Si fuereis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais... Vosotros hacéis las obras de vuestro padre... Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais... Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer" (Juan 8:39, 41, 42, 44). De ese modo se designa a Satanás como el padre de los inicuos, aunque no podemos asumir relación personal alguna de padre e hijo entre él y ellos. Un ejemplo que aparece en la parábola de la cizaña muestra que los rectos son los hijos de Dios y los inicuos los hijos del diablo: "El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo" (Mateo 13:38).

El hombre puede llegar a ser hijo de Jesucristo naciendo de nuevo, habiendo nacido de Dios, según lo afirma la palabra inspirada: "El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios" (1 Juan 3:8-10).

Los que hayan nacido para Dios mediante la obediencia al Evangelio pueden, gracias a su valiente devoción a la rectitud, obtener la exaltación e incluso alcanzar la condición de la Deidad. De los tales leemos: "De modo que, como está escrito, son dioses, sí, los hijos de Dios" (DyC 76:58; compárese con DyC 132:20, y contrástese el versículo 17 de la misma sección; véase también el versículo 37). Aun así, aunque sean dioses todavía se hallan sujetos a Jesucristo como su Padre en esta relación exaltada, y por ello leemos en el versículo siguiente: "Y ellos son de Cristo y Cristo es de Dios" (DyC 76:59).

Por, el nuevo nacimiento, del agua y del Espíritu, los seres humanos pueden llegar a ser hijos de Jesucristo siendo, por los medios que Él proporcionó, "engendrados hijos e hijas para Dios" (DyC 76:24). Esta solemne verdad se pone de mayor relieve en las palabras del Señor Jesucristo dadas por medio de José Smith en 1833: "Y ahora, de cierto os digo, yo estuve en el principio con el Padre, y soy el Primogénito; y todos los que por medio de mí son engendrados, son partícipes de esa gloria, y son la iglesia del Primogénito" (DyC 93:21-22). Para el uso figurado del término "engendrados" en aplicación a aquellos que nacen de Dios, véase la explicación de Pablo: "Porque aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio" (1 Corintios 4:15). Otro ejemplo análogo de esta relación lograda mediante un servicio recto se halla en la revelación pertinente al orden y las funciones del sacerdocio dada en 1832: "Porque quienes son fieles hasta obtener estos dos sacerdocios de los cuales he hablado, y magnifican su llamamiento, son santificados por el Espíritu para la renovación de sus cuerpos. Llegan a ser los hijos de Moisés y de Aaron, y la descendencia de Abraham, y la iglesia y reino, y los elegidos de Dios" (DyC 84:33-34).

Si es apropiado referirse a los que aceptan el Evangelio y permanecen en él cómo hijos e hijas de Cristo - y sobre este asunto las Escrituras son explícitas y no se pueden dudar ni negar -, es por consiguiente apropiado referirse a Jesucristo como Padre de los justos, habiendo ellos llegado a ser Sus hijos, y Él su Padre, por medio del segundo nacimiento: la renovación espiritual.

4. Jesucristo es el "Padre" por investidura divina de autoridad. Una cuarta razón para aplicar el título "Padre" a Jesucristo se encuentra en el hecho de que en todos Sus tratos con la familia humana, Jesús el Hijo ha representado y todavía representa a Elohim, Su Padre, en poder y autoridad. Esto es cierto de Cristo en Su estado preexistente, premortal o desincorporado, en el cual se le conocía como Jehová; también es así durante Su estado en la carne; durante Sus labores como espíritu desincorporado en el reino de los muertos; y desde entonces en Su estado resucitado. Él dijo a los judíos: "Yo y el Padre uno somos" (Juan 10:30; véase también 17: 11, 22); y declaró: "El Padre mayor es que yo" (Juan 14:28); y más adelante: "Yo he venido en nombre de mi Padre" (Juan 5:43; véase también 10:25). Esta misma verdad fue declarada por Cristo mismo a los nefitas (véase 3 Nefi 20:35 y 28:10), y ha sido reafirmada por revelación en la dispensación actual (DyC 50:43). De este modo, el Padre puso Su nombre sobre el Hijo; y Jesucristo habló y ministró en y por medio del nombre del Padre; y en lo que a poder, autoridad y divinidad se refiere, Sus palabras y hechos fueron y son los del Padre.

Leemos, a modo de analogía, que Dios puso Su nombre en el ángel al que asignó el ministerio especial del pueblo de Israel durante el éxodo, y el Señor dijo de él: "Guárdate delante de él, y oye su voz; no le seas rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión, porque mi nombre está en él" (Éxodo 23:21).

El antiguo apóstol Juan recibió la visita de un ángel que le ministró y habló en el nombre de Jesucristo, y leemos: "La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan" (Apocalipsis

1:1). Juan estaba a punto de adorar a este ser angélico que le habló en el nombre del Señor Jesucristo, pero se le prohibió hacerlo: "Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios"

(Apocalipsis 22: 8-9). Y luego el ángel continuó hablando como si fuera el Señor mismo: "He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según

sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último" (versículos 12,13). El Señor resucitado, Jesucristo, que había sido exaltado a la diestra de Dios, Su Padre, había puesto Su nombre sobre el ángel que envió a Juan, y el ángel habló en primera persona diciendo: "He aquí yo vengo pronto", "Yo soy el Alfa y la Ómega", aunque se refería a que era Jesucristo el que vendría y el que era el Alfa y la Omega.

Sin embargo, ninguno de estos conceptos puede cambiar en lo más mínimo el hecho solemne de la relación literal de Padre e Hijo que existe entre Elohim y Jesucristo. De todos los hijos espirituales de Elohim, el primogénito fue y es Jehová, o Jesucristo, de quien todos los demás somos hermanos menores. Los siguientes son unos pasajes de las Escrituras que apoyan esta gran verdad. Pablo dijo de Jesucristo al escribir a los colosenses: "Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud" (Colosenses 1:15-19). De este pasaje aprendemos que Jesucristo fue "el primogénito de toda creación" y resulta evidente que la antigüedad que aquí se expresa debe estar en relación con la existencia premortal, pues Cristo no fue el mayor de todos los mortales en la carne. Más adelante se le designa como "el primogénito de entre los muertos", haciendo referencia a que fue el primero en resucitar de los muertos o, como se escribe en otra parte, "primicias de los que durmieron" (1 Corintios 15:20; véase también el versículo 23), y "el primogénito de los muertos" (Apocalipsis 1:5; compárese con Hechos 26:23). El autor de la Epístola a los Hebreos afirma el estado de Jesucristo como el primogénito de los hijos espirituales de Su Padre, y encomia su preeminencia durante su vida mortal: "Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios" (Hebreos 1:6; léanse los versículos anteriores). Que los espíritus que eran menores que Cristo estaban predestinados a nacer a imagen de su Hermano Mayor es algo que Pablo asevera: "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos"

(Romanos 8:28-29). Juan el revelador recibió el mandato de escribir las palabras del Señor Jesucristo a los líderes de la iglesia en Laodicea: "He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios" (Apocalipsis 3:14). En el transcurso de una revelación dada por medio de José Smith en mayo de 1833, el Señor Jesucristo dijo, tal y como se citó anteriormente: "Y ahora, de cierto os digo, yo estuve en el principio con el Padre, y soy el Primogénito" (DyC 93:28). Un par de versículos más adelante se aclara el hecho de que los seres humanos eran, generalmente, iguales en su existencia como espíritus antes de recibir un cuerpo: "Vosotros también estuvisteis en el principio con el Padre; lo que es Espíritu, sí, el Espíritu de verdad" (versículo 23).

Por tanto, no es impropio hablar de Jesucristo como el Hermano Mayor del resto de la familia humana, y en Hebreos se indica que es nuestro Hermano por nacimiento espiritual: "Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo" (Hebreos 2:17). No obstante, no olvidemos que Él es esencialmente mayor en grandeza que todos los demás, debido a que, (1) es el mayor o Primogénito; (2) Su condición en la carne es única por ser progenie de una madre mortal y de un Padre inmortal, o sea, resucitado y glorificado; (3) fue escogido y preordenado como el único

Redentor y Salvador de la raza humana; y (4) Su condición trascendental es no tener pecados.

Jesucristo no es el Padre de los espíritus que han tomado o vayan a tomar un cuerpo al venir a esta tierra, ya que es uno de ellos. Es el Hijo, y ellos son hijos e hijas de Elohim. En la medida en que los ámbitos del progreso y logro eternos se han dado a conocer mediante la revelación divina, debemos entender que sólo los seres resucitados y glorificados pueden convertirse en padres de progenie espiritual. Sólo estas almas exaltadas han alcanzado la madurez en el curso señalado de la vida eterna; y los espíritus que les nazcan en los mundos eternos pasarán, en su debido momento, por las diversas etapas mediante las cuales sus padres glorificados alcanzaron la exaltación.

LA PRIMERA PRESIDENCIA

Y EL CONSEJO DE LOS DOCE APÓSTOLES

DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

[JUNIO DE 1916]

APÉNDICE D

COMPARACIÓN ENTRE EL SERMÓN EN EL TEMPLO Y EL SERMÓN DEL MONTE

El sermón en el templo (Libro de Mormón)

3 Nefi 12:1

Y aconteció que cuando Jesús hubo hablado estas palabras a Nefi y a los que habían sido llamados (y llegaba a doce el número de los que habían sido llamados, y recibieron el poder y la autoridad para bautizar), he aquí, él extendió la mano hacia la multitud, y les proclamó, diciendo: Bienaventurados sois si prestáis atención a las palabras de estos doce que yo he escogido de entre vosotros para ejercer su ministerio en bien de vosotros y ser vuestros siervos; y a ellos les he dado poder para que os bauticen en el agua; y después que seáis bautizados en el agua, he aquí, os bautizaré con fuego y con el Espíritu Santo. Por tanto, bienaventurados sois si creéis en mí y sois bautizados, después que me habéis visto y sabéis que yo soy.

El sermón del Monte (Nuevo Testamento)

Mateo 5:1

Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos.

3 Nefi 12:2

Y también, más bienaventurados son aquellos que crean en vuestras palabras por razón de que testificaréis que me habéis visto y que sabéis que yo soy. Sí, bienaventurados son los que crean en vuestras palabras, y desciendan a lo profundo de la humildad y sean bautizados, porque serán visitados con fuego y con el Espíritu Santo, y recibirán una remisión de sus pecados.

Mateo 5:2

Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo:

3 Nefi 12:3

Sí, bienaventurados son los pobres en espíritu que vienen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos.

Mateo 5:3

Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

3 Nefi 12:4

Y además, bienaventurados son todos los que lloran, porque ellos serán consolados.

Mateo 5:4

Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.

3 Nefi 12:5

Y bienaventurados son los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Mateo 5:5

Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.

3 Nefi 12:6

Y bienaventurados son todos los que padecen hambre y sed de rectitud, porque ellos serán llenos del Espíritu Santo.

Mateo 5:6

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

3 Nefi 12:7

Y bienaventurados son los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Mateo 5:7

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

3 Nefi 12:8

Y bienaventurados son todos los de corazón puro, porque ellos verán a Dios.

Mateo 5:8

Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

3 Nefi 12:9

Y bienaventurados son todos los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Mateo 5:9

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

3 Nefi 12:10

Y bienaventurados son todos los que son perseguidos por causa de mi nombre, porque de ellos es el reino de los cielos.

Mateo 5:10

Bienaventurados los padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

3 Nefi 12:11

Y bienaventurados sois cuando por mi causa los hombres os vituperen y os persigan, y falsamente digan toda clase de mal contra vosotros;

Mateo 5:11

Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.

3 Nefi 12:12

Porque tendréis gran gozo y os alegraréis en extremo, pues grande será vuestro galardón en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

Mateo 5:12

Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

3 Nefi 12:13

De cierto, de cierto os digo que os doy a vosotros ser la sal de la tierra; pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada la tierra? De allí en adelante la sal no servirá para nada sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.

Mateo 5:13

Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.

3 Nefi 12:14

En verdad, en verdad os digo que os doy a vosotros ser la luz de este pueblo. Una ciudad que se asienta sobre una colina no se puede ocultar.

Mateo 5:14

Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.

3 Nefi 12:15

He aquí, ¿encienden los hombres una vela y la ponen debajo de un almud? No, sino en un candelero; y da luz a todos los que están en la casa;

Mateo 5:15

Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa.

3 Nefi 12:16

por lo tanto, así alumbre vuestra luz delante de este pueblo, de modo que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Mateo 5:16

Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

3 Nefi 12:17

No penséis que he venido para abrogar la ley ni los profetas. No he venido para abrogar, sino para cumplir;

Mateo 5:17

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.

3 Nefi 12:18

porque en verdad os digo que ni una jota ni una tilde ha pasado de la ley, sino en mí toda se ha cumplido.

Mateo 5:18

Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.

3 Nefi 12:19

Y he aquí, os he dado la ley y los mandamientos de mi Padre para que creáis en mí, que os arrepintáis de vuestros pecados y vengáis a mí con un corazón quebrantado y un espíritu contrito. He aquí, tenéis los mandamientos ante vosotros, y la ley se ha cumplido.

Mateo 5:19

De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos.

3 Nefi 12:20

Por tanto, venid a mí y sed salvos; porque en verdad os digo que a menos que guardéis mis mandamientos, que ahora os he dado, de ningún modo entraréis en el reino de los cielos.

Mateo 5:20

Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

3 Nefi 12:21

Habéis oído que ha sido dicho por los de tiempos antiguos, y también lo tenéis escrito ante vosotros: No matarás; y cualquiera que matare estará expuesto al juicio de Dios.

Mateo 5:21

Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio.

3 Nefi 12:22

Pero yo os digo que quien se enoje con su hermano corre peligro de su juicio. Y cualquiera que diga a su hermano: Raca, quedará expuesto al concilio; y el que le diga: Insensato, estará en peligro del fuego del infierno.

Mateo 5:22

Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego.

3 Nefi 12:23

Por tanto, si vienes a mí, o deseas venir a mí, y te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti,

Mateo 5:23

Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti,

3 Nefi 12:24

ve luego a tu hermano, y reconcíliate primero con él, y luego ven a mí con íntegro propósito de corazón, y yo te recibiré.

Mateo 5:24

deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.

3 Nefi 12:25

Reconcíliate cuanto antes con tu adversario, mientras te encuentres en el camino con él, no sea que en cualquier momento te prenda, y seas echado en la cárcel.

Mateo 5:25

Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel.

3 Nefi 12:26

En verdad, en verdad te digo que de ningún modo saldrás de allí hasta que hayas pagado el último senine. Y mientras te halles en la prisión, ¿podrás pagar aun siquiera un senine? De cierto, de cierto te digo que no.

Mateo 5:26

De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante.

3 Nefi 12:27

He aquí, fue escrito por los antiguos que no cometerás adulterio;

Mateo 5:27

Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio.

3 Nefi 12:28

mas yo os digo que quien mire a una mujer para acodiciarla ya ha cometido adulterio en su corazón.

Mateo 5:28

Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.

3 Nefi 12:29

He aquí, os doy el mandamiento de que no permitáis que ninguna de estas cosas entre en vuestro corazón,

Mateo 5:29

Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.

3 Nefi 12:30

porque mejor es que os privéis de estas cosas, tomando así vuestra cruz, que ser arrojados en el infierno.

Mateo 5:30

Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.

3 Nefi 12:31

Ha sido escrito, que quien repudiare a su esposa, le dé carta de divorcio.

Mateo 5:31

También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio.

3 Nefi 12:32

En verdad, en verdad os digo que el que repudie a su esposa, salvo por causa de fornicación, hace que ella cometa adulterio; y cualquiera que se case con la divorciada, comete adulterio.

Mateo 5:32

Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adúltere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.

3 Nefi 12:33

Y además está escrito: No te perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos;

Mateo 5:33

Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos.

3 Nefi 12:34

mas en verdad, en verdad os digo: No juréis de ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios;

Mateo 5:34

Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios;

3 Nefi 12:35

ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies;

Mateo 5:35

ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey.

3 Nefi 12:36

ni tampoco jurarás por tu cabeza, porque no puedes hacer negro o blanco un solo cabello;

Mateo 5:36

Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello.

3 Nefi 12:37

antes bien, sea vuestro hablar: Sí, sí; No, no; porque lo que sea más que esto, es malo.

Mateo 5:37

Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede.

3 Nefi 12:38

Y he aquí, está escrito: ojo por ojo y diente por diente;

Mateo 5:38

Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente.

3 Nefi 12:39

mas yo os digo que no debéis resistir al mal, antes bien al que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.

Mateo 5:39

Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra;

3 Nefi 12:40

Y si alguien te demanda ante la ley, y te quita la túnica, déjale también la capa.

Mateo 5:40

y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa;

3 Nefi 12:41

Y quien te obligue a ir una milla, ve con él dos.

Mateo 5:41

y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos.

3 Nefi 12:42

Al que te pida, dale; y al que quiera de ti tomar prestado, no se lo rehúses.

Mateo 5:42

Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses.

3 Nefi 12:43

Y he aquí, está escrito también que amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo;

Mateo 5:43

Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo.

3 Nefi 12:44

mas he aquí, yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen;

Mateo 5:44

Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen;

3 Nefi 12:45

para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos; pues él hace salir su sol sobre los malos y sobre los buenos.

Mateo 5:45

para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos.

3 Nefi 12:46

Por tanto, estas cosas que existían en la antigüedad, que se hallaban bajo la ley, se han rumnido todas en mí.

Mateo 5:46

Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?

3 Nefi 12:47

Las cosas antiguas han pasado, y todas las cosas se han vuelto nuevas.

Mateo 5:47

Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles?

3 Nefi 12:48

Por tanto, quisiera que fueseis perfectos así como yo, o como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

Mateo 5:48

Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto

3 Nefi 13:1

En verdad, en verdad os digo, quisiera que dieseis limosnas a los pobres; mas guardaos de dar vuestras limosnas delante de los hombres para ser vistos de ellos; de otra manera, ningún galardón tenéis de vuestro Padre que está en los cielos.

Mateo 6:1

Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.

3 Nefi 13:2

Por tanto, cuando hagáis vuestra limosna, no toquéis trompeta delante de vosotros, como lo hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para tener gloria de los hombres. En verdad os digo que ya tienen su recompensa.

Mateo 6:2

Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

3 Nefi 13:3

Mas cuando tú hagas limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha;

Mateo 6:3

Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha,

3 Nefi 13:4

a fin de que tu limosna sea en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará en público.

Mateo 6:4

para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

3 Nefi 13:5

Y cuando ores, no seas como los hipócritas, porque les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo que ya tienen su recompensa.

Mateo 6:5

Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

3 Nefi 13:6

Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cuando hayas cerrado la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público.

Mateo 6:6

Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

3 Nefi 13:7

Y al orar, no uséis vanas repeticiones, como los paganos; pues ellos creen que por su mucha parlería serán oídos.

Mateo 6:7

Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos.

3 Nefi 13:8

No seáis, por tanto, como ellos; porque vuestro Padre sabe las cosas que necesitáis antes que le pidáis.

Mateo 6:8

No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.

3 Nefi 13:9

De esta manera, pues, orad: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

Mateo 6:9

Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

3 Nefi 13:10

Sea hecha tu voluntad en la tierra así como en el cielo.

Mateo 6:10

Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

3 Nefi 13:11

Y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Mateo 6:11

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

3 Nefi 13:12

Y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal.

Mateo 6:12

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

3 Nefi 13:13

Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, para siempre. Amén.

Mateo 6:13

Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.

3 Nefi 13:14

Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre Celestial,

Mateo 6:14

Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial;

3 Nefi 13:15

mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre tampoco perdonará vuestras ofensas.

Mateo 6:15

mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.

3 Nefi 13:16

Además, cuando ayunéis, no seáis como los hipócritas, de semblante triste, porque desfiguran sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya tienen su galardón.

Mateo 6:16

Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus

rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

3 Nefi 13:17

Mas tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro;

Mateo 6:17

Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro,

3 Nefi 13:18

para que no muestres a los hombres que ayunas, sino a tu Padre, que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público.

Mateo 6:18

para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

3 Nefi 13:19

No os acumuléis tesoros sobre la tierra, donde la polilla y el moho corrompen, y los ladrones minan y roban,

Mateo 6:19

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan;

3 Nefi 13:20

sino acumulad tesoros en los cielos, donde ni la polilla ni el moho corrompen, y donde los ladrones no minan ni roban.

Mateo 6:20

sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan.

3 Nefi 13:21

Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

Mateo 6:21

Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

3 Nefi 13:22

La luz del cuerpo es el ojo; por tanto, si tu ojo es puro, todo tu cuerpo estará lleno de luz.

Mateo 6:22

La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz;

3 Nefi 13:23

Pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo estará lleno de tinieblas. Por tanto, si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuán grandes no serán esas tinieblas!

Mateo 6:23

pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?

3 Nefi 13:24

Ningún hombre puede servir a dos señores, porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se allegará al uno y desprejará al otro. No podéis servir a Dios y a Mamón.

Mateo 6:24

Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

3 Nefi 13:25

Y aconteció que cuando Jesús hubo hablado estas palabras, miró hacia los doce que había elegido, y les dijo: Acordaos de las palabras que he hablado. Porque he aquí, vosotros sois aquellos a quienes he escogi para ejercer el ministerio entre este pueblo. Os digo, pues: No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni tampoco por vuestro cuerpo, con qué lo habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?

Mateo 6:25

Por tanto os digo: No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?

3 Nefi 13:26

Mirad las aves del cielo, pues no siembran, ni tampoco siegan, ni recogen en alfolíes; sin embargo, vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?

Mateo 6:26

Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?

3 Nefi 13:27

¿Quién de vosotros, por mucho que se afane, podrá añadir un codo a su estatura?

Mateo 6:27

¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?

3 Nefi 13:28

Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo cómo crecen: No trabajan, ni hilan;

Mateo 6:28

Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan;

3 Nefi 13:29

y sin embargo, os digo, que ni aun Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de éstos.

Mateo 6:29

pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos.

3 Nefi 13:30

Por tanto, si Dios viste así la hierba del campo, que hoy es, y mañana se echa en el horno,

Mateo 6:30

Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no así os vestirá él, si vosotros no sois de poca fe.

3 Nefi 13:31

No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos o qué beberemos, o con qué nos hemos de vestir?

Mateo 6:31

No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?

3 Nefi 13:32

Porque vuestro Padre Celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.

Mateo 6:32

Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.

3 Nefi 13:33

Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

Mateo 6:33

Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

3 Nefi 13:34

Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán por sus propias cosas. Basta el día para su propio mal.

Mateo 6:34

Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.

3 Nefi 14:1

Y aconteció que cuando Jesús hubo hablado estas palabras, se volvió de nuevo hacia la multitud y abrió una vez su boca, diciendo: De cierto, de cierto os digo: No juzguéis, para que no seáis juzgados.

Mateo 7:1

No juzguéis, para que no seáis juzgados.

3 Nefi 14:2

Porque con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados; y con la medida con que midáis, se os volverá a medir.

Mateo 7:2

Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido.

3 Nefi 14:3

Y ¿por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, mas no te fijas en la viga que está en tu propio ojo?

Mateo 7:3

¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?

3 Nefi 14:4

O ¿cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí, hay una viga en tu propio ojo?

Mateo 7:4

¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo?

3 Nefi 14:5

¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu propio ojo; y entonces verás claramente para sacar la paja del ojo de tu hermano.

Mateo 7:5

¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.

3 Nefi 14:6

No deis lo que es santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos; no sea que las huellen con sus pies y se vuelvan y os despedacen.

Mateo 7:6

No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y vuelvan y os despedacen.

3 Nefi 14:7

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

Mateo 7:7

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

3 Nefi 14:8

Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

Mateo 7:8

Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

3 Nefi 14:9

O ¿qué hombre hay de vosotros, que si su hijo pide pan, le dará una piedra,

Mateo 7:9

¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra?

3 Nefi 14:10

o si pide un pescado, le dará una serpiente?

Mateo 7:10

¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente?

3 Nefi 14:11

Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le piden?

Mateo 7:11

Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?

3 Nefi 14:12

Así que, cuantas cosas queráis que los hombres os hagan a vosotros, así haced vosotros con ellos, porque esto es la ley y los profetas.

Mateo 7:12

Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas.

3 Nefi 14:13

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino, que conduce a la perdición, y muchos son los que entran por ella;

Mateo 7:13

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella;

3 Nefi 14:14

porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que conduce a la vida, y pocos son los que la hallan.

Mateo 7:14

porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.

3 Nefi 14:15

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces.

3 Nefi 14:16

Por sus frutos los conoceréis. ¿Se recogen uvas de los espinos, o higos de los cardos?

Mateo 7:15

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces.

Mateo 7:16

Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?

3 Nefi 14:17

De igual manera, todo árbol bueno produce buen fruto; mas un árbol malo da mal fruto.

Mateo 7:17

Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos.

3 Nefi 14:18

Un árbol bueno no puede producir mal fruto, ni un árbol malo puede producir buen fruto.

Mateo 7:18

No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos.

3 Nefi 14:19

Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego.

Mateo 7:19

Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego.

3 Nefi 14:20

Así que, por sus frutos los conoceréis.

Mateo 7:20

Así que, por sus frutos los conoceréis.

3 Nefi 14:21

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

Mateo 7:21

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

3 Nefi 14:22

En aquel día muchos me dirán: Señor, Señor, ¿no liemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre no hemos echado demonios, y no hemos hecho, en tu nombre, muchas obras milagrosas?

Mateo 7:22

Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

3 Nefi 14:23

Y entonces les declararé: Nunca os conocí, apartaos de mí, obradores de iniquidad.

Mateo 7:23

Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.

3 Nefi 14:24

Por tanto, cualquiera que oye estas palabras mías, y las hace, lo compararé a un hombre prudente que edificó su casa sobre una roca;

Mateo 7:24

Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca.

3 Nefi 14:25

y descendió la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre una roca.

Mateo 7:25

Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca.

3 Nefi 14:26

Y todo el que me oye estas palabras, y no las hace, será comparado al hombre insensato que edificó su casa sobre la arena:

Mateo 7:26

Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena;

3 Nefi 14:27

y descendió la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y grande fue su caída.

Mateo 7:27

y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.

3 Nefi 15:1

Y aconteció que cuando Jesús hubo concluido estas palabras, miró alrededor a la multitud, y les dijo: He aquí, habéis oído las cosas que enseñé antes que ascendiera a mi Padre; por tanto, a cualquiera que se acuerde de estas palabras mías, y las haga, lo exaltaré en el postrer día.

Mateo 7:28

Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina;

3 Nefi 15:2

Y sucedió que cuando Jesús hubo dicho estas palabras, percibió que había algunos entre ellos que se maravillaban, y se preguntaban qué deseaba él concerniente a la ley de Moisés; porque no entendían la palabra de que las cosas viejas habían pasado, y que todas las cosas se habían vuelto nuevas.

Mateo 7:29

porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.